

Annotation

El poeta Ángel González dejó una de las obras líricas más relevantes en lengua española, pero también fue testigo privilegiado de uno de los períodos más convulsos en la historia reciente de España: la Guerra Civil. Luis García Montero construye el retrato del poeta y recorre los primeros años de su vida para rescatar la mirada de un niño que tuvo que crecer sin la figura de su padre, pero con toda la fuerza de una familia y una geografía que se resistían con uñas y dientes a dejarse vencer.

Una novela que pretende ser el testimonio de una realidad, escrita con humor, admiración y ternura, con una prosa que funde el ensayo con la historia y la biografía con el lirismo. Mañana no será lo que Dios quiera es un homenaje a un territorio, a una familia, a los amigos y a los libros, que levantaron el espíritu del joven en ciernes que con el tiempo se transformaría en uno de los más grandes y premiados poetas de este país durante el siglo XX.

Recuerdo que las comidas eran aquellos días alegres, prolongadas en largas sobremesas en las que se contaban historias extraordinarias. Mi madre estaba radiante y yo feliz, admirando a mis hermanos como pocas veces volví a admirar a alguien.

ÁNGEL GONZÁLEZ

Extraña educación, en la que coincidían la libertad casi absoluta —la guerra, en algunos aspectos, deja en paz a los niños— y las servidumbres más humillantes. Pese a todas las limitaciones —enormes— que derivan de esas circunstancias, aprendimos muchas cosas importantes; a decir no (en voz baja, por supuesto, pero con inquebrantable terquedad); a no darnos nunca por vencidos a pesar de sabernos derrotados; a arrancar ilusiones de la desesperanza; a poner precio a la belleza —buscarla dondequiera que se esconda, viva o muerta— e incluso inventarla cuando tardaba en aparecer; a mantener vivo el espíritu de subversión bajo la costra de la sumisión; a ser escépticos y a establecer para siempre algunas diferenciaciones básicas: entre pureza y puritanismo (por ejemplo).

ÁNGEL
GONZÁLEZ

1. Que responda Churchill

No sé si ustedes conocen al poeta Ángel González. Su palabra revela una mezcla de filósofo clásico y de anciano del lugar, de superviviente estoico que lo ha visto todo y lo cuenta todo, mientras pide una última copa para no dar por terminada la noche que de manera inevitable se pierde ya por la grieta rojiza del amanecer. Detrás de su barba blanca esconde un mentón demasiado corto y una vida demasiado larga. Apenas conoció a su padre, porque murió cuando él no había llegado a cumplir los dos años, por culpa de una operación caprichosa. Era cojo y necesitaba recuperar la movilidad de la rodilla izquierda para conducir. Que un hombre de más de cuarenta años se empeñase en pasar por el quirófano para comprarse un coche no dejaba de ser un capricho en aquella época. En 1927,

en Oviedo, la mayoría de los profesores sesudos, o de los respetables concejales, estaban acostumbrados a cumplir con sus obligaciones y con sus ocios sin necesitar un carné de conducir. La aventura no salió bien, quedó frenada por una infección vertiginosa, y Ángel González creció huérfano de padre, sin las enseñanzas directas de uno de los mejores pedagogos asturianos de principios del siglo XX. Pero la madre y los hermanos mayores hablaban mucho de las costumbres, las ilusiones y la rectitud del fallecido. Por eso el niño conservó recuerdos vivísimos de un padre al que apenas llegó a conocer. Además de una enciclopedia Espasa, algunas fotografías y un tesoro de sugerencias morales sobre la educación y el gobierno de los hombres, Ángel heredó de su padre un mentón corto y la certeza de que los caballeros con esa peculiaridad fisiológica deben dejarse la barba para presentar en sociedad un aspecto digno.

Detrás de la barba de Ángel González, se esconde la imprudencia más precavida que pueda conocerse. Los acontecimientos de la historia lo sorprendieron desde muy pronto en lugares propicios a las grandes borrascas o a las sequías aniquiladoras. Por voluntad o por fortuna, otros individuos pasan su vida en zonas templadas, amparados por la caridad de unos elementos atmosféricos que se comportan como perros falderos. La buena lluvia, el sol suave, la brisa primaveral facilitan mucho las rutinas de la existencia. Ladran alguna vez, pero no muerden. La cuestión es que Ángel prefiere los gatos a los perros, y desde muy niño se acostumbró a que la historia se encontrara con él a la intemperie. Mientras saltaba por los árboles, las tapias y los tejados de su barrio, el viento frío del norte arrastró nubes oscuras, ramas quebradas, papeles de periódico con noticias alarmantes, revoluciones, golpes de Estado, guerras, victorias y derrotas, descargas de fusiles, tiros de gracia y horas de silencio conmovido. Tardó poco en despreocuparse del miedo familiar a los quirófanos, herencia materna en este caso, para atender a los peligros mortales que pasaban por la calle. Al segundo chaparrón, calado hasta los huesos, aprendió a quitarse los calcetines, pedir ropa seca y buscar el calor de la lumbre. Nunca renunció a habitar los lugares marcados con la tinta roja de la imprudencia. Pero suele acomodarse en ellos de forma muy precavida, moverse con tiento, sin hablar en voz alta, guardándose las lágrimas y las risas para sí mismo o para las ocasiones de extrema intimidad. No ya la felicidad, sino la supervivencia dependieron en muchas ocasiones de un silencio a tiempo.

Entre Stalin y Hitler, el cigarro puro, el sombrero y el cinismo inglés de Churchill ofrecían una forma decente de escurrir el bulto. Los alumnos del colegio Fruela jugaban a escoger nombres famosos en la historia europea de los años cuarenta. Olvidaban sus apellidos en la cartera, anotados con caligrafía redonda de las libretas y los libros, y cada cual elegía un personaje en los aires convulsos de la política internacional. Sobre la política española era mejor pasar de puntillas. Los González, los Alas, los Rodríguez, los Caballero, los Álvarez-Buylla, los Bascarán soportaban el peso de una derrota o de una victoria demasiado cercana. Mejor jugar a los bigotes de Stalin y Hitler, o a saludar el paso de la tarde con la mano y la desmayada salud de Roosevelt, o a celebrar la capacidad sentimental de resistencia con el orondo buen humor de Churchill. A ver quién llega primero a la puerta de la Catedral. Ha ganado Adolf Hitler. Vamos a encontrar a Franklin Delano Roosevelt, que está escondido en un portal de la calle Cimadevilla. A la pregunta difícil del profesor de religión, que conteste sir Winston Churchill, y ése era Angelín, que se llevaba muy bien con el profesor de religión del colegio Fruela, como los alumnos becados suelen llevarse con casi todos los profesores en los colegios de pago. Cuando el profesor de religión, por poner las cosas fáciles, preguntaba con voz condescendiente en la clase «¿Quién hizo el mundo?», los pupitres se llenaban de manos y de voces que respondían a coro: «Mi padre».

Por mucha devoción y mucha voluntad clerical que reinase en España, una victoria era una victoria y el orgullo de los vencedores rompía las costuras por donde menos se pensara. Churchill levantaba la mano antes de que el cura empezase a gritar y a tragarse sus blasfemias, y en voz baja sugería «Dios», reestableciendo el orden nacional en el aula. Y no se trataba de responder con la seguridad de quien ha visto a Dios, porque por entonces Dios aún no se le había aparecido a Ángel González. En la vida todo se anda, pero todo tiene sus momentos, sus pasos. Eran sólo ganas de quedar bien, de ser prudente, de comportarse como Churchill. Por tradición familiar, tal y como estaban las cosas en el mundo, le hubiera apetecido llamarse Stalin, José o Pepe Stalin. Pero con un hermano fusilado, otro hermano en el exilio, y una madre y una hermana depuradas, quién era el niño temerario capaz de llamarse Stalin en el colegio Fruela de Oviedo. Resultaba más peligroso que olvidarse de Dios por una confusión paterna y bienintencionada. Así que era mejor evitar las coincidencias sospechosas, incluso en los inocentes juegos infantiles. Tampoco se podía pasar uno al enemigo, ni siquiera de broma. Hitler quedaba descartado por un asunto de dignidad familiar. Angelín, que ignoraba entonces los crímenes de Stalin, desconocía también hasta qué punto la Inglaterra de Churchill se había lavado sus manos regordetas con un pacto de no intervención durante la guerra, dejando que los alemanes y los italianos crucificasen a la República española. No habían faltado comentarios y noticias desalentadoras, pero Churchill podía ser identificado aún con un caballero, un demócrata, alguien que luchaba contra Hitler, una buena excusa para huir prudentemente de Stalin sin pasarse al enemigo.

En las leyes de la supervivencia hasta el buen humor supone una manera de guardar los secretos. Conviene mirar al viento, mantenerse callado y dejarlo pasar con su arrastre de calamidades y de golpes de fortuna. Nadie puede nada contra el azar, pero nunca está de más una barrera desde la que observar sus revueltas y sus cornadas. Quien ha vivido una guerra sabe que conviene pensar muy bien lo que se hace y lo que se dice, aunque después nada permanezca atado y seguro ante el carácter maniático del destino. En los primeros años de la República, Ángel se extrañaba cada vez que su madre interrumpía las conversaciones de sus hermanos, repletas de optimismo, estrategias y nombres de políticos. La madre se preocupaba por la amenaza de una guerra. El niño entendía el miedo a la electricidad de las tormentas, a las uñas de los incendios, a los aullidos de los lobos, al túnel del tren que pasaba por el barrio, pero no podía comprender la amenaza abstracta de la guerra. Cuando oyó en la radio de galena que unos generales se habían levantado contra el Gobierno, tampoco entendió el miedo de su madre. El mosquetón fascinante de su hermano Pedro, la disciplina firme y decidida de su militancia seguían formando parte de un reino infantil, en el que todo estaba en su sitio, y sobraba espacio para cualquier cosa, para un duro de plata, una película en el cine Toreno, el entusiasmo de un hermano heroico o la leyenda novelesca de las armas.

Sólo cuando empezó a actuar el azar, el imprevisible demonio del azar, comprendió el miedo a la guerra. Su hermana Maruja estaba una tarde asomada a la ventana, viendo a lo lejos el humo de los cañonazos que golpeaban uno de los frentes del cerco. Se salvó de milagro, por unos segundos, por un milímetro de reloj, por un golpe de fortuna, porque tuvo la suerte de apartarse de la ventana justo antes de que entrara un obús. Después de los gritos, cuando la casa se tranquilizó, la conversación de los mayores le hizo comprender al niño que la vida de Maruja no era el único milagro. La suerte quiso también que el obús traicionero no estallase aquel día dentro de la casa, un azar tan imprevisto como el invierno sin frío, el sol sin noche o el colegio sin exámenes. Vivir una guerra es ver que un obús

entra a merendar en la casa y no estalla, o sentir que una bala deja un agujero redondo y perfecto en el cristal de la ventana, cruza por el salón, pasa por una de las rendijas del biombo, deja otro hueco redondo y perfecto en el cristal del aparador y se incrusta en la pared, sin herir a nadie, sin romper una taza de café, sin rozar una de las copas de la tía Clotilde.

Pero la buena suerte suele enamorarse de la mala suerte, van siempre juntas, duermen en la misma cama. La mala suerte llamó a casa de los Taibo cuando los dos hijos de doña Nieves estaban haciendo una visita. Se abrió la puerta y la muerte entró confundida entre los soldados que buscaban al tío Ignacio Lavilla. Apuntaban con sus armas y sus preguntas. ¿Ustedes quiénes son, qué hacen aquí? Vivimos en el piso de abajo, somos vecinos, estamos de visita. Las explicaciones más naturales sirven de poco cuando en la rabia de la guerra un soldado aprieta un fusil o cuando el destino tiene un mal día. Se llevaron detenidos a los hijos de doña Nieves, y al cabo de pocas horas, como represalia por un bombardeo de la aviación republicana, entraron en el sorteo macabro de la venganza, los sacaron de la cárcel y los fusilaron. Decir que no supieron nunca por qué los mataban sería una licencia de mala literatura. Los hijos de doña Nieves supieron perfectamente por qué los mataban, por qué se fusilaba en una guerra como aquélla, por qué tienen razón las madres como doña Nieves o doña María cuando temen las guerras y el azar empieza a moverse al margen de cualquier protección. Ahí sí que acierta la mala literatura, los malos poetas que escriben versos sentimentales contra las guerras y resaltan el dolor de las madres. La mala y la buena suerte actúan sin reglas, como una catástrofe rodante, imprevisible, desbocada, porque las guerras hacen inútil el instinto de protección de las madres. Ése es el abismo, el caos, el infierno. Da igual tener los calcetines mojados o secos, tomarse o dejarse la leche, correr por el túnel del tren o soportar con prudencia la cobardía y las bromas de los otros niños. Da igual el cuidado, el desayuno a su hora, la cama bien hecha, las medicinas contra la tuberculosis. Los esfuerzos son impagables, pero no dan seguridad ninguna. Se muere por cualquier cosa, porque uno se levanta tarde de una silla, por estar de visita en el piso de arriba o por una coquetería, por no mancharse los zapatos.

Alfonso Beaumont, el vecino representante de pollos Chispún, murió por no mancharse los zapatos. Era muy vendedor, muy simpático y muy remilgado. Se hizo alférez provisional por las urgencias del momento. No se podía vender caldo de pollo en una ciudad sitiada. Los himnos y las consignas abundaban más que los contramuslos, y, puesto a elegir, se veía mucho mejor con uniforme de militar que con un mono de miliciano. La calle Fuertes Acevedo había quedado en primera línea de fuego. Los obuses entraban por las ventanas, que cambiaron los paisajes por los frentes de batalla y las persianas por los parapetos y los colchones. Al salir del portal convenía seguir un camino preciso, pegarse a la pared, andar bajo la protección de los otros edificios y llegar a la trinchera. Un charco se cruzó en la vida del alférez Alfonso Beaumont. Por no pisar el barro, dio un salto, se salió de la ruta segura, y la mala suerte aprovechó unas décimas de segundo para apuntarle a la cabeza. Angelín sintió su muerte, Ángel recuerda su muerte, aunque la guerra iba a escribir con sangre otros apellidos mucho más cercanos. Beaumont no deja de ser un apellido más raro que González.

En un campo de batalla no hay quien pueda negociar con la suerte, nada vale. Pero siempre resulta aconsejable aprender a hablar en voz baja y saber guardar un secreto. Cuando los milicianos se acercaron a la plaza de América y hubo que irse a vivir al piso de doña Nieves, Angelín se hizo amigo de los Taibo. Amistad era entonces una palabra muy seria, uno se jugaba la vida en cada sílaba. Amistad significaba complicidad, supervivencia,

confianza, pacto de silencio, compartir el hambre, saber guardar secretos, aprender las contraseñas, entrar a una casa llamando a la puerta de una forma especial y enterarse de que el tío Ignacio estaba escondido dentro de un armario. Después, ya al final de la guerra, significó también callarse por segunda vez, guardarse un secreto doble. Amaro y Paco Ignacio se pusieron blancos al ver llegar a un señor muy raro, sucio, fatigado, con una mano tapándose la cara, que entró en el portal donde ellos jugaban y subió por la escalera sin saludar. Benito Taibo, comisario del ejército republicano, volvía de la guerra.

Los padres vuelven raros cuando huyen de una derrota, y necesitan muchos besos, pero sobre todo mucho silencio, porque ya son dos los escondidos, un tío y un padre, y la amistad no significa decir vente a jugar con nosotros a la casa, sino entra en la casa, tú sí puedes entrar en la casa, eres de los míos, de los nuestros, pero cállate, no te estoy prestando un juguete sino la vida de mi padre, y la de mi tío Ignacio, no tengas un desliz, que nadie vea nunca los dibujos que te hace el tío, que nadie escuche un comentario tonto sobre alguna cosa sin importancia. Las verdades se filtran por debajo de las palabras como la luz o el miedo por debajo de las puertas. La suerte es infame y pone los oídos de cualquiera donde le da la gana, hace que las palabras inocentes se conviertan en bolas de fuego, hace que los soldados vengan a por el tío cuando están de visita los hijos de doña Nieves, y se lleva por delante a los pobres hijos de doña Nieves, y se olvida del tío en su armario. Así hasta que pasa la guerra, y la suerte empieza a hacer bromas con la paz. Nada es ya seguro, aunque siempre resulta mejor estar callado cuando se sale de casa.

Resulta mejor estar callado incluso cuando se tienen las de ganar. Las amenazas giran la cabeza y muerden los labios de quien las pronuncia muy seguro, sobrecargado de orgullo y de poder. Nadie está seguro, ni siquiera vestido de falangista, ni siquiera siendo un falangista de verdad, un camisa vieja, uno de los que no tuvo que darse prisa, correr a la tienda en busca de una camisa azul para salvar el pellejo y participar uniformado en la fiesta. Juan, el dueño de la peluquería de la calle Asturias, avisó un día a la madre de los Taibo de que un niño de la Falange, mientras se cortaba el pelo, y se vanagloriaba del asalto a la redacción del diario *Avance*, había dicho que no se iba a escapar ninguno, que poco a poco irían cayendo esos periodistas, porque todo se sabe, porque acabo de saber que en esa casa de enfrente está escondido Ignacio Lavilla, el redactor jefe, y vamos a ir a por él esta noche. Lo decía muy seguro, muy orgulloso, pronosticando el futuro, la cacería nocturna, los pasos siguientes en la historia cruel de la calle. Luego no ocurrió nada, no llamaron a la puerta, pasaron los días, las semanas, y tío siguió esperando al destino dentro de su armario. El barbero contó después que el falangista, antes de dar el chivatazo, había sufrido una muerte repentina. No había caído en una acción gloriosa, no había sido reclamado por uno de los sobresaltos que escriben los argumentos tormentosos de las batallas. Sólo fue una muerte repentina, una puñetera y oportuna muerte repentina. El falangista sufrió en sus carnes el cambio de rumbo de la fortuna, y descansó en paz de la guerra que había encendido con tantas amenazas y tanto empeño. Y dejó que los demás se escondiesen en paz. El mundo está condenado a que la mala suerte de unos se convierta en la buena suerte de otros.

Cuando un desdichado pierde el reloj, hay siempre un afortunado que se lo encuentra. La prudencia sirve para no mancharse las manos en el barro de la propia desgracia, a veces ayuda a sobrevivir, pero no evita los arañazos de la culpa, las noches de insomnio, el sudor del tiempo negro. No es sólo el miedo, ni la angustia a la hora de pensar en lo que se viene encima, sino el pasmo, la perplejidad de verse de pronto fuera del infierno, la sorpresa de sentirse a salvo, por fin a salvo, sin motivo, pero ¿qué ocurrió?, la

memoria y la duda, yo sí y aquél no, la alegría y la mala conciencia, no sé por qué yo sí y por qué tú no, por qué a ti te visitó la mala suerte y a mí la buena, y vueltas en la cama, y vueltas en la alegría y en el dolor, porque a mí no me tocó mientras a otros los estaban llamando a la ventana, a las tapias, a las curvas de las carreteras, a los lados peligrosos de la calle. Así pasan los años, como una mezcla fangosa de alegría, mala conciencia y secretos. La culpa está ahí, es inevitable, pertenece a la vida de Ángel y a la de cualquiera, forma parte de la resistencia, igual que la depresión, igual que el azar, igual que la alegría, igual que el amor al sol de invierno y a las últimas copas de la noche. No sé si ustedes conocen a Ángel González. Si lo conocen, o si tienen la paciencia de leer esta historia, podrán imaginar el cerco que la culpa impuso en sus recuerdos cuando dio por perdido el reloj Certina que le había comprado su madre.

Era el año en el que Ángel decidió buscarse la vida en Madrid. La pobreza pesaba todavía y fue un regalo a plazos. Habían pasado los años, la guerra, la infancia, la enfermedad en Páramo del Sil, las inyecciones de orosanil, los cursos de derecho en la Universidad de Oviedo, las primeras colaboraciones en la prensa. Resultaba imprescindible marcar el tiempo con un reloj nuevo en una ciudad más grande, llena de tabernas, amigos falsos, mujeres fáciles y academias para preparar oposiciones. La madre compró el reloj, y todavía estaba pagando los plazos cuando Ángel lo perdió en una aventura nocturna. Hay cojos honrados y cojos delincuentes, aunque todos vivan en silencio su desgracia. El ladrón cojo tuvo que tirarlo en un rincón cualquiera del Campo del Moro, antes de que lo detuviese el sereno. Los ladrones cojos no tardan en perder una carrera. Pero allí se quedó el reloj, Dios sabe dónde. Y seguiría marcando el tiempo hasta que se acabase la cuerda, y se quedaría mudo entre los setos, hasta que alguien lo encontrara por casualidad, y otra vez empezaría a moverse sus minutos, sus prisas, sus lentitudes y sus agujas en la muñeca de un ser alegre, visitado por la buena suerte. Quizá sea eso la memoria, o la literatura de la memoria, un reloj que sigue funcionando después de haberse perdido, una esfera en la que nos hace compañía y nos habla lo que ya desapareció. Todo pasa, pero nada termina del todo. Alguien puede encontrar unos recuerdos, observar su correa brillante entre las hojas secas del otoño, darles cuerda, hacerlos vivir en otro corazón, latir de nuevo y de verdad. Nunca se terminan de pagar los plazos de una vida, de cualquier vida. Quizá la memoria sea también eso.

No sé si ustedes conocen a Ángel González. Es posible que hayan leído sus poemas, pero muy poca gente sabe la historia de su vida. Después de sufrir su guerra, de recorrer los prados y las calles de sus quimeras infantiles, de respirar el aire espeso de una adolescencia contaminada por los himnos, las delaciones y el bacilo de Koch, comprenderán mejor el tono bajo con el que habla de las cosas altas, el humor que utiliza para acercarse a los asuntos demasiado serios. Comprenderán que se negara a creer en la existencia de Dios, incluso después de haberlo visto. Comprenderán también ese extraño fenómeno que asombra a sus amigos, una enigmática disfunción biológica que se convierte en el milagro final de todas las fiestas. Cuando bebe, a Ángel González se le sube el alcohol a los pies. Ha aprendido a mantener fría la cabeza. Por lo que pueda ocurrir... Por lo que pueda decirse o callarse... Aunque sus pasos vacilan, su voz es más clara, más sobria. Las apostillas secas de Ángel caen sobre las estupideces incautas de las borracheras.

La memoria no mantiene fría la cabeza, prefiere jugar con los recuerdos, elegir, tejer un mundo claro, volverle los forros al pasado. Los periódicos de la época confirman que entre 1925 y 1934 abundaron en Asturias los días lluviosos, las heladas y los veranos breves. Sin embargo en los primeros capítulos de esta historia van a dominar los cielos

azules, las mañanas de sol, los atardeceres suaves, los pantalones cortos, y un barrio casi asaltado por el olor del campo. De día se escucha el andar tranquilo de las vacas. Por la noche, el canto de los grillos.

2. La carpeta azul

Eduardo González y María Teresa Cano, Manuel Muñiz y Adelina González, Pedro González y María Muñiz. Nombres, apellidos, más nombres, Joaquina, Ángel, Narcisa, José, y lugares como Oviedo, Riberas de Pravia, Las Regueras, San Juan de Trasmonte, Belmonte, Ondes, y una carpeta azul con muertos vivos, vivos que mueren y vivos de una muerte imposible. La historia es un correr de nombres, apellidos, paisajes, cuerpos, historias, papeles, caminos, afanes, saludos, despedidas, recuerdos y ambiciones con nuevos nombres de lugares y nuevos apellidos. Cuando Ángel González sube con paso lento a un escenario para leer sus poemas, tose, se mete en la boca un pequeño caramelo de menta que no engaña a sus pulmones de fumador, vuelve a toser, da las gracias al público asistente y comienza con unos versos de su primer libro, *Áspero mundo* (1956). Es, dice el poeta, algo así como su sintonía oficial: Para que yo me llame Ángel González,

para que mi ser pese sobre el suelo,
fue necesario un ancho espacio
y un largo tiempo:
hombres de todo mar y toda tierra,
fértiles vientres de mujer, y cuerpos
y más cuerpos, fundiéndose incesantes
en otro cuerpo nuevo...

Ángel González no conoció en persona a los dos hombres más importantes de su vida. La realidad está hecha de materias flexibles, que se estiran y se contraen para llenarse de ecos. No todas las presencias reales son de carne y hueso. Del mismo modo que hay personas de muerte imposible, que siguen viviendo en la casa después de desaparecer, hubo muertos que estuvieron cerca del niño, gente muy conocida a la que nunca llegó a conocer. Se sentaron en el pupitre del colegio, vigilaron los juegos, salieron al balcón cuando se proclamó la República y bajaron al sótano asustados y confusos en los bombardeos de la guerra, porque sus vidas también corrían peligro, aunque llevasen mucho tiempo muertos. Después, al crecer el niño y necesitar menos ayuda, distanciaron sus apariciones, sus saludos, sus consejos, aunque no se fueron del todo a la tumba. Pasados los años, regresan todavía en la tos de Ángel, y desayunan de vez en cuando con él, empeñados en comentar las noticias del periódico. Si te viera tu padre, repiten algunas tías con dientes de conejo cada vez que cobran vida en los sueños. Si lo viera mi padre, murmura Ángel cuando desayuna café, galletas y noticias del reino en la cafetería Kon-tiki. El ancho espacio y el largo tiempo, el mar y la tierra, los cuerpos fundiéndose en otro cuerpo nuevo dejan costumbres de lealtad o antipatía, miedos, curiosidades, admoniciones, toda una sabiduría familiar del mundo que procura adaptarse al saber impersonal de la ciencia. El tiempo y el espacio dejan también unas cuantas fotografías, imágenes de antepasados con barbas, bigotes, levitas o faldas antiguas, y una carpeta llena de documentos. Ángel González conserva una carpeta azul, muy descolorida, en la que abundan los documentos de su padre, Pedro González Cano, y de su abuelo materno, Manuel Muñiz y García, los dos muertos más importantes de su vida.

Las vidas se resumen en una secuela de papeles. El papel arde muy bien, suele decir

la gente. Pero no todos los papeles arden en la hoguera del tiempo. Lo que arde de verdad es la vida humana. Hay muchos papeles que se salvan del paso de los siglos, cruzan los motines, los inventarios, las mudanzas, las catástrofes domésticas, y acaban olvidados en un archivo oficial, o en un desván, o en el cajón de una mesa, como reliquias de un pasado cada vez más remoto, convertido en legajo, en letra seca, en certificación amarilla de la nada. Los nombres pierden su corazón, y los paisajes sus olores y sus lluvias, porque lo que nunca se salva de la hoguera, lo que de verdad arde, es la vida humana, la vida de las gentes que piensan que el papel arde bien, las existencias particulares con sus declaraciones de amor, sus avaricias y sus credos. El saber familiar confirma de siglo en siglo, de cuerpo en cuerpo, de casa en casa, de muerte en muerte, que los recuerdos arden con más facilidad que los papeles.

Existe vida después de la muerte. Los muertos viven mientras pueden sentarse en los pupitres de un colegio o bajar a desayunar a una cafetería para comentar con sus hijos y sus nietos las noticias del periódico. Después desaparecen, y quedan sus papeles en una carpeta azul. Ésas son las dimensiones de la vida. Cuando se cumplen todas las muertes de una carpeta o de una historia, los documentos quedan sin corazón, sin paisajes, sin huellas sentimentales, que manchan el papel como los borrones de tinta o las raspaduras. Es entonces cuando desaparecen por fin los antepasados, los padres y los abuelos, que todavía alientan como un recuerdo vivo entre las partidas de defunción, los títulos de bachiller y las hojas de servicio. En la carpeta azul de Ángel, se guardan también muchos documentos de María Muñiz, su madre. Papeles de mujer viuda, impresos relacionados con su trabajo como habilitada de los maestros de Siero y de Cangas de Tineo, cartas a la superioridad suplicando aclaraciones sobre la muerte de uno de sus hijos, seguros contra incendios, palabras y firmas que resumen la vida de un ser lleno de amor, acostumbrado a temer y a resistir. Temía el correr de los años con sus peligros, y resistía el peso de un tiempo paralizado, irrespirable, de calmas mentirosas, porque la vida es una contradicción de atrasos y prisas. Hay épocas en las que hasta los días de fiesta pasan al acecho, con las uñas sacadas y la paciencia nerviosa del cazador que está a punto de atacar. Pero la vida de María Muñiz se mezcló mucho, se fundió muchas veces mucho, en la vida de Ángel. Así que aparecerá con frecuencia en esta historia como una de esas personas vivas de muerte imposible. Será la compañía fiel de casi todos los capítulos, desde los primeros recuerdos en el piso de la calle Fuertes Acevedo, y trabajará en sus cosas, que son siempre las cosas de los demás, esperando a que el hijo crezca, y se haga poeta, maestro, abogado, y vaya a Madrid a buscarse la vida y pierda el reloj Certina que ella misma va a regalarle. Pero conviene dejar que pasen los años. Ahora es sólo el tiempo de dos muertos, de Pedro González Cano y Manuel Muñiz y García, los muertos que más han vivido en la existencia de Ángel.

Pedro González Cano nació en Ondes, a la seis de la mañana del día 3 de noviembre de 1879. En el detalle de la hora puede haber alguna inexactitud, porque su padre, Eduardo González Álvarez, acudió al Registro Civil de Belmonte el 9 de agosto de 1898, cuando Pedro estaba a punto de cumplir diecinueve años. La prisa no actuaba con voluntad burocrática sobre las aldeas de Asturias en el último tercio del siglo XIX. Era hijo legítimo de don Eduardo, labrador, domiciliado en Ondes, y de doña Teresa Cano Fernández. La letra limpia y picuda del escribiente nos dice también que sus abuelos paternos se llamaron don Ángel y doña Joaquina, y sus abuelos maternos don José y doña Narcisa. El azar disciplinado de la carpeta azul informa de los inicios de la vida de Pedro por culpa de su muerte. Por eso aparece y desaparece en esta historia como un muerto vivo. La copia de la

partida de nacimiento fue pedida por María Muñiz, su mujer, el 19 de febrero de 1927, dos días después de quedarse viuda.

Los recuerdos de Ángel permiten todavía intuir la vida bajo los sellos oficiales y las firmas historiadas de la documentación. De muy niño viajó a Ondes, una aldea cercana a Belmonte, en el Concejo de Miranda. Desde aquel viaje, reelaborado por la memoria y el vaho, imagina los primeros años de su padre en un mundo de belleza primitiva, rocas altas y casas sin luz eléctrica, sin agua corriente, rodeadas de pequeños prados en los que se cultivaba la escanda, ese trigo de los campos humildes. El paisaje estaba dominado por laderas difíciles con vacas distraídas y piedras tramposas. Un camino silvestre subía hacia el pueblecito clavado en la montaña, con dos barrios de familias muy apiñadas. Preguntó por qué estaban tan juntas las paredes y las tapias de las casas, y la tía Rogelia le explicó al niño que en aquella tierra era conveniente buscar el calor de los vecinos para sentirse a salvo de la huestia. Los difuntos iban por el monte en Santa Compañía, con cirios en la mano, advirtiéndolo a los caminantes más temerarios de que la noche pertenece a las almas de los muertos. *Andar de día, que la noche es mía*, murmura la huestia, mientras pasa fantasmal delante de los campesinos que tienen la mala suerte de cruzarse con ella.

Nadie dudaba de que las almas que van a descansar en paz tienen derecho a quedarse algún tiempo entre los vivos, y por eso se dejaba abierta una ventana de la iglesia. Entraban sin reparos, buscaban como peregrinas fatigadas un rincón en el que ir olvidándose de sus menesteres y pasaban la noche en sagrado, tranquilas y en su sitio. Los muertos son huéspedes de los vivos, pero hay muertos y muertos, como hay vivos y vivos, y algunos hablan más de la cuenta, se valen de su información privilegiada, adelantan el futuro, amenazan, anuncian la muerte ajena, o se dedican incluso al bandidaje en los montes, y se hacen siervos del diablo. No era cuestión de arriesgar, las procesiones de la huestia tienen poco que ver con los consejos pacíficos de un abuelo o de un padre, dedicados a velar por el futuro de sus descendientes. Al niño no le extrañó que las casas de Ondes se apretaran para dejar poco espacio a los fantasmas de mala voluntad. Después, su hermano Manolo le dijo que aquella superstición se la habían inventado los monjes del monasterio de Santa María de Belmonte. El clérigo que cultiva pavores recoge buenas limosnas. Puede ser, en este mundo caben tanto las almas de los muertos como los monjes torcidos. Pero a Ángel le quedó en el fondo del recuerdo el paso triste de la huestia entre las brumas de un pueblo del siglo XIX, sin luz eléctrica, sin agua corriente, sin carreteras. Allí nació su padre, allí pasó su infancia y su adolescencia, corriendo por los prados de Callega y Panasquín, por el Huerto de Trillallomba, cansado de subir montañas, de segar la escanda, de correr detrás de las vacas, o de bajar con sus hermanos hasta las orillas del río Pigüena, llenas de espuma, juncos y veranos.

Los contratos de compraventa reunidos en la carpeta azul sugieren que Pedro González nació en una familia de labradores humildes, premiada por el buen trabajo. Los papeles hablan de una discreta prosperidad. Don Eduardo compró poco a poco casas y prados. Además de Pedro, tuvo dos hijas, Rogelia y Ángeles, y dos hijos, Ángel y Santos. El que llegó más lejos de todos fue Ángel. Consta que murió en La Habana, Isla de Cuba, en 1924. Ángeles y Santos sólo llegaron a Madrid, ciudad en la que recibieron una parte de la herencia de su hermano Ángel. Entre el papel amarillento de la burocracia y los timbres del Estado, a veces se levantan como pájaros en un secarral los detalles familiares de la vida, el aire que respiraron los personajes, sus amistades y sus domicilios, las preferencias, las lejanías. Consta, por ejemplo, que Ángeles no había aprendido a escribir. El analfabetismo, según los documentos de la época, era una costumbre muy española,

arraigada sobre todo entre las mujeres y los campesinos. Además de la rúbrica imprescindible de su marido, el tío Ramón Fernández, aparece la firma de un representante legal llamado don Enrique Rodríguez. Consta también que Ángeles y Ramón confiaron en Pedro, el respetable hermano profesor de la Escuela Normal de Oviedo. Firmaron en Madrid un poder notarial para que vendiese como estimara oportuno los bienes que aún conservaban en Ondes. Don Dimas Adanes Horcajuelo, notario del Ilustre Colegio de la Corte, da fe de esta buena hermandad, a 30 de diciembre de 1926. Lo que ningún notario, ninguna firma, ningún sello podían certificar entonces es que a Pedro le quedaban apenas dieciocho días de vida. La carpeta azul, junto a documentos relacionados con prometedores negocios, esconde un recibo de la parroquia de San Juan del Real de Oviedo, por un funeral de segunda clase. Se detallan los gastos de párroco, celebrante, vestuarios, sacristán, cantores, acólitos, campanero, túmulo, cera, sillas, reclinatorios y coadjutores. En total ciento setenta pesetas pagadas por una viuda.

Los números y las fechas parecen un camino llano, dos y tres son cinco, un año viene después de otro año. Antes de hundirnos en la carpeta azul, podríamos llegar a creer que las cifras son una herencia tranquila, un prado de veinticinco áreas que linda al norte con la geometría, al oeste con la aritmética y al sureste con la gran finca de la lógica. Pero los números y las fechas se convierten de pronto en un laberinto perturbador, amenazado por las puertas falsas y las salidas tristes. Cuidado con los números, le advertirá a Angelín pocos años después su abuelo materno, el también difunto Manuel Muñiz y García, camino del colegio. Cuidado con los números, porque pueden ser enteros, quebrados y mixtos, abstractos y concretos, homogéneos y heterogéneos, incomplejos y complejos, simples o dígitos, y compuestos o polidígitos. *Gracias, abuelo*. No conviene perderle el respeto a los números, sobre todo cuando se convierten en la memoria humana de una carpeta azul.

Pedro González Cano fue nombrado Profesor Provisional de Caligrafía del Instituto General de Oviedo el 29 de noviembre de 1902, con un sueldo de mil quinientas pesetas al año. Llegaba a buen puerto una historia desencadenada por una desgracia. Corriendo un día por el monte detrás de una vaca, tuvo una mala caída por culpa de una piedra tramposa y se fracturó la rodilla. Soldaron mal los huesos, quedó cojo de la pierna izquierda, incapacitado para las labores del campo, y hubo que buscar una salida honrosa en los estudios. La carrera de maestro era la tentación lógica para los muchachos que no nadaban en la abundancia, ni tenían padres con el poder de asegurar un puesto en la Administración. A la Escuela Normal Superior de Maestro de Oviedo fue Pedro en busca de un título, que consiguió sin dificultad en junio de 1902, a los veintitrés años. Había demostrado enseguida inteligencia para las matemáticas y vocación real de pedagogo, dos virtudes muy apreciables en una España que necesitaba arreglar sus cuentas con el pasado, tomarse en serio la educación futura de sus ciudadanos y salir de la miseria en la que estaba hundida. Eran dos virtudes también muy indicadas para ganarse la simpatía del director de la Escuela, don Manuel Muñiz y García, un respetado profesor de matemáticas, señor de chistera y levita, rubio, con bigote dignísimo, muy católico, pero muy liberal y querido en la ciudad, porque había enseñado a los comerciantes de Oviedo a sumar y a dividir con la publicación en 1880 de un libro titulado *Cartilla métrica, o sea breve aplicación del sistema métrico decimal para uso de los establecimientos mercantiles*. Desde entonces, los errores en las facturas, las cifras bailadas, los gramos de más o de menos fueron responsabilidad de cada establecimiento. En 1883, don Manuel había dado un paso más hacia la armonía ciudadana, recordando que las responsabilidades son siempre compartidas, al publicar sus *Tablas prácticas para plantear el sistema métrico decimal necesario al comercio y las familias*.

Manuel Muñiz vivía dentro de la Escuela Normal, en la casa destinada al director. Desde luego no era una existencia demasiado sedentaria, porque la dirección estaba sometida, como todo en España, a la ley de los turnos, los nombramientos y los ceses, hoy los conservadores y mañana los liberales, ahora Cánovas y luego Sagasta. Cuando gobernaba don Práxedes, Manuel Muñiz vivía en la Escuela; cuando ganaban las elecciones los conservadores, acusaba recibo del cese, empaquetaba sus libros, y acompañado de su hija María se iba a la calle, en busca de un domicilio extramuros del noble recinto pedagógico. No le importaba mucho. En realidad, su domicilio estaba donde estaba su hija, su única compañía, una muchacha rubia, de ojos azules, de cara agradable, y de cuerpo vistoso. María era una joven, por fortuna, más bien gordita. El padre y las tías estaban acostumbrados a obligarla a comer desde su nacimiento, cuando el médico diagnosticó una debilidad incompatible con la vida. Manuel Muñiz se empeñó en sacarla adelante. Pasaron los días, la niña resistió, se sobrepuso a las secuelas de un mal parto. Después, el padre la envió a Riberas de Pravia, para que la criasen el aire limpio y los cuidados estrictos de la tía Clotilde. Volvió feliz a Oviedo, convertida en una muchacha gordita y paciente, las dos virtudes más indicadas para llevarse bien con la tía Clotilde. María Muñiz vivió con su padre en la Escuela Normal —por entonces gobernaban los liberales—, y allí vio por primera vez a Cano, es decir al estudiante Pedro González Cano, más alto que bajo, más atractivo que guapo, más respetuoso que bromista, de pelo castaño en la cabeza y una barba discreta que servía para ocultar un mentón corto, y con una marcada cojera en la pierna izquierda.

No disimulaba Manuel Muñiz la simpatía por Cano. Cuando terminó sus estudios de Magisterio, lo propuso en nombre del claustro para una beca especial de la Excelentísima Diputación de Oviedo, que quiso celebrar así, premiando a maestros, el juramento del nuevo rey Alfonso XIII. Su graciosa majestad acababa de cumplir dieciséis años, y en su homenaje ya se repartían prebendas entre los súbditos. A Muñiz le gustaban los hombres hechos a sí mismos, pero pensó que a Cano no le vendría mal ahorrarse unas pesetas. Con motivo de esta ocasión regia, la diputación concedió a Pedro González Cano el dinero que costaba el Título de Maestro de Primera Enseñanza Superior. Así consta en una comunicación oficial del 23 de diciembre de 1902, firmada por Manuel Muñiz. Nunca des la espalda a la gente que merece ayuda, le repitió en muchas ocasiones el difunto Manuel Muñiz a su nieto Ángel. El difunto Pedro González Cano, en su condición de recuerdo vivo, también repetiría muchas veces al oído del niño que la dignidad no depende de los honores oficiales, ni del dinero librado por los bancos, sino de la honradez personal y del trabajo bien hecho. Hijo mío, no se lo digas a tu abuelo, que es muy religioso y no quiero que se moleste, pero los ateos debemos ser más honrados y más trabajadores que nadie, para demostrar que las personas decentes no necesitamos las amenazas del infierno a la hora de obrar de acuerdo con nuestra conciencia.



Manuel Muñiz.



Tía Clotilde.



María Muñiz.



Pedro González Cano.

Aunque Pedro González Cano y Manuel Muñiz se llevaron bien, hubo algunos secretos entre ellos. La cojera de la pierna izquierda se mantuvo en una prudente dimensión fisiológica. Cano nunca cometió el error de confesarle a Muñiz que no creía en la existencia de Dios y que se sentía republicano, poco dispuesto a tomarse en serio los derechos legítimos del Rey que acababa de jurar el cargo. Para que uno y uno sean dos, o cien y cien sean doscientos, no puede haber un uno que valga más que otro uno. Así no le salían las cuentas políticas a Cano. No era ése su sistema métrico decimal. Pero como se guardó mucho de confesárselo a Muñiz, hombre de la Restauración y de la Iglesia, un día pudo casarse con su hija María. El profesor Muñiz sólo alcanzó a ver en Cano lo que en él había de buena persona, seria, honrada, hecha a sí misma. Quizá imaginó en la vida del alumno aventajado una repetición de su propia historia, la aventura esforzada del joven aldeano que llegó a la ciudad dispuesto a ganarse la vida.

Manuel Muñiz había nacido en San Juan de Trasmonte, en Las Regueras, hijo también de una familia de modestos campesinos. Muy joven se trasladó a Oviedo para trabajar de dependiente y recadero en una tienda de ultramarinos. Pasear por la ciudad, buscar un hueco en el trajín del siglo XIX, le pareció más interesante que cultivar escanda. Prefería ver cómo se cerraban los tratos en la plaza de La Escandalera, cómo se llenaban los soportales del Fontán con la agitación de los hombres, las mujeres y los puestos de madreñas, cómo olía a vida y a cuero la calle Fierro, siempre en manos de los zapateros remendones y de los herreros. A veces, sobre todo los jueves, podía encontrarse con su hermana María, que trabajaba de carretona entre Las Regueras y Oviedo. Aprovechaba entonces la ocasión de un recado para buscarla, y correr con ella a la plaza de Daoíz y Velarde, tomada por los puestos de verdura. Su blusón gris se mezclaba con los delantales anchos y con grandes bolsillos de las vendedoras. Subían después a pasear por el Fontán, entre animales y tratantes de ganado. Daba gusto contemplar a una distancia prudente los aperos de labranza, que se habían convertido en un espectáculo al dejar de ser una desalentadora cuestión personal. Daba gusto comerse con los ojos las rosquillas y los bollos de escanda traídos de Morcín. Más que el campo, Manuel apreciaba sus alegres y bulliciosas consecuencias en los mercados de Oviedo.

Al descubrir que tenía facilidad para los números y que ajustaba con rapidez pasmosa las cuentas de los ultramarinos, decidió estudiar y se hizo maestro. La carpeta azul expide ahora un título de bachiller orlado con la balanza de la ley, los instrumentos de las ciencias, los libros de la sabiduría, los utensilios de la medicina, un globo terráqueo y un filo trenzado con hojas de laurel. Lo firma don Felipe Pío de Aramburu y Zuloaga, rector de la Universidad Literaria de Oviedo, y se expide a nombre de Manuel Muñiz y García, que había demostrado sus conocimientos ante los examinadores el día 25 de junio de 1873. El dependiente de ultramarinos prosperó al ritmo vivo de la ciudad. Los ovetenses talaron el Carbayón en 1873 y abrieron la calle de José Francisco Uría, prohombre de los ferrocarriles y de las obras públicas asturianas, para extender el centro de la ciudad más allá de las viejas fronteras de La Encimada. Se trataba de acercar la ciudad al ferrocarril y de que Clarín encontrase un domicilio cómodo y un ambiente urbano propicio para escribir *La Regenta*. Antes de que el rey Alfonso XII visitara Asturias para celebrar que los trenes españoles fuesen capaces de subir el puerto de Pajares, antes de que se inaugurara en 1886 la Estación del Ferrocarril del Norte en Oviedo, Manuel Muñiz y García había alcanzado el título de

maestro y se había convertido en un pedagogo de prestigio, sobre todo en el difícil arte de difundir el amor por los números exactos y las matemáticas entre los comerciantes, los aprendices y los escolares. Sus *Nociones de aritmética al alcance de los niños* iban a alcanzar una fama notable entre los maestros asturianos de varias generaciones. La décima edición, corregida y aumentada por Pedro González Cano en 1912, será la causa de los primeros éxitos escolares de su nieto Ángel en los pupitres republicanos de 1932. Los buenos difuntos le habían explicado muchas veces al oído la complejidad de los números, los trucos de un dividendo y un divisor acabados en cero, la técnica del descuento, la extensión de una fanega y el peso de un quintal.

Cuando se inauguró la Estación del Ferrocarril del Norte, Manuel Muñiz ya era también padre de una niña llamada María.

3. Las bodas

—Pero ¡cómo te vas a casar con un cojo!

—Tía, el conde de Romanones también es cojo, y mira hasta dónde ha llegado.

Pocas veces era capaz María Muñiz de enfrentarse a la tía Clotilde. Había aprendido a obedecerla de forma natural, sin entrar a discutir la justicia de sus opiniones y de sus órdenes, con la misma docilidad que demostraba Félix. Tía Clotilde era también una madre para ella, pero bajo sus palabras cariñosas y sus órdenes maniáticas se agolpaban otras fuerzas atávicas que habían tejido una red de amor, respeto y miedo ante sus caprichos sociales y sus negaciones tajantes. Tía Clotilde era, de una sola vez, la madre que no había tenido, la hermana de su madre muerta, el apoyo de su padre, la tía generosa que se había hecho cargo de una niña enfermiza, la cuidadora obsesiva de su salud, la madre de su primo Félix, y la mujer minuciosa y entregada que tiraba de toda la familia hacia delante, mientras su marido, el tío Félix, enviaba noticias cada vez más confusas y tardías desde La Habana. Era una mujer de orden, de mucho orden, empeñada siempre en imponer la buena educación entre los niños y la observancia estricta de las costumbres decentes entre los mayores. Los hermosos paisajes de Riberas de Pravia estaban acostumbrados a las mujeres fuertes antes de que naciese la tía Clotilde. Allí vivió doña Paya, la nieta de Ordoño II, gobernadora de un coraje fulminante y legendario. Cuando se enfadaba, sus gritos se oían desde la Concha de Artedo hasta las cercanías de Avilés. Por allí paseó también doña Sancha, la hija de Alfonso IV, en una época de Asturias incluso más belicosa que la primera mitad del siglo XX. Pero ni doña Paya ni doña Sancha se enfadaban tanto como la tía Clotilde.

Pasados los años, las guerras y las muertes, todavía se aparece en los poemas de su sobrino nieto Ángel. Quizá porque Rubén Darío quemó un verano frente a la Peña de la Deva, cerca de Riberas de Pravia, y llegaron a sus oídos las inclinaciones alcohólicas del desastrado poeta nicaragüense, tía Clotilde nunca se mostró muy partidaria de las emociones líricas. No dudará en repetírselo a Ángel González una vez más en los versos de «Así parece»:

mi anciana tía Clotilde regresa de la tumba
para agitar ante mi rostro sus manos sarmentosas
y repetir con tono admonitorio:
¡Con la belleza no se come! ¿Qué piensas que es la vida?

Como María Muñiz aprendió desde pequeña a obedecer y a ponerse de parte de la

tía, tarda poco en aparecer ante su hijo en el mismo poema, dispuesta a exagerar un enfado sólo sentido a medias. María exageraba siempre la disciplina delante de la tía Clotilde, pidiendo a los hijos y a Soledad que extremasen los cuidados: Por su parte,
mi madre ya difunta, con voz delgada y triste,
augura un lamentable final de mi existencia:
manicomios, asilos, calvicie, blenorragia.

Pero mientras el invierno de 1907 se llevaba las hojas secas de Oviedo, y las ramas desnudas de los árboles se abrían como manos sarmentosas sobre los puestos del Fontán, el amor le dio fuerzas para enfrentarse a la mujer que la había criado. Estaba muy enamorada de Pedro Cano, y muy contenta de que hubiese conseguido cambiar la plaza de Segovia por un puesto en la Escuela Normal de Oviedo. Además, quería cumplir uno de los últimos consejos que le dio su padre, cuando se sintió ya muy enfermo, poco antes de convertirse en un difunto vivo. Hija mía, Cano es un hombre honrado, harás bien si te casas con él. Los muertos vivos, cuando son vivos de muerte imposible que están a punto de morir, necesitan preocuparse por el destino de sus descendientes. Casi todo lo que repiten al oído en sus apariciones estaba ya dicho en sus vidas de carne y hueso. Así que María contaba con la bendición de su padre para enfrentarse a la negación maniática de la tía Clotilde, partidaria siempre de algo mejor, agotadora siempre en sus predicciones, y poco acostumbrada a que le llevaran la contraria.

La carpeta azul, que es muy pudorosa en general por lo que se refiere a los asuntos del corazón, no ofrece ningún dato sobre los amores de Manuel Muñiz y García. Pero Ángel recuerda, tal vez se lo contarían su madre o su hermana Maruja, que el abuelo Manuel ejerció un tiempo como maestro en una institución de beneficencia en Soto del Barco. Por lealtad a sus orígenes, nunca olvidó los apremios de la miseria y la utilidad de la cultura en la tarea voluntariosa de adecentar el mundo. Los paisajes marítimos y fluviales de Asturias ablandaron su corazón de hombre sesudo, ya entrado en años, y empezó a fijarse en una jovencita de Pravia llamada Adelina González. Pertenece a una familia de muchas hermanas, pero desde la primera vez que las vio juntas los ojos de Manuel se quedaron a solas con ella. Cada vez que regresaba a Oviedo para cumplir sus obligaciones en la Escuela Normal, Adelina irrumpía en sus pensamientos, saltaba de cuenta en cuenta, perturbaba los resultados de las ecuaciones y las raíces cuadradas. Resolvió el problema de una forma correcta, sumó uno más uno y la pidió en matrimonio. Por desgracia la felicidad duró poco, ya que en 1884, al año de casarse, Adelina murió en el parto de su primera y única hija. Fueron momentos de miedo y desorientación, unas noches interminables en las que los libros, las cuentas y los sueños se llenaron de tachaduras.

El médico agravó el dolor del viudo al vaticinar una muerte rápida de la niña. Por fortuna, la segunda desgracia no se cumplió, y don Manuel debió preocuparse del futuro inmediato de una criatura muy débil. Se olvidó de las grandes ilusiones pedagógicas fraguadas para un hijo imaginario, quimeras que le habían dado muchas vueltas en la cabeza después del matrimonio con Adelina, y atendió a la difícil supervivencia de su hija real, no afectada de ningún mal concreto, pero falta de fuerzas, de humores vitales y de madre. Nada le pareció mejor que enviarla por unos años a casa de Clotilde, la hermana de Adelina. El aire de Riberas de Pravia era sano, y Clotilde una mujer escrupulosa, madre de un hijo, y capaz de cumplir a la perfección los cuidados que la niña necesitaba. Tía Clotilde, con el marido en La Habana y la rectitud en el cuerpo, había nacido para eso, para caminar derecha en los senderos cotidianos y en las revueltas del destino. Unos años

después también se hizo cargo de Rosita, la hija de otra hermana fallecida.

Y en su casa crecieron Félix, María y Rosita. Cuando se hizo una mujer dispuesta a llevar una casa, María regresó a Oviedo con su padre. Tía Clotilde sólo sufrió en la vida una debilidad, una angustia a la que no pudo sobreponerse. Le daban miedo las vacas, no resistía sentarse en un taburete, poner las manos en las ubres y ordeñar a las pacíficas proveedoras de leche que pastaban en el prado de su casa. Esta debilidad iría perdiendo importancia con el paso de los años y con el cambio de las costumbres, pero no dejaba de ser un inconveniente notable en la Asturias del siglo XIX, en una casa rural, sobre todo cuando se ejercía de mujer escrupulosa y maniática. Y es que había otro detalle que empeoraba la situación. Doña Clotilde era incapaz de pedirle a una criada que ordeñase las vacas, porque no se atrevía a beber leche conseguida por manos poco familiares. Como Félix se fue haciendo el despistado y aprendió con el tiempo a desobedecer las órdenes de doña Clotilde, llegando incluso a enamorarse de una mujer casada para desolación de su madre, le tocó a María la responsabilidad de ordeñar las vacas. Todas las mañanas la despertaba una criada con los buenos días de la señora. Que dice doña Clotilde que ordeñe usted la vaca. María aprendió a ordeñar, a coger el taburete y el cubo, a masajear las ubres, a sentir el espeso calor de los animales, a escuchar la caída metódica de la leche. Luego aprendió a compartir secretos con las criadas. Para que reinase la paz en los desayunos, en realidad daba igual quién ordeñase las vacas, bastaba con que se dijese a doña Clotilde que había sido su sobrina María. El miedo a las vacas y los escrúpulos ante las manos ajenas nunca hicieron daño a la severidad de doña Clotilde, ni al tono seco de su voz, pero abrieron una grieta en la autoridad de sus órdenes sobre el ingobernable cauce del destino. Muchos quebraderos de cabeza le iban a dar los amores inconvenientes de su hijo Félix y las locuras de su nieto José Luis, un bala perdida. Sólo tuvo suerte con sus sobrinas, aunque la mayor se empeñara en casarse en 1907 con un profesor cojo de la pierna izquierda.

Las visitas constantes a Riberas de Pravia convencieron a Manuel Muñiz de que había tomado una decisión acertada al enviar a su hija con tía Clotilde. María creció bien, y él pudo dedicarse a sus tareas de director de la Escuela Normal, soportando el peso de las tablas matemáticas, las revistas especializadas, los turnos y los ceses oficiales, primero en el ir y venir de Cánovas y Sagasta, luego en los renovados bailes de Maura y Canalejas. La política falsa de la Restauración generaba ambiciones, pactos, pequeñas crisis y salidas de compromiso que mantenían las apariencias de tranquilidad en las ciudades españolas. El país dormía una siesta interminable, vigilado por las torres de las catedrales y las conversaciones de los casinos. Los caciques provinciales del partido conservador coincidían en las conversaciones y en las mesas de juego con las cabezas bienpensantes de los liberales, y el malestar de la juventud, que a veces saltaba como un veneno de agua en medio de la sequía, acababa diluyéndose en la rutina, empapada por el aire sediento de una nación sin pulso. Bajo los toques de corneta y la música populachera de las bandas militares, quedaban en silencio miles de pequeñas historias humanas que iban trenzando una existencia real con los hilos de la pobreza extrema, la humillación, el analfabetismo y la verdad de los hipócritas. Poco respeto merecían a los jóvenes las autoridades de cualquier tipo, políticas, universitarias, eclesiásticas, militares, porque sólo se intuía el vacío debajo de las declaraciones oficiales, los birretes, la santidad de los pulpitos y la marcialidad de los sables victoriosos, que brillaban sólo bajo el sol de los desfiles.

Pero siempre había que distinguir. Pedro González Cano, de corazón reformista y radical, valoraba la fe pedagógica de Manuel Muñiz. En España, el interés por la educación era un valor casi revolucionario, y él apreciaba que su viejo profesor no se hubiera limitado

a las labores de dirección de la Escuela Normal, y que hubiese colaborado generosamente con la Escuela de Artes y Oficios patrocinada por la Sociedad Económica Asturiana de Amigos del País. Sus clases de Gramática Castellana, de Geometría Plana y del Espacio, de Aritmética y Álgebra nacieron de una inquietud pedagógica que pretendía unir el estudio de las ciencias y de las letras según el viejo sueño de Jovellanos, extendido ahora a las clases populares. Sí, don Manuel era un hombre respetable y sorprendente, un matemático interesado en poner los números encima de los mostradores de los comercios de Oviedo, para que los tocasen y los manchasen de sudor o de frío y sabañones las manos de las sirvientas, las madres de familia, los trabajadores urgidos por la necesidad y los dependientes acostumbrados a fiar y a hacer pequeños descuentos. Su religiosidad no lo había convertido en un señorón de moral hipócrita, de los que llenaban las iglesias y las cuentas de la Banca de don Policarpo Herrero, sino en un humanista con ambiciones filantrópicas. Una mañana, a consecuencia de una larga conversación con el joven Pedro González sobre el estado de la enseñanza en España, le llevó a clase el manuscrito de una conferencia que había pronunciado en la Escuela de Artes y Oficios para inaugurar el curso de 1895. «La libertad y la educación del hombre. Relación y armonía entre ellas», se titulaba la conferencia, que debió de sorprender al auditorio no tanto por los buenos propósitos formulados, inevitables e inútiles en esas ocasiones, sino por la pasión viva y poco retórica de un matemático decidido a defender la imaginación, los pliegues últimos de la libertad y del espíritu humano.

—Ustedes sabrán, distinguidos señores —había dicho el profesor con voz clara, lenta y profunda para concluir sus razonamientos—, que la imaginación es la facultad más elevada entre las que pertenecen a la sensibilidad, y la que como facultad cognoscitiva se aproxima más a la inteligencia. Ella es, como dice el padre Ceferino, la que excita la actividad intelectual de una manera más directa e inmediata, y sobre todo la que suministra en sus representaciones la materia propia y próxima para la elaboración de las ideas y los conocimientos intelectuales. En este sentido, y bajo este punto de vista, la imaginación puede y debe llamarse origen y causa de la ciencia.

El alumno González Cano encontraba allí lo que estuvo buscando sin suerte en la letra muerta de los manuales y en las aulas de un país con olor a cerrado. La educación era algo más que unas pesadas acumulaciones de datos, un crucifijo y un catecismo. Resultaba indispensable formar personas, trabajadores, políticos, pueblos y ciudades con imaginación, para que España entera se atreviese a soñar una realidad distinta. Nada faltaba tanto en la época como un soplo de imaginación, un deseo de mirar las cosas con ojos distintos, sin la condena interesada y mezquina a la incultura que tanto había envenenado las costumbres de una nación históricamente atrasada. Ya como profesor provisional de Caligrafía del Instituto de Oviedo, puesto para el que había sido contratado en 1902, González Cano siguió con interés los artículos de su maestro publicados en *El Naranco. Revista de Primera Enseñanza*. Las páginas de la revista se llenaban con información de vacantes, comunicaciones oficiales, noticias de maestros contratados con sueldos miserables en las aldeas y en los pueblos, y consultas de tono preocupado ante un futuro sin duda inclemente. *Un maestro habilitado que desempeña escuela en propiedad, ¿tendrá derecho a jubilación, o en caso de fallecimiento dejará viudedad a su esposa superviviente? ¿Qué documentos necesita en uno y otro caso? ¿Los huérfanos de una maestra que contaba a su fallecimiento con más de veinticinco años de servicios en propiedad, y que no tienen derecho a pensión, podrán tenerlo a que se les devuelva el importe del tres por cien que fue descontado para el fondo pasivo?* Preguntas amarillas, propias de una España amarilla,

incluso en las cuencas negras del carbón y en los paisajes verdes del norte, amarilla como las páginas de una revista antigua. Pero de vez en cuando encontraba allí un artículo de Manuel Muñiz sobre pedagogía, y González Cano se lanzaba a divagar con él sobre el valor de la percepción intelectual, el interés de la capacidad de abstracción, el peso de los primeros conocimientos que adquiere el niño y la influencia del don de la palabra en la adquisición de dichos conocimientos.

El 18 de julio de 1904 acabó el contrato de González Cano como profesor de Caligrafía en el Instituto de Oviedo. Mucha imaginación le hubiera hecho falta para sospechar y calcular todo lo que se acabaría, corriendo el tiempo, en otro 18 de julio. Pero esos contratiempos los iba a sufrir ya como muerto vivo en el recuerdo de su mujer y de sus hijos. Dos años había estado enseñando caligrafía a los alumnos, letra limpia y precisa, majestuosa y convincente, para que las actas notariales y los futuros documentos, las partidas del Registro Civil, los certificados de defunción, las facturas, los contratos de compraventa, los ceses y los nombramientos llenasen con dignidad las carpetas azules de Asturias. El 25 de enero de 1905 Pedro González Cano fue distinguido con el puesto de Profesor Auxiliar de Derecho y Legislación Escolar en el Instituto General y Técnico de Segovia. Era todavía un trabajo provisional. La ciudad castellana parecía también hermosa, tan llena de historia como Oviedo, con iglesias, sepulcros, plazas, silencios, calles viejas, un acueducto romano y muchos niños necesitados de una buena educación. Pero él sentía nostalgia de la humedad de Asturias, las visitas a Ondes y las mañanas de Oviedo. En menos de una semana reconoció que lo que más echaba de menos era la sonrisa tímida de María, la hija de don Manuel Muñiz, sus conversaciones discretas en los pasillos de la escuela y en las calles de la ciudad. Pedro González Cano fue un ciudadano ejemplar en Segovia sólo el tiempo que tardó en conseguir un nombramiento en Oviedo como Profesor Numerario de la Sección de Ciencias de la Escuela Normal Superior de Maestros, con un sueldo de dos mil pesetas al año. Era el 29 de marzo de 1907, según consta en el nombramiento firmado en Madrid por el Subsecretario de Primera Enseñanza. Su firma ilegible impide que pase a formar parte con nombre y apellidos del pasado de Ángel. Sólo existe como un garabato en la carpeta azul.

La imagen de María cobró sentido y fuerza en las soledades castellanas de Pedro. El joven profesor trajo de Segovia la decisión firme de pedir en matrimonio a la hija de don Manuel, y una anécdota que sirvió muchas veces en la memoria familiar, entre risas de incredulidad y cariño, para entender el desamparo sufrido en los dos años que vivió fuera de Asturias. Una mañana, al subir las escaleras del instituto, Pedro sintió que le empezaba a fallar también la pierna derecha. Una molestia nueva duplicaba los efectos desestabilizadores de su cojera. Llegó a clase, colocó los libros sobre la mesa y se dispuso a hablar de la educación en la gran época de los monasterios. Le gustaba tratar los temas en forma de cuento, con datos y meditaciones salpicadas de recursos legendarios, porque los niños abrían sus ojos en silencio y se quedaban clavados en la historia. Para demostrar que la educación era una disciplina moral, la raíz del comportamiento humano, había aprendido a remontarse a los tiempos del monacato. La Historia ofrecía muchas posibilidades narrativas y ayudaba a evitar disgustos con los profesores de Religión. Tema 5. La actividad pedagógica de los monasterios fue uno de los tipos de educación de mayor importancia, no sólo por su extensión en el tiempo, ya que dura desde el siglo IV hasta el siglo XVI, y aún perdura hoy en muchas ciudades españolas, sino también por su extensión en el espacio, pues va desde el valle del Nilo a las tierras altas de Escocia. Tened en cuenta que fue además una forma educativa muy variada, al comprender desde el ermitaño

primitivo hasta los discípulos del santo español de Loyola.

Los alumnos estaban muy atentos a la antigua historia de los monjes, los libros copiados a mano una y otra vez y las letras simbólicas que encerraban en sus colores y en sus formas toda la verdad del universo. Pero al profesor le costaba trabajo mantener la concentración, llevar sus reflexiones sobre el valle del Nilo y la alta Escocia hasta el asunto del sentido moral de la pedagogía, medio único para formar conciencias y regenerar naciones. Un pequeño calambre, un extraño cosquilleo en el pie derecho perturbaba sus pensamientos y sus palabras. Cuando la incomodidad fue irresistible, el profesor se levantó del asiento y siguió su clase paseando entre los alumnos. La norma espiritual del monacato es el ascetismo, disciplina a la que se someten todos los efectos y todas las necesidades corporales del hombre, que dedica la actividad de su cuerpo y de su alma a conquistar su norma moral, a lograr que desaparezca el apego a los bienes terrenales y a elevar el nivel espiritual por medio del estudio. Como el cosquilleo no desaparecía, provocando la inestabilidad premiosa de una doble cojera, el profesor aprovechó el camino de vuelta de uno de sus paseos entre los alumnos para rodear la tarima y colocarse detrás de su mesa. Con mucha discreción, sin detener sus palabras porque, en cuanto al método pedagógico, San Basilio recomendó que se crease en los alumnos el hábito de la participación, animándoles a preguntar, el profesor apoyó las manos en la mesa, acercó su pie izquierdo a su pie derecho, se frotó con la madera de la tarima y consiguió sacarse el botín. Un pequeño ratón, asustado y gris como una monja que saliera por la puerta de un convento de clausura, asomó sus bigotes, su hocico, sus ojos saltones y redondos, su cuerpo mareado, sus patas que tardaron un poco en recomponerse, y luego salió corriendo, rápido y libre, como un agitador en las calles de una ciudad tomada por los revolucionarios. Los alumnos no advirtieron la carrera incendiaria del pequeño fugado, muy atentos aún a las palabras del profesor, que seguía hablando de un español de Cartagena, amigo de San Gregorio Magno, llamado San Isidoro, que en su época había sido la más alta cumbre europea y mundial de la educación, las letras y las ciencias. Eran otros tiempos.



María Muñiz y Pedro González con sus tres hijos: Pedro (en brazos de su nodriza), Maruja y Manolo. Oviedo, hacia 1914.

En el invierno de 1907, pocos días después de convertirse Manuel Muñiz en un difunto vivo, María y Pedro contrajeron matrimonio. María tuvo que resistir los embates de la tía Clotilde, que aspiraba a un partido mucho mejor para su sobrina. La tía guardaba serias sospechas sobre el comportamiento moral de un profesor que se mostraba poco inclinado a observar las costumbres bendecidas por los templos del reino. Cuando sus razones no calaron en María, muy atravesada por el flechazo del amor, llegó a utilizar argumentos poco apropiados para una señora: —Pero ¡cómo te vas a casar con un cojo!

María no estaba dispuesta a volver a Riberas de Pravia. Su decisión era definitiva. Apoyada por la memoria de su padre, que no dejó de repetirle al oído su consejo todas las noches de aquel invierno, contestó como una señora de su casa: —Tía, el conde de Romanones también es cojo, y mira hasta dónde ha llegado.

Pedro y María pusieron su domicilio, a disposición de familiares y amigos, en un piso de la calle Pidal, cercano a la Escuela Normal. Según la carpeta azul, allí nacieron sus hijos Manuel Julián, en 1909, y María Teresa, en 1911. Cuando María se quedó embarazada por tercera vez, tuvieron que buscar un piso más amplio en la calle Asturias, donde nació Pedro en 1912. Poco después se mudaron al que sería su domicilio definitivo, en número 8, el 3º izquierda, de la calle Fuertes Acevedo. Tres hijos suponían una cantidad suficiente y responsable para un profesor avezado en las matemáticas infantiles. Ni la tía

Clotilde, ni la vecindad, ni ellos mismos tenían previsto que aumentara la descendencia. Pero trece años más tarde se llevaron todos una sorpresa.

4. Un respetable olor a azufre

Pedro González Cano dedicó su interrumpida madurez a la dignificación de la pedagogía asturiana y a pasear por las calles de Oviedo con un andar quejoso y una sonrisa educada. Si alguna vez envolvió su cuerpo el olor a azufre característico de los heterodoxos, enseguida se convirtió en un azufre etiquetado y respetable. Su comportamiento en la Escuela Normal y su decorosa barba no dejaron lugar al escándalo esperado por las cotorras y los moralistas de la heroica ciudad. Mantuvo siempre los hábitos rigurosos del profesor ateo y republicano que, en vez de convertirse en demonio con colmillos de fiera y ojos inyectados en veneno turbio, cumplía de forma honrada con su trabajo, hacía gala de una corrección prudente al opinar sobre las cosas del mundo y saludaba con una amabilidad extrema, al cruzarse con ellos por la calle, a los sacerdotes que llenaban de sotanas la tierra y de campanas el cielo. Se comportaba como todo un caballero, un ciudadano de bien, no sólo porque la moral pública y la decencia privada formasen parte sólida de sus ideas y su carácter, sino por amor a María Muñiz, que era mujer de iglesia, poco beata, pero inclinada a mantener las tradiciones y cumplidora ritual con la misa de los domingos. Pedro, que exigía respeto para su conciencia, respetaba los credos o las costumbres de los demás, y cuando se trataba de su mujer, prefería extremar las cautelas. La polémica no iba más allá de algún comentario irónico ante los pequeños escándalos provincianos del clero ovetense o ante las tentaciones mundanas de la Iglesia, decidida en España a quedarse con lo que era de Dios y con lo que era del César. De tarde en tarde, después de alguna pequeña discusión familiar sobre la hipocresía de los altares o sobre la primera comunión de los hijos, el abuelo Manuel Muñiz se invitaba de repente a cenar y murmuraba en el silencio de la casa: —Cano, no sabía yo que fueses tan ateo.

—Ahora, don Manuel, ya lo sabe usted todo, incluso que los ateos no olemos a azufre.

María cortaba la discusión entre su padre difunto y su marido, asegurando que nada tenía importancia, que ella era feliz, que más valía un buen hombre que un farsante, y don Manuel regresaba más tranquilo a los rincones de su descanso. Pero antes de desaparecer, le rogaba a su antiguo alumno: —Por lo menos, deja que mis nietos hagan la Primera Comunión.

González Cano era partidario de que los niños creciesen sin imponerles ningún credo. No se puede, afirmaba con un espíritu amable de resistencia, hacerlos fieles antes de que sean ciudadanos. En 1908 había sido nombrado vocal de la Junta Provincial de Protección a la Infancia. Asistió a largas reuniones en las que se hablaba de caridad, de matronas, de leche y de festividades navideñas, y con una excitación silenciosa, agobiado por la hipocresía decimonónica que manchaba ya la primera década del siglo XX, consideró que, además de las campañas contra la pobreza o de las colectas a favor de la dignificación de los orfanatos y las escuelas, la protección infantil significaba vigilar también que no se obligase a los niños a creer sin pensar, que no se les sometiese a la fe católica antes de tener uso de razón. Lo que era un sueño imposible en la acartonada sociedad de la época podía y debía intentarse dentro de la propia casa. Bueno —le decía a su mujer en tono conciliador para cerrar las discusiones—, vamos a dejar que crezcan, y que hagan lo que quieran cuando sepan decidir.

Llegó el día en el que Manolo, el hijo mayor, cumplió trece años, y la madre lo vio serio, responsable, estudioso. Decidió que era el momento oportuno de plantear definitivamente la cuestión. Habló con su marido y con sus tres hijos, y ganó por dos a uno, aunque fue una victoria sin demasiadas consecuencias. Más por agradar a su madre que por fe, Manolo y Maruja respondieron que querían hacer la Primera Comunión. Pedrito, entonces el pequeño de la familia, poco estudioso, irresponsable, divertido, pidió que lo dejaran en paz, que prefería jugar en la calle a perder el tiempo en los bancos de las iglesias. La mañana de la ceremonia, mientras su hermano se colocaba un traje de chaqueta y su hermana se ponía el vestido blanco y el velo resplandeciente, Pedrito abrió mucho los ojos. Por un momento pareció envidiar la novedad vistosa de los trajes, el cariñoso cuidado con el que la madre arreglaba el nudo de la corbata de Manolo o los alfileres del velo de Maruja, y los regalos que ya había anunciado la tía Clotilde. La algarabía familiar estaba esperando una capitulación del pequeño rebelde. Pero después de observarlos un rato, no se molestó en reprimir la risa: —A vuestra edad, y vestidos así, parecéis una pareja de novios.

Manolo nunca fue religioso. Moreno, alto, tranquilo, callado, se parecía físicamente a su padre, aunque podía enseñar sin vergüenza un buen mentón, por lo que de mayor no necesitó dejarse la barba. En eso tuvo suerte, porque creció en años de transformaciones sociales, cuando los jóvenes abandonaban el sombrero y la barba, y los republicanos, debido a los acontecimientos de Rusia y a la miseria agitada de las cuencas mineras, se olvidaban un poco de sus luchas con la Iglesia católica y con los enemigos tradicionales del progreso, y se hacían marxistas, aportando la conciencia de clase al vocabulario de la fraternidad, la ciudadanía y la regeneración nacional. Manolo González tampoco fue un activista, siempre prefirió los libros y la conversación a las algaradas callejeras y las reuniones de partido, pero se acostumbró a interpretar bajo la luz del marxismo la realidad española, las disputas entre republicanos y monárquicos, entre salarios miserables y fortunas desmedidas, entre socialistas y anarquistas, entre ateos y creyentes. El hijo mayor del heterodoxo encontró su modo propio de vivir en la ortodoxia. Mientras estudiaba con aplicación para ingresar en la Escuela de Ingenieros, aprendió a valorar los caminos que se estaban abriendo en la política internacional y los puentes que convenía trazar entre España y Europa. Encontró su sitio en un lugar incómodo para los tiempos que corrían. Fue un comunista discreto.

Además del nombre, heredó de su abuelo Manuel la autoridad familiar, un valor que se acentuó con el paso de los años y el incremento inesperado de la familia. Con una simple mirada o una indicación de la mano, hacía que Ángel, el cuarto hijo, nacido a destiempo y mimado por todos, obedeciese sin rechistar. Ángel, quítate los zapatos, rogaba la madre cada vez que subía de la calle manchado de barro, sucio de jugar en los campos encharcados. Ángel, quítate los zapatos y sécate, que vas a pillar una pulmonía. Una, dos, tres veces, y el niño siempre encontraba otra cosa mejor que hacer, hasta que el hermano mayor le señalaba el baño con la mano, y Ángel se iba en busca de una toalla y unas zapatillas. Ángel, trae el pan, que me lo he dejado en la cocina, suplicaba la madre, y una, dos, tres, cuatro veces, hasta que Manolo miraba e inclinaba la cabeza en dirección a la cocina, y Ángel dejaba de comer, se levantaba de la mesa, iba a la cocina en busca del pan. Ángel, tráeme las zapatillas, una, dos, tres veces, venga, hijo, que he vuelto cansada de la calle, cuatro, cinco, y así hasta que el hermano mayor le mandaba con los ojos a por las zapatillas. Muchos vasos de leche tomó Ángel a regañadientes por orden de los ojos y las manos de Manolo.

Una vez le pegó una bofetada. Al mudarse al número 8 de la calle Fuertes Acevedo,

los González hicieron amistad con la familia García Tuñón, que vivía en el primero derecha del mismo edificio. Era una familia muy numerosa —madre viuda, seis hijas, un hijo— y muy conservadora. La buena vecindad no resultó difícil, porque las ideas políticas todavía no marcaban el paso del miedo, ni las diferencias de opinión se habían convertido en abismos cotidianos insalvables, y hasta el olor a azufre podía hacerse respetar. Al fin y al cabo, era sólo un detalle irrelevante a la hora de prestarse la sal, un modo de ser con el que se llegaba a convivir de forma amistosa y educada. No había pasado la muerte por las familias, por las noches de insomnio estremecido y sin color, por las banderas de colores excesivos. José Antonio, el único hermano, apuraba en paz las horas terminando sus estudios de Farmacia. Las hermanas García Tuñón, con mucho tiempo libre para subir y bajar las escaleras, saludaron el nacimiento de Angelín como un muñeco colectivo que debían mimar, cuidar, vestir y sacar de paseo. Sobre todo una de ellas se aficionó a pasear con Manolo y con Pedro por el Campo de San Francisco. Las ansias de juego del hermano pequeño suponían una excusa razonable. Se llamaba Ángeles, y estaba con Manolo y con el niño la mañana de la bofetada.

Habían subido a la romería del Naranco para aprovechar los pinares, el aire limpio y la música de un día luminoso de verano. La gente descansaba de la subida hasta la cumbre, hacía corros, compartía el vino, se animaba a bailar y a cantar. Una avioneta, como un insecto feliz y ruidoso en la luz, pasó en vuelo bajo sobre la fiesta, consiguió levantar al cielo los ojos de los mayores y los niños, y dejó caer, en varias vueltas muy celebradas, un cargamento de viseras con publicidad de los establecimientos de Oviedo que ya se sumaban a las nuevas técnicas publicitarias del comercio. Manolo no se hubiera peleado con nadie por capturar el regalo, ni hubiese formado parte del torbellino de carreras que se apoderó de la cumbre del Naranco, con los romeros nerviosos y expectantes, en busca de las deseadas piezas. Pero Ángeles observó el cielo, calculó la caída indecisa de una de las viseras que flotaba ante los ojos ansiosos de la multitud y saltó como una leona sobre ella. Gracias a su vecina, Angelín disfrutó de una corona verde, y fue de corro en corro sintiéndose el rey del mundo, hasta que otro niño pasó corriendo y se llevó la visera hacia el saco sin fondo de los pinares.

Ni las promesas de la vecina sobre futuros regalos, ni los argumentos de Manolo sobre la estupidez del asunto consolaron al destronado. El llanto se transformó en rabia al ver de pronto a un niño con otra visera verde. Ése, ése es, ése es el ladrón que me ha quitado mi visera. Manolo llamó al enemigo, le regañó y le exigió la devolución inmediata del tesoro. El niño, asustado, ni siquiera intentó protestar. Cuando Ángel se sintió otra vez dueño del Naranco, rey de la vida, monarca de las familias González y García Tuñón por obra y gracia del comercio ovetense, la rabia dejó paso a una sonrisa picarona, y con un murmullo cómplice confesó a su hermano que no, que ése no era el niño, pero que la visera sí parecía igual. Le dolió menos la bofetada que la humillación incomprensible de verse obligado a devolver a un intruso algo que otro intruso le había robado. Déjalo, si sólo tiene tres años, intercedía Ángeles, mientras su hermano mayor lo dejaba sin visera.

—Tu hermano ha hecho bien —le sopló al oído su padre ya difunto, para reforzar con el peso de la memoria familiar el sentido de la lección—. No se puede acusar a un inocente, no se debe mentir sobre el comportamiento de los otros.

Fue una bofetada educativa, mucho menos dolorosa que otras lecciones de honradez y supervivencia que ya iban preparándose en los pliegues aún oscuros del tiempo. Ángel aprendió a obedecer con las manos, los ojos y la voz de su hermano mayor. Luego, mientras las primaveras urbanas de Oviedo iban despuntando con timidez detrás del zinc

oscuro de los canalones y las tejas corroídas por los inviernos, el niño se hizo poeta y aprendió a imaginar otros pinares, días de música con sol y con viseras que esperaban en los libros y en los sueños para ayudarle a mirar el porvenir. Aprendió incluso a callarse ante la vigilancia de algunos educadores mucho más hostiles que su hermano Manolo: Eso es cierto, tan cierto

como que tengo un nombre con alas celestiales,
arcangélico nombre que a nada corresponde:
Ángel,
me dicen,
y yo me levanto
disciplinado y recto
con las alas mordidas
—quiero decir: las uñas—
y sonrío y me callo porque, en último extremo,
uno tiene conciencia
de la inutilidad de las palabras.

Son versos de *Tratado de urbanismo* (1967), uno de los libros más célebres de Ángel González. Cuando apareció, su autor era ya un poeta premiado y reconocido por la crítica. Si la vida le hubiese reservado la oportunidad de leerlo, Manolo se habría sentido orgulloso de su hermano menor, tan disciplinado y tan rebelde al mismo tiempo. La disciplina es una forma extrema de rebeldía para los que se ven obligados a caminar por un campo enemigo. Bien, Ángel, bien, habría aplaudido Manolo, y con una indicación le hubiera sugerido que se acercase a su hermana Maruja para darle un beso. Muchas cosas había que agradecerle a Maruja, una segunda madre, que desde muy pronto se preocupó de leerle al niño los versos sonoros y llameantes de Rubén Darío. La princesa triste y el tigre de Bengala se mezclaban con las risas de la marquesa Eulalia y con las quejas universales por la pérdida del divino tesoro de la juventud. Los versos de Darío sonaban en las tardes de la casa de Fuertes Acevedo con el festivo temblor metálico de un avión sobre el cielo azul en la cumbre del Naranco. En aquellos años los aviones eran todavía una sonoridad poética en los versos vanguardistas y en las nubes de Oviedo.

Cuando nació su hija, Pedro Cano y María Muñiz decidieron llamarla María Teresa, como la abuela paterna. Pero el homenaje al pasado familiar de Ondes fue más una ilusión burocrática que una verdad cotidiana, porque todos llamaron enseguida a la niña Maruja. Salió a su padre en el pelo oscuro, en la piel morena, en los ojos castaños, y en un carácter amable y fuerte al mismo tiempo, sin miedo a defender lo que ella consideraba justo, aunque estuviese rodeada por un mundo demasiado variable y quebradizo, capaz de convertir la ilusión de la justicia en un perro con cien años. Heredó también de su padre la vocación por el magisterio. Si Manolo se matriculó en la Escuela Normal sólo para conseguir un título fácil, mientras preparaba el ingreso en la Escuela de Ingenieros, Maruja sintió desde muy joven la tradición familiar de la pedagogía. No dudó en hacerse maestra y buscó una plaza cerca de Oviedo, dispuesta a enseñar a sus alumnas algo más que la tabla de multiplicar y las labores del hogar. Le gustaba hablar en la escuela de un mundo mucho más abierto, una realidad llena de imaginación por la que transitaban los episodios de la historia, las lecciones de higiene, la música, las noticias de la actualidad y las leyendas de la literatura. Cuando nació su hermano Ángel, ella tenía dieciséis años, y se encontró de pronto con un colaborador natural para sus prácticas de magisterio.

Maruja fue una presencia constante en la infancia de Ángel. Manolo pasaba temporadas largas fuera de casa, perseguido por la mala salud o por los buenos estudios. Cuando no estaba en El Pardo recuperándose de una pleuresía, estaba en Madrid o en Barcelona dedicado a su ilusión de conseguir un título de ingeniero. Pedro solía desaparecer también con frecuencia, pero huyendo de los estudios o de la policía, sobre todo desde que se entregó a la causa encrespada del socialismo asturiano en la revolución de 1934. Maruja estuvo siempre en casa, sin estudios lejanos, sin novios, acompañando a su madre en la misa de los domingos, rezando con ella para que se suavizaran las asperezas del mundo, y apoyando a sus hermanos cada vez que se metían en un jaleo, porque las visitas a la iglesia no borraban una conciencia social heredada no sólo de su padre, sino también de la época y de sus propios ojos, acostumbrados a ver la miseria de las aldeas y de los barrios. Cuando consiguió plaza en la escuela de San Cucufate de Llanera, su trabajo quedaba tan cerca de Oviedo que podía volver algunas tardes y casi todos los fines de semana a casa, para practicar su paciencia y su vocación con Ángel. Era una suerte dormir junto a los suyos, en una ciudad que le gustaba y que sentía palmo a palmo mezclada con su vida. Amaba su presente y sus recuerdos, el olor de las calles, la elegancia de los palacios, los edificios de diverso estilo y una misma seriedad, la profundidad de la luz y el clima triste, una balanza equilibrada para los que comprenden los beneficios del sol, pero se consideran amigos íntimos de las tardes de lluvia.

Tuvo tiempo de ejercer como maestra única de su hermano. Pedro González Cano tampoco había sido partidario de llevar a los niños demasiado pronto a la escuela. Era más prudente dejarlos crecer en libertad, sin imponerles una disciplina y unos conocimientos que no estaban capacitados para asumir. Su mujer había oído muchas veces, a cuenta de sus hijos mayores, que a los tres años un niño no hacía en un colegio nada más que molestar, sufrir y resabiarse. Ya viuda, procuró que su hijo menor hiciese la Primera Comuni3n a tiempo, pero respetó la voluntad pedag3gica de Pedro, y esperó a los siete años para matricular a Ángel en la escuela. Dejó en manos de Maruja las preguntas inacabables del pequeño y la inquietud prematura que sentía por leer.

—¿Y qué santo es Homero?

Cuqui y Menchu, las niñas que vivían en la buhardilla del edificio, acababan de tener un hermano. Sus padres lo habían bautizado con el extraño nombre de Homero. A los niños del barrio les hizo mucha gracia, y enseguida se dedicaron a repetir los comentarios malévolos de la vecindad, que identificaba ese nombre inusitado con el gusto de la madre por el carmín y el maquillaje. Una decisión tan fuera de lugar sólo podía deberse al carácter de Isabel, siempre excesiva, sofisticada, dispuesta a vestirse o pintarse dos escalones por encima de lo conveniente, como si las escaleras de la calle Fuertes Acevedo fuesen un salón de alta sociedad. El marido, Leopoldo, un hombre paciente que complacía con abnegación los caprichos de su mujer, trabajaba de camarero en el café Peñalba. A la gente le gusta hablar. Tal vez el prestigio de algún cliente distinguido del Peñalba llegó a los oídos de Isabel, y no dudó en confundir su nombre, don Homero, con el señorío de las mesas del café y con las meriendas de la buena vida. O tal vez sintió un arrebat0 literario. A Isabel le gustaba leer revistas que hablasen de bailes lejanos, artistas de teatro con grandes idilios y familias aristócratas con problemas para gastar su dinero. Era una buena mujer, pero se mostraba poco inclinada a distinguir entre el mundo de las crónicas sociales y los alrededores de su vida humilde. A la hora de arreglar la ropa, elegir un nombre o imaginar un sonado cambio de domicilio, procuraba siempre darle un toque de distinción, una puntada, un poco de maquillaje al abolengo de la familia. Pero, de forma inevitable, sólo

llegaba a parecer una intrusa, paseándose con orgullo ridículo por una fiesta a la que no había sido invitada.

Ángel y su amigo Pepu, el hijo del ferroviario, se rieron mucho con el dichoso nombre, se burlaron de Homerito, y preguntaron a Maruja por la historia de ese extraño santo. Ella les contó otra historia, la de un pobre gaitero de Gijón que se vio obligado a tocar en una fiesta el mismo día de la muerte de su madre. Tocó muy dolorido, obligado y sin aliento, porque necesitaba el dinero para alimentar a sus hermanos. Mientras las muchachas y los muchachos bailaban, le resultaba imposible ocultar las lágrimas. La gente habla, suelta la lengua, pero no baila cómoda ante la infelicidad. Las lágrimas están de más en medio de una fiesta. El dolor ajeno ensucia la alegría, la música y las declaraciones de amor. La gente prefiere que el drama esté lejos del baile. Los que tienen penas deben quedarse encerrados en sus casas. El poeta Campoamor contó la historia del gaitero de Gijón, y lo comparó con otro poeta muy importante y muy antiguo que se llamaba Homero. También hubo quien se rió de él y le silbó por escribir malos versos: La niña más bailadora

—¡aprisa! —le dice— ¡aprisa!,
y el gaitero sopla y llora,
poniendo cara de risa.
Y al mirar que de esta suerte
llora a un tiempo y los divierte,
silban, como Zoilo a Homero,
algunos sin compasión,
al gaitero,
al gaitero de Gijón.

Los niños se quedaron un rato en silencio, conmovidos por la historia del gaitero, que les había caído encima como una red, debido a la voz estudiada de Maruja y a las rimas del poema. La siguiente pregunta era previsible: —¿Y quién fue Zoilo?

—Una persona amargada y maledicente que se metía con todos sus vecinos.

A Maruja no le gustaba mucho Campoamor, prefería el lirismo modernista de Rubén Darío, el famoso poeta nicaragüense que su madre había conocido de niña, cuando vivía en Riberas de Pravia, disfrutando del oro espumoso de la sidra. Un rayo de inquietud y melancolía se apagaba en los ojos de Maruja cada vez que recitaba historias de amores imposibles, esas condenas de soledad y fracaso a las que son tan aficionados los poetas. Conforme pasaban los años y ella se dedicaba a la escuela y a su familia, Maruja temía convertirse en una solterona, no tener hijos propios, representar un papel infeliz, triste y añosa en una butaca cada vez más claudicante, mientras sus amigas se casaban y tardaban poco en ser madres. No se consideraba guapa, pero de ninguna manera fea, y otras mujeres mucho menos vistosas que ella habían conseguido novio.

—Cuando leas pocos poemas, te olvides de las misas con mamá y salgas más a la calle con tus amigas, encontrarás novio enseguida. Entonces yo me moriré de celos. Tú vales mucho, Maruja.

Las conquistas futuras se las vaticinaba su hermano Pedro, con una sonrisa de seductor adolescente llena de simpatía y de artes callejeras. Si Manolo heredó el carácter serio del abuelo Muñiz, Pedro se había quedado con su físico de ojos azules y cabellera rubia. Pero, en cuanto pudo, salió corriendo para aprender en las plazas y en los suburbios de la ciudad todo lo que no le iban a enseñar en la escuela. No se asustó ante nada, pretendió llevar en sus hombros el peso de un destino familiar difícil, navegó el mar y la

adversidad, se vio obligado a sobresalir en las batallas más peligrosas, triunfó en tierras lejanas, fue capaz de muchas cosas en la vida, pero no de acabar el bachillerato, o de estarse quieto en su casa, o de regañarle a su hermano pequeño. Pedro, le decía su madre, regaña a tu hermano, que hoy me ha puesto en ridículo delante de Agustín el peluquero. ¿Cómo? ¿Que no querías pelarte? Vamos a ver, ¿qué le has hecho a mamá? Y cuando el niño empezaba a recordar cabizbajo su mal comportamiento delante de Agustín el peluquero, y de Juan, el dueño de la peluquería, y se sentía avergonzado por la rabieta que había sufrido al tener que interrumpir una partida de banzones, a Pedro le resultaba imposible contener la risa y cualquier atisbo de bronca naufragaba en el estallido de sus carcajadas.

—Así no se educará nunca tu hermano.

—Perdona, mamá, pero es que si yo fuese cura, no podría confesar, me partiría de risa con los pecados de los fieles.

El vitalismo de Pedro adquirió desde muy niño un ingenioso poder teatral. Utilizado en los momentos oportunos, le servía para seducir y le ayudaba a plantear los asuntos más difíciles de forma poco tormentosa. Acababa de cumplir trece años cuando se arrodilló un día delante de su padre y con voz muy sincera, muy convincente, confesó que no quería ir más a la escuela. Te pido, por favor, que no me obligues a ir a la escuela. Si quieres, me matas, mátame, pero no me mandes a la escuela. El pedagogo Pedro González Cano no se asustó con la demanda de su hijo, mantuvo la calma, evitó las palabras de enfado o la memoria familiar de los muchachos campesinos que habían llegado a labrarse un porvenir gracias al estudio. El trabajo era, por supuesto, una forma muy digna de hacerse un hombre. No había que perder los nervios, y mucho menos formar un escándalo.

—Si no estudias, Pedro, tienes que trabajar. En esta casa, todos trabajamos. Tu madre se ocupa de las tareas de la casa, yo doy mis clases, Manolo y Maruja estudian.

Dejó que su hijo meditara por unos días la decisión, y cuando reafirmó su voluntad de abandonar la escuela, fue en busca de un amigo que regentaba cerca de casa un taller de automóviles. Explicó el problema que había surgido con Pedrito y le pidió trabajo para él. Sabía lo que estaba haciendo, aún no renunciaba a la esperanza de que su hijo volviese a los libros, pero le parecía poco conveniente adoptar una solución autoritaria.

—No quiero que le pagues nada. Mándale los trabajos más sucios, más duros. Sólo me interesa que aprenda lo que significa trabajar, que valore bien lo que supone dejar la escuela.

El niño no se asustó del trabajo que le encargaron en el taller, ni se avergonzó de ponerse un mono y de mancharse las manos de grasa, mientras sus amigos seguían peleándose en el pupitre con las matemáticas o con los nombres de los reyes medievales y de los ríos de España. Un día en el que estaban los padres asomados al balcón, viendo cómo los niños del barrio jugaban a la pelota y hablando con preocupación sobre el futuro de su hijo, Pedro pasó por la calle con un motor al hombro, lo dejó en el suelo, saludó y se puso a jugar con sus amigos. Está bien, María, está bien, dijo el padre, consolando a su mujer. Esto demuestra que se siente convencido de lo que quiere, que no le da vergüenza ser un trabajador. Será feliz así.

Entonces empezó a hacer planes, pensó en reunir algo de dinero para enviarlo a Alemania, un país moderno donde era posible estudiar especialidades técnicas. Ya verás, María, se desenvolverá muy bien entre máquinas, puede ser encargado de una buena fábrica. Alemania era entonces el ejemplo a seguir, el paraíso de la confianza progresista, la solución de todos los males, la mejor opción para encauzar el porvenir de un hijo difícil o para remediar la cojera de una pierna.

Hablar del futuro es una costumbre temeraria de los seres humanos, que necesitan soñar, discutir, hacer planes, cubrir el pozo sin fondo del tiempo, tejer la tela de araña de la ambición y la esperanza. En esa tela van quedándose pegados los buenos deseos, las fotografías, los rencores, las lealtades, la luz encendida en la ventana de una casa familiar y la rueda loca de los destinos particulares. Ángel conoce hoy qué cartas marcaron la suerte de sus tres hermanos, en qué lugar se paró cada uno, desde donde regresan de vez en cuando para conversar con él, para regañarle, leerle poemas de Rubén Darío o reírse de sus travesuras, a carcajada limpia, en medio de una bronca. El destino posterior de sus vidas pesa también en el recuerdo, pero domina ahora la memoria de los buenos tiempos, las horas felices, cuando se reunían en torno a su madre y brindaban por el porvenir. Los recuerda así, como eran entonces. Los recuerda, por ejemplo, en una noche de invierno, a finales de febrero de 1936. Un maestro les había regalado en Nochevieja una botella de champán, y su madre quiso guardarla para cuando Pedro volviese del exilio, de su primer exilio.

—Incluso las burbujas tienen paciencia si se trata de esperar a un hijo. Veremos qué pasa en las elecciones.

El Frente Popular ganó las elecciones de febrero, y Pedro no había esperado a la amnistía para volver a Oviedo y llenar la casa con historias de Bélgica y de Francia. París es más grande y tiene más olas que el mar, confesaba con autoridad de antiguo navegante. Ángel sintió de nuevo, y casi por última vez, que todo estaba en su sitio. Pedro inventaba historias vividas, Manolo podía acariciar con una sonrisa la seriedad de su título de ingeniero y Maruja preparaba para después de las Navidades, minuciosa y pulcra como su caligrafía de maestra, una visita a la catedral con las alumnas de la escuela de San Cucufate.

—Papá estaría orgulloso de sus cuatro hijos —afirmó la madre—. Y yo también.

Ángel los recuerda así, y se recuerda a él entre su madre y sus hermanos, orgulloso de sentirse heredero de Pedro González Cano, su padre, con el que apenas llegó a convivir, pero al que conoció muy bien gracias a la memoria familiar, llena de datos precisos, y a las brumas de su propia memoria. Las vidas se hacen bruma, y luego las brumas regresan a la vida en la madera trabajada de los recuerdos. El poeta Ángel González iba a ser también en sus versos el hijo menor de un hombre que consiguió hacer respetable el olor a azufre de sus ideas, un pedagogo serio, más honrado que nadie, decidido a dar ejemplo, a desempeñar con dignidad pacífica su labor en la Junta Provincial de Protección a la Infancia o su papel de concejal republicano en el Ayuntamiento de Oviedo. ¿Fue concejal? Ni la carpeta azul, ni los archivos municipales lo recuerdan. Pero Ángel sí, así lo oyó contar alguna vez en la bruma doméstica del tiempo, con palabras que elaboraban en el comedor familiar la imagen de un republicano casi obsesivo, dispuesto a exponer en público sus ideas y a trabajar por su ciudad. Ángel se lo imagina, lo ve en sus clases, o en los plenos del Ayuntamiento, lo sigue por la calle mientras vuelve a casa. Ahí está. Se detiene a saludar ceremoniosamente a don Adolfo Villapadierna, el médico del segundo derecha, y luego continúa camino. Ahí va, cojeando de su pierna izquierda.

5. Gritos en la calle

Ángel sabe escuchar. Los tribunales y las multitudes valoran mucho a los ciudadanos que saben hablar. La poesía reconoce también la virtud de todas aquellas voces que se expresan de manera convincente, con palabras precisas y argumentos rotundos, elevando las sílabas conmovedoras por encima de los ojos y de las incertidumbres. Pero la

poesía sólo se siente feliz cuando encuentra a alguien que sabe escuchar. Por eso busca poco en los púlpitos o en las tribunas, y explora con una discreta complicidad los rincones solitarios donde se refugian las dudas y la paciencia. La sabiduría que merece la pena, aquella que alimentan los años al mezclarse con el fondo concreto de una vida, busca incertidumbre en sus propias razones para evitar los dogmas, habla poco y prefiere cultivar una curiosa atención por las historias ajenas. El que sabe escuchar atiende a las palabras con el gesto, con los ojos, con las manos, con los labios, y convierte su silencio en un acto de respeto y amor, en una forma de cuidar a los otros, de entenderse, de esperar..., y luego de saber decir, porque saber decir no es exactamente lo mismo que saber hablar. Inventar palabras resulta fácil. Sólo consigue aprender a escribir poemas y novelas quien alcanza el arte de elegir bien y de un modo personal las palabras dichas, quizá sin caer en la cuenta, por los otros.

Ángel estaba ya escuchando el día que le hicieron su primera foto. La luz más remota de la infancia duerme fijada en esa imagen en blanco y negro que conserva el recuerdo de un niño vestido con un ropón blanco, sentado en una butaca y con un teléfono en la mano. Otras dos manos familiares le sostienen por la espalda. Hay fotografías que parecen una oración, un ruego de generosidad enviado hacia el futuro. Se ponen sobre las cómodas en las alcobas de las madres, para que el destino no olvide la justicia y la buena suerte que merecen sus nuevos súbditos. Los bucles inocentes y la alegría tranquila de los ojos dicen mucho de un niño que merece ser mimado por todos, por el destino, por la madre, por los hermanos, por el vecindario, y desde luego por el padre, a quien el niño espera escuchar a través del teléfono. Toma, Ángel, toma el teléfono, que papá quiere hablar contigo. Tiene poco más de un año, y es el juguete, la felicidad de la familia.

María Muñiz se llevó un susto al saberse embarazada trece años después de que hubiese nacido Pedro. Ni el matrimonio, ni la tía Clotilde, ni la ciudad de Oviedo esperaban un nuevo hijo para la familia González Muñiz. Hay cosas que no se hacen a cierta edad y en ciertas épocas. Una mujer cuarentona en estado de buena esperanza corría entonces el peligro de recibir miradas insolentes o de soportar algún comentario chistoso al pasear con su marido por la calle. Después de tantos años de casados, no habían sabido ordenar las pasiones y establecer las fronteras que distinguen el amor y el vicio. Los ojos vigilan el curso de los acontecimientos dictados por las costumbres con más insistencia que el azar y la vida. Casi cuarenta años después, Ángel González escribiría un «Inventario de lugares propicios al amor», con la intención de ironizar sobre las costumbres sexuales de la posguerra española: Las ordenanzas, además, proscriben

la caricia (con exenciones
para determinadas zonas epidérmicas
—sin interés alguno—
en niños, perros y otros animales)
y el «no tocar, peligro de ignominia»
puede leerse en miles de miradas.
¿Adónde huir entonces?
Por todas partes ojos bizcos,
córneas torturadas,
implacables pupilas,
retinas reticentes,
vigilan, desconfían, amenazan.

Los lugares propicios para hacer el amor son pocos. Ocurre lo mismo con las edades y las épocas propicias al amor, y el niño que nació el 6 de septiembre de 1925 fue el fruto de la vida que se estrella con las costumbres, y del amor que salta como una ola por encima de las córneas torturadas, y hace fallar los cálculos, los viejos métodos, y rompe cualquier previsión, hasta provocar un problema de habitaciones en la casa de Fuertes Acevedo, el piso grande que se ha quedado pequeño. Los partos son muy peligrosos, le había murmurado el difunto Manuel Muñiz al padre de su cuarto nieto. Supongo que tendrás más cuidado y menos debilidades de aquí en adelante, le dijo tía Clotilde a su sobrina con una extraña huella de ternura en la voz.

—¿Dónde va a dormir el niño?

—Por lo pronto en nuestro dormitorio, después ya veremos. Manolo quiere irse a estudiar ingeniería a Madrid o a Barcelona, de manera que su habitación estará vacía buena parte del año. Y si hace falta nos cambiamos de piso.

Las preocupaciones domésticas, que tía Clotilde planteaba con su alto sentido de la responsabilidad, no afectaron al resto de la familia, encantada con el nacimiento de Ángel, un juguete, un nuevo rey dentro de una casa republicana. Pedro González estaba loco de alegría, más feliz que nunca, muy conmovido con la llegada de su hijo tardío. Su carácter natural, siempre dispuesto a suavizar las preocupaciones serias con la ironía y la diversión, se había acentuado hasta rozar la euforia cotidiana. Tomaba al niño en brazos, le cantaba y, tal vez para tranquilizar los miedos de doña Clotilde y don Manuel, repetía que ahora sí, que ya estaba satisfecho, que contaba con una descendencia perfecta.

—Ya tengo los hijos que pretendía. Un reparto perfecto de papeles. Manolo será hombre de ciencia; Pedro, capitán de industria, un técnico; Maruja, una pedagoga, para seguir la tradición familiar. Y tú, tú serás artista.

La idea de que su hijo menor fuese artista le gustaba tanto que no sólo protagonizó el estribillo de sus predicciones sobre el futuro, sino que se convirtió en el motivo preferido de sus juegos. En cuanto el niño cumplió unos meses, le enseñó a mover las manos y a dirigir una orquesta imaginaria mientras él cantaba, arriba, abajo, aquí, allí, derecha, izquierda, y luego rompía en carcajadas y exclamaciones, dichoso de que su hijo tuviese un brillante porvenir como músico. Después de un ingeniero, un mecánico y una maestra, había llegado el músico, la mano capaz de componer una partitura armónica con los truenos del cielo y los ruidos de la calle. La alegría sentida por el nacimiento de Ángel se mezclaba por aquellos días con un enérgico estado de optimismo en los proyectos del respetable profesor de pedagogía. Estaba decidido a asumir cambios importantes en su vida, aunque para eso debiera pasar por un quirófano y por el poco académico mundo de las empresas comerciales. Los números iban a pasar de las pizarras y los libros de texto a las cuentas de beneficios.

Pedro González Cano había conseguido el respeto de unos y de otros, de los modernos y los conservadores, de la gente joven y europea, que buscaba en él la amistad de un cómplice, y de los viejos amigos de su suegro Manuel Muñiz, que asistían ya con un malestar resignado al agotamiento de la España de la Restauración, bajo la mano nerviosa de Alfonso XIII y la firmeza hueca del dictador Miguel Primo de Rivera. Su fama de hombre honrado le permitió recibir el encargo de administrar las fincas que tenía en Asturias don Félix Suárez Inclán, padre de la patria en el régimen monárquico, amigo de Sagasta y del Conde de Romanones, Diputado a Cortes por Cangas del Narcea en nueve oportunidades, Gobernador Civil de Barcelona, Ministro de Hacienda y amigo de Manuel Muñiz desde los viejos días en los que ambos se esforzaron en reorganizar el Partido

Liberal en la provincia de Oviedo. Su ejemplo de republicano también lo convertía muchas tardes en el centro de la tertulia progresista del café Peñalba, a la que acudían compañeros de la Escuela Normal, políticos reformistas y jóvenes que habían completado sus estudios en el extranjero y regresaban a España dispuestos a sanar las dolencias nacionales.

Hace años que en Alemania estaría remediada tu cojera, le dijo una tarde el doctor Francisco García Díaz, su amigo Paquito, que había empezado a trabajar en la clínica San Cosme, situada muy cerca de Fuertes Acevedo, en la calle Matemático Pedrayes. Los alemanes habían aprendido a educar filósofos, profesores de Derecho Político, técnicos industriales y médicos capaces de solucionar una fractura de rodilla en la pierna izquierda. Cano, tú estás cojo porque quieres. Con una operación sencilla, volverías a recuperar la movilidad, insistía Paquito al salir del Peñalba. Ya lo he hablado con Celestino. La idea fue calando en el espíritu emprendedor de Pedro, que necesitaba más libertad de movimientos para andar por Oviedo, subirse al tranvía o conducir un automóvil. La posibilidad de conducir era desde hacía años una ilusión que pesaba en sus fantasías como un sueño irrealizable. Ahora empezaba a convertirse en una necesidad, porque gracias a la confianza de Félix Suárez Inclán y a la amistad del comerciante Gustavo Fernández Buelta, estaba a punto de poner en marcha un negocio prometedor, una fábrica de ladrillos y tejas, para lo que tendría que ir con regularidad a Barzana. El director de la clínica San Cosme, el doctor Celestino Álvarez, suegro de Paquito, certificaba con su experiencia las ventajas de una intervención sin riesgos. No era una locura, sino un modo de recomponer las articulaciones de la vida.

La carpeta azul conserva los borradores de la proyectada fundación de la *Sociedad Industrial de Cerámica. Fabricación de ladrillo y teja. Espíritu Santo. Oviedo. Suárez Inclán y Compañía*. Borradores y proyectos descansan en la carpeta azul junto a otro tipo de documentos oficiales de vocación más burocrática o notarial. Pedro González Cano y Gustavo Fernández Buelta viajaron a Madrid el 1 de diciembre de 1926 para firmar con Félix Suárez Inclán un acuerdo para arrendarle, por término de seis años, la explotación de arcilla de los terrenos dedicados a monte bajo y el prado llamado Cierro de la Huelga, sitios en el pueblo de la Barzana, parroquia de Colloto, término municipal de Oviedo. Los arrendatarios se comprometían a construir por su cuenta, en los terrenos propiedad del arrendador, un horno o los que estimaran oportunos, y cuantas edificaciones fuesen precisas para la fabricación de tejas y ladrillos. Deducidos los gastos, arrendador y arrendatarios se dividirían los beneficios de la empresa. González Cano iba a desempeñar de forma gratuita el cargo de gerente, dando cuenta de la administración cada trimestre. Para hacer viable de forma definitiva el negocio y la explotación de la cantera de Grando, sería también necesario arrendarle a don Rafael Bayán un camino, propiedad de su madre política, en plazos semestrales de quinientas pesetas. Según compromiso de Pedro González Cano, en carta del 8 de enero de 1927, el primer plazo se efectuaría el 1 de febrero de 1927. Todo estaba bien calculado.

Cuando su mujer se enteró de que Pedro González quería operarse de la rodilla, puso el grito en el cielo. Personajes como el conde de Romanones habían llegado a lo más alto sin pasar por el quirófano. Era una imprudencia, una temeridad arriesgarse a una operación quirúrgica y a una anestesia general por motivos de tan poca relevancia. Pedro suavizaba el enfado de su mujer con el buen humor de siempre: —Quiero enterarme de lo que opina de mí la gente de Oviedo, lo que opina de verdad. No me fío de tanto respeto, ni de la educación con la que me saludan hasta los curas. Si me afeito la barba, me opero y subo sin cojear al tranvía, nadie me reconocerá y podré escuchar las conversaciones de mis

conciudadanos.

—Si te afeitas, no me acuesto contigo —respondía su mujer, sin que la broma llegase a calmar el miedo a una desgracia—. Yo me casé con un hombre guapo y cojo, y ahora quieres que me meta en la cama con un deportista feo. Esto es una locura, Pedro. Tenemos cuatro hijos, el pequeño acaba de cumplir un año, qué será de nosotros si te pasa algo.

—No va a pasar nada. Dice Paquito Álvarez que es una intervención muy sencilla, su suegro don Celestino está de acuerdo y, además, si me pasa algo descansarás de mí y no te morirás de hambre. Lo tengo todo calculado. Si a lo que llevo en la Escuela Normal de Oviedo, añadimos los años que estuve trabajando en Segovia, mi viuda tendrá una buena pensión.

No iba a ser una pensión tan buena. Desde 1920 Pedro González ganaba diez mil pesetas anuales como profesor de la Escuela Normal. Su viuda tendría el derecho a que se le asignaran dos mil quinientas pesetas anuales, cuarta parte del sueldo que servía de regulador. Aquel buen hombre iba a dar, por la pretensión de caminar bien y con soltura, el peor paso de su vida. Los riesgos eran mínimos, según el conocimiento científico y alemán del amigo médico, y él no consideraba que estuviese poniendo en peligro ni su vida, ni la estabilidad económica de su familia. Todo estaba bien medido. El matemático asturiano Agustín Pedrayes, amigo de Jovellanos y responsable de la adopción del metro como unidad de medida, no podía ser síntoma de una desgracia. Una clínica de vientos alemanes abierta en una calle con su nombre era suficiente motivo de seguridad para un profesor de matemáticas, casado con la hija de Manuel Muñiz, otro profesor de matemáticas. El buen humor de Pedro González Cano no estaba dispuesto a dejarse acorralar por el miedo. La palabra futuro rebosaba entonces optimismo, con un hijo que acababa de nacer, con otro hijo que podría trabajar sin problemas en una fábrica de ladrillos y tejas, con otro que sería ingeniero, con una hija maestra, con un coche que le llevaría por el camino de Oviedo a Torrelavega hacia el prado Cierro de la Huelga y hasta la arena arcillosa de don Félix Suárez Inclán..., y con un rey que se había metido en un callejón sin salida al comprometerse demasiado en los desastres de Marruecos y en la dictadura de Primo de Rivera. La palabra futuro y la República se tocaban por fin con la yema de los dedos.

La operación en la clínica San Cosme, como estaba previsto, salió bien. Celestino Álvarez y Paquito García quedaron contentos. El postoperatorio se complicó por culpa de una infección inesperada. Tenía enquistado en la rodilla un tumor blanco, tuberculoso, que al sentir el bisturí sobre su duermevela de años reaccionó con la cólera de un dragón interior y devoró las ilusiones de Pedro González Cano en tres días. No tuvo oportunidad ni de despedirse del hijo menor, la alegría más profunda en los meses finales de su vida. Esta tarde me traes al niño, le comenté a María Muñiz la mañana del 16 de enero de 1927, cuando una fiebre intensa empezaba a desatarle los nudos de la existencia. Pero después se arrepintió, y pidió que no se lo llevaran, para no mezclar a la criatura con aquel ambiente de desolación y enfermedad fatal que se había apoderado de la clínica. Murió al día siguiente, dejando en el aire los proyectos de futuro que habían tomado cuerpo en las cifras acordadas por los contratos de arriendo y en las firmas, tan solemnes como ingenuas y temerarias, de la carpeta azul.

Ángel no había cumplido aún la edad requerida para comprender la sensación de dolor, perplejidad, miedo y vacío que deja una muerte íntima. Sólo pudo acostumbrarse a crecer bajo la sombra de una ausencia poderosa, en medio de lo que iba exigiendo la realidad y de lo que hubiera dicho papá de estar vivo, como si respirar, y levantarse por las

mañanas, y observar a la gente, y pisar el mundo significasen un esfuerzo por ser leal a lo que faltaba, a los que faltaban, a los que habían desaparecido en las curvas envenenadas de los almanaques. No conservó recuerdos de su padre, pero enseguida supo que era un vivo de muerte imposible en las palabras y en las decisiones de su madre, a quien se le aparecería con frecuencia para pedirle perdón por haber caído en la locura de aquella operación innecesaria y rogarle que no se hundiera, que siguiese adelante, tirando de la familia, digna hija de don Manuel Muñiz y García, digna sobrina de la tía Clotilde.

El desorden del dolor se sometió poco a poco a la disciplina de los días y de la necesidad. La lluvia y el sol hicieron más flexible el aire de la calle Fuertes Acevedo, la primavera sustituyó al invierno, la viuda empezó a cobrar, después de los trámites oportunos, la pensión que le correspondía, dos mil quinientas pesetas según el último sueldo regulador de su marido, y algunos amigos hicieron posible, en memoria de la honrosa dedicación a la pedagogía de don Manuel y don Pedro, que doña María Muñiz fuese nombrada, el 13 de junio de ese mismo año, habilitada propietaria de los maestros de los partidos judiciales de Siero y de Cangas de Tineo. Lo dice la carpeta azul. La infancia de Ángel se llenó de maestros. El niño tardó mucho en ir a la escuela, pero los maestros de Siero, Cangas de Tineo, y más tarde de Luarca tocaron con regularidad el timbre de la casa para cobrar sus nóminas, tramitar ayudas escolares y solucionar algunos malentendidos burocráticos.

Los hijos mayores debieron también replantearse sus proyectos inmediatos. Manolo retrasó con prudencia su deseo de ingresar en la Escuela Superior de Ingeniería de Madrid, en espera de que la economía familiar volviese a levantar el vuelo. La Escuela Industrial de Gijón quedaba más cerca, y allí pasó el curso 1927-1928 estudiando dibujo industrial, topografía, matemáticas y prácticas de taller. Marujaapuró sus estudios de magisterio, en busca de una escuela y de un nuevo sueldo que llevar a la casa. Pedro, como era previsible por su carácter movedido y aventurero, tardó poco en perseguir una solución definitiva. A sus dieciséis años no estaba dispuesto a gastar las horas en un taller de sueldo simbólico, mientras su madre sufría el hueco sentimental y presupuestario de la viudedad, dedicada a una nueva tarea que la llenaba de incertidumbres, angustias y responsabilidades. Gestionar el dinero de un número importante de maestros, llevar al día las fichas y los pagos, significaba un compromiso acuciante para una mujer que estaba acostumbrada a desempeñar el papel de ama de casa en una familia pacífica de clase media. El miedo a los posibles errores en las cuentas añadía una gota de amargura en el sorprendente y desorientado rumbo de su vida.

Hay hombres que se sientan a esperar o a estudiar, calculando las estrategias del tiempo y los resquicios que dejan las tormentas para intuir, dentro de las nubes más oscuras, que un día cercano volverá la luz de forma natural, sin excesivos riesgos ni urgencias. Otros hombres pasan a la acción, queriendo adueñarse de la brújula que marca los pasos del destino. Un domingo por la mañana llamó a la puerta de la casa una mujer con cara de preocupación. María Muñiz la conocía de vista, porque trabajaba de portera en un edificio cercano. ¿Es usted la madre de un niño llamado Pedrín? Sí, pues se ha fugado con mi hijo. Se han ido a América. María creyó de inmediato lo que afirmaba aquella desolada mujer. Había notado algunas cosas raras al levantarse. Con la llegada del buen tiempo, Pedro solía ir a Gijón con los amigos, a pasar el domingo en la playa. Era el único día que notaba a su hijo feliz, porque durante la semana no hacía más que protestar por las condiciones de su trabajo en el taller. El sueldo mísero y las pocas expectativas de ascenso hacían insoportable su rutinaria perfección en el arte de labrar muescas de tornillo. El calor

del verano ya no era síntoma de libertad y plenitud, sino atmósfera condensada y asfixiante: —No me ascienden porque soy el que mejor hago las muescas. Voy más rápido que nadie. El jefe se lleva al torno a los compañeros más inútiles. A mí nunca me va a ascender, eso ya lo sé yo. Me tendrá haciendo tornillos hasta que me salgan canas. Sólo triunfan los torpes —se desahogaba Pedro, que a sus dieciséis años se había quedado sin la paciencia de los libros y sin el futuro consolador que le prometían las escuelas especializadas de Alemania.

La playa de Gijón devolvía a Pedro a su entusiasmo seductor e interrumpido. La madre, antes de acostarse, le dejaba preparada la comida, y el muchacho se escapaba al ser de día con su bañador y sus amigos a un mar azul capaz de oxidar los tornillos y los malos humores. ¡Qué raro! Pedro se ha olvidado esta mañana la comida y el bañador, comentó la madre a Maruja poco antes de que aquella mujer llamase a la puerta. Un escalofrío recorrió el cuerpo de María Muñiz. El cajón donde guardaba el dinero de sus habilitaciones, que acababa de cobrar unos días antes, estaba abierto. Allí encontró casi todo el dinero y una carta: «Querida madre, perdóname, pero yo tengo que resolver mi futuro y el tuyo. Me voy a América, dispuesto a hacer fortuna, a labrarme el porvenir y a asegurarte una vida sin preocupaciones, como tú te mereces. Me llevo prestados veinte duros. Os quiero mucho, un beso, Pedro». Al comprobar que su hijo sólo había tomado veinte duros, respetando la tentadora cantidad de dinero que había en el cajón, se sintió de verdad hija de Manuel Muñiz, viuda de Pedro González y habilitada de los maestros de Siero y de Cangas de Tineo. Recordó la satisfacción de su marido aquella tarde en la que comprobaron la naturalidad con la que Pedrín, que pasaba por la calle con su mono de trabajo y un motor en el hombro, se había puesto a jugar con los amigos, sin avergonzarse de ser un trabajador. Podría resistir con orgullo las hostilidades del mundo, mientras no entrasen en el interior de la casa la indignidad y la traición. Pedro era de buena pasta, como lo habían sido su abuelo y su padre, como lo eran Manolo y Maruja, como lo sería su hermano pequeño.

La policía no tardó en detener a Pedro y a su cómplice de fuga en el tren que iba de Oviedo a Santander. Un muchacho rubio, llamativamente rubio, con apenas dieciséis años, viajando sin padres y acompañado por otro chaval de su edad, era una presa demasiado fácil. El enfado de la madre, una vez recuperada del susto, se deshizo como un terrón de azúcar en un vaso de leche, y Pedro volvió a la rutina de la casa, para negociar con su familia posibles trabajos, y discutir con la historia un futuro distinto para España, sin talleres opresivos ni patrones injustos. Iban a pasar todavía once años hasta que se viese obligado a embarcar de verdad, en un puerto de Francia y rumbo a América, en busca de fortuna. Once años en los que vería crecer a su hermano Ángel, incapaz de regañarle, jugando con él, riéndose de sus travesuras, gastándole bromas, engañándolo, como había hecho, para que se estuviese quieto, la tarde que le tomaron su primera fotografía.

Ángel tenía un año y cinco meses en febrero de 1927. Era muy difícil que se quedara quieto delante de la cámara. Sentado en la butaca, se doblaba hacia un lado, hacia el otro, giraba la cabeza en busca de su madre, que lo sostenía por detrás, en una postura difícil, escondida para no salir en la fotografía. A Pedro se le ocurrió entonces darle el auricular del teléfono que había en la mesa del despacho:

Ángel González a los diecisiete meses de edad.

—Ten, Ángel, que papá quiere hablar contigo.

Papá llevaba unos días sin cogerlo en brazos y sin cantar para que meneara las manos y dirigiera la orquesta. Había desaparecido de la casa de una manera muy extraña. Así que el niño tomó el auricular y se quedó muy serio, sin murmurar nada, sin hacer

ningún ruido, sin entorpecer la voz que debía llegar desde muy lejos por el hilo negro, hasta que el flash del fotógrafo estalló en la habitación. Estaba aprendiendo a escuchar con los ojos, con los labios, con las manos, con el gesto. El fotógrafo lo captó así, esperando como una necesidad las palabras del otro, unas palabras que no llegaron nunca, unas palabras que él no pudo reclamar al teléfono frío, pesado e inútil, porque todavía no era capaz de hablar bien y de pedirle explicaciones al silencio. La protesta, sin embargo, flota en la seriedad de la fotografía.

Pocos años después, cuando ya era un niño en edad escolar y su madre le había contado muchas veces el cuento de su vida, de su abuelo el profesor liberal Manuel Muñiz, de su padre el pedagogo muy decente y muy republicano Pedro González Cano, oyó gritos en la calle. Esa vez no le mintió su hermano Pedro al entrar en la casa con una bandera tricolor, afirmando que acababa de proclamarse la República. Entonces sí, entonces se empeñó en decir algunas palabras por si su padre podía oírlas. Corrió al balcón de la casa y se puso a gritar para que su padre se enterara de que no todo había salido mal, de que a veces no existen las infecciones, de que algunos cuentos acaban bien, de que algunos sueños pueden llegar a cumplirse. Ángel se recuerda con casi seis años, en el balcón del tercero izquierda de la calle Fuertes Acevedo, con sus hermanos y su madre detrás, como una corte risueña convocada por la sorpresa, y gritando muy alto, muy alegre, viva la República, viva la República, viva la República...

6. Sin frío en los pies

El sol da en la ventana igual que en la superficie de un estanque. La luz acaricia el cristal, detiene su velocidad un momento y luego se disuelve hacia el interior, sosegada, alegre, cálida, extendiendo en la atmósfera de la casa una acogedora sensación de pertenencia. El sol, con su *alta polifonía de la luz*, busca los poemas de Ángel González para arder en el horizonte o en la nieve, pero hoy hace guardia en la puerta de la memoria infantil como el vigilante de una ilusión templada. Aunque nació en una ciudad definida por el cielo gris y los días de lluvia, los primeros recuerdos del niño están marcados por un sol doméstico. Cuando aprendió a andar, se sintió como pez en el agua, dueño de unas paredes y unos mares seguros, a salvo de los tiburones y de las asperezas del mundo. Después de vivir durante meses en el aire, pasando de unos brazos a otros, de la hermana a los hermanos, de la madre a las visitas, Ángel puso los pies en la tierra y empezó a deambular y a curiosear por los rincones de la casa.

El sol se disolvía en los cristales, como activado por un ácido misterioso, y empapaba la mañana para acompañar el dudoso paso del niño. Llegaba desde la calle Fuertes Acevedo, iluminando el despacho por el que se entraba al dormitorio. Pedro González y María Muñiz habían celebrado la llegada de su cuarto hijo comprando una cuna grande, que colocaron junto a la camona. Así llamaban a la cama de matrimonio, con un aumentativo que aludía no sólo a las dimensiones, sino también a la importancia simbólica de aquel mueble, kilómetro cero en la geografía de los viajes familiares. Cuando murió su marido, María se sintió demasiado sola bajo las mantas de la gran cama conyugal, y le pidió a su hija que durmiese con ella. Maruja, además de acompañar los insomnios de doña María, prestó una inestimable ayuda juvenil a la hora de calmar los llantos nocturnos y los caprichos del niño. Dormían juntos los tres, en el cuarto más amplio y refugiado de la casa. Bien entrado el día, cuando se habían disipado las últimas penumbras del amanecer, Ángel se despertaba solo, en la tranquilidad de un reino sin prisas y sin ruidos. Su hermana se

había marchado ya a la Escuela Normal y su madre trabajaba en la cocina, justo al otro extremo de la casa. El niño tardaba en despertarse, como tardó después en dejar la cuna o en ir al colegio. Un decreto familiar de amparo estaba dispuesto a retrasarlo todo, dispuesto a detener las agujas del reloj y a envolverlo en un tiempo sumergido. Los primeros recuerdos de Ángel lo devuelven a las horas amortiguadas de la claridad, con la lentitud sensorial de las cosas que ocurren bajo el agua o bajo un sol amable.

La poesía, que está obligada a llegar hasta las úlceras y los inviernos más duros de las personas mayores, comprende muchas cosas propias de los niños. Juega con los días de la semana, transforma las tardes de miércoles en mañanas de lunes y se atreve incluso a pastorear por unos días los vientos de diciembre. Un poema de Ángel titulado «Diciembre» habla de pájaros muertos, barros, nieves sucias, pero explica por contraste el verdadero significado de la ceniza, recordando la luz que hubo una vez. Érase una vez antes de las nieves y los barros, en mañanas infantiles, cuando el tiempo no formaba aún parte de la historia y el primer pájaro muerto no se había caído de su rama: Diciembre vino así, como lo cuento

aquel año de gracia del que hablo,
el año aquel de gracia y sueño, leve
soplo de luces y de días,
encrucijada luminosa
de lunas hondas y de estrellas altas,
de mañanas de sol, de tardes tibias
que por el aire se sucedían lentas
como globos brillantes y solemnes.

El niño dejaba la cuna, salía con paso corto y desmañado a caminar por la casa. Los peces dan todos los días mil vueltas a su pecera. Miran las cosas una y otra vez, igual que los niños, que recorren las habitaciones de las casas, y ven el mundo una vez y mil veces, porque los utensilios de la vida están ahí, casi sin moverse, al alcance de los ojos y de sus manos torpes, asegurando que la realidad fue creada por una sola orden y en un solo día, bien definida por la precisión de las costumbres y de la luz perpetua. El camino del dormitorio a la cocina, donde esperan los brazos de la madre y el desayuno, será interrumpido ante la complicidad de cien rincones previstos, cien objetos que llaman la atención por su lealtad, por su capacidad de dar confianza, de presentar la vida como un argumento sin fisuras.

Después de la luz vienen los pies en el suelo templado, y después del dormitorio está el despacho, con la mesa de trabajo del padre, que ahora ocupan la madre y las nóminas de los maestros. Hay fotos, mira, mira, éste es papá, mira qué guapo, qué barbas, y una orla del Congreso Pedagógico de Pontevedra en la que el dedo de la madre le ha enseñado a descubrir a su abuelo Manuel Muñiz, mira, Ángel, todo un caballero. Hay también una estantería con libros de diversos tamaños y encuadernaciones, y otra en la que domina la presencia uniformada de la enciclopedia Espasa. El niño no ha descubierto aún el inagotable poder narrativo de la enciclopedia, su literatura fantástica a la hora de definir la palabra *bicicleta* o la palabra *mundo*. No sabe que *mundo*, en la enciclopedia Espasa, es todo un mundo por donde pasean los hombres de mundo que conocen a medio mundo y que antes de abandonar el mundo toman conciencia de las contradicciones del mundo moderno. Como el niño todavía no es de este mundo de los diccionarios y las

enciclopedias, pasa sin detenerse y sale del despacho dispuesto a seguir explorando, por puro instinto de confirmación, el mundo de su casa.

A la izquierda queda el dormitorio de Manolo y de Pedro. Ahora está vacío, porque Manolo tuvo que irse a Madrid, a El Pardo, para reponerse de una pleuresía con un matrimonio amigo de la familia. Los médicos le han aconsejado que pase una temporada respirando el aire sano de los montes y los pinos, y María Muñiz ha decidido tomarse el asunto muy en serio. No quiere más desgracias en la familia, no quiere que a Manolo le pase como a la tía Lucía González Pulido, hermana de la tía Clotilde y de su madre, que debió de ser muy guapa, con un porvenir muy prometedor en el mundo de los amores y las galanterías, pero que murió de tuberculosis a los diecisiete años, dejando a la posteridad sólo la huella mínima de un nombre y algunos abanicos con poemas y dedicatorias de sus pretendientes. Los abanicos ruedan por los cajones como los documentos de la carpeta azul, y el niño los busca, los abre y los cierra, como se abren y se cierran las habitaciones de una casa. Cuando Maruja dejó libre su cuarto para dormir en la camona, Pedro la ocupó. Así que ahora la habitación de Manolo y Pedro, que ya es nada más que de Manolo, está cerrada.

Los pequeños cambios en la geografía familiar no suponen movimientos irreparables. Todas las habitaciones que se cierran se abren después, todo lo que se va regresa, como las mañanas, las tardes y las noches, como las fiestas de cumpleaños o las Navidades. Las fiestas tienen muy buena luz en la memoria, pero no porque el 24 o el 25 de diciembre sean días soleados, sino porque pertenecen a la infancia, al tiempo casi detenido, los pasos cortos y desmañados del niño que ve cerrada la puerta del cuarto de Manolo, y decide abrirla para comprobar que las dos camas están hechas, y que la luz entra desde la calle Fuertes Acevedo gracias a las ventanas del gabinete. Este dormitorio con gabinete (buena luz, un armario, dos camas, dos butacas y una mesa), este dormitorio inglés, como dice su madre, dará mucho juego cuando los tiempos empeoren, y desaparezca la luz, y haya que admitir huéspedes en casa. Pero en esta mañana luminosa de 1928, el dormitorio inglés es todavía el cuarto de Manolo, aunque esté cerrado, igual que el cuarto del servicio, que queda a la derecha del pasillo, justo antes del cuarto que era de María y que ahora es de Pedro.

El mundo parece un laberinto lleno de habitaciones, nombres, hermanos, viajes, asistentes, pero está ahí, pertenece al niño, a su reino, porque todo lo que se va no tiene otro destino que el de volver. La habitación de las muchachas está cerrada. No importa, volverá a abrirse. Dentro de tres años llegará Soledad, y ya no será el cuarto del servicio, sino la habitación de Soledad, la buena Soledad, con sus ojos débiles y su corazón grande, la muchacha que se puso gafas para ver junto a toda la familia la luz de los días soleados, y la vio bien, y luego vio demasiado bien y demasiado cerca las sombras, cuando el tiempo empezó a cerrar en la vida del niño algunas puertas que ya no se volverían a abrir. Eso vendrá después, y no se irá, y el niño no lo sabe. Ahora no importa que el mundo sea difícil, casi un laberinto, porque todo está en su sitio, y puede ordenarse poco a poco, sílaba a sílaba, aprendiendo el lugar de las cosas como se aprenden las palabras y sus significados.

Maruja había ido a hacer unas gestiones en la Escuela Normal, pero volvería a la hora de comer. Manolo se había marchado a El Pardo para reponerse de la pleure... ¿qué?, la pleuresía, pero estaba a punto de volver y de pasar las vacaciones de Navidad con la familia, y con las vecinas García Tuñón, y con los pastores de Belén, y con los regalos de Reyes. Pedro estaba siempre arriba y abajo, subiendo y bajando las escaleras, saliendo y entrando de Oviedo, o de Asturias, o de la tierra firme. Interrumpía los partidos de fútbol

que organizaban los muchachos del barrio, ahora vuelvo, esperadme un momento, y subía corriendo las escaleras, entraba en la casa por el gusto repentino de ver a Ángel y lo levantaba en brazos: —A este niño le voy a enseñar yo a jugar al fútbol, va a chutar con la pierna izquierda...

Luego bajaba otra vez a la calle para seguir con el partido. Hay virtudes que crean tanta inquietud familiar como un vicio o una enfermedad. La vitalidad de Pedro llenaba la casa de una simpatía arrebatadora, protegida a corta distancia por el buen humor y las sorpresas sentimentales, pero hacía imposible que nadie se atreviese a pensar en su futuro con un poco de sosiego. Cada vez era más ancha la sombra que había dejado en el corazón de la madre su decisión de abandonar los estudios. La costumbre familiar era otra, el trabajo en el taller se había convertido en un callejón sin salida, y el sueldo del hijo, necesario para la economía doméstica después de la muerte del padre, se manchaba de grasa infeliz y de mala conciencia por la insatisfacción cotidiana del condenado perpetuo a los tornillos. Que volviese a estudiar no parecía posible, aunque fuese lo más lógico. A Rionda, un muchacho electricista que se había hecho inseparable de Pedro, le gustaba entrar al despacho y quedarse con la boca abierta delante de la enciclopedia Espasa: —La verdad, Pedro, teniendo esta joya en casa no sé cómo has dejado de estudiar. Quien guarda una enciclopedia guarda un tesoro. ¿Por qué no estudias algo?

Al niño le gustaba Rionda. Era un hombre muy agradable, rubio, con los ojos azules, un amigo de esos que le iban a enseñar a jugar al fútbol en la calle. Años después, cuando los diccionarios, los libros y la política entrasen a formar parte de su vida, la memoria del poeta Ángel González defendería una imagen nítida de Rionda, asombrado ante el tesoro de la enciclopedia, con ese respeto propio de los obreros socialistas que identificaban las escuelas con la libertad y confiaban en una cultura capaz de hacerles entender, dominar y transformar letra por letra el mundo. Ni era el caso de Pedro, que estaba huyendo de la cultura para tocar la vida con las manos, ni el niño tenía entonces memoria, porque las cosas estaban muy cerca, ordenadas por tomos, habitaciones y muebles, y todo lo que se iba tardaba muy poco en volver. Pedro consiguió permiso de su madre para marcharse a Galicia en busca de trabajo, aprovechando las dudosas ayudas de unas amistades lejanas, amigos de amigos, mundos desconocidos que consuelan de los mundos que se conocen. Entonces fue la madre la que le dio veinte duros y le pidió prudencia. Pedro tardó poco en regresar a casa, tres o cuatro semanas. Eran tiempos de crisis económica y el trabajo que encontró en una gasolinera apenas le había dado para vivir. Los huecos que dejaba el sueldo miserable se cubrían con los veinte duros, que se fueron deshaciendo en el bolsillo y en la cabeza hasta dejar el campo libre para hierbas peores.

Pedro volvió con la idea de alistarse en la Legión. La madre se negó en redondo. No, no, eso sí que no, de ninguna manera, a la Legión sólo va lo peor de cada casa, y tú no puedes hacer eso, repetía la madre, mientras buscaba una salida pacífica y razonable al nuevo sobresalto. La gravedad del caso le hizo pensar en su primo Félix, el hijo de la tía Clotilde, que fue llamado a Oviedo para que cumpliera por una tarde, en larga conversación con Pedro, el papel del hombre que faltaba en la casa. Aquella petición de auxilio significó un acto de valor por parte de María Muñiz. Félix era persona sensata, con una posición muy acomodada gracias al negocio de pañería que regentaba en Gijón, pero había cometido el desliz de enamorarse de la mujer de un ingeniero. Tía Clotilde le retiró el saludo a su hijo cuando la pareja, atreviéndose a oficializar una relación adúltera, puso domicilio y trajo al mundo un nuevo ser, el primo José Luis, tres años mayor que Ángel. Pero además de paños

menores, el comercio de Félix ofrecía buenas gabardinas para protegerse de las lluvias del norte. María Muñiz pasó por alto el escándalo de la sociedad gijonesa y el enfado dolorido e inconsolable de la tía Clotilde, y llamó a Félix para pedirle ayuda. Fue el primer cónclave familiar al que asistió el niño.

—Vamos a ver, Pedro, ¿qué quieres hacer?, ¿qué te gustaría hacer? Porque eso de la Legión tú mismo sabes que es un disparate, supongo que lo dices por decir, que no lo habrás pensado en serio.

El tío Félix hablaba con una voz cordial, poniéndose de parte de Pedro, pensando por Pedro, como si quisiese que Pedro hablase a través de él, que las palabras de Pedro saliesen de sus propios labios. Y las palabras de Pedro, salidas de los labios del tío Félix, entraban no sólo en el corazón de Pedro, sino en el cuerpo diminuto de su hermano Ángel, que andaba entretenido en otras cosas, ausente de una conversación que, sin embargo, se quedaría en él para toda la vida. Las palabras de los mayores entran en el oído de los mayores, pero se quedan flotando en el aire de una habitación hasta mezclarse con la luz en la memoria de los niños. Las palabras, los nombres, las historias de familia, los olores del desayuno que se ha preparado en la cocina, los ruidos de la calle forman parte del suelo sobre el que se aprende a andar. Las sorpresas también: —Vamos a ver, Pedro, no sé... ¿A ti te gustaría, por ejemplo, navegar? Conozco a un marino que puede aceptarte en su tripulación.

Los ojos de Pedro se iluminaron y respondieron antes que sus palabras. También el brillo de unos ojos puede quedarse en la memoria, el brillo de los ojos de Rionda ante la enciclopedia Espasa, el brillo de los ojos de Pedro ante el mar y los puertos del mundo. Claro que sí, claro que le encantaría navegar, dejar la tierra firme, vivir de verdad las aventuras de piratas y de monstruos marinos que sus hermanos Manuel y Maruja habían leído en los libros. El niño se acostumbró una vez más a despedir y dar la bienvenida a Pedro, que se iba y volvía como todas las cosas cercanas, como el día y la noche, como el tío Félix y la tía Clotilde. Pedro fue aceptado en un barco de cabotaje, y durante unos meses navegó frente a las costas del mar Cantábrico. Mientras trabajó de cocinero, Pedro volvía a casa mejor de lo que se iba, moreno, robusto, con la felicidad en la piel y en las historias de sus navegaciones. Cuando atracaba su barco en Gijón, corría a Oviedo para comer en casa y llevarle al niño pequeños regalos de marinero y algunos cuentos del mar Caribe nacidos frente a las playas de La Coruña o de Santander. La madre estaba feliz, convencida de que su hijo había encontrado un porvenir seguro sobre las aguas. Pero el mar es movedizo y está en su condición no respetar por mucho tiempo la tranquilidad de los hombres. No se sabe por qué cambiaron de destino a Pedro. Fue palero, ese tipo de marinos del infierno y de las bodegas más ocultas del barco, encargados de echar el carbón en la caldera, y entonces comenzó a llegar escuálido, ojeroso, sin demasiadas ganas de hablar ni de comer. En una de sus visitas, decidió quedarse en Oviedo, buscó trabajo en un taller de automóviles y allí se mantuvo firme hasta 1934, esperando con sus compañeros de la UGT y del PSOE a que se levantase por los mares, las aldeas y las ciudades de Asturias el gran oleaje de la Revolución de Octubre.

El niño sigue caminando con los pies descalzos. La puerta de la habitación de Pedro, que antes era la de Maruja, está cerrada. Como todo va y viene en los días de sol, al amparo de un tiempo detenido, dócil a su dueño infantil, Ángel no sabe si su hermano se ha ido a fabricar tornillos, o a navegar, o a componer motores de automóvil. Su habitación está cerrada y muda, frente a la puerta de la calle, por donde entrará de un momento a otro. La puerta de la calle queda en el ala izquierda del pasillo, antes de la despensa y la cocina.

Pero como suele decir su hermano Manolo, en esta casa no se entra por la puerta de la calle, se entra por los ojos. Al lado de la despensa hay un cristal pintado de blanco, con un agujerito por el que es posible espiar a todos los que tocan el timbre. Un cajoncito en una máquina de coser, un hoyo en el que colar una bola, una barra de hierro para hacer ejercicios gimnásticos, una mirilla en un cristal blanco, las casas están llenas de pequeños secretos que los niños confunden con el mundo. Ángel sabe la importancia del cristal blanco porque ha ido muchas veces en brazos de su madre a mirar por el agujero. Hay que tener cuidado, hijo mío, no se abre la puerta sin saber quién llama. En el despacho tenemos el dinero de los maestros, mucho dinero, y un día alguien puede darnos un susto.

El niño comprende que las calles dan de vez en cuando algún susto, pero en la mayoría de las ocasiones las plazas y los parques son una extensión de la casa, y las visitas que entran por la puerta de la calle o por los ojos parecen gentes amables, amigos de sus hermanos, familiares de Pravia, maestros que saludan con respeto, buenas tardes, señora, ¿la encuentro en un buen momento?, y que esperan con una sonrisa tímida y las manos juntas, agradecidas, a que su madre les pague la nómina, o vecinas que llegan a pedir un favor, o a hacerlo, o a llevarse al niño por las escaleras y los pisos del número 8 de la calle Fuertes Acevedo. Las García Tuñón, vecinas del primero derecha, forman un torbellino de nombres, María Rosa, Avelina, Ángeles, Carmen, Sarita, Araceli, un tumulto de brazos y risas que llega y se va en confusión, sin que el niño atine a unir los nombres con los rostros. Sólo puede individualizar con exactitud a la madre, doña Rosa, viuda también como su madre, y a Ángeles, que es la que más entra por la puerta en busca de sus tres hermanos, aunque su carácter deportista, contundente, casi viril, la ha ido acercando más a Pedro, con quien le gusta pasar las tardes y hacer ejercicios gimnásticos. Don Pedro González Cano, atento a las ventajas de una educación completa, había colocado una barra de hierro en un extremo del comedor para que sus hijos trabajasen los músculos con afán de salud física y superación espiritual. Las flexiones y las páginas capturan el porvenir porque vienen una detrás de otra, igual que los días o los meses. Los músculos y la moral dependen de la autoexigencia. La barra fue un secreto más de la casa, y el niño la recuerda unida a los nombres de su hermano Pedro y de Ángeles, la única García Tuñón que identificaba entonces en el tumulto de caras, voces y nombres que formaban sus vecinas del primero.

Con ellas estaba cuando sufrió su primer ataque de cólera. El pasado hace nido en sus súbditos por diversas razones, y una de ellas es la vergüenza, más poderosa a veces que la felicidad o el miedo. El niño se avergonzó durante años del escándalo que había formado en el Campo de San Francisco por culpa de un azar desgraciado, poco grave, pero muy repugnante. Menos mal que no estaba esa mañana su hermano Manolo con las García Tuñón, aunque las sombras de su padre y del abuelo Muñiz torcieron el gesto con el deseo de dejar claro que estaban asistiendo a un espectáculo intolerable. El paso de los años haría que el niño avergonzado se disolviese en el hombre maduro dispuesto a perdonar aquel ataque de cólera, y a interpretarlo como otro síntoma más de una primera infancia muy protegida, muy amparada, mimada en exceso, como si las desgracias del pasado avisaran ya de las posibles tragedias del futuro y la realidad aconsejase encerrar al tiempo en una pecera de agua templada. En torno al niño debían ponerse a danzar, a aparecer y desaparecer, su madre y sus hermanos, y la tía Clotilde, y el tío Félix, y el primo José Luis, y doña Aurorita Casero, la vecina del primero izquierda, y don Adolfo P. Villapadierna, el médico del segundo derecha que había estudiado con la misión única de remediar las anginas y los empachos del niño, y doña Rosa, y José Antonio García Tuñón (que se estaba esforzando en ser farmacéutico para poder despachar en la botica de la calle Doctor Casal

las recetas firmadas por el doctor Villapadierna), y sus seis hermanas, que entraban en la casa por la puerta y por los ojos bajo una confusión de voces, rostros y nombres, para hablar con Pedro y con Maruja, o para llevarse al niño a tomar el sol en el Campo de San Francisco.

Estaba con ellas una mañana de domingo cuando un hombre desconocido y desgraciado, con más pinta de pollo chulo que de señor, descargó sus flemas pulmonares sobre las tierras santas del Campo de San Francisco. Pero el esputo no llegó a tierra, porque encontró en su camino un zapato de charol recién estrenado por el niño. Los alaridos debieron de oírse en los balcones de la calle Fuertes Acevedo y hasta en las faldas del Naranco o en la cumbre nevada del Aramo. Las hermanas García Tuñón se precipitaron a afear las poco higiénicas costumbres de aquel imprudente señor y quisieron devolverle al zapatito su perdida dignidad, pero tardaron poco en quedarse paralizadas ante el furioso impulso justiciero o vengativo del niño, que se negaba a quedarse quieto, y perseguía al infortunado criminal, gritando como un loco: —¡Ha sido él, que lo limpie él, que lo limpie él!

Un intruso había osado interrumpir la perfección de la existencia, la tranquilidad del reino privilegiado que atendía y vigilaba una multitud de cortesanos complacientes. Era justo que acatase la sentencia y que pagase con el deshonor la fechoría cometida. Otro intruso, vestido de limpiabotas, acertó a pasar por allí, y aportó una solución intermedia. El caballero imprudente delegó en él la tarea de limpiar el zapato, de satisfacer al niño y de calmar a las hermanas García Tuñón: —Anda, límpiale los zapatos al rey de la casa.

Así volvieron a brillar, sin heridas ni eclipses graves, el charol de los zapatos y los pasos marchosos del pollo. Una vez arregladas las cuentas, el charol y el pollo siguieron disfrutando de la luminosa alegría dominguera en el Campo de San Francisco.

Son las cosas que ocurren cuando se abre la puerta de la calle y el niño baja las escaleras en brazos de sus familiares o de alguna vecina. Pero en el recorrido por el interior de las habitaciones no hay ninguna amenaza. Aunque lleve los pies descalzos no recordará el frío, sólo la luz cálida que se extiende por la casa como el olor a café que sale de la cocina. Oye a su madre trajinar en la cocina, está a punto de correr hacia ella, duda y prefiere aprovechar su soledad, cruza el comedor, rodea la mesa grande, las sillas de madera noble, deja a un lado el aparador, con su espectáculo de cristalerías y porcelanas, se mira unos segundos en el espejo. Ahí está él, pequeño, sigiloso, desabrigado y feliz, dispuesto a escapar enseguida del marco de yeso plateado para adueñarse de la galería. Los ventanales de la galería dan al Naranco, y por ellos entrará el sol de la tarde. Ahora llega una luz limpia mezclada con la naturaleza, los prados verdes y las rocas que se elevan hasta tocar el cielo en un lugar tan misterioso y lejano como la raya del horizonte. A la izquierda está el biombo que hizo Pedro para partir en dos la extensa galería y cubrir la puerta del retrete. No puede evitar una mirada rápida a los juegos florales que cubren los bastidores del biombo. Llamadas de sol y de color se apoderan de la tela fruncida.

Antes de volverse hacia la derecha, el niño sabe que no va a encontrarse esta mañana con lo que debería esperarlo allí, la máquina de coser y la silla de Nieves, la costurera que viene de vez en cuando a componer los sietes, respuntar los manteles, coser las faldas de Maruja o asegurar los falsos de los pantalones de sus hermanos. Ayer desaparecieron la máquina de coser y la silla de Nieves, y su madre puso unas tablas en la esquina de la galería para bordar un mundo de musgo, pastores, pequeñas casas, caminos de serrín, montañas de cartón y papel, ríos de plata, nevadas de harina y animales definitivamente domésticos. El niño coge el perro del pastor, y no ladra. La mula y el buey

no protestan cuando los saca del pesebre, y los besa, y los muerde, antes de dejarlos con cuidado en su sitio. El mundo está quieto, todo ocurre a la vez, con el cielo azul, las estrellas luminosas, la nieve sobre los montes, las lavanderas arremangadas en el agua cálida del río, los ángeles mezclados con las vacas y los hombres, y los Reyes Magos recorriendo tras sus pajes un exótico y largo viaje que puede medirse por centímetros.

El niño deja todo como está y corre a buscar a su madre a la cocina. La madre lo ve entrar, lo levanta en brazos, lo besa, aparenta que se enfada, le regaña por haberse quitado los calcetines con el frío que hace, le frota los pies, lo lleva al dormitorio, le pone unos calcetines y unas zapatillas, y le avisa con verdadera emoción de la sorpresa que espera en la galería.

—Mira, ya lo he terminado. ¿Qué te parece el belén de este año? Ahí está el pesebre, ahí va a nacer Jesús, tan pobre y tan desamparado. Pero los Reyes Magos vienen por el puente, cargados de regalos, sin importarles las lanzas de los soldados romanos o las órdenes de Herodes. Igual traen regalos también para ti, así que a ver cómo te portas. Y no rompas ninguna figurita del belén. El sábado próximo es Nochebuena.



Ángel González a los cuatro años.

El niño no recordará el frío de diciembre en el suelo de la casa, la mordedura del invierno en sus pies descalzos. Sentirá una luz templada cubriendo la piel de la memoria, un sol pintado con lápices de colores, la seguridad de los patos que nadan en un paraíso o en un río sin zorros, el amparo de un mundo propio, en el que las cosas están en su sitio y todo lo que sale por la puerta de la calle acaba por volver, y entra en casa por los ojos, o por la mirilla del cristal blanco, y permanece fiel a sí mismo, como las figuras del belén, que se mantienen caminando, o cortando leña, o lavando, en el mismo lugar donde se las deja. El niño aprende, se apodera del mundo, atesora datos en compañía y en soledad, gracias a las historias que cuenta su madre, a las lecciones de su hermana Maruja y a los paseos solitarios a través de los minutos de silencio y de descuido que ofrece la vida de la casa. La madre no sabe que, unos minutos antes, Ángel ha buscado el belén que dejó a medio hacer la noche pasada, cuando llegó la hora de que lo llevaran a la cuna. No sabe que ha cogido el perro, y que ha mordido la mula y el buey, y que lo ha puesto después todo en su sitio. El niño intuye que se acabarán las Navidades, que los pastores y las ovejas regresarán a una caja de cartón, bien envueltos en papeles de periódico, y que la silla de Nieves y la máquina de coser volverán a la esquina de la galería y esperarán allí mucho tiempo, otro año, otras tardes de lluvia y de sol, de pantalones y de faldas, para desaparecer y dejar de nuevo sitio a las tablas del belén, a las figuras que saldrán un año más de sus envoltorios como las fiestas salen de los almanaques y de los días laborables.

El niño intuye eso, pero no sabe que el belén será cada vez más pequeño, que él irá creciendo, y su madre lo dejará definitivamente en el suelo, y será cada vez más alto, y verá los pastores cada año más lejos, en un mundo ancho y ajeno, que es en verdad todo un mundo, un mundo difícil, porque los cielos no son siempre azules, ni las estrellas brillantes, ni los inviernos cálidos, ni los ríos de papel de plata. Todavía no comprende el significado del oro, el incienso y la mirra. Por eso no tiene frío en los pies.

7. Bajar o subir

Cuando su madre y su hermana Maruja llevaron a Ángel por primera vez hasta la puerta del Grupo Escolar, no tardaron en sentir la compañía sigilosa de Pedro González Cano y de Manuel Muñiz. Nada más salir de casa, en cuanto doblaron la esquina para dirigirse a la calle Fray Ceferino, el padre y el abuelo empezaron a caminar tras ellos, manteniendo una animadísima conversación sobre acontecimientos pedagógicos de larga y corta distancia. Las peripecias inmediatas, la entrada en el colegio, el resquemor del niño al ingresar en un tiempo y un espacio desconocidos, los asuntos del gran día por fin llegado desembocaban en un mar de ilusiones lejanas, en el que iban a navegar a la vez el futuro laboral del alumno, el progreso de la humanidad y las dudas inevitables sobre el azar de los destinos particulares. Ángel había cumplido ya siete años y era imposible retrasar más su escolarización.

—Cano, este niño debería haber venido a la escuela mucho antes. Ahora estará en inferioridad de condiciones entre sus compañeros.

—Sólo lleva un año de retraso. Por edad le hubiera correspondido venir el curso pasado.

—¿Y te parece poco?

—Maruja ha hecho una buena labor, estoy orgulloso de ella. Además, no es culpa mía. Yo no soy partidario de que los niños vayan demasiado pronto a la escuela, pero la decisión ha sido de su madre. Es verdad que lo está mimando más de la cuenta.

—Esperemos que estudie con aplicación, que se labre un porvenir, que suba en la escala social, que sea un profesor famoso, o un buen abogado —de las palabras del abuelo se apoderaba una inevitable vibración solemne, casi de padre de la patria. Pero en sus ojos despuntaba un brillo difícil de imaginar en la fotografía de la orla del Congreso Pedagógico de Pontevedra que colgaba en la pared del despacho.

—Don Manuel, yo conozco a mis hijos. Subirá mucho, pero en otra escala, la del solfeo, porque va a ser un buen músico.

María Muñiz los escuchaba con paciencia y amor, pero no estaba en condiciones de preocuparse por el futuro lejano, ni le importaba demasiado apostar ahora por la abogacía o por la música. Recién peinado, con una cartera nueva, una libreta limpia y un lápiz, llevaba a su hijo de la mano y sólo pretendía llegar a tiempo para hablar, antes del inicio de las clases, con don Pablo Miaja, el director del Grupo Escolar Distrito Cuarto. Había que encomendarle a Ángel, pedirle que lo cuidara, que facilitase su integración en el grupo de sus compañeros. Por suerte iba a coincidir con Pedrito, sobrino del propio don Pablo. Los dos eran amigos, las familias se conocían y ya habían pasado juntos algunas tardes. Las preocupaciones sobre el porvenir quedaban para ella muy lejos, eran casi una cuestión impertinente en la primera mañana de colegio de su hijo pequeño. Cuando los días aprietan de verdad, el futuro se convierte en una interrogación de segunda categoría. La realidad estaba ahí, sentimental, inmediata y necesaria, porque iba a dejar solo por primera vez al niño. Un escalofrío de culpa por haber retrasado en exceso la escolarización de su hijo se mezclaba con la culpa angustiada de llevarlo demasiado pronto al colegio.

Al llegar a la escuela, Ángel, el profesor Pedro González Cano y el catedrático Manuel Muñiz y García entraron en el aula. La madre y Maruja, después de besar mucho al niño, se dirigieron al despacho de don Pablo Miaja para insistir en sus recomendaciones. No te preocupes, te lo vas a pasar muy bien, susurró al oído, por su parte, el abuelo Muñiz, que no tuvo problemas en encontrar una silla justo detrás de la que ocupaba el nieto. Ángel miraba con timidez y recelo a los niños que iban entrando en el aula como embajadores de un mundo ajeno y poco previsible. La posibilidad de nuevas amistades, que él no creía necesarias, porque le bastaba con los vecinos y los amigos del barrio, pesaba menos que la incomodidad y el temor ante una situación poblada de exigencias y desconocidos. Era allí, en un campo de juego enemigo, mañana tras mañana, donde había que labrarse un porvenir para ascender en la escala social. No le faltaba valor para participar en las travesuras infantiles inventadas por el Rubio, los gemelos o Pepu, sus compinches del barrio. Pero ahora no se trataba sólo de una tarde peligrosa, ni de una diablura. Eso era lo peor, porque los acontecimientos aislados pueden vivirse como un juego, como una hazaña, pero los túneles inacabables producen una sensación de asfixia. Un horizonte infinito de mañanas de colegio, de lecciones, de exámenes, de caras rigurosas y profesoras, de palabras como aprobado y suspenso, de conceptos como grado elemental, bachillerato o título universitario, de paisajes con escuelas, institutos y paraninfos, caía por fin sobre él, se desplegaba ante su silencio igual que una rutina impuesta, que marcaba ya otra situación, otra época en su vida, y que se condensaba finalmente en la advertencia *dejarás de ser niño*, o en la pregunta *¿qué vas a ser de mayor?*, o en una formulación menos inocente: *¿qué va a ser de ti?*

Los alumnos del Grupo Escolar se sentaban a su alrededor, envolviéndolo, observándolo, sonriendo, pero todavía no como compañeros, sino como testimonio inicial de un género humano amenazador, habitantes de un mundo incontrolable, poco parecido a su reino de habitaciones y pasillos particulares. Mucho tiempo después, el poeta Ángel

González, hombre maduro que había descubierto los verdaderos colmillos de la realidad, escribió un libro titulado *Grado elemental*. En 1962, a sus treinta y siete años, ya sabía que resulta una temeridad considerar como propiedades estables los paraísos infantiles, las ciudades pacíficas y las vidas humanas. No, la buena salud no asegura la supervivencia en un mundo que, como han repetido las novelas, las películas y las guerras, huele demasiado al calor y a la humedad de una selva. El poeta, en labores de maestro realista, quiso empezar por el principio, ofrecer lecciones de cosas, evocar la historia sin mentiras y contar fábulas para animales..., sí, eso es, fábulas en dirección contraria, fábulas en las que los animales pudiesen aprender a comportarse como alimañas observando a los seres humanos: Hoy quiero —y perdonad la petulancia— compensar tantos bienes recibidos

del gremio irracional
describiendo algún hecho sintomático,
algún matiz de la conducta humana
que acaso pueda ser educativo
para las aves y los peces,
para los celenterios y mamíferos,
dirigido lo mismo a las amebas
más simples
como a cualquier especie vertebrada.
Ya nuestra sociedad está madura,
ya el hombre dejó atrás la adolescencia
y en su vejez occidental bien puede
servir de ejemplo al perro
para que el perro sea
más perro,
y el zorro más traidor,
y el león más feroz y sanguinario,
y el asno como dicen que es el asno,
y el buey más inhibido y menos toro.

En aquella mañana de finales de septiembre, primera del curso 1932-1933, la situación desde luego no era trágica, ni comparable con la gravedad de algunos episodios posteriores en su vida. Pero el niño no lo sabía, y le bastaba entonces con advertir los ojos taimados del zorro y las uñas del león en la sonrisa de sus compañeros desconocidos, que se saludaban entre sí, alegres y procaces, como una fauna compinchada desde el año anterior. Por eso agradeció que llegase Pedrito González López, el sobrino de don Pablo Miaja y el delfín de Casa Viena. La familia materna de Pedrito pertenecía también a la tradición del magisterio asturiano. El padre, además, era propietario de una tienda de muebles, en la que se vendían pianos. Cada vez que Ángel acompañaba a su madre a Casa Viena, se olvidaba de las mesas y las butacas para observar con especial cuidado la silueta noble de los pianos, aquellos muebles sonoros y pulidos, hechos de madera elegante, con teclas blancas y negras y pedales dorados. Si su padre se salía con la suya, y llegaba a ser músico en vez de maestro o abogado, debería pedirle a su hermano Pedro que le fabricara un piano como esos. Ángel se levantó de su silla y se apresuró a sentarse junto a Pedrito, arrastrando al abuelo y al padre. Eran amigos y lo seguirían siendo, quizá el único amigo verdadero que no había surgido en las calles y en los trasiegos del barrio.

¿Qué iba a ser de mayor? Esa pregunta aún pertenecía al orbe de las preocupaciones

abstractas, lejanísimas, en el extremo de un horizonte infinito de mañanas de escuela, instituto y universidad, y no necesitaba responderla con exactitud en su curso de grado elemental. Tampoco tenía demasiado claras las consecuencias sociales de los verbos subir y bajar. Confundía las escalas del prestigio cívico con las escaleras del número 8 de la calle Fuertes Acevedo, un lugar de subidas y bajadas en el que no estaban tan claros los rumbos y los caprichos de la suerte. Es verdad que doña Adela, la viuda del indiano, tuvo que bajarse del tercero derecha al segundo izquierda por culpa de un tropezón económico. Pero cuando el niño subía de su tercero izquierda a la buhardilla de Pepu, el hijo de Lucio, el ferroviario, era evidente que descendía en la escala social hasta las habitaciones más pobres del edificio. Subir y bajar eran verbos confusos, sobrecargados de alteraciones, de golpes de suerte y giros del destino, de éxitos que acababan en tragedia y de humillaciones con un final feliz, o casi feliz, o compatible al menos con la vida. Nada parecía seguro, excepto que los pisos situados a la derecha eran mejores que los de la izquierda, más amplios y con pocas habitaciones interiores, porque se asomaban a dos calles: Fuertes Acevedo y Cervantes. Pero quizá convenga advertir que las ideas políticas de Ángel no se debieron a esta distribución desigual de la derecha y la izquierda en el edificio de su infancia. Eso quedará demostrado en el subir y bajar de esta historia que camina por sus recuerdos, al menos si tomamos la expresión en su sentido geográfico más literal, más de callejero municipal, y excluimos del edificio infantil otras luces particulares no relacionadas con la arquitectura, como la cojera en el pie izquierdo de su padre, los libros de su hermano Manolo, las navegaciones de su hermano Pedro y lo que el propio Ángel tuvo la oportunidad de leer y ver con sus ojos de niño escolarizado en la Asturias de 1932.

El edificio de Fuertes Acevedo conoció muchos altibajos, cambios, apariciones y desapariciones. Llegó incluso a perder su nombre, cuando después de la guerra se volvió a bautizar la calle, convirtiéndose en avenida de Galicia para mayor gloria del ejército salvador, según consta en las guías municipales, en los sobres de las cartas y en las pólizas de seguros que se conservan en la carpeta azul. Pero la memoria se parece poco a un acta notarial o a un archivo burocrático, y hace de todos los tiempos pasados un solo tiempo que habita el presente con sus fijaciones y sus borraduras. Los recuerdos de Ángel González conforman un tratado de urbanismo con voluntad de quietud, mezclan fechas, inquilinos, episodios, hasta alcanzar una imagen encerrada en sí misma, igual que su propia infancia o que las huellas de los días de sol. Claro que se trata de una quietud movедiza, porque las historias suben y bajan sobre el recuerdo seleccionado, y el número 8 de la vieja calle Fuertes Acevedo se llena de historias, ascensos, descensos y cambios de fortuna. También en las escaleras de su casa, además de en la escuela y en la calle, se fue labrando la inclinación de Ángel al pudor, al sigilo humano de la quietud, al instinto de permanencia.

¿Quién vive ahí, con Ángel, dentro de su memoria? En lo más alto de las escaleras, en la buhardilla izquierda, vive Leopoldo, el camarero del café Peñalba, con Isabel, su mujer, siempre más arreglada de la cuenta, y con sus hijos Homerito, Menchu e Isabel, a la que todo el mundo llama Cuqui. En la buhardilla derecha vive Lucio, el ferroviario, con su hijo Pepu. Doña Adela vive en dos sitios a la vez por culpa de unas contrariedades económicas, que si en la vida real la obligaron a perder metros cuadrados, en la memoria de Ángel le otorgan dos viviendas. Habita el tercero derecha, puerta con puerta de la familia González Muñiz, y también el segundo izquierda. Su marido hizo fortuna en América, pero no la suficiente como para resistir el paso del tiempo y de los sustos comerciales. Doña Adela es viuda, dulce y triste, se ocupa sobre todo de su hija Ada, deficiente mental, y de escribirle cartas a su hijo mayor, Diego, que acaba de marcharse a Cuba para intentar

repetir la suerte indiana del padre. Pobre doña Adela.

Don Adolfo Villapadierna, el médico, vive en el segundo derecha. Es un hombre amable, muy cordial a la hora de curar resfriados, empachos y anginas. El niño lo saluda con respeto, como un portavoz cercano de la tranquilidad y de la ciencia, tal vez porque ha oído muchas veces a su madre insistir en lo útil que resulta contar con un médico tan cerca de casa. Pero nadie es dueño de nada, y menos de la tranquilidad y de la ciencia. Cuando Ángel sea adolescente, y se sienta cada día más débil, y acabe escupiendo sangre en un pañuelo, conocerá el gesto más serio y derrotado de don Adolfo. Será difícil de olvidar la fragilidad de su sonrisa y de sus ojos, mientras murmura sin convencimiento unas palabras de ánimo y aconseja a doña María que vayan enseguida a pedir la opinión de un buen tisiólogo, el doctor Cossío, uno de los pocos médicos de Oviedo que podían hacer milagros.

La familia García Tuñón, con su revuelo de faldas y su olor a farmacia, ocupa el primero derecha. Los paseos por el Campo de San Francisco y las excursiones en las mañanas de verano son una extensión del cuarto de estar, rumoroso y femenino, de las Tuñón, que le sabían imponer a la vida un nervio soleado de romería. El primero izquierda está habitado por el señor Martínez Hombre. Ángel recuerda la sombra de un inquilino anterior, una figura que asocia vagamente con la inquietud y la desgracia, no por su aspecto real, sino por su oficio, pues alguien le había dicho que era administrador de un asilo al que iban a morir los ancianos abandonados. No le gusta ese oficio, así que prefiere pasar por delante de un primero izquierda ocupado por el señor Martínez Hombre y su mujer. Por eso, y porque el matrimonio tiene tres hijas, Sari, Amay y Tetelín, capaces de animar con sus juegos y sus sonrisas el portal de la casa.

En el subir y bajar de los pisos, la rueda de la fortuna está sometida a golpes de efecto que cambian la valoración social del vecindario. La belleza femenina será un valor a tener muy en cuenta según el niño vaya creciendo y aprecie los detalles, las formas, las curvas, las insinuaciones, las pequeñas diferencias, decisivas a la hora de comprender la atracción que llegan a sentir entre sí los cuerpos contrarios. Cuando las piernas de Cuqui y Menchu adquirieron un poder superior, más perfilado e inquietante que la mecánica natural de subir y bajar escaleras, ascender a la buhardilla de don Leopoldo ya significó algo más que descender en la escala social. Aunque el crédito no sólo lo repartían las piernas y las faldas. La buhardilla de Pepu también se revalorizó mucho con la llegada de su abuelo, un maestro en el arte de hacer magníficos sables de esgrima. Las empuñaduras de hojalata y la marcialidad flexible de las varas bien elegidas propiciaron grandes duelos a florete entre los niños y un aumento notable del prestigio social de la buhardilla derecha.

El éxito de las espadas, así como la visión de la ropa interior de Cuqui pertenecen ya al tiempo de la guerra, por lo que no resulta conveniente adelantar los acontecimientos del vecindario. Sigamos, pues, con el entresuelo derecha, que será ocupado dentro de unos meses por Alfonso Beaumont, personaje atildado, pero muy simpático, que convertirá sus sonrisas y los bolsillos de su chaqueta en una caja de sorpresas. La ley de la oferta y la demanda se parece mucho a la magia cuando los niños tienen como vecino a un representante de una firma comercial, un oficinista callejero que lleva en el maletín o en los bolsillos de su traje un tesoro de pequeños regalos. El señor Beaumont era representante de una sopa rápida, muy útil en las cocinas de los hombres solteros y de las familias numerosas, que se llamaba Caldo de Pollo Chispún. Los almanaques, las carpetas, los caramelos y los cubitos de pollo Chispún salían y entraban del entresuelo derecha, sin olvidarse nunca de los niños del edificio que se aprovechaban de la generosidad, colorista y gratuita, de su vecino.

Un día apareció Alfonso Beaumont con una camioneta cargada de caldo de pollo y de altavoces. Ángel, que ya andaba libremente por las calles del barrio, no dudó en aprovechar los privilegios de su amistad con el representante de las sopas rápidas, una amistad que le ofrecía la oportunidad maravillosa de subir en la escala social, o por lo menos de subir a una camioneta ruidosa, y se ofreció a colaborar en la fiesta publicitaria de Chispún. Disfrutó en la cabina mientras iba y venía desde el Campo de San Francisco hasta la Silla del Rey, llenando la ciudad de música estridente y de invitaciones a la nueva cocina, para adaptar los sabores de siempre a las exigencias de la vida moderna. Beaumont recitaba sus consignas y conducía de manera lenta y caprichosa, a través de itinerarios sin dirección precisa, que iba alargando con vueltas y revueltas, como variaciones musicales sobre la estación de ferrocarril, o sobre el estadio de Buenavista, o el hospicio, con su escudo inmenso en la fachada y sus piedras solemnes, o la calle Uría, repleta de comercios y de gente. El niño se sentía orgulloso de ser el centro de todas las miradas y saludaba como un príncipe a los asombrados paseantes desde la ventanilla de la camioneta. Era un hombre grande, capaz de hacerle competencia al gigantón de los almacenes Al Pelayo, ese individuo portentoso que caminaba sobre unos zancos de tres metros y repartía publicidad de un comercio dispuesto a extender por Oviedo la técnica del dos por uno. Señora, alertaba el gigantón de chaqueta vistosa y pantalones desmesurados, puede pagar uno y llevarse dos. Se engaña quien piensa que las ciudades están hechas de ladrillos, cristales, hierros y mármoles. Compramos una, pero nos llevamos dos, o tres, o cien, y todas se quedan al mismo tiempo en la memoria como una caja de recuerdos infinitos, porque son un vértigo de gentes, de comercios que se fundan y se cierran, de recuerdos minúsculos, de costumbres y sorpresas. El gigante de los almacenes Al Pelayo, perseguido por los niños, da grandes zancadas sobre el tiempo, entretiene todavía las conversaciones, consuela a las sombras que se asoman por las ventanas del hospicio y asusta a las viejas que pasan por la calle Marqués de Pidal.

Cuando Beaumont se detuvo en una esquina, al final de la calle Uría, y subieron los dos a la caja del camión para repartir desde las alturas cubitos de pollo Chispún, la felicidad fue plena, pero no duró mucho. Parece que la brevedad es una condición inseparable de la felicidad, que se cuenta siempre por momentos y situaciones pasajeras. Ángel estaba orgulloso del protagonismo alcanzado, repartiendo a su gusto cubitos de pollo, a éste sí, a éste no, cuando apareció por allí Pedro, y en vez de felicitarlo o de estallar en carcajadas, le regañó de manera seca. ¿Qué pintas tú ahí, haciendo el imbécil en esa camioneta? Ángel bajó de inmediato, porque no estaba acostumbrado a ver a su hermano tan enfadado. Quizá fuese el año 1935, o tal vez ya 1936 y Pedro acababa de volver de su exilio en Francia, país remoto, culto y seguro al que había huido después de la Revolución de Octubre. Es posible que Alfonso Beaumont, tan generoso y simpático como siempre, hubiese empezado a cambiar algunas tardes su traje de representante comercial por una camisa azul de falangista convencido. O quizá sólo se trataba de que a Pedro no le gustó nada ver a su hermano como un idiota orgulloso, repartiendo cubitos de pollo Chispún encima de una camioneta con altavoces.



Ángel González en 1930.

La infancia es un tiempo paralizado, sólido, compacto, que suele precipitarse de manera gaseosa hacia el futuro cuando lo recordamos al cabo de los años. Ángel no quiere mezclar su primera memoria con las escenas de la guerra, más trágica para Alfonso Beaumont que para Pedro. Por desgracia el sufrimiento y la violencia están ahí, peldaño tras peldaño, escondidos entre las sombras de cada planta y de cada piso, abriendo o cerrando las puertas. En el entresuelo izquierdo, la casa de doña Aurorita Casero, vivió Ángel unas semanas durante la guerra civil. La calle Fuertes Acevedo quedó casi en

primera línea de batalla, las balas entraban por las ventanas en busca de su azar macabro, una ruleta poco generosa en la que los días de sol y las horas de tranquilidad se mezclaban con explosiones amenazantes. Los pisos bajos se convirtieron en lugares menos peligrosos, menos expuestos a la irracionalidad de la muerte, sin el fragor a pecho descubierto de los pisos altos. Cuando los hermanos de doña Aurorita le pidieron que abandonara la casa, vente a vivir con cualquiera de nosotros, hay que evitar una calamidad, la buena mujer se acordó de María Muñiz y le dejó la llave del entresuelo izquierda para que se refugiara allí con su familia. Bajar peldaños era en esos tiempos un modo de subir en las posibilidades de conservar la vida.

Doña Aurorita vive en el recuerdo de Ángel como una mujer buena, melindrosa y perseguida por la debilidad. El niño no sabía situarla con exactitud en los giros de la fortuna. Era hija de una planchadora, y desde luego pertenecía a una familia con suerte, porque el trabajo honrado dio en esta oportunidad sus frutos. Los hermanos Casero habían alcanzado una presencia notable en la ciudad. Pero la suerte parecía más atenta a los hermanos que a la propia Aurorita, mujer triste y solterona, aunque casi nunca vestía santos, porque gastaba el tiempo en visitar a los vecinos. Definía su personalidad una confusión simpática, a veces demasiado cercana a la cursilería, entre la naturalidad popular y los ritos de una educación burguesa aprendida en las novelas de Galdós y en las pláticas de sus cuñadas. Subía a casa de Ángel, entablaba conversación con Maruja y con María Muñiz, dejaba pasar los cuartos, las medias, las horas, mientras la tarde se iba cargando lo mismo de palabras que de silencios, de recuerdos dichosos o de preocupaciones actuales y de suspiros. Paseaba por su juventud, por los años que había sacrificado a la enfermedad de su madre, por la muerte de ésta, por la libertad de sus hermanos y de sus sobrinas, por la inteligencia de los jóvenes que saben aprovechar la vida, por la salud delicada de Manolo, por las navegaciones de Pedro, por los novios secretos que sin duda tendría Maruja, por los acontecimientos del vecindario, por los enfermos del doctor Villapadierna, por las entradas y salidas de las hermanas García Tuñón, por los maestros de doña María, por el mal sabor de los caldos Chispún y por su propia soledad sin horarios ni prisas.

Pasada la media tarde, cuando las agujas del reloj habían superado ya la hora prudente de la merienda, el niño se aguantaba con picardía el hambre, en espera de aguantarse inmediatamente la risa. Una situación cómica se había convertido en clave de complicidad familiar. La madre dejaba la costura o los recibos de los maestros, que iba rellenando mientras conversaba con la vecina, y se levantaba: —Voy a prepararle la merienda a Ángel. ¿Quiere usted tomar algo, doña Aurora? ¿Tiene hambre?

—¿Hambre? ¡Qué barbaridad! María, yo no tengo hambre, lo que tengo es debilidad.

Quizás esta conversación sólo ocurriera delante del niño una vez, o dos veces, o tres, pero Ángel la conserva como una escena ritual, insustituible, en todas las visitas de doña Aurora, que disfrutaba del café con leche y el bizcocho de doña María más que de las evocaciones de su juventud. Por eso doña Aurora vive en el recuerdo de Ángel como una mujer buena, melindrosa y perseguida por la debilidad. Por eso y porque les dejó la llave de su casa cuando las balas y los obuses arreciaban sobre el número 8 de la calle Fuertes Acevedo.

El edificio contaba también con un semisótano, en el que José y Olvido abrieron, poco antes de la guerra, una tienda de comestibles para hacerle la competencia a los ultramarinos de Manuel, hasta entonces la tienda preferida del barrio. Formaban un matrimonio muy joven, emprendedor, imaginativo, capaz de aprovechar las libretas de las

cuentas y los metros cuadrados del local con voluntad acaparadora y generosa. Olvido temía siempre quedarse corta, firmaba pedidos superiores a la capacidad de venta de su comercio, y el semisótano se convirtió poco a poco, pese a las protestas de José, en una despensa abarrotada. Las cajas de los alimentos percederos se quedaban sin sitio ante la invasión de las latas de conserva, las botellas de vino y los licores. Los agobios de Olvido cuajaron en milagro, alcanzaron el valor del oro puro cuando los tiempos difíciles cayeron sobre el barrio y José tuvo la idea de convertir la tienda en un pequeño bar, una taberna de urgencias bélicas. Las botellas repartieron su alma interior en copas de vino muy medidas y las latas de conserva se multiplicaron en pequeñas raciones capaces de sugerir una felicidad momentánea con sabor a sardinas entre los combatientes y los vecinos.

Aunque siempre estuvieron atentos a la prosperidad del semisótano, no se negaban a hacer favores dentro de un orden, ni a vender fiado, ni a repartir alguna golosina entre los niños. José sólo perdía los nervios cuando Ángel espantaba los pájaros con su patinete, un artefacto plateado, algo maricón, según Pedro, que corría a la vez por la tierra y por el cielo ya que estaba adornado con cascabeles. La velocidad se expandía por la acera y alarmaba a las ramas de los árboles con un ruido más atemorizador que festivo. José dominaba el arte de cazar pájaros con liga, era paciente, observaba el panorama, escogía el buen lugar, preparaba la trampa pegajosa y disponía todo lo necesario para que las pequeñas víctimas aterrizasen sobre el campo por última vez en su vida. Todo estaba asegurado menos el silencio, porque el patinete de Ángel cruzaba a veces por la calle, alarmando a los pájaros y sacando de sus casillas y de sus trampas a José, que gritaba amenazante: —Ya te enterarás, ya vendrá tu madre a pedirme algún favor.

De todos los personajes relacionados con el número 8 de Fuertes Acevedo, el que mejor encarna los caprichos de la fortuna a la hora de subir y bajar el crédito de sus vasallos es don Félix Díaz, el propietario, uno de esos hombres que lo ganan y lo pierden todo en la vida, ante los ojos impasibles de los prestamistas y del destino. Su desgracia, y el cambio de dueño del edificio, que acabó como carne de inversión para un indiano venido de Chile, empezó a tejerse cuando don Félix enviudó y quiso hundir su dolor en los licores de unas interminables jornadas de burdel, trabando amistad con mujeres generosas en el afecto, pero siempre necesitadas de dinero. Tardó poco en arruinarse, perdió todo lo que tenía y sólo se resistió a vender un gran almacén de zapatos, cerca de su antiguo edificio, doblando la calle Cervantes. Lo conservó con la ilusión de que fuese la piedra de toque de una nueva época de prosperidad y cordura.

Pero cuando la vida se pone a girar, es difícil detenerla. Cambian los paisajes, los destinos, las muertes, las historias, las escaleras, los años de paz, los años de guerra y de posguerra, y lo que era un almacén se transforma, ya lejos de las manos de don Félix, en una Escuela de Arte, y también en una Escuela de Párvulos, y también en centro cultural republicano, y también en un lugar de reuniones sindicales, y también en sede de la Coral Vetusta, y después en escuela de adultos, y después en una penumbra vacía para disfrute de niños y de ratas, y después en cuartel de moros, y después en salón de baile dominical para criadas, y después en reñidero de gallos, y después en un ring de boxeo en el que viviría grandes tardes de éxito La Pantera Langreana, un púgil sordomudo. Aquel local recibió durante algunos años el apropiado nombre de Babel. Nadie comprende, nadie sabe nunca, nadie sabe nada, y hay interrogatorios que no tienen respuesta posible, sobre todo los que se hacen a los niños, ¿qué vas a ser de mayor?, ¿qué va a ser de ti?, o a las madres en tiempos difíciles, ¿en qué piso vamos a dormir mañana?

Ángel González Muñiz contaba con la ayuda inestimable de su padre y de su abuelo

a la hora de mirar el futuro con un rayo primaveral de confianza, incluso en los primeros días otoñales del colegio, cuando los compañeros de curso parecían enemigos compinchados en batallas y cursos anteriores. Don Pedro y don Manuel tomaron la costumbre de sentarse detrás de su banca y de soplarle la respuesta de algunas preguntas complicadas. Las voces de los muertos no siempre llegan muy claras al oído del que necesita responder al interrogatorio de la vida, pero Ángel sabía escuchar bien las palabras de su padre y de su abuelo, porque casi había aprendido a leer con las *Nociones de aritmética* de don Manuel Muñiz y García, corregidas y aumentadas por don Pedro González Cano. Mira, este libro lo escribieron el abuelo y papá, decía Maruja, y señalaba con el dedo hacia un mundo espeso de letras y signos, muy parecido a las selvas de los cuentos de aventuras o a las islas lejanas que estallaban de palmeras y pájaros en las historias de Pedro. El niño aprendía a leer entre definiciones de números, porque los números tienen también su carácter y sus caprichos, y hay números enteros, números quebrados, números mixtos, números abstractos, números concretos, números homogéneos, números heterogéneos, números incomplejos y números complejos.

El maestro que le había correspondido a Ángel en el Grupo Escolar Distrito Cuarto dijo una mañana que iban a dedicar la clase a hablar de los números. No se trataba sólo de aprender a escribir el 1, el 9, el 3 y el 2, sino de saber, por ejemplo, qué es un número heterogéneo. Con una sonrisa piadosa, preguntó si algún niño sabía lo que era un número heterogéneo. Ángel levantó la mano y recitó de corrido: —Heterogéneos son los números que expresan unidades de diferentes clases o naturaleza, como veinte litros, tres pesetas, ocho decilitros, doce metros, etcétera.

—Pero, niño, ¿cómo sabes tú eso?

—Es que se lo inventaron mi abuelo y mi padre.

Los alumnos del Distrito Cuarto miraron desde aquel día a Ángel con un extraño respeto. O tal vez fue Ángel el que se sintió más seguro sabiendo que su padre y su abuelo se iban a sentar a su lado en los días infinitos de la escuela, el instituto y la universidad. Los maestros utilizaban el manual que ellos habían escrito y que él tenía en su casa. Tal vez siempre sería así. No era un niño cualquiera, pertenecía a una familia que se había inventado los números, y las unidades de medida, y las divisiones de quebrados, y las cantidades proporcionales. Los números servían para mucho. Resultaban necesarios para ordenar los edificios de una calle, los pisos de un edificio y las libretas escolares. El número 8 en la calle Fuertes Acevedo, el número 3 en el tercero izquierda y el número 10 en la libreta de notas permanecen dentro de la memoria de Ángel como las fronteras de un mundo definido, sólido, consistente, pero lleno de subidas y bajadas, de ascensos y descensos, de apariciones y cambios de domicilio, como si el destino hubiera querido advertirle con tiempo que todas las infancias se precipitan de manera gaseosa hacia el futuro.

8. Soledad y los trenes

Aquí acababa la ciudad, me dice Ángel. Una manzana de edificios nuevos, las vías del ferrocarril, unas casas dispersas, unas vacas, la carretera y después los prados. Todo quedaba muy cerca, vivíamos a la vez en el centro y en las afueras, porque tardaba muy poco en pisar la hierba, y sólo cinco minutos en llegar a la catedral o al colegio. Oviedo era un pañuelo de tejados, y la ciudad terminaba cerca de la puerta de mi casa. El campo se apoderaba de las calles con su olor a cuerdas y a tierra mojada, con el canto de los grillos y

el barro de los prados, que casi todas las tardes nos mordía a los niños en los zapatos. Por allí se subía a la Silla del Rey, y por ahí se iba al túnel del tren.

Pocas cosas se salvan de la severa ley del presente. Las ciudades son una de esas cosas, porque mezclan los tiempos, extienden la realidad, y lo que ha desaparecido vive junto a lo que permanece, a lo que nace, a lo que se impone de manera rotunda con su presencia. Para las gentes que han crecido en ellas, la piel de las ciudades es pegajosa, como una liga de cazar pájaros, y la memoria se adhiere a las piedras y a los cristales, se funde en las paredes y en las perspectivas, hasta formar una materia compacta de verdades invisibles y mentiras que pueden ser captadas por una cámara fotográfica. Son verdades y mentiras a medias, como las personas, que viven a medias entre lo que ha pasado y lo que va a suceder. Los prados, la vaquería, la canción de los grillos y la calle Fuertes Acevedo conviven en el recuerdo de Ángel con la avenida de Galicia y las aceras que desembocan en la plaza de América o en los barrios nuevos que buscan las faldas del Naranco.

El Rubio se las daba de valiente. Sólo temía a su madre, la portera del edificio donde estaba el bar Gran Vía. A su madre no le replicaba, ningún niño podía entrar con los zapatos sucios en su portal, ni siquiera cruzar por delante de la puerta. Pero, en cuanto perdía de vista a su madre, el Rubio era una máquina de inventar peligros. Inventar peligros en las horas de calma exige la misma disciplina que evitar amenazas en los días difíciles. La vida suele matar el tiempo inventando peligros o sorteando catástrofes. El Rubio, nombre de batalla de Ramoncito, tuvo la ocurrencia de bajar al túnel del tren, y desafió a Pepu para que demostrase su valor. A ver si era capaz de adentrarse en la oscuridad y de correr hasta el otro lado. Pepu no podía decir que no, y Ángel no podía dejar solo a Pepu, así que los dos corrieron detrás del Rubio, con un nudo en la garganta, a través del corazón de las tinieblas, más rápidos que el miedo y que la tarde, tan rápidos como el estrépito luminoso de la locomotora que iba a aparecer en cualquier momento. Correr por el túnel era una prueba de fuego, un signo de valentía y de hermandad, un modo de sentirse dueños del barrio. Hay libertades que sólo alcanzan a vivir en el borde de la catástrofe.

La madre del Rubio quería mantener limpios a su hijo y al portal de su casa. No podía imaginarse el peligro de las manchas de luz en las paredes del túnel, el riesgo de una temeridad infantil que retrasaba cada vez más la señal de partida, que esperaba cada vez más a que se acercase el tren para gritar ahora y correr más rápido, cada vez más rápido, por una oscuridad pesada, húmeda, llena de huecos en las paredes, sucia, interminable. Ninguna mancha es más peligrosa que la luz de un tren en el túnel. Eso lo sabía el padre de Pepu, porque trabajaba de ferroviario, se afanaba en mantener libres las vías y no ignoraba los desastres que llegan a ocasionar en la oscuridad los hombres borrachos, los caballos sueltos y las vacas desorientadas. Pero el ferroviario de la buhardilla izquierda tampoco podía imaginarse a su hijo corriendo ante las fauces del tren, arrastrado por el Rubio, y luego arrastrando a Ángel, y después a Arturín, y a Servando, y a los gemelos, aquellos ingeniosísimos vecinos del número 4. Hay datos que sobran en un argumento, porque sólo sirven para entorpecer el paso de las páginas y de los días. En este caso conviene recordar la puerta de una buhardilla, calle Fuertes Acevedo, número 4. Será el escenario de un episodio crítico en la biografía infantil de Ángel, menos ruidoso que un bombardeo, pero digno también de pavor y de la lucha por la vida.

El deseo de proteger resulta una quimera incompatible con las extensiones ingobernables del espacio y el tiempo. Dos ojos ven menos que cuatro, pero ni siquiera los ojos de una madre, una hermana y dos hermanos, ocho ojos, bastan para vigilar a un niño que empieza a salir a la calle y descubre los entresijos de su libertad. Los detalles de una

casa y los ruidos de una calle están en su sitio, pero un niño no tiene sitio fijo donde estar, desaparece, busca rincones, sombras, tapias, y aprende a inventarse peligros. Los ojos de Soledad no tenían mucha vida, eran tristes, estaban avergonzados de sí mismos, humillados por unos párpados que entornaban sus miradas y se esforzaban inútilmente por alcanzar las letras y las cosas. Pero los ojos tímidos de Soledad se convirtieron en un refuerzo importante para vigilar al niño, que debió acostumbrarse a correr con diez ojos a sus espaldas. Lo decisivo no fue que doña María la llevase al oculista y le comprase sus primeras gafas gordas, sino que Soledad aprendió a descubrir travesuras y peligros sin necesidad de mirar a larga distancia. Bastó con hacerse de la familia, con llegar a ser una segunda madre, con mantener los oídos bien abiertos mientras compraba en la tienda de Manuel o mientras hablaba con las porteras de la calle Fuertes Acevedo y, sobre todo, con aprender a leer sílaba por sílaba los pensamientos de Ángel, sin errores, sin dudas, como jamás aprendería a leer las frases de un libro.

Soledad llegó a la casa cuando Ángel tenía seis años y estaba aprendiendo las tablas de multiplicar. Era de la misma edad que Maruja, con el pelo oscuro y más bien baja. Debe de ser honrada y escrupulosa, había comentado doña María cuando avisó de que iba a entrar en casa una nueva muchacha: —Viene de Las Regueras, como vuestro abuelo Manuel.

En cuanto vio a Soledad ocupar la habitación que quedaba al lado de la suya, Pedro no tardó en confirmar la opinión de su madre: —Honrada y escrupulosa. Desde luego sus méritos son más espirituales que carnales.

—Un poco de respeto, que esta muchacha viene aquí a trabajar y a ganarse la vida.

Soledad llegaba para trabajar, pero sobre todo para hacerse de la familia y sentirse como una segunda madre de Angelín. Se iba a preocupar por el niño como nadie se había interesado por ella. Cuando doña María la llevó al oculista, la muchacha vio por primera vez el mundo gracias a unas gafas grandes que sirvieron también para ocultar su asombro ante los perfiles nítidos de la realidad. La vida no era una masa de formas desvaídas y de dimensiones confusas. Una rosa fue una rosa, y un roble fue un roble, y una calle fue una calle a los pies de una ventana. La atención de la señora, las palabras de un médico y dos cristales sirvieron para llevarle la contraria a una costumbre espesa de dejadez y renuncia, una intemperie que la había condenado en su pueblo a vivir sin ambición y sin luz. Las gafas no la hacían más fea, y le permitían ver, como algo suyo, lo que sucedía a su alrededor. Allí estaba Ángel, atascado con la tabla del siete. La gratitud por las atenciones, el respeto humano y la bondad que demostraba la madre se transformaron en amor hacia el hijo pequeño, al que pudo echarle los ojos y las gafas encima para acompañarlo por los desfiladeros de la vida. Al ritmo de la escoba de Soledad, que golpeaba el suelo del comedor con una honradez escrupulosa, el niño iba cantando siete por una siete, siete por dos catorce, siete por tres veintiuno, siete por cuatro...

A doña María le costó acomodarse al cariño maternal de Soledad, y consideraba excesivos sus cuidados y sus preocupaciones, como si estuviese entrando en un territorio sentimental que estaba reservado para ella. Tenía bastante con ser la viuda de su marido, para convertirse ahora en la viuda de su hijo. Más que amor —decía, a veces, con enfado a Maruja—, parece una enfermedad lo que esta mujer tiene con el niño. Había que poner unos límites. La mañana en la que por fin Ángel ingresó en la disciplina del colegio, mientras su abuelo, su padre, su madre y su hermana escoltaban al nuevo alumno en aquel paseo terrible hacia la calle Fray Ceferino, la gran ausente fue Soledad. Pero eso ocurrió porque llevaba menos de un año en casa, los papeles domésticos no se habían roto del todo y doña María se exigió a sí misma un último acto de firmeza, digno de la tía Clotilde,

dejando claro quién debía ser la verdadera madre del niño: —Iré yo, tengo que hablar en persona con el director, y me acompañará Maruja.

Tardaría poco en comprender que en la habitación de la criada había entrado para siempre un personaje múltiple, una ayuda insustituible, que no se podía reducir a la figura de una muchacha. Soledad iba a ser como una nueva hija, o como la segunda madre de su hijo pequeño, o como la hermana que Maruja no había tenido, o como la amiga íntima de toda la familia, elegida para disfrutar las alegrías y condenada también a sufrir las desgracias desde el interior vertiginoso de un destino compartido. Doña María y Soledad se quisieron bien, se ayudaron mucho en los años difíciles. Las tensiones domésticas, sobre todo cuando discutían a causa de Ángel, no pasaron jamás de un inocente rito que divertía al interesado y lo llenaba de orgullo. La madre lanzaba una frase lapidaria, acabada con la pronunciación rotunda y el nombre recortado de su contrincante, y Soledad se encargaba de contestarle acentuando el respeto debido a una señora: —He dicho que no te lleses el plato del niño, Sole.

—No fui yo la que decidió esta mañana hacer carne con tomate, señora.

—Que se lo coma todo, Sole.

—Y que restriegue el plato, señora.

—¡Sole!

—¡Señora!

A Ángel nunca le gustó el tomate, y Soledad intentaba evitárselo. En general huía de las verduras, y Soledad intentaba evitárselas. Los sentimientos fuertes son peligrosos en la poesía. El escritor que quiere contar los dolores rotundos o los amores absolutos arriesga sus palabras por caminos penosos, inventa peligros como el niño que necesita vivir al borde de la desgracia para sentirse libre. Conviene alejarse del patetismo o de la ternura para abordar los asuntos más graves de la vida. El pudor es una de las características de los poemas de Ángel González, que procura esconder los sentimientos más poderosos bajo la ironía o el humor. Un poema de su libro *Breves acotaciones para una biografía* (1971) se titula «Eso era amor». Lo escribió poco después de que su madre muriera, el 12 de junio de 1969. La vida se filtra en la poesía por grietas difíciles de precisar, y la poesía habla de manera directa o indirecta de la vida, de toda la vida a la vez, de todo lo que somos, de todo lo que hemos sido. Bajo el humor, a la sombra de un chiste y de una mujer enamorada, alienta el recuerdo de la madre de Ángel, y la memoria de Soledad, el testimonio de una entrega que no conoció límites. Pese a las apariencias, me dice Ángel, se trata de uno de mis poemas más pudorosos: Le comenté:

—*Me entusiasman tus ojos.*

Y ella dijo:

—*¿Te gustan solos o con rímel?*

Grandes,

respondí sin dudar.

Y también sin dudar

me los dejó en un plato y se fue a tuestas.

Ni con unas gafas más gordas hubiesen soportado los ojos de Soledad la escena de los niños corriendo por el túnel del tren. Bastante tuvieron sus oídos con enterarse del juegucito suicida en la tienda de Manuel. Miles de advertencias cayeron sobre Ángel, amenazas de contárselo a su madre o a su hermano Manolo, explicaciones de los peligros del mundo y de los riesgos de las malas compañías, alabanzas sobre la existencia de un

manicomio dentro del barrio por si había que echar mano de él, invitaciones al inocente entretenimiento del fútbol, o de las bolas, o del escondite, o de cualquier otro juego pacífico. Incluso esgrimió la idea cruenta de convertir la cocina en una fábrica de carne con tomate. Pero la protección es incompatible con la existencia del espacio y del tiempo, y aunque Soledad iba a dedicar la vida y el corazón a su nueva familia, resultaba muy difícil proteger a un niño que saltaba por las aceras rumbo al colegio, hacía recados en la tienda de Manuel, se colaba en el bajo del zapatero remendón para ver fotos de mujeres desnudas, boxeadores y futbolistas, y se perdía por el Campo de San Francisco y por los prados con amigos expertos en decir frases extrañas y en inventar peligros.

El barrio era casi una guarida, casi todo el mundo se conocía, se saludaba, se cuidaba. Pero ni siquiera los grillos están seguros en su guarida. La canción de los grillos bajaba por la carretera desde la Silla del Rey y se colaba en la tranquilidad nocturna del verano como los niños en los bajos del zapatero pecaminoso y remendón. No miréis tanto, avisaba el zapatero, que las mujeres de papel son tan peligrosas como las de carne y hueso. Las infancias están llenas de noches de calor y de días de verano incluso cuando se vive en el Norte, limitando por todas partes con la lluvia, los calcetines mojados y el viento. Las infancias en las afueras de las ciudades están llenas de charcos, de insectos, de mariposas, de telas de araña y de grillos que corren peligro cuando se hacen notar durante el día. Los gemelos Pepe y Juan Fuilla eran expertos en inventarse frases extrañas y en cazar grillos. Se divertían bautizando a algunos amigos con misteriosos abolengos. A Arturín le llamaban Incio Turicio Caraciola Turín Bum Bum, y al Rubio, don Ramón Ramínides Lacónides Jamónides.

La invención verbal resulta tan deslumbrante como una libélula alrededor de una fuente, pero es también igual de frágil, y pasa a segundo plano al comenzar la acción verdadera. El liderazgo de los gemelos se imponía definitivamente cuando demostraban su maestría en la caza de grillos. La técnica era conocida de todos, pero ellos la ejecutaban con una perfección natural. Oían mejor que nadie al grillo despistado que se atrevía a cantar cerca de la pandilla. Andaban más despacio que nadie en busca de su objetivo. Si se trataba de llegar hasta el fondo en busca del insecto escondido, descubrían antes que nadie el agujero, y seleccionaban la pajita más oportuna para invadir la guarida de la víctima. Con mucha frecuencia, el grillo salía abrazado a la paja y era encerrado en una celda de cartón o sometido a los más imprevisibles experimentos. Había grillos listos que no caían en la trampa de precipitar su derrota con una defensa agresiva. Entonces los niños orinaban en el agujero hasta que el grillo saliese a flote. Los gemelos meaban mejor que nadie, con una habilidad caudalosa y duradera que llenaba de pismo a Ramón Ramínides Lacónides Jamónides, y a Incio Turicio, y a Pedro González López, el heredero de Casa Viena, que algunas tardes de verano se acercaba al barrio de su compañero de clase para hacerse cómplice a medias de sus correrías. Pedro cazaba grillos, pero se aterraba en la entrada del túnel, mientras el Rubio recuperaba su prestigio y retrasaba la orden de salir corriendo y competir con el miedo y con la máquina de vapor.

Fue Pepu quien le enseñó a Ángel la posibilidad de ganarse unos céntimos en el terreno confuso de los negocios, que siempre quedan a mitad de camino entre la picardía y el servicio. Algunos maestros generosos, agradecidos a su madre, le daban una perrona de propina para celebrar la paga. Pero ese dinero, recibido en actitud pasiva y gastado bajo control familiar, no le hacía tanta ilusión como las rentas de sus tejemanajes de pirata. Gracias a Pepu conoció las primeras lecciones sobre el comercio y las necesidades humanas. Junto al Campo de San Francisco, enfrente justo de las ventanas de la casa de

Ángel, había un inmenso recinto murado en el que se levantaban el Hospital de Asturias y el Manicomio. Los dos edificios imprimían un sello de utilidad a la frontera que separaba de forma imprecisa la ciudad y el campo. Los domingos se llenaba el barrio de visitantes y de puestos callejeros. Algunos enfermos salían a pasear por el jardín y se acercaban a la verja, con sus trajes de gala hospitalaria y sus brazos en cabestrillo, en busca de niños serviciales dispuestos a hacer recados. Encargaban plátanos, manzanas, dulces, tabaco, vino, viejas revistas ilustradas, y los niños caían sobre la verja como pájaros en busca de migas de pan y luego volaban hacia el bar Gran Vía o hacia los puestos del Campo de San Francisco para hacer el mandado. La comisión en perrinas de los enfermos agradecidos iba a caer enseguida en las manos de la Chucha, la mujer que regentaba con ojos de lince su puesto venerable, en el que podían encontrarse todo tipo de mercancías, bajo el imperio vistoso de las grandes piñas de plátanos y de los sacos de caramelos.

Pepu sabía que los enfermos necesitados de vino y tabaco solían ser más generosos que las almas inocentes que pretendían celebrar el domingo con un poco de fruta. Pero tenía debilidad por un anciano de grandes bigotes y pelo blanco que caminaba de manera majestuosa, como si estuviese paseando por los jardines de Versalles o admirando la verja de un palacio real. Ya ves —me comenta Ángel, al recordar aquellas mañanas de su infancia—, los niños aprenden rápido en la calle. Un grillo te enseña que conviene ser paciente a la hora de defenderse, y una verja de hospital te demuestra que para ganar dinero hay que ayudar a los enfermos a romper sus dietas, conseguir vino para los hepáticos, tabaco para los pulmones dañados, azúcar para los diabéticos y viejas revistas ilustradas para los lunáticos que afirman ser Napoleón Bonaparte, o hijos del rey Alfonso XIII, o marqueses destituidos y llevados a la ruina por la República.

La sabiduría callejera supone un complemento indispensable para la protección doméstica. Los vasos de leche preparados por Soledad en las tardes grises del invierno iban a servir de poco si Ángel no aprendía también que, en las mañanas calurosas de los domingos veraniegos, después de jugar al fútbol o de construir naves egipcias para navegar en la Fuente de la Ranas, era conveniente elegir con prudencia dónde se bebía agua. Con una navaja, una caña de bambú y un trozo de tela, algunos niños hacían obras de arte y lograban llevar por unos minutos las lejanías exóticas del Nilo a las aguas del Campo de San Francisco. Las velas surcaban con elegancia la Fuente de las Ranas hasta que una salpicadura malintencionada, un torpedo o una filtración dañina interrumpían la navegación, sustituyendo la paz de los faraones por el griterío, las risas y los enfados de la pandilla. Para calmar la sed convenía subir a la Fuente del Caracol y beber con pajuelas, pero nunca del caño del centro. Los niños compartían el secreto a voces de que el agua de ese caño llegaba directamente del hospital. El incauto que bebiera del líquido infectado, después de calmar la sed, tardaría poco en enfermar de los pulmones, o del corazón, o del estómago, o incluso de la cabeza. La locura también podía contraerse después de beber agua en el caño central de la Fuente del Caracol.

La habilidad mundana de Ángel ya había quedado demostrada, para pasmo de los amigos, con una precocidad notable. El domingo 24 de abril de 1932, siete meses después de que llegara Soledad a casa y cinco meses antes de que el niño fuese por primera vez al colegio, fue el día de mayor gloria callejera de Ángel, aunque para eso debió salir del barrio y acercarse a la multitud de una ciudad desconocida. En aquella celebrada fecha se inauguró el estadio de Buenavista con un partido entre las selecciones de España y Yugoslavia. El acontecimiento corrió como la pólvora entre los niños y los mayores, no sólo porque el Real Oviedo dejaba el campo de Teatinos por un estadio moderno, con una

tribuna inmensa digna de las mayores capitales, sino porque unos años antes, en la primavera de 1928, la selección española había jugado un partido en Gijón contra Italia, y el orgullo local andaba algo descalabrado. Era el momento de la venganza, la ciudad inauguraba un estadio maravilloso y la selección iba a ganar por fin en Asturias. Con Italia, y en Gijón, no se había pasado del empate a uno. Sentados, de pie, alojados en las esquinas y al borde del césped, con silla de autoridad o sacando el cuello entre la multitud, el estadio de Buenavista podía acoger a quince mil espectadores. A lo largo de los años, Ángel escuchó afirmar a más de treinta mil ovetenses que habían asistido a aquel encuentro de fútbol. Él sabía muy bien que algunos aficionados y curiosos sin entrada habían conseguido colarse. Pero no tantos...

Los gemelos, Servando, Arturín, el Rubio, Pepu y Ángel formaron pandilla y se pusieron a caminar hacia el estadio, guiados por Julio el Bobu, un muchacho que se ganaba la vida cuidando las vacas de la calle Marqués de Teverga. No llevaban entrada, pero bastaba con ir a curiosear, con acompañar a la ciudad entera, a los grupos de obreros y a los matrimonios que salían de sus casas, se saludaban e invadían las calles, andando con paso rápido y alegre, camino del Buenavista. La gente que se dirige a un campo de fútbol camina de forma especial, con un nervio controlado, con una ilusión brillante, como si todo el mundo se hubiese tomado dos copas de vino para dar vueltas con libertad en la ruleta de la competición y en las ilusiones infantiles del resultado. Son ellos, los espectadores, esa gente que juega con las piernas de otros, los que corren, los que ganan o pierden, los que sostienen una sonrisa o arrastran una lágrima junto al destino de los otros, igual que sucede con los lectores en los buenos libros de aventuras o en las novelas sentimentales. Aquel día de abril caminaba hacia el estadio mucha gente que no era aficionada al fútbol, comerciantes vestidos de domingo, señoras arregladas para la ocasión, profesores respetables, sargentos de la guardia de asalto, oficiales del ejército, jóvenes estudiantes y zapatos de muchas condiciones. Pero todo el mundo marchaba con el paso encendido del que va a jugar un gran partido, que no es más que un gran acontecimiento colectivo, algo así como la inauguración de un estadio, la celebración de una fiesta patronal o la oportunidad de sacarse la espina del empate a uno, el fracaso a medias de la selección española en Gijón.

Muchos de los puestos callejeros que los domingos engalanaban el Campo de San Francisco y el Hospital se habían trasladado a Buenavista. Banderines deportivos, banderas republicanas, banderas de los sindicatos y los partidos políticos se confundían en los alrededores del estadio con los afortunados que entraban por las puertas y con los curiosos que miraban, iban de un sitio para otro y se conformaban con participar en el acontecimiento como simples mirones de una fiesta a la que no habían sido invitados. Un acontecimiento es una excitación infantil en la que participan las personas mayores. En medio del tumulto, Ángel trataba de no perder de vista a Julio el Bobu, que tenía la edad de su hermano Pedro. Le asustaba quedarse solo, toda su atención se centraba en no descolgarse del grupo, en evitar un camino de vuelta sin compañía y por calles extrañas. Pero el destino cambia de rumbo y dobla la esquina de forma inesperada. De pronto escuchó a un niño de su edad dirigirse muy serio a un matrimonio: —Los niños no pagan si entran con sus padres, ¿me pueden pasar ustedes?

¿Dónde vas?, le gritó Pepu, mientras Ángel salía corriendo en busca de otro matrimonio que se acercaba a una puerta. El hombre y la mujer parecían una buena presa, tenían buen aspecto, algo que invitaba a la confianza, como los enfermos del hospital que daban mejores propinas a sus recaderos. No pudo contar nunca si la mujer era rubia o

morena, si el hombre era alto o bajo, si ella iba bien vestida, si él llevaba barba. Sólo repitió a sus amigos que tuvo un pálpito, la seguridad de que le iban a decir que sí. Gracias a dos desconocidos y a su arrojo momentáneo, Ángel entró en el campo, se diluyó como un terrón de azúcar en el gentío y disfrutó por unos minutos de su propia valentía, hasta que empezó a hundirse en la realidad de sus preocupaciones. La necesidad de buscar un hueco desde el que se pudiera ver algo más que los cuerpos agobiantes y los gritos de los espectadores fue sustituida con rapidez por la necesidad de sentir nervios y miedo, una opresiva inquietud por los goles posibles del equipo contrario, por los goles imposibles del equipo propio, por las buenas y las malas jugadas, por la inutilidad de las hazañas que acaban en derrota. Si la selección no ganaba a Yugoslavia, de nada iba a servir la amabilidad del matrimonio, ni la comezón que empezaba a dominarle, la responsabilidad de lo que había hecho, el modo de separarse de sus compañeros y de quedarse solo entre personas desconocidas. Y cuando España marcó el dos a uno y se acercó el momento de que el árbitro pitara el final, la alegría de la victoria sobre Gijón y sobre el equipo contrario apenas compensaba el miedo a perderse en el camino de vuelta o a recibir el castigo de su madre y las quejas de Soledad por la dilatada ausencia de la casa y del barrio. Tal vez su madre hubiese llamado ya a la policía, como cuando Pedro huyó de casa para buscar trabajo.

El valor que sostiene una hazaña dura poco, aunque a veces el miedo a una catástrofe también desaparece con facilidad. A cincuenta metros de la puerta, entre las piernas de la multitud que festejaba la victoria, la magnífica tribuna del estadio y la grandeza de Oviedo, vio a Julio el Bobu, Pepu, el Rubio, los gemelos, Arturín y Servando, que esperaban impacientes, con los ojos abiertos por la admiración y con sus bocas llenas de preguntas. No había terminado de contar todo lo visto y de inventarse lo que no había visto, cuando llegaron al barrio. Ángel prefirió dar por cerrado el día, dejar los detalles para futuras sesiones que sin duda iban a surgir en las tardes primaverales de la semana siguiente. La dicha no fue completa, porque Soledad y su madre no habían notado nada raro en la desaparición del niño. Tuvo que morderse la lengua para no decirles que había asistido al encuentro de fútbol y que se había colado en el estadio nuevo. Hubiese preferido un interrogatorio que le obligara a confesar, porque una aventura de tal calibre bien valía una regañina por salir sin permiso de los límites del barrio. Pero su madre y Soledad ya estaban acostumbrándose a que gastase las horas de los domingos en largas desapariciones y todo se resolvió con algunos comentarios irónicos sobre la necesidad de comprarle un reloj al niño: —Vaya, aquí regresa el hijo pródigo.

—Muy suelto lo tiene usted, señora.

—Tendré que atarlo a la cama, Sole.

—O comprarle un reloj, no vaya a perder el tren, señora.

—Sole.

—Señora.

La irrupción en la casa del primo José Luis hizo ver a Soledad que las malas compañías no son únicamente un asunto callejero. El hijo del tío Félix, el nieto de la tía Clotilde, buscó acomodo en casa de María Muñiz después de fracasar como estudiante de los primeros cursos en un colegio de jesuitas. Tres años mayor que Ángel, el primo José Luis no sólo mostraba poca inclinación a los estudios, sino que sufría un carácter desbaratado, una dificultad íntima en controlar su forma de ser a la hora de medirse con el mundo. La tía Clotilde consideraba que los desequilibrios de su nieto eran la consecuencia lógica del desorden de su hijo, el loco y desobediente Félix, que había roto las normas del

hogar por culpa de sus amores con la mujer de un ingeniero.

María Muñiz, más comprensiva ante las verdades de la carne, se empeñó en responsabilizar de la desorientación moral del niño a la disciplina acuciante de los jesuitas y ofreció su casa como lugar de salvación. Pero ya fuese obra de la herida espiritual de los sacerdotes o de la herencia pecaminosa de la carne, cualquiera de las dos versiones del bien había desembocado en un mal carácter que no supieron enmendar ni los maestros laicos de Oviedo, ni los castigos de tía Clotilde, ni los cuidados de María Muñiz. Como enseguida comprendió Soledad, aquel niño no iba a ser en la vida más que una mala compañía para Ángel, un demonio doméstico, tan peligroso como el túnel del tren. No supo ocultar la felicidad el día en el que su padre, asumiendo un nuevo fracaso pedagógico, se lo llevó de casa para siempre, dejando entre las paredes de Fuertes Acevedo una memoria amarga, un disfraz de príncipe y un violín. Fue el primer instrumento que cayó en las manos de Ángel, que se mostró desde entonces más proclive a jugar con la música que a disfrazarse de príncipe en las fiestas de sociedad.

José Luis tampoco gozó de buena fama en la pandilla del barrio. A los niños no les importaba su indisciplina, ni su falta de interés por los estudios, ni su afición a convertirse en un amigo demasiado íntimo y secreto de lo ajeno. Pero no podían aceptar los miedos al tren y los remilgados desprecios a los burros y a las vacas. Lo único que había heredado de su abuela Clotilde era el asco por las vacas, una tara genética más grave en el barrio que cualquier otro defecto de estirpe moral. No había duda de que el barrio contaba con un hospital importante y con casas muy distinguidas. No había duda de que hasta los gemelos se quedaban en silencio cuando veían salir de su chalé a don Aurelio del Llano y Roza de Ampudia, con un traje elegante, un *canotier*, una hija guapísima e inalcanzable llamada Tatila, y una fama imponente de maestro del pico y de la pala, porque gracias a sus excavaciones arqueológicas habían salido a la luz grandes tesoros, monedas romanas, lápidas, cruces con diamantes y hasta los viejos misterios de la iglesia de San Miguel de Lillo. No había duda de que Ángel pasaba con admiración y respeto por delante del chalé de Benito Álvarez-Buylla, catedrático de Química en la universidad y autor de versos sentimentales que publicaba con el nombre de Silvio Itálico. No había duda de que hasta el Rubio perdía las ganas de inventar peligros cuando admiraba el cenador de Villa Magdalena, y se imaginaba una vida diferente, más limpia, más cómoda, con palabras acolchadas y corazones de guante blanco. Pero tampoco había duda de que el olor del barrio brotaba de la cuadra de la calle Marqués de Teverga, y nadie podía dudar de que su paisaje natural dependía del barro de los prados, y del sol dormido en la hierba, y de los grillos, y de las vacas que Julio el Bobu sacaba de paseo para que comiesen en las cunetas, y de los burros cargados de ojos tristes y de grandes lecheras. El primo José Luis no podía gustarle ni a Soledad, ni a los niños del barrio.

Quizá por estar en las afueras de la ciudad, aunque a cinco minutos del centro, el barrio conservó durante muchos años en sus calles la luz azulada de los faroles de gas. Los primeros recuerdos callejeros de Ángel están iluminados con gas, como si las tardes de su infancia más feliz se hubiesen resistido a aceptar los vértigos de la modernidad, la luz eléctrica, las prisas y los miedos de Soledad. Cuando veía subir al farolero, por el último tramo de la cuesta Toreno, encendiendo las lámparas con una larga vara de fuego azul, sabía que era el momento de volver a casa. La llegada de la luz eléctrica provocó muchos retrasos y algunos enfados, porque dejó al niño sin una señal inequívoca, sin un aviso claro de ese momento ambiguo del regreso, en el que los últimos destellos del atardecer se diluían en la oscuridad de los portales. No había farolero para recordarle la existencia del

tiempo. Debió aprender sin la vara del fuego azul que al tiempo se someten las vidas humanas, los insectos, los partidos de fútbol, las estaciones de tren, los comercios, los tenderetes callejeros, los días laborables, las fiestas, las citas con los amigos, las cocinas, las sonrisas familiares y los platos de la cena.

—Sole, a este niño hay que comprarle ya un reloj.

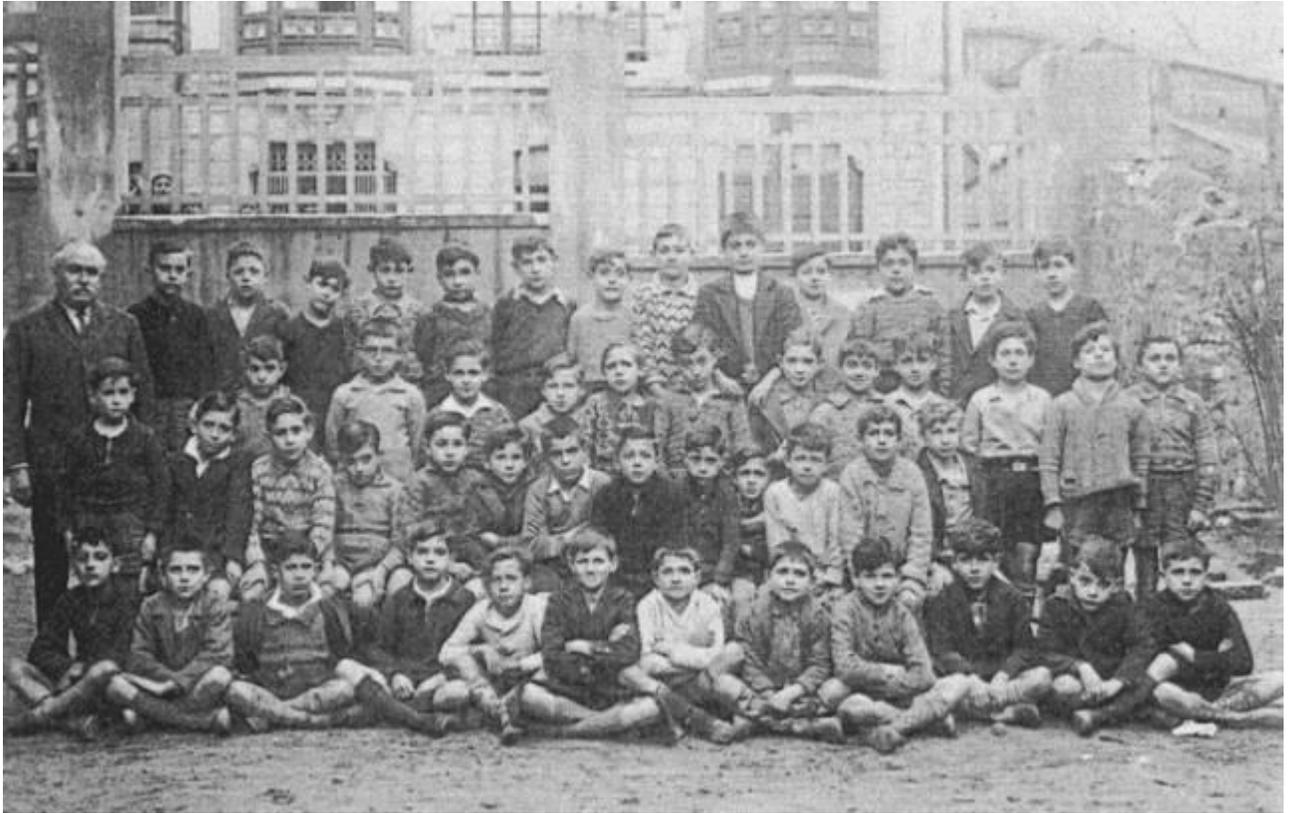
—Sí, señora, un reloj.

9. Las inquietudes

Las fotografías que se conservan en una caja verde oscura, aliada familiar de la carpeta azul, muestran a un niño guapo, con las orejas algo grandes, de pelo claro, siempre cuidado y bien peinado, orgulloso de sus calcetines gruesos y de sus pantalones cortos, y con una sonrisa descarada, segura de sus motivos cotidianos para la felicidad. Los jerséis de lana, en invierno, defienden el cuerpo del frío y de la mirada inquisitiva del curioso. Pero, en verano, las camisas ajustadas y los botones tirantes muestran a un niño que crece rápido y que puede empezar a engordar en cualquier momento con una saludable alegría. La carnalidad, como la sonrisa, como la raya del peinado, como la elegancia modesta y decorosa de la ropa, pone delante de la cámara a un personaje abrigado por la vida y cuidado por su familia. Y cuando faltan la madre, la hermana o Soledad, ahí está don Segundo, el maestro, que le llama en secreto su alumno preferido, ¿cómo va con las matemáticas mi alumno preferido?, y lo coloca siempre junto a él en las fotografías escolares.

—Ponte lírico si quieres, y evoca una infancia feliz —dice Ángel, mirándome por encima de las gafas—. Es verdad que fui un niño mimado. Pero en ese lago tranquilo y de aguas templadas, con barcos de madera y peces de colores, no tardaron mucho en caer las inquietudes, los miedos, las amenazas, toda clase de piedras que llenaron la superficie de círculos cada vez más extensos. Ya en 1934, la alegría se mezcló con las sorpresas del engaño y de la dinamita. Lo del circo, aunque fuese una tontería, supuso para mí una advertencia clara de los peligros de la inocencia.

El circo aparecía todos los años y se adueñaba del prado del hospicio. Pequeños circos pobres, con payasos deslucidos y trompetas solitarias que sonaban como una versión torpe de la felicidad, pasaban por Oviedo y coloreaban algunas tardes del niño. Pero el Circo con mayúscula, el circo de verdad, el que llenaba de nervios, gritos y músculos el prado del hospicio, aparecía una vez al año y se llamaba American Cirque. Gozaba de un prestigio heredado, la tendencia a identificar las fieras y los grandes acontecimientos regionales que había levantado el viejo circo alemán Krone en sus giras asturianas. Con los primeros años del siglo XX, el optimismo histórico extendía por el mundo pensamientos filosóficos, adelantos científicos y modas literarias. De Alemania llegaron a Asturias no sólo los avances médicos, sino también el circo Krone, una casa de fieras ambulante, nacida en Múnich, que había justificado incluso la puesta en marcha de trenes especiales con destino a Oviedo para que un río de espectadores curiosos cambiara la paz de las aldeas y las ciudades cercanas por artes nunca vistas y el pavoroso rugido de los leones.



Primer año de escuela. 1932. Ángel González, primero por la izquierda en la fila superior, junto a don Segundo.

El circo Krone se convirtió también en un aliado de la economía ovetense. El hambre de las fieras, acostumbradas desde sus orígenes selváticos a la buena mesa, resultaba difícil de saciar. Un tumulto de ropas de trabajo, alpargatas y tratos rurales llenaba las mañanas del prado del hospicio, para compensar los trajes de domingo y las trompetas de fiesta que se adueñaban del circo por la tarde. Los campesinos aprovechaban la situación para vender los burros y mulos viejos, renovaban la salud de sus cuadras y transformaban en carne rugiente de pista lo que estaba a punto de ser simple carroña. También los niños cazadores de gatos aprovechaban la demanda, para regresar a un sistema económico de intercambios primitivos. Por cada gato recibían dos entradas para la función. No era extraño que en las gradas del circo Krone sonriesen labios arañados y aplaudiesen manos con heridas.

El American Cirque, algo más modesto y sin trenes especiales, pero con un nombre extranjero de categoría, heredó el prestigio de su hermano mayor. Cuando llegaban en septiembre los carramatos, los niños empezaban a merodear por los alrededores y las amas de cría del hospicio se asomaban a las ventanas. La caridad y el pecado suelen tener el mismo rostro, un rostro también arañado. La pandilla del barrio era especialista en vigilar con discreción las ventanas del viejo edificio que se dedicaba a amparar niños abandonados y huérfanos. Las ventanas de algunas habitaciones, localizadas por la experiencia callejera, permitían sorprender a mujeres con los pechos desnudos, en el trance de amamantar a los

recién nacidos sin madre. Una mezcla turbia de lástima y misterio desafiante, de dolor abstracto y carnalidad puntiaguda, esperaba detrás de la ventana y desataba la curiosidad infantil, que intentaba resolver en la piel de las matronas lo que había aprendido a preguntarse en las fotografías del zapatero remendón. Hasta las amas de cría se asomaban a las ventanas para celebrar el bullicio de carruajes, voces, jaulas con animales y gentes adornadas con la autoridad que ostenta todo lo extraño. Una agitación novelesca se apoderaba del lugar con la llegada del American Cirque y el inicio de los trabajos para levantar las carpas y ordenar el territorio de la nueva tribu. Las amas salían a la ventana, y la población ociosa, encarnada sobre todo por guardias, sirvientas, recaderos, ancianos y niños, se paraba en los alrededores para ver cómo se desplegaban las lonas, se tendían los cables, se montaban las gradas, se elevaban los mástiles y se clavaban con grandes mazas los hierros en el suelo. Un mundo fugaz, itinerante, frágil, se levantaba en pocas horas con la vanagloria y las insignias de un imperio, y ocupaba el lugar con sus nuevas formas de vida y sus invitaciones a la fiesta.

La curiosidad de los niños no acababa con el final de las funciones y la marcha del circo. El American no propiciaba el mercado de mulos y gatos para sus fieras cautivas, pero abría otras posibilidades de lucro. La explanada del hospicio se convertía durante algunas mañanas en tierra de jauja para los buscadores de tesoros. No era extraño que de las manos o los bolsillos del respetable público cayeran al suelo, por los huecos de las gradas de madera, caramelos, mecheros, monedas, llaveros y otros objetos que se perdían en los abismos de la estructura circense. Cuando la compañía levantaba el campamento, Ángel y sus amigos acudían al prado para husmear entre la hierba. Era el último número, la última invitación a la felicidad que dejaba el American Cirque al abandonar Oviedo, un vacío lleno de pequeños tesoros que aparecían gracias a las indagaciones minuciosas o en el azar de un juego. La melancolía es a veces una ausencia llena de pequeños tesoros.

Los paisajes cotidianos se transforman de pronto, y nunca se llega a saber si el cambio repentino confirma la infinita maravilla de la realidad, o por el contrario denuncia la fugacidad precaria de todo lo deseable, su condena a aparecer de vez en cuando en medio de la rutina, como un pecho desnudo, una emoción optimista entre malas noticias o un circo. En la misma realidad que habitaban los periódicos con noticias y desastres comentados por los hermanos mayores, muy cerca de la iglesia en la que los curas confesaban los malos pensamientos, advertían de la peligrosa deriva revolucionaria de los sindicatos y celebraban la victoria de las derechas en las elecciones, surgía de pronto el American Cirque, con su nombre extranjero y sus invitaciones al arte de birlibirloque, a los zapatones de los payasos y al vuelo de los trapecistas. El circo le producía a Ángel un sentimiento de riqueza, de plenitud inabarcable, parecido a aquellos libros en los que su hermana y su madre le habían enseñado a leer.

Enseñar a leer es algo más que conseguir que alguien interprete letras, palabras y frases. El niño había aprendido de su madre y su hermana ese ligamento especial que une los ojos a las páginas de un libro, y el corazón a los ojos, y las ideas al corazón. Lo mismo que el engrudo pegaba las fotos en el álbum o las estampas en las carpetas, la lectura pegaba las palabras en la imaginación del niño, que se veía dominado por sentimientos de poder o de tristeza. Primero fue el poder sin sombras, la plenitud de un mundo apenas resumido en los libros de ciencias naturales y de geografía, o en el cajón de historias ilustradas que eran los tomos de la enciclopedia Espasa. Los cálculos matemáticos de los libros del abuelo se vieron desbordados por la intensidad verbal de los minerales, las piedras y las rocas del mundo, por la capacidad de sugestión de los nombres, por las

enumeraciones de palabras sobre las que uno podía caminar, y sentarse, y mancharse las manos, y levantar fortunas nunca superiores a la propia fortuna de las palabras, de palabras como feldespato, cuarzo, mica, oligisto, carbón, granito, yeso, pizarra, mármol, alabastro, pórfido, ágata, antimonita, talco, fluorita, topacio, corindón y diamante. O palabras en las que se podía vivir, viajar, tener recuerdos, acumular dinero, arruinarse, encontrar y perder amigos, habitar barrios, subir montañas y navegar ríos, descubrir a gente desnuda, como las indias de las selvas y las islas perdidas que enseñaban sus pechos con más naturalidad que las amas del hospicio. Palabras como América, Orinoco, Amazonas, Sena, Tanzania, Malasia, Himeji, Sierra Leona, Copenhague, Patagonia, Colorado, Putumayo, Alpujarras, Himalaya, o Riberas de Pravia, que estaba más cerca, pero compensaba la falta de distancia con el olor y las frutas del verano. Allí, en casa de tía Clotilde, el mes de julio de 1934, reconoció el frío secreto de la inquietud. No fue por culpa de las admoniciones de su tía, sino por unos versos descomunales de Rubén Darío.

Las palabras permitían también mantener relaciones sigilosas o llamativas con la música. Entre los nombres, los verbos y los adjetivos, surgía de pronto un ritmo que doblaba las frases y las excitaba, como si corriera por su interior una culebrina. Moza tan hermosa no vi en la frontera, como una vaquera de la Finojosa, escuchó un día el niño en labios de Maruja, y se quedó asombrado de que las palabras pudieran bailar sobre la geografía, las mujeres, las fronteras y las vacas. La canción del Marqués de Santillana le abrió tanto los ojos y los oídos que Maruja apareció un día con un libro envuelto en papel de regalo de la librería Cervantes. Era de un poeta nicaragüense, nacido en una aldea del departamento de Nueva Segovia llamada Metapa, una tierra lejana y repleta de minerales extraños, ríos cargados de cocodrilos y versos con palabras sonoras. Las historias que contaba Rubén Darío en *Azul* escondían serpientes nerviosas y látigos airados en una selva fascinante de frases rimadas. El príncipe de Gales va de caza por bosques y por cerros, con su gran servidumbre y con sus perros de la más fina raza. La música terminaba de pegar las páginas del libro a la imaginación del joven lector, que se veía sometido por unas ataduras contradictorias, porque ayudaban a salir corriendo, a volar, a perderse, a pisar los secretos del mundo.

Pero los secretos del mundo están llenos de inquietudes, que a veces no tienen que ver con la superficie de los argumentos, sino con emociones profundas que se convierten en túneles o en callejones sin salida. Hay preguntas que se parecen a los desfiladeros del Cáucaso, Petra, o Décimo. Rubén Darío había veraneado un año en Riberas de Pravia. Lo recordaba su tía Clotilde, y lo recordaba su madre, que llegó a conocer al poeta nicaragüense de los versos luminosos y los hábitos tristes. Rubén Darío se dedicaba con disciplina a su indisciplina, tenía la costumbre de acudir todas las tardes al Parador, una hacienda en la que se detenían las diligencias. Era un lugar muy visitado por la gente del pueblo, porque, además de despachar bebidas, los dueños vendían cordeles, utensilios de labranza, de pesca, de costura, cosas que hacían falta en el mar, en el campo o en la casa. A Darío se le iba el santo al cielo, y dejaba pasar las horas sentado en la taberna, con una botella de ginebra, una de esas botellas de barro que se llaman canecas. Al caer la noche, una criada americana, que sonreía mucho y mostraba en la cara los mismos rasgos indígenas del poeta, iba a buscarlo. Dice la señora que ya está la cena puesta, recordaba la madre de Ángel que decía la criada. Pues dígale a la señora que ahorita voy, que ahorita voy, que ahorita voy, recordaba la madre de Ángel que decía el poeta, mientras la tía Clotilde sentenciaba que el famoso nicaragüense era un borracho, y que la señora no era su mujer, sino una querida. Ahorita voy, decía el poeta, y se quedaba bebiendo ginebra.

Por eso le impresionó tanto a Ángel aquella tristeza del escritor solitario, sentado junto a su botella, cuando Maruja leyó el poema «Lo fatal» en una noche de verano de Riberas de Pravia. La música no fue entonces una culebrina nerviosa entre las palabras, sino un abrazo lento, abarcador, que sostenía muchas preguntas como se sostiene el cuerpo de un borracho que dice la verdad. Ser, y no saber nada, decía el poeta medio cayéndose, y ser sin rumbo cierto, y el temor de haber sido y un futuro terror..., y el espanto seguro de estar mañana muerto, y sufrir por la vida y por la muerte y por lo que no conocemos y apenas sospechamos. Le llenó de inquietud que aquel poeta sentado en la taberna del Parador bebiese ginebra hasta emborracharse, solitario, todas las tardes del verano, olvidado de sus selvas y sus tigres de Bengala, de sus princesas y sus jardines palaciegos. El niño intuyó que las selvas y los jardines eran el disfraz de una vegetación más íntima, de una tristeza que nacía de todo lo que se pierde, de los veranos que se acaban, de las fotografías viejas con jóvenes y bellas antepasadas muertas por culpa de la tuberculosis, de los recuerdos familiares de un padre cojo que desapareció por culpa de una operación estúpida, de las preguntas que son como desfiladeros que ningún ejército puede defender, porque existen el tiempo y la muerte, y los niños abandonados, y los pechos de las amas de cría, y la carne que tiente con sus frescos racimos, y la tumba que guarda con sus fúnebres ramos, y no saber adónde vamos, ¿ni de dónde venimos...!

En medio del verano puede desatarse el otoño, con sus hojas caídas y las temperaturas que empiezan a oxidar las orillas de los ríos. Por eso, y por otras razones que tienen que ver con la historia de España, la palabra inquietud huele a mes de octubre en la memoria de Ángel. Es difícil ordenar las cosas en una memoria, y nunca valen los argumentos lineales. El mes de julio, llamado a representar la felicidad de las vacaciones y el buen tiempo, tarda poco en identificarse con la tragedia. Estos días oscuros y este frío de julio. En la memoria, no siempre cumplen los meses el itinerario lógico que empieza en el verano y termina en el otoño, que va del calor a los cielos negros. Hay historias que rompen el orden, que pasan de octubre a julio, de la inquietud a la tragedia. Octubre, desde luego, más que ningún otro mes, es el tiempo del tiempo que pasa. El niño que se acercaba a la poesía y a la música de las palabras lo comprendió enseguida, y el poeta maduro dejará testimonio de ese sentimiento. «A veces, en octubre, es lo que pasa», se titula un poema de Ángel González, perteneciente a su libro *Muestra corregida y aumentada de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan* (1977): Cuando nada sucede,

y el verano se ha ido,
y las hojas comienzan a caer de los árboles,
y el frío oxida el borde de los ríos
y hace más lento el curso de las aguas;

cuando el cielo parece un mar violento,
y los pájaros cambian de paisaje,
y las palabras se oyen cada vez más lejanas,
como susurros que dispersa el viento;

entonces,
ya se sabe,
es lo que pasa:

esas hojas, los pájaros, las nubes,
las palabras dispersas y los ríos,
nos llenan de inquietud súbitamente
y de desesperanza.

No busquéis el motivo en vuestros corazones.
Tan sólo es lo que dije:
lo que pasa.

Pasa el tiempo en el mes de octubre, y también pasan otras cosas que se veían venir, que se profetizaban en las conversaciones familiares o en las discusiones callejeras, marcadas de forma cada vez más profunda por la indignación o el miedo. No sé qué va a pasar aquí, decía su madre, con un viejo temor a los tumultos y a las guerras que el niño vivía de forma imprecisa, despegado de un peligro demasiado lejano para tomárselo en serio. Más graves le parecían las conversaciones de sus hermanos, las palabras apasionadas de Pedro comentando algunas noticias recogidas por los periódicos, los análisis irónicos de Manolo, un humor seco que hacía más hirientes y desoladas sus interpretaciones de la situación. De pronto se había apoderado de Manolo una especie de risa pesimista que caía como un jarro de agua helada sobre las esperanzas, y sobre la falta de esperanzas, y sobre las nubes del otoño. La República se acaba, afirmaba su hermano mayor, y eso podía comprenderlo mejor que la amenaza de una guerra, porque él mismo había proclamado el cambio de bandera desde el balcón de su casa, y había llegado a comprender una ilusión que compartieron su madre y sus hermanos con la memoria de su padre, y que ahora estaba en peligro según Manolo por una conspiración de tradicionalistas, agrarios, alfonsinos y liberales de Melquiades Álvarez. La música de la política también entraba en las palabras y pegaba los ojos de los mayores a los periódicos. Otro vocabulario formado por palabras como partido, sindicato, socialismo, comunismo, fascismo, nazismo, Núremberg, Reichstag, alfonsino, agrario, Confederación Española de Derechas Autónomas, Guardia Civil, anarquismo, elecciones, diputado, huelguista, minero, hermanos proletarios, alianza, se sumaba al vocabulario del mundo, a las montañas, los ríos y los minerales, y llenaba de inquietud las conversaciones de la casa y las correrías de la calle. La República está en peligro, había comentado Manolo al leer en el periódico unas declaraciones de Gil Robles, recién llegado del Congreso nacionalsocialista de Núremberg, confesando que la democracia es un fin para la conquista del Estado y que llegado el momento, el parlamento se somete o se le hace desaparecer. La República se acaba, había dicho Manolo, en una larga conversación con Pedro, al terminar las vacaciones de verano, la tarde antes de marchar a Barcelona para seguir allí, junto a otro mar y otro clima, con sus mismas preocupaciones y sus estudios.

En los periódicos y en la conversación de sus hermanos, flotaban palabras como caudillo, Roma, El Escorial, escuadras, que parecían llegar de las historias lejanas para posarse en una realidad inmediata. Gil Robles era el caudillo, el jefe de los enemigos de la República, y en los periódicos, la radio y las mesas se repetía la consigna *Todo para el Jefe*, gritada en las grandes concentraciones que llenaban las plazas de las ciudades y los antiguos monasterios. Maruja compraba todos los días dos periódicos, uno local y otro nacional, y la lectura se transformaba a veces en un acontecimiento familiar, sobre todo cuando sus hermanos comentaban en voz alta las declaraciones o los hechos que podían desatar la preocupación de la madre. Javier Bueno fue detenido ayer por la tarde, Indalecio

Prieto fue visto en la zona del desembarco de armas del *Turquesa*, guardias vestidos de paisano disparan sobre una verbena popular, descubierto otro depósito de armas clandestino, incidentes en el café Niza con motivo de la huelga de correos, altercados violentos en la jornada del 1 de mayo. Las noticias pasaban de boca en boca, atravesaban las habitaciones, se sometían al molino de la indignación de Pedro, del humor cortante de Manolo, de la serenidad de Maruja, de los miedos de Soledad y de su madre, estáis locos, estáis locos, y dejaban en el niño una sensación de cielo nublado, esa misma inquietud que se apodera de los animales, los cristales de las ventanas y los papeles de periódico cuando está a punto de romper a llover. Primero se leían en la casa *El Noroeste* y *El Sol*, pero las quejas de Manolo, estos periódicos, decía, parecen ya hojas parroquiales, motivaron que Maruja empezase a comprar *Avance*, el periódico socialista asturiano, y otras publicaciones de Madrid que cambiaban de cabecera y de nombre según los aires movedizos de la actualidad política. A Pedro le conmovían de manera especial los artículos de Javier Bueno, el periodista que había convertido *Avance* en la publicación diaria más importante de la izquierda, y las crónicas de Jesús Ibáñez, que informaban en vivo, como si se tratase de historias en carne y hueso, de todas las reivindicaciones de los obreros asturianos y de la mano dura empleada por la policía para reprimir las protestas e imponer un orden cada vez más falso. Mira, mamá, decía Pedro llevando el periódico hasta la cocina, puedes estar tranquila, la policía confirmó ayer que Trotski no está en Asturias.

Las bromas y los enfados se habían llenado de espesura, y la crispación política se mezclaba entonces con cualquier situación de la vida, resbalaba por las paredes de los edificios oficiales, desbordaba los altares de las iglesias, se extendía por las aldeas y las ciudades, iba apoderándose de los hombres y las mujeres, y hasta llegaba a tocar las gracias de los niños. *Todo para el Jefe*, gritaban en El Escorial, y en Covadonga, y en Madrid, los partidarios de Gil Robles que esperaban imponer un nuevo orden en España, sin las falsedades innecesarias de la República. *Todo para el Jefe*, contaba Maruja riéndose que había dicho Homerito, el niño pequeño de la buhardilla izquierda del número 8 de Fuertes Acevedo, el hijo de Leopoldo e Isabel, el hermano de Merche y Cuqui, eso había dicho, le contaba después Ángel a Pedro, *Todo para el Jefe*, mientras tiraba de la cadena de la taza del váter, *Todo para el Jefe*, sí, eso se le había ocurrido a Homerito, después de hacer sus necesidades.

Pedro soltó una carcajada, gracias a Dios o al diablo, porque últimamente estaba para pocas risas. Si Manolo había cambiado su seriedad apacible por un humor peligroso, las bromas de Pedro, el reírse de todo y de todos, encerraban ahora algunas indignaciones verdaderas. Cómo se te ocurre meterte en una iglesia, con el día de sol que hace, le había dicho Pedro, un domingo por la mañana, poco después de volver de Riberas de Pravia. Ángel iba a misa con Maruja y su madre, y Pedro se cruzó con ellos en el portal de la casa. Tienes ya nueve años, dijo mirándole seriamente y olvidándose de la cara pasmada de su madre. En la iglesia sólo hay miasmas, epidemias y malos sermones. Vete a correr al Campo de San Francisco y déjate de misas, que allí va a entrarte algo malo. Eso dijo Pedro, y después subió las escaleras de la casa, dejando a la madre y a Maruja con la boca abierta, y al niño con el ánimo humillado, camino de las penumbras dominicales de San Juan el Real.

La verdad es que Ángel se aburría en la iglesia y prefería ya de forma clara los momentos en que su madre le contaba viejos recuerdos familiares o literarios, en vez de llevarlo a misa. La iglesia era un sitio desagradable, allí sólo se hablaba de pecados y peligros. Hasta su hermana y su madre se quejaban ahora de lo reaccionarios que estaban

los curas. No sé dónde vamos a acabar, decían su madre y su hermana después de los sermones, ya no nos dejan siquiera que creamos tranquilas y con buena conciencia en Dios. Ángel se lo pasaba mucho mejor escuchando a su madre hablar de Rubén Darío, o de Sebastián Miranda, un muchacho al que ella conoció de joven y que ahora se había convertido en un escultor de fama internacional, o del venerable Leopoldo Alas, *Clarín*, amigo del abuelo Manuel, al que ella había visto pasear por las calles de Oviedo, o de Pérez de Ayala, un amigo del padre que escribía novelas un poco subidas de tono, pero que hablaban con mucho lirismo de las tinieblas y los montes de Asturias, y de las pequeñas compañías de circo que iban de pueblo en pueblo con sus mujeres gordas, sus hombres forzudos y su trompeta. Ángel prefería también las tardes en las que su madre o Maruja le leían un capítulo de *Flor de leyendas*, el libro de otro amigo, Alejandro Rodríguez Álvarez, que también se había hecho famoso, pero con el nombre de Alejandro Casona, y que escribía historias sobre extraños dioses en tierras lejanas, personajes medievales envenenados por el amor y escenas bíblicas muy emocionantes. Aunque tratasen del nacimiento del Niño Jesús o de la muerte de Cristo, las leyendas de Casona no se parecían a los sermones de los curas, sino al American Cirque, a la sensación de temblor, misterio y sorpresa que provocaban las músicas bellas, los trajes bellos, los caballos blancos, el payaso violinista, el acróbata mutilado que con un solo brazo era capaz de volar por los cielos de la carpa, el malabarista del fuego y los llantos de esos payasos compungidos que hacían reír más con sus lágrimas que con sus risas. Aunque el número triste del circo no tenía nada que ver con las lágrimas y los aullidos del payaso, sino con la comedia canina. Ángel no resistía ver a los perritos domesticados, repeinados, vestidos casi de primera comunión, dando saltos y volteretas a las órdenes de una señora mayor, casi vestida de joven, y con voz aflautada.

Era siniestro ir al circo para ver la comedia canina. No podían pertenecer a la misma raza esos perritos amanerados y los perros salvajes que vivían en los caminos, o en los prados, y daban más miedo que el tren cuando se ponía a silbar y a correr por el túnel detrás de los niños del barrio. Además, había miedos y miedos, y los domadores sólo parecían respetables cuando se encerraban en la jaula con un león, o con un tigre, y no con unos perritos menos peligrosos que las vacas de la tía Clotilde. La comedia canina le provocaba a Ángel la misma tristeza que la historia de Bercelius Nibbidard Paragot, el protagonista de *El amado vagabundo* de William J. Locke, uno de los libros que más le habían impresionado. Las emociones intuitas en la voz cálida de su hermana desataron, también en este caso, la imaginación de Ángel, cuando se sumergió en la historia de Paragot, un joven arquitecto que había abandonado por un chantaje sentimental su futuro prometedor y se había convertido en un vagabundo. Después de adoptar a un niño, Asticot, y a una niña, Blanquett, deambuló con ellos por Europa, dueño de los sonidos del violín y de los lápices de dibujo, con una elegancia capaz de deslumbrar a los públicos más exigentes y a los corros populares. Los enredos del chantaje sentimental se aclararon y Paragot pudo volver a la alta sociedad. Pero entonces su elegancia, después de tantos años viviendo en los caminos, empezó a resultar precaria, triste, ridícula, como la de los perritos en una comedia canina.

La novela impresionó tanto a Maruja que, cuando la familia, ya en tiempos de la guerra, tuvo que acoger a una gata abandonada, le puso de nombre *Blanquett*, rompiendo la tradición familiar de llamar *Greti* a todos los gatos de piel atigrada y *Topín* a todos los gatos con manchas negras y blancas. Era una invención de Ángel que, por influencia de los gemelos, había querido jugar con las palabras y darle la vuelta a *tigre* y a *pinto*. Años

después, ya en tiempos de la posguerra, cuando Ángel colabore como crítico musical en *La Voz de Asturias*, volverá a recordar la historia de desamparo y libertad narrada en *El amado vagabundo*, y firmará sus artículos con el seudónimo de Bercecius. Las historias se viven de una manera misteriosa, provocan sentimientos, sensaciones íntimas, acumulan presiones en un fondo humano incomprensible, y sólo después, con la distancia de los días y de los recuerdos, se ordenan, se clarifican, y uno puede llegar a entender los motivos de la reacción que provocaron. La historia de Paragot se contaba en la voz de Asticot, el niño adoptado que, mientras crecía, necesitaba esforzarse cada vez más para conservar el deslumbramiento infantil que le inspiraba su ídolo, y se enfrentaba con inquietud a los desmentidos de una realidad menesterosa que hacía más pequeñas las grandezas evocadas.

Crecer es una tarea difícil, una fatalidad, una obligación de preguntarse no sólo adónde vamos, sino de dónde venimos, y esas preguntas son como piedras que caen en la tranquilidad del lago y llenan el agua de inquietudes. Ángel tardaría muchos años en ordenar sus razones políticas, en forjarse una interpretación de los motivos que habían convertido el sueño pacífico y republicano de su familia en un paisaje de agresiones sociales. Tardaría en comprender la terquedad de los poderes más reaccionarios que se habían negado a renunciar a ninguno de sus privilegios y habían decidido preparar la situación para un golpe de Estado. Tardaría también en entender los errores de la izquierda, su falta de inteligencia en las respuestas, su forma de caer en las trampas preparadas por la fatalidad del destino o por las conspiraciones de la derecha. Pero entonces, a sus nueve años, a la altura de septiembre de 1934, tan sólo era capaz de sentir una inquietud, una incomodidad íntima ante el descubrimiento de que crecer es perder la inocencia, de que los mejores sueños se descomponen y el dolor nace del propio fondo de la dicha. Por eso le dio tanta rabia el episodio del duro de plata y los trabajadores del American Cirque.

Ya era un niño mayor, cuenta Ángel. Algunos maestros de los que venían a cobrar su nómina intentaban quedar bien con mi madre, o guardaban un cariño sincero a la familia por la memoria de mi padre y de mi abuelo, y me daban una propina, unos céntimos para comprar cualquier chuchería. Pero una vez me llevé una sorpresa, casi un susto que me dejó sin habla, porque uno de esos maestros me dio un duro. Tal vez estaba contento por una razón secreta, tal vez consideró que yo era mayor y quiso hacerme un regalo de verdad, tal vez había heredado, tal vez sufrió un ataque de generosidad transitoria y se arrepintió en pocos segundos, maldiciéndose por la locura que había hecho, pero el caso es que me dio un duro, y yo salí disparado escaleras abajo antes de que mi madre me lo requisara. Me había quedado sin habla, pero no sin piernas. Aquel duro significaba ya una cosa seria, y no podía dejarse así como así en las manos de un niño. Yo era un niño mayor, sabía que lo correcto era darle las gracias al maestro, esperar a que saliese por la puerta y someter aquel duro al gobierno de mi madre. Sabía también que, si no se lo daba, ella me lo iba a exigir, y sabía además que la única forma de quedarme con el duro era salir corriendo. Eso hice.

En el prado del hospicio, sigue la historia Ángel, estaban levantando la carpa del American Cirque. Un grupo de seis o siete trabajadores tomaban un bocadillo, sentados en unas cajas. Me acerqué a ellos con el duro en la mano, reluciente bajo el sol de la mañana, y le daba vueltas a la moneda sin decir nada, presumiendo de mi dinero, porque yo era mayor y tenía una cantidad respetable en la mano. Aquellos obreros no vestían el mono típico de trabajo. Llevaban ropas extrañas, que se habían quedado viejas, que ya no podían ser utilizadas en las funciones, pero que conservaban, maltrechas por el uso y los trajines de los carromatos, la memoria de que alguna vez habían servido para caracterizar al hombre forzado, o al acróbata, o al payaso de pantalones patiocortos. Eran gentes aventureras y

vividas, que habían recorrido el mundo de parte a parte, que conocían las maravillas de la Tierra, que habían pisado con sus propios pies y tocado con sus propias manos el vocabulario completo de la enciclopedia Espasa, y que ahora llegaban a Oviedo para asombrarse de mi duro, de la moneda resplandeciente y verdadera de un niño mayor.

Ese duro no es tuyo, dijo un hombre joven, al que le faltaba el brazo izquierdo y le sobraba la sonrisa despectiva en los labios. Tú eres el acróbata mutilado, respondí. Sí, soy yo, pero ese duro no es tuyo, insistió el acróbata mutilado. Claro que es mío, nada más que mío, insistí yo. Pues demuéstralo, propuso el acróbata. ¿Cómo?, pregunté. Comprándonos un helado a cada uno, sugirió con su sonrisa en la boca, mientras señalaba al carrito blanco del heladero que se había instalado enfrente del hospicio. ¿Cuántos sois?, pregunté con decisión. Aquí estamos ocho, y uno para ti, nueve, nueve helados de turrón. A mí me gustan de chocolate, añadí con un orgullo que iba a tardar tiempo en recuperarse de su estupidez. Pues, venga, te acompaño, vamos a comprobar si el duro es tuyo. En el mismo momento de pagar, mientras el acróbata agarraba con una sola mano cinco helados, y yo tomaba con las mías los otros cuatro y esperaba la vuelta miserable, comprendí la estafa, comprendí que era un niño mayor que acababa de perder un duro para demostrar que era suyo, comprendí lo pequeño que se hace uno cuando crece, comprendí que mi madre me estaba esperando con una indignación justificada, comprendí que desde el mismo interior de la dicha, desde la carpa y los mástiles del American Cirque, podían brotar la desolación, y el miedo, y la desgracia.

El tiempo pasa y nos llena de inquietud súbitamente cuando el cielo parece un mar violento, y los pájaros cambian de paisaje, y las palabras se oyen cada vez más lejanas, como susurros que dispersa el viento. Era septiembre, pero el poema al que pertenecen estos versos se iba a titular «A veces, en octubre, es lo que pasa».

10. Entre hermanos

—La República se acaba.

—Aquí no se acaba nada, lo que hay es que defenderse. Por ejemplo, de tu pesimismo.

—Ya, pero no parece una cuestión mía, es la historia quien se ha vuelto pesimista, y tiene mal gusto, además. Nos está dejando compuestos y sin novias. Italia se fue ella solita con Mussolini. Alemania con Hitler, sin que nadie la obligara, y Austria con Dollfuss. Ellas votan por sus novios y sus novios acaban desde el poder con nosotros. Ahora le toca a España. Parece dispuesta a casarse con Gil Robles, un buen galán.

—Mira, tú mucho hablar, mucha teoría, muchos libros, muchos datos, pero ha llegado el momento de pensar menos y de pasar a la acción. Los alemanes y los italianos cayeron como conejos, pero los austriacos se defendieron, por lo menos intentaron defenderse.

—Sí, es muy emocionante eso de mejor Viena que Berlín, o antes Viena que Berlín, mejor morir luchando que obedecer con disciplina a tus verdugos.

—Ni Viena, ni Berlín, Manolo, ni pesimistas tampoco. Aquí no se van a salir con la suya, ni vamos a dejar que utilicen el Gobierno para acabar con nosotros.

—La verdad es que es una lástima. Otros países han disfrutado muchos años de la democracia. Nosotros siempre llegamos tarde, nos hemos hecho demócratas cuando la moda es acabar con las democracias.

¿El pesimismo es fruto de los libros? ¿Se ríe uno más, aunque sea con sombras, y

sufre uno de un modo más intenso por culpa de los libros? Ángel se lo preguntaba, miraba sus libros, pensaba en poemas como «Lo fatal» de Rubén Darío o en los manuales de ingeniería que estudiaba Manolo. El resultado de escribir en sus cuadernos las letras y los números, por mucho cuidado que pusiera, iba a ser una página llena de tachaduras y borrones de tinta. Estudiar te convertía en un ser desconfiado. Tal vez era mejor pasar a la acción, buscar trabajo, ponerse un mono, manchar de grasa las manos, los papeles, las ideas, ir a la playa de Gijón con los amigos, saber defenderse de los enemigos, pensar que la República no iba a acabarse nunca. El mundo era una complicación, porque no parecía posible estudiar y al mismo tiempo ser optimista, dedicarse a los libros y quedarse en la casa. Con la llegada del otoño, estudiar era irse a Madrid o a Barcelona, buscar el porvenir fuera de Oviedo, fuera de la vida y de las alegrías.

—Desde 1917 no he visto que triunfe otra revolución. Aquélla fue una sorpresa, les pilló desprevenidos, y además se trataba de Rusia.

—Tampoco nos salió mal aquí la de 1931 —respondió Pedro con rapidez, contento de poder situar la discusión en un territorio cercano, que él había visto con sus ojos y vivido a costa de sus madrugones. Pedro se sentía desarmado cada vez que Manolo volaba por los cerros de los libros o de Europa, no podía evitar que le dominase un respeto incómodo por los estudios que él mismo se había negado a hacer. Por eso le gustaba aterrizar sobre paisajes vividos en sus asambleas, sus reuniones, sus huelgas, las horas gastadas en una militancia que le servía de trinchera contra la fuerza intelectual de Manolo.

—Bueno, bienvenido a la defensa de la República. Estoy cansado de oírte decir que la República fue sólo un paso, una reforma burguesa, y que nuestro destino era conquistar el poder para los trabajadores.

—¿Es que no estás de acuerdo? ¿Te has hecho partidario de Besteiro? Los intelectuales sois como una veleta, cambiáis según sopla el viento.

Pedro parecía enfadado. Manolo disfrutaba discutiendo, se quedaba escondido detrás de una sonrisa paciente y lejana, sin identificarse con nada, entretenido con la voluntad de llevarle la contraria a su hermano, de buscarle las vueltas a todo, como si criticar cualquier idea, señalar las fragilidades del mundo, fuese la única manera de suavizar la presión que se ocultaba en su silencio. Manolo no jugaba con la ventaja de la inteligencia, sino con la suerte de no entrar al bulto en la conversación, de saber poner distancia entre sus palabras y la realidad. Pero lo que antes sugería serenidad, autodomínio, una autoridad capaz de ordenar de forma natural las cosas que rodeaban sus actos y sus opiniones, se manchaba ahora con la de un malestar íntimo.

—No, Pedro, aquí nadie es una veleta, aunque cambie de opinión. Besteiro se desentendió en 1930 de la conspiración republicana, porque no quería romper la legalidad. Y ahora defiende la República precisamente porque es la legalidad. Tu admirado Largo Caballero conspiró a favor de la República, por la misma razón por la que había colaborado con Primo de Rivera, porque quería consolidar a la UGT y al Partido Socialista. Y eso es lo que ha hecho mientras ha controlado el Gobierno, y como ahora no lo controla, pues tampoco se muerde la lengua y afirma que la República sólo era un paso, y que lo importante es conquistar el poder para los trabajadores.

—Deberías estar contento, eso es lo que nos echabais en cara siempre los anarquistas y los comunistas.

—Porque habéis utilizado el Gobierno para consolidaros, y dejarnos a nosotros en la puta calle. Quien quiera trabajar que se apunte a la UGT.

Ángel escuchaba la discusión de sus hermanos. Estaba preparando los cuadernos del

nuevo curso, repasando el estuche, haciendo algunas cuentas para recuperar la agilidad en las operaciones matemáticas, según le había indicado Maruja, y no sabía orientarse en la conversación. Ni la entendía, ni podía desprenderse de ella. ¿Pero qué pasaba con la República? Estudiar conducía al pesimismo, tal vez fuese mejor abandonar también la escuela, pero si no estudiaba, ¿cómo iba a aclarar la confusión de un mundo cada vez más complicado, en el que los minerales y los nombres de las montañas se mezclaban con las siglas y el vocabulario político? Mañana se iba Manolo a Barcelona. Pasado mañana, empezaban sus clases en el colegio. La conversación de los hermanos tocaba dificultades urgentes, que parecían no poder esperar a mañana, ni a pasado mañana. Su madre y Maruja estaban en la calle, haciendo alguna compra de última hora para el equipaje de Manolo. Soledad, después de trajinar en la cocina, se había encerrado en su cuarto. En una esquina de la mesa, mientras la luz de la tarde se apoyaba en los cristales de la galería, el niño escribía con letras redondas su nombre, Ángel González Muñiz, y escuchaba discutir a sus hermanos, sin atreverse a interrumpir, sin preguntar nada, pero inquieto, preocupado por conseguir una respuesta. Aunque se hubieran olvidado de él, sin levantarse de su silla en la mesa del comedor, entretenido con los lápices y los cuadernos, estaba justo en medio de las dos butacas del salón, y las palabras chocaban contra él, las paraba, les daba vueltas, intentaba comprenderlas, pero sólo sentía una pesada mezcla de desorientación y desasosiego.

—Vete a la mierda, Manolo.

—Intento explicarte que es ahí donde estamos todos, con nuestros enfrentamientos, luchas, insultos, maniobras, estrategias. Y, mientras, ellos se unen y vienen a por nosotros.

—Los comunistas habéis sido los últimos en pedir la entrada en la Alianza Obrera. Te recuerdo que, hasta hace dos días, nos estabais llamando socialfascistas.

—Yo no te he llamado nunca socialfascista. Además, no milito en ningún partido. Soy comunista, pero voy por libre.

—Pues te pierdes lo mejor que tiene el comunismo, que es la disciplina. Basta con obedecer las órdenes de la dirección.

—El Partido Socialista es también muy obediente —Manolo, que por un momento había adoptado un tono serio, como de confianza y de conversación vivida en primera persona, volvió a esgrimir una sonrisa distante, casi cínica—. A Graciano Antuña le costó poco salirse con la suya. Tú mismo eras partidario de la unidad electoral de la izquierda, y volviste de la calle Altamira con el rabo entre las piernas. En la reunión no hubo posibilidad, nada de nada, ni republicanos, ni comunistas, ni la voluntad de las bases. Los socialistas solos, que era la voluntad de vuestra dirección. Así nos fue a todos.

—A unos mejor que a otros. Los socialistas tuvimos 1.620.000 votos. El problema es que esta ley electoral sólo nos da 61 escaños, mientras que los radicales, con menos de la mitad de los votos, han ganado 104 escaños, y la CEDA, con 64, es la que pone y quita gobiernos.

—En eso tienes razón. Acabo de enterarme —dijo Manolo, con una sonriente amargura— de que Gil Robles retira su apoyo a Samper. En unos días se anunciará la entrada de la CEDA en el Gobierno.

—¡Pues precisamente por eso hay que actuar! En defensa propia, ¿no lo entiendes? Los republicanos son los que han dado el primer paso, los que han traicionado a la República, los que quiebran el orden. Nosotros tenemos la obligación de responder.

—Mira, Pedro, no te exaltes. Lo de la CEDA es una anécdota, lleva gobernado en la sombra todo este año. Sin necesidad de tener un ministerio, es la que manda, porque los

radicales sólo se dedican a robar, y si hace falta, para seguir robando, son más fascistas que nadie. Hasta Martínez Barrio les ha parecido un extremista. ¿Qué ministro de la CEDA va a ser peor que Salazar Alonso? Ya han dejado en los huesos todas las reformas republicanas, las mejoras obreras están liquidadas, la reforma agraria ha pasado a mejor vida, vuelven a tratar a los campesinos y a los mineros como animales, los gobernadores civiles están empleando una mano dura que no se conocía ni en tiempos de Alfonso XIII, se cierran los ayuntamientos socialistas, y todo esto sin necesidad de la CEDA. Así que no hay que echarse al monte porque Lerroux decida nombrar algunos ministros de Gil Robles. Tendremos que reaccionar cuando a nosotros nos interese, no cuando ellos digan.

—¡Ya estamos con lo de siempre! Pues nada, a quedarse con los brazos cruzados, que es la receta que da mejor resultado. De ese modo, nunca se equivoca nadie. Acaban contigo, eso sí, pero sin que hayas caído nunca en el error de la precipitación... Ahora, a ver cómo paras a los jornaleros que se mueren de hambre, o a los mineros que viven encañonados por la Guardia Civil.

3 por 5 son 15, y 1931 por 1934 son 3.734.554. Las cuentas cuadran, la historia también, pero no da un resultado perfecto. Ángel jugaba, dividía y multiplicaba las fechas, oía a sus hermanos, recordaba los comentarios que en el último año, desde las elecciones de noviembre de 1933, habían hecho Pedro y Manolo cada vez que los periódicos anunciaban un nombramiento, la suspensión de unas leyes o el incumplimiento de otras. Los dos estaban de acuerdo en la agresividad de la derecha, en el regreso a las situaciones más injustas, en la miseria que volvía a apoderarse de los campesinos y de la cuenca minera, pero no coincidían en las soluciones. ¿Qué soluciones? Han acabado con todo lo que se había conseguido, afirmaba Manolo. ¿Pero por qué protestan?, se preguntaba Pedro. ¿Les parece muy injusto reconocer unas vacaciones pagadas de seis días?, seguía preguntando Pedro. Todo el dinero que está gastando la República en educación sale de las subvenciones que antes se daban a la industria, respondía Manolo. Protestan porque reducir la jornada de los trabajadores a siete horas dentro de la mina, pagar seis días de vacaciones, y salarios dignos y un seguro de accidentes vale dinero, y suben los costes de producción, insistía Manolo, y antes que dejar de ganar, prefieren subir los precios y decir que hay crisis, seguía insistiendo Manolo, y tenemos empresarios acostumbrados a pagar mal y a cobrar subvenciones del Gobierno, volvía a insistir Manolo, y se han hecho carreteras donde no había coches, y obras públicas donde no había necesidad, para que los empresarios pudiesen vender en España lo que nadie quiere comprarles, martilleaba Manolo, porque no son competitivos, porque no pueden exportar, porque se hundirían si el Gobierno quitara los aranceles, sentenciaba Manolo, o porque han confundido su tarea con cobrar subvenciones y maltratar a los obreros, añadía Pedro, y porque si la gente quiere gastarse el dinero en escuelas, y en amparos sociales, no se pueden poner parches, hay que cambiar todo el sistema, como hicieron los bolcheviques, concluía Manolo, ya que dejar las cosas a medias es meter la cabeza en la boca de las fieras. Sí, eso había repetido Manolo muchas tardes, y en eso estaba de acuerdo Pedro ahora, en no dejar las cosas a medias, y Ángel se acordaba del American Cirque, pensaba en los domadores y se imaginaba a la República con la cabeza dentro de las fauces de Gil Robles. No sabía si iba a ser demasiado pronto o demasiado tarde, si había que declararse optimista o pesimista, pero sentía un orgullo extraño de que la culpa de todo no la tuviesen sólo los anarquistas, o los mineros en huelga, sino también él, sus cuadernos de multiplicar, los libros del colegio, los pupitres nuevos. Eran los gastos de su colegio, junto a las subidas salariales de su hermano Pedro, junto a los análisis económicos de su hermano Manolo, los que estaban poniendo tan nerviosos a los

curas y a los bancos.

—Es verdad, Pedro, tienes razón, lo admito —Manolo cambiaba de tono con facilidad, un quiebro de voz y parecía que ya estaba en otro escenario o que su cuerpo buscaba una mayor cercanía. Hablaba con más lentitud, sin sonreír, igual que si le echase a su hermano un brazo por encima para llevárselo a un rincón del comedor—. Ahora que tú te lanzas, yo me pongo a dudar. Lo admito, teorizo mucho y hago poco, siempre he sido un indeciso, me gusta que los conflictos se resuelvan solos, que el tiempo ponga las cosas en su sitio, que las lluvias oxiden el filo de los problemas. Aunque sea comunista, me asusta la gente convencida de sus programas y sus idearios. Papá me enseñó a dudar de los dogmas, y me gustaba su autoridad, porque nacía precisamente de sus dudas. Pero lo de ahora es distinto. No me cabe duda de que, si no hacemos algo, van a venir de la forma más dura contra nosotros, como ha ocurrido en Alemania o en Austria, y no me cabe duda de que si hacemos algo, llevamos las de perder. Hay que decidir, llevamos meses diciendo que hay que decidir, pero hemos llegado a un punto en el que cualquier decisión irá en contra nuestra.

—¿Por qué dices eso? Estamos mejor y más preparados que nunca. No comparto tu pesimismo. Dime una razón para darse por vencido antes de empezar. Hay más unidad que antes, más motivos que antes. Ni siquiera Indalecio Prieto cree ya en la posibilidad de una solución parlamentaria.

—Eres optimista porque piensas en Asturias. No te equivoques, Pedro, no te equivoques. En otras partes de España no se vive la misma situación. ¿Quieres una razón? Te puedo dar unas cuantas —Manolo empezó a levantar los dedos de su mano derecha, con una solemnidad que no era teatral, sino necesidad de exponer sus propios temores—. Uno, la CNT asume aquí la unidad, pero en el resto de España no encuentras líderes como José María Martínez o Valeriano Orobón. Dos, en Cataluña los obreros están en contra de la Generalitat, porque el Gobierno de Esquerra y el consejero Josep Dencàs han sido tan represores como los radicales. Tres, desatar la revolución por un cambio ministerial hará que los anarquistas digan que vuelve a ser un problema de la República y no de la clase obrera. Cuatro, las huelgas campesinas de junio han sido un fracaso y el Partido Socialista, con su actitud de prudencia, no sólo ha desmovilizado a la gente, sino que la ha defraudado. Cinco, en España no hay periódicos como *Avance*, ni periodistas como Javier Bueno —Manolo empezó a levantar los dedos de la mano izquierda. Ángel lo escuchaba, y lo veía, ganado ya por la conversación, como si se hubiese quitado el disfraz de la ironía. No le daba miedo el patetismo de la verdad, sino la verdad, la cara sombría de los acontecimientos—. Seis, no se puede avisar al enemigo, anunciar en qué día y a qué hora se va a organizar la revolución, y ya se ha repetido mil veces que los obreros se levantarán si la CEDA entra en el Gobierno, y nos van a estar esperando para cazarlos como a conejos. Siete, no hay milicias preparadas. Ocho, es un disparate pensar que el ejército se va a unir al pueblo, y nueve, nos faltan armas.

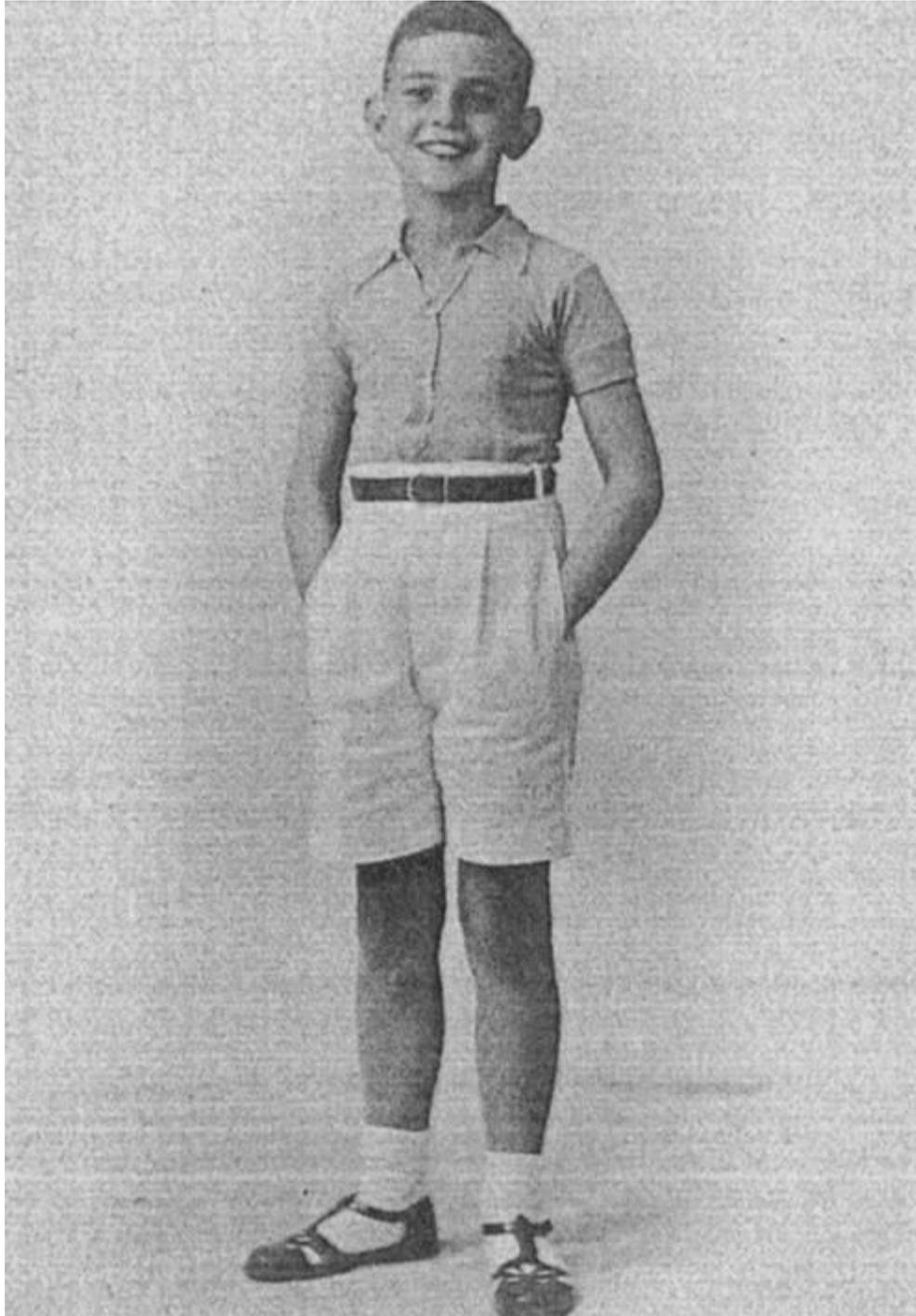
—UHP, Uníós Hermanos Proletarios —era Pedro el que ahora quería hacer un chiste, mientras Manolo bajaba los dedos, como asustado por tantas razones, o por la pasión verdadera que había en sus argumentos, y colocaba las manos sobre los muslos—. Estás un poco derrotista. Ya me contarás lo que pasa en Barcelona. De Oviedo, me encargo yo.

—Me da miedo lo que pueda pasar en Madrid o en Cataluña. El desembarco de las armas del *Turquesa* ha sido un desastre, una chapuza. Ya ves lo que cuenta el periódico, las armas requisadas y el barco en Burdeos.

—Aquí no nos hacen falta más armas. Tenemos un buen arsenal, depósitos en todos

sitios, y no descubren ninguno. Armas de la fábrica de La Vega, de Bilbao, de Francia, talleres para arreglar fusiles, y además la dinamita de los mineros. Los taxis, los autobuses y hasta los coches de boda están traficando con armas para cuando se reciba la orden.

—Asturias, Pedro, no podrá hacer nada por sí sola. Habrá un derramamiento de sangre, unos días de resistencia, sólo eso. Unos días históricos, desde luego, igual que en Viena. Pero la historia, nuestra historia, es como la morcilla, se hace con sangre y siempre se repite.



Ángel González, verano de 1934.

Ángel estaba sacándole punta al lápiz. ¿Qué iba a pasar? Atardecía, la habitación se quedaba a oscuras y el Naranco era ya una masa confusa en los cristales de la galería. Alguno de sus hermanos debería levantarse de su butaca para encender la luz. Ángel, de pronto, deseó que llegaran las mujeres, que saliese Soledad de su cuarto, que volviesen de la calle Maruja y su madre. No sólo le asustaban palabras como sangre o armas que, pronunciadas así por Pedro y Manolo, tan cerca de todas las cosas, de la vida de siempre, vestidos ellos con su ropa de siempre, con sus camisas que todavía rozaban el verano y el olor de Riberas de Pravia, eran palabras que convertían en una realidad inmediata el miedo de su madre a la guerra. ¿Qué iba a pasar con Pedro? ¿Y con Manolo en Barcelona? ¿Qué iba a pasar con sus cuadernos de cuentas y con su gramática, y con las páginas en blanco de sus redacciones? No le asustaban sólo las palabras violentas, sino el sentirse desorientado en un mundo que ya no decidía entre lo que estaba bien y estaba mal, entre lo bueno y lo malo, entre lo correcto y lo incorrecto. La discusión giraba ahora en otro sentido, el optimismo y el pesimismo tenían que ver con las preguntas sobre quién iba a ganar, quién era más fuerte, quién se había equivocado más, quién iba a acabar con el otro. No importaba quién tenía la razón, quién hacía sus deberes, quién estudiaba urbanidad y cumplía con las normas del buen ciudadano. Mañana sería octubre, el mes de septiembre se deshojaba, las vacaciones se deshojaban, la tarde se deshojaba, la República se deshojaba, el lápiz se deshojaba, y sobre la mesa caían virutas de madera, todas las virutas. El niño intentaba que no se rompiese la punta, cuidado, que no se me rompa. Deseaba que Soledad abriera la puerta de su cuarto, que volviesen de la calle su madre y Maruja, que empezasen todos a hablar de la cena, por la cena, sobre la cena, en la cena, según la cena, tras la cena. Preposiciones, proposiciones, suposiciones, imposiciones. Se levantó de la silla. Fue a encender la luz.

11. Las ruinas y París

Acompañaron a Manolo a la estación. Le gustaban los viajes, estaba contento y con ganas de subirse en el tren. La sonrisa que se apoderó de su boca en la puerta de la casa, mientras Soledad le rogaba que se cuidase, porque hay muy mala gente por esos mundos de Dios, ya no le abandonó hasta llegar al andén. Estaba muy guapo con su traje blanco y su maleta, dócil ante las insistencias de su madre, a la que fue explicando por el camino, una vez más, los detalles del itinerario y el programa previsto, sin dejar de saludar con mucha educación a los conocidos. Había heredado de su padre la corrección elegante en el trato con los vecinos. Él mismo vendrá a recogerme, volvió a decir Manolo, y doña María volvió a respirar con más tranquilidad al escucharlo, como si faltara poco tiempo no ya para que saliese el tren, sino para que los viajes terminaran, para que los kilómetros se disolvieran, los mapas se doblasen, el mundo fuera otra vez un lugar apacible y ella tuviese de nuevo a todos sus hijos en casa. ¿Llevas la partida de nacimiento?, preguntó la madre, y el hijo respondió que sí, está en la maleta, no te preocupes que no se me va a perder. Es que mi hermano se va a París, comentó orgulloso Ángel a un compañero de colegio que estaba también en la estación, despidiendo a su padre.

Manolo no se iba esta vez a Madrid o a Barcelona, sino a París, a participar en el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Su primera reacción fue negarse a aceptar la invitación, porque le daba vergüenza invadir un territorio habitado por

intelectuales como Máximo Gorki, Thomas Mann, André Gide, Aldous Huxley, Romain Rolland, Valle-Inclán o Bergamín. Pero el *¿quién soy yo?* inicial se había ido plegando al deseo de conocer París y a las ganas de encontrarse con Pedro, que era quien lo había organizado todo. Pedro llevaba ocho meses exiliado en Francia. Había tenido que salir huyendo después del fracaso de la Revolución de Octubre, y no desperdició la posibilidad que le brindaban sus relaciones con el Socorro Rojo para conseguir que Manolo, dueño del francés perfecto de un verdadero intelectual, fuese invitado al Congreso en representación de la cultura asturiana, tan perseguida ahora por la represión extrema del gobierno reaccionario. A Manolo, además, le fue imposible rechazar el viaje cuando doña María entendió que era una ocasión inmejorable para conseguir noticias directas de la situación de Pedro en París y para enviarle besos, ropa, dinero y la partida de nacimiento que le exigía la tramitación del pasaporte en la embajada española. La verdad es que me hace ilusión pisar los Campos Elíseos, subir a la Torre Eiffel, tomar la Bastilla con Pedro, y oír a escritores como Valle-Inclán o Gorki, reconoció Manolo. No abriré la boca, pero haré un buen informe.

El sol de junio y el cielo azul socorrían de nuevo a los campos de Asturias, y se mezclaban con los pañuelos que despedían al tren como banderas pacíficas. Había sido un curso difícil, de meses largos, de días tristes, de cielos oscuros, una mancha de tinta derramada en un cuaderno. ¿Cuánto se tarda en escribir un poema? ¿Y un libro? La vida es la materia de la literatura, pero un poeta no cuenta su vida al escribir. Las personas se convierten en personajes al pasar de la biografía a las páginas de un libro, o de los sucesos a los hechos contados. Los poemas caminan por unos callejones parecidos a los de la memoria, que amasa la experiencia, la selecciona, engrandece o recorta la verdad y hace que las mentiras, las imaginaciones y los olvidos lleguen a formar parte de la realidad. La vida no se cuenta, está en unos versos, en una novela, en un libro. Es una filtración. Llueve, el agua empapa la tierra, se filtra por las paredes y las raíces de los árboles, busca la luz a través de las ventanas y de las hojas de papel. La vida no es un contenido, sino la historia de una humedad, un sedimento que impide afirmar con exactitud cuánto tiempo se tarda en escribir un poema. Los versos de las «Glosas a Heráclito» se publicaron en *Muestra de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan*, un libro del año 1976. Pero empezaron a gestarse mucho antes, tal vez en la tarde del 30 de septiembre de 1934, mientras un niño escuchaba una conversación hiriente entre sus dos hermanos mayores, o tal vez la mañana del 5 de octubre, cuando el mismo niño vio en Oviedo a un grupo de soldados pegar en las paredes de los edificios el bando que anunciaba la declaración del Estado de Guerra.

1

Nadie se baña dos veces en el mismo río.
Excepto los muy pobres.

2

Los más dialécticos, los multimillonarios:
nunca se bañan dos veces en el mismo
traje de baño.

3

(Traducción al chino.)

Nadie se mete dos veces en el mismo lío.
(Excepto los marxistas-leninistas.)

4

(Interpretación del pesimista)

Nada es lo mismo, nada
permanece.
Menos
la Historia y la morcilla de mi tierra:

se hacen las dos con sangre, se repiten.

Todo ocurrió cuando Manolo estaba ya en Barcelona. Pedro había llegado tarde la noche anterior y había abandonado la casa antes de que nadie se levantara. Unas horas después, mientras volvía a su casa del colegio, Ángel vio a unos soldados con cascos de acero, fusiles, bayonetas, correajes y botas negras pegar un bando sobre un cartel del establecimiento El Capricho. Los caballeros podían cortarse allí trajes a medida por trece duros. Una revolución comercial abarataba los impermeables, los gabanes de plumas, las gabardinas. En el tablón de la pared, sobre los precios y las exclamaciones de las ofertas, los soldados pegaron un bando de guerra. La autoridad militar se hacía cargo de la situación ante los hechos provocados por los revolucionarios. Advertía de las penas y de la gravedad de cualquier acto de desobediencia. Los uniformes militares son un territorio abstracto hasta que se mezclan con la vida. Se piensa en ellos como parte de la tradición, como zonas decorativas de un mundo diverso y lleno de curiosidades, imágenes propias de los libros, palabras raras en una enciclopedia, que sólo sirven para los desfiles y los días de fiesta, sin mezclarse con la realidad cotidiana. Pero allí estaban los soldados, convertidos de pronto en el centro de la ciudad, anunciando un tiempo extraño en el que las horas muertas y los silencios espesos iban a convivir con el estruendo de las explosiones, con el olor vertiginoso y profundo de la pólvora.

Hasta que no se sufren, nadie puede imaginar cómo pesan los silencios de las horas violentas, la desorientación de los días estancados en el miedo, en el no saber, en la intuición del dolor o de la desgracia. Nadie sabe tampoco, hasta que no siente su mordedura, lo que oprime el ruido de la violencia, la agresión de los gritos o de las explosiones que vacían el aire. Ángel empezó a aprenderlo en octubre de 1934, cuando llegó a su casa y se encontró allí a Maruja, que había regresado antes de tiempo de la escuela, y notó el miedo en el silencio de su madre, las palabras que cortaban la luz como trozos de un espejo roto. ¿Dónde estará Pedro?, era la pregunta que nadie pronunciaba, pero que dominaba todos los rincones, desde la mirilla que había en el cristal de la puerta hasta la foto del padre colgada en la pared del gabinete. Durante unos días, la sombra de Pedro se mezcló con el mundo escurridizo de las informaciones ambiguas y los rumores. Ángel estuvo más de diez días encerrado en la casa. Los rumores se parecen a la calle de siempre

vista desde una ventana, o a los ruidos que se escuchan desde el amanecer confundidos ahora con la inquietud de las desgracias, o a las palabras que Soledad intercambiaba con la madre, que no eran ya el resultado de una conversación normal, sino el botín que traía después de hacer una breve expedición por los comercios medio cerrados y el peligroso mundo del aire libre. Los rumores son unas noticias de radio a las que no se quiere dar crédito.

Un rumor se parece a la palabra requisado y a la imagen de un coche con las siglas UHP, Uníos Hermanos Proletarios, visto desde la ventana. Rumores son los apagones de luz y los cortes de agua. Un rumor es el tableteo de las ametralladoras que parece venir del depósito de la RENFE. Rumor es incluso la información certera de que los mineros están en las calles de Oviedo, justo al lado de casa, ahí, en el hospital Provincial. Rumor es la noticia de que, ante una situación tan grave para el Gobierno, se le ha encargado a un general llamado Francisco Franco el control de las operaciones. Van a venir muchos soldados desde África, León y Galicia. ¿Quiénes llegarán antes, los soldados a Oviedo o los mineros al cuartel de Santa Clara? Los rumores se pegan a la piel del desconocimiento, se mezclan con las preguntas, con los gritos, con las explosiones, con el humo que se levanta desde las faldas del Naranco. Los rumores y los ruidos violentos crean sobre la falta de certezas un espeso mundo imaginado en el que respiran las sospechas, los miedos y las ilusiones. Los rumores son grietas por las que intenta abrirse paso un deseo de vida, perseguido por el silencio y las llamaradas de las horas violentas. Muchos años después, Ángel se acordaría de aquellos rumores al leer que, según Tolstoi, en toda revolución hay días de llamas y años de humo.

A los tres días de encierro apareció en casa Rionda, el amigo electricista de Pedro. Rionda no era un rumor, sino un testigo que llegaba con un paquete de galletas, una caja de carne de membrillo y noticias frescas. Su hijo me manda para que les diga que está bien, que no se preocupen, que vendrá en cuanto pueda. La ciudad ya es nuestra, sólo nos falta reducir los cuarteles, dice Rionda, con la misma suavidad amable con la que siempre alababa la importancia de la enciclopedia Espasa. Ángel recordó entonces a Rionda mientras le decía a Pedro que una enciclopedia es una joya. No sé cómo has dejado de estudiar con esta joya en casa, decía Rionda. Ángel lo recuerda ahora diciéndole a su madre que la ciudad ya es nuestra y que sólo falta reducir los cuarteles. Ángel sabe hoy que no mentir y no decir la verdad son hechos compatibles, porque las enciclopedias pueden ser joyas sin ningún valor, y las ciudades pueden ser nuestras y luego perderse. Ángel sabe incluso que la posesión no significa pertenencia cuando las palabras se quedan vacías y las ciudades se llenan de humo, de rumores, de silencios y ruidos hostiles. Aquello que ocupa la violencia no pertenece a nadie.

Rionda no mentía al decir que Pedro iba a pasar por casa. Apareció con un fusil en la mano y el niño se lo comió con los ojos, lo vio como un héroe, como la certificación íntima de que él estaba con los revolucionarios, dispuesto a reducir los últimos cuarteles y a esperar la llegada del ejército africano.

—Ayer tomé el Banco de España —comentó Pedro con la intención de echar leña en el fuego de la admiración que iluminaba el rostro de su hermano pequeño.

—¿Con ese fusil?

—No es un fusil, tonto, es un mosquetón de caballería.

Pedro le quitó las balas, y puso el mosquetón en las manos de Ángel. Aquello no era un rumor. Tampoco un ruido o una palabra extraña de las que se buscan en el diccionario. El mosquetón puso en las manos del niño una verdad, la realidad de los hombres que

estaban luchando para vivir de un modo más digno. Ángel se sintió partícipe de aquella lucha, vivió la heroicidad de su hermano, se sintió cómplice, comprendió el sentido de los días de encierro, de las miedosas bajadas a la calle de Soledad y de su madre, de la espesa inquietud de los rumores, de la agresividad de los ruidos. Todo se ordenaba, se explicaba, era el camino para ser dueños de la ciudad, del Banco de España y de los últimos cuarteles. Pero hay sentimientos que están llamados a morderse la cola. La admiración infantil que lleva a extremar la condición íntima de la victoria facilita también el abismo que supone una derrota, la pérdida no ya de tu fusil o tu mosquetón de caballería, sino de los paisajes cotidianos, las aceras que conducen al colegio, las tiendas y los bares. Es más grave perder una ciudad que perder la inocencia. El niño, al saberse derrotado, pierde para siempre su ciudad, se queda sin un suelo propio en el que pisar cuando entra en su habitación o sale a la calle.

Pedro volvió a casa al anochecer del 15 de octubre. Ya no tenía fusil, pero su aventura no había concluido, porque un domicilio particular no era buen refugio para los derrotados. Se lo advirtió doña Adela, la vecina del segundo izquierda, a la madre de Ángel. Doña María, al volver de misa he oído hablar de Pedrín. Unos hombres estaban discutiendo en la puerta de un chigre. Decían que Pedro Cano estaba escondido en su casa y que había que ir a detenerlo. Mejor que se vaya a otro sitio para que esto no se convierta en una locura todavía más dolorosa, sugirió con miedo doña Adela. La madre quedó paralizada por el disgusto. En su entrega familiar, dentro de sus muchas habilidades y sacrificios, no cabía el arte de preparar una fuga política. Pero algo debían hacer. Los rumores sobre el levantamiento revolucionario habían sido desplazados por los datos y las medias palabras sobre la dura represión, el odio, el castigo que estaban aplicando los legionarios y los regulares. Fue Pedro quien tuvo la idea de llamar a Josefina, la hija de doña Nieves, una pariente lejana de la familia que vivía muy cerca, en la calle Asturias. Josefina, dijo Pedro, es amiga de un comisario de policía. Si me consigue un salvoconducto para marchar a Riberas de Pravia, yo me encargo de lo demás.

La hija de doña Nieves no tenía en realidad un amigo comisario. Tenía una cabellera negra, dos ojos y unos labios bastante convincentes en cualquier conversación, ya fuese con un policía, un médico o un revolucionario. Era un poco mayor que Pedro, y sentía verdadero afecto por ese primo lejano que, casi desde niño, había cambiado los pupitres del colegio por el optimismo de la calle. No le supuso ningún esfuerzo buscar a su policía y convencerle de que necesitaba un favor inocente, ya que un pariente estaba afectado por los contratiempos de aquella estúpida revolución.

—Le sorprendió la insurrección en Oviedo. Su familia es de Riberas de Pravia, debe irse allí, y desde allí viajar luego a Madrid, en donde estudia ingeniería. Con este jaleo puede perder el curso.

—¿Cómo se llama? —preguntó el comisario, dispuesto a dejarse convencer.

—Pedro González Muñoz —dijo ella con seguridad, y el comisario no mostró ningún interés especial por ese nombre que había caído sobre la mesa como el dado que da vueltas y desconoce la cara de su fortuna. Es verdad que las paredes de las comisarías suelen llenarse de sospechas. Ya habían empezado a llenarse de sospechas urgentes. En pocos meses, iban a llenarse incluso de sospechas definitivas. Las lámparas, las puertas, los archivadores, los nombres en la cartulina de las fichas o en el papel asustadizo de las listas, las caras secas de los comisarios, los bigotes de los comisarios, las bofetadas de los comisarios iban a convertirse en una pura sospecha, bajo la tutela minuciosa del ejército y de la Guardia Civil. Pero aquel comisario no quería sospechar, procuraba agradar a

Josefina, o estaba dispuesto a dejarse engañar para facilitar la huida de un desgraciado, y no mostró el menor interés en investigar los antecedentes del estudiante sorprendido en Oviedo por la Revolución, el estudiante que iba a perder el curso si no llegaba pronto a Madrid. Tal vez ayudó la paradoja de que un apellido verdadero fuese un buen disfraz. Pedro estaba enmascarado en su propia verdad, porque toda la familia era conocida por el segundo apellido del padre, que nunca había sido respetado, criticado o nombrado como don Pedro González Cano, sino como don Pedro Cano. La gente se saltaba el González, demasiado común y escurridizo en las murmuraciones, para utilizar el Cano. Los hijos, Manolo, Pedro, Maruja y Ángel González Muñiz, heredaron la costumbre de un apellido que se había borrado de sus partidas de nacimiento y de sus documentos oficiales, pero vivía en las bocas de los profesores y los vecinos. Pedrín Cano resultaba mucho más conocido que Pedro González Muñiz. La vida es cuestión de buena y de mala suerte. Hace favores, y luego se los cobra. No se sabe con quién, ni cuándo, pero se los cobra. Tres años después, el diablo iba a cargar otro salvoconducto, haciendo que el cubilete no tuviese fortuna y el dado cayera sobre la mesa por su peor cara de sombras. Eso no lo sospechaban entonces ni la hija de doña Nieves ni el comisario.

—Muy bien, pues le hacemos un salvoconducto para Riberas, y otro para Madrid.

Pedro tomó un autobús para Riberas, luego escapó a Madrid, y allí el Partido Socialista le preparó la huida a Francia a través de los Pirineos. Una historia que salía bien en medio de la desgracia. Pero resulta más fácil irse de Oviedo que huir de Oviedo, sobre todo cuando se tienen nueve años y la mirada sobre el mundo no es todavía el resultado de unas certezas, sino una súplica de orientación, un deseo de comprender lo que significan las palabras, las calles, los mosquetones de caballería, las victorias y las derrotas. Uno puede irse a París sin perder una ciudad, y puede quedarse en Oviedo y perderla, sentir que las calles que se pisan, los edificios que se ven, los recados que se hacen, las rutinas que se cumplen han dejado de pertenecer al mundo original, a la verdad del mundo.

Ángel conoció por primera vez la verdad de su ciudad al verla en ruinas. Antes no había sentido la necesidad de fijarse en ella. Salir a Oviedo después de los días de encierro fue como entrar en una enciclopedia llena de palabras borradas. Tomaba conciencia ahora de que las calles estaban ahí para que él las observara con cuidado, sílaba por sílaba, prestándole atención, sin dejarse engañar por la prisa y la rutina de los paisajes familiares. Cada ventana, cada puerta, cada esquina, cada balcón, cada detalle era importante, porque todo podía desaparecer, venirse abajo, ser devorado por las llamas o las explosiones. Las órdenes de los bandos militares se habían mezclado con las palabras de los comercios. Los ruidos callejeros de los coches y las persianas habían desaparecido bajo el terremoto de las explosiones, y ahí estaba él, mirando por primera vez con atención su ciudad, justo en el momento de perderla. La casa blanca de la calle Uría levantaba sus heridas hasta el cielo, se mantenía en pie con una desolación de mordeduras violentas en la fachada de mármol. La catedral era un pedregal de lápidas, vigas y escombros. Había casas sin tejado, paredes derrumbadas, ladrillos evaporados, convertidos en ese polvo oscuro y asfíxante que lo tiznaba todo. Las casas de Cimadevilla estaban horadadas por dentro, convertidas en túneles de escombros. Los soldados y los revolucionarios habían avanzado o se habían retirado por sus huecos. El mundo era un inmenso hueco atravesado por las sombras.

El niño miraba la ciudad, la imaginaba horadada, hueca, hasta llegar a sentir el vértigo de la batalla que había devorado poco a poco sus cimientos. El café de la Paz estaba deshecho por los latigazos de la guerra. Desde el café Cervantes habían disparado contra el teatro Campoamor, incendiado después por las tropas gubernamentales para defender el

cuartel de Santa Clara. El niño miraba con atención las puertas de unos cafés que ya no se entregaban al sonido de las tazas y las cucharillas en los mostradores, que no escuchaban las conversaciones de los clientes en las mesas, sino la voz de los peritos calculando el daño. Observaba los ventanales derruidos de un teatro que había puesto en escena una violencia de verdad, poco parecida a las espadas plegables y la salsa de tomate de los dramas calderonianos. Examinaba el caserón del instituto y el edificio de la universidad, abiertos en canal, con vigas que luchaban con una dignidad ridícula por mantenerse en el aire sobre un infierno de piedras negras y maderas consumidas por las llamas. Notaba que la realidad se hundía, como sus zapatos en el fango de las ruinas. Cuando el sol quema la piel, las heridas se hunden en los pliegues y los estratos del cuerpo. A los pocos días, la superficie se regenera, parece que las espaldas, los brazos, las caras recobran su aspecto normal. Pero la quemadura sigue ahí, escondida, a la espera de que los años la saquen a flote. Las manchas oscuras son la memoria de la piel.

La piel de Oviedo fue regenerándose poco a poco. La prisa de la vida restauraba los edificios y llenaba los periódicos, las calles y las cartas de noticias. Pedro estaba en París, había tenido suerte con los salvoconductos y con la solidaridad de sus compañeros. La situación era difícil en Asturias para los revolucionarios. Los familiares de los detenidos se agolpaban en las puertas de la cárcel Modelo, y resultaba conveniente que los ciudadanos escogiesen bien los itinerarios de sus paseos por la ciudad, alejándose de algunos edificios, si no querían encontrarse con escenas desagradables. Era mejor no pasar por delante del convento de las Adoratrices. Era mejor no caer en manos de Lisardo Doval Bravo, el comandante de la Guardia Civil encargado de la represión y la tortura. Era mejor no cruzarse con Dimitri Iván Ivanov, el oficial búlgaro del Tercio, desertor de la Legión extranjera francesa, porque según decían las malas lenguas y algunas informaciones llegadas de Madrid había asesinado al periodista Luis de Sirval, que estaba investigando las masacres de la Legión y de los Regulares. Por aquellos días se inauguraba la tradición de que llegasen a Asturias, cuna de la gloriosa Reconquista, soldados infieles para imponer el orden de Dios en beneficio de la Patria. Pero la piel se regeneraba y la prisa de la existencia iba atrapando a la gente con sus noticias, unas buenas y otras malas, como si sobrevivir fuese participar en un juego íntimo de pequeñas derrotas o de victorias humildes.

La batalla de Oviedo permanecía en el sí y en el no de las noticias, que son el hilo conductor de la terquedad secreta de los supervivientes. González Peña fue detenido ayer. Es posible, pero Graciano Antuña ha conseguido llegar a Francia en un barco sidrero. Javier Bueno está en la cárcel desde los primeros días de la Revolución. Qué se le va a hacer, menos mal que Indalecio Prieto ha conseguido pasar ya la frontera. El ejército ha recuperado los fusiles que se robaron en la fábrica de La Vega. Sí, pero el dinero del Banco de España no aparece. Eran quince millones, y están en manos de los revolucionarios. No todos, ayer se descubrió más de un millón en Las Regueras, y en la frontera de Portugal se detuvo a un comunista con 51.500 pesetas, y en Langreo, Grado, Trubia, se ha detenido a militantes socialistas con buenas cantidades. Pero no llegan a los cinco millones, los revolucionarios tienen todavía diez millones, y se pueden hacer muchas cosas con ese dinero, por ejemplo, comprar una rotativa para otro periódico.

Después de la Revolución, el dinero del Banco de España sustituyó como materia de rumor y leyenda a las apariciones del *Turquesa* en los días previos al 4 de octubre. Indalecio Prieto, gracias a la ayuda de un amigo industrial llamado Ignacio Echavarrieta, había conseguido comprarle al Gobierno un barco cargado de armas. El destino no era Abisinia, como decían los documentos oficiales, sino la revolución española. Aunque el

alijo preparado en San Esteban de Pravia resultó un desastre, el *Turquesa* se convirtió en un barco fantasma que aparecía y desaparecía en las costas del Mediterráneo y del Atlántico, navegando por la brumosa imaginación de la gente, hasta que fue localizado por la policía francesa en el puerto de Burdeos. Bueno, el barco había sido localizado, pero Indalecio Prieto estaba en Francia y seguramente disponía de más de diez millones del Banco de España. No todo se había perdido.

Para seguir viviendo hay que aprender a aplazar los desenlaces. La represión practicada por el exceso de celo del Gobierno en defensa de la paz republicana era tan fuerte que el dolor, la necesidad de protestar, el deseo de ayudar a los presos, la denuncia de las torturas, las peticiones de indulto para los condenados a muerte, el desenmascaramiento de las noticias falsas que rebosaron durante meses en las páginas de la prensa conservadora, la obligación de defenderse habían servido para reorganizar la vida política y recuperar el ánimo. Los nombres de Miguel de Unamuno y Federico García Lorca aparecían en los manifiestos contra la dureza de la represión. Fernando de los Ríos, antiguo ministro socialista, había realizado un informe minucioso de los juicios fraudulentos y las penas que caían sobre los revolucionarios. Como no pudo debatirse en España por culpa de la censura, el informe se perdió gracias a un oportuno descuido y llegó por casualidad a la prensa de Francia. El Socorro Rojo llenó las ciudades de España y Europa de pasquines que pedían solidaridad para las familias de los presos asturianos. La derrota y el vacío del niño empezaban a ser un sentimiento acompañado.

—Es que mi hermano se va a París —pudo comentar orgulloso Ángel cuando encontró a un compañero de colegio en la estación. Le hubiera gustado recordar a todos esos autores importantes que iban a estar con Pedro y Manolo en Francia, pero todavía era incapaz de pronunciar sus nombres, eran sólo palabras extrañas en la boca de su hermano mayor, no podía vanagloriarse de su trato familiar con los escritores extranjeros. De este curso no pasaba, iba a matricularse en el Ateneo para estudiar francés. Quería viajar por el mundo para conocer ciudades, que nunca serían suyas del todo, porque ya había aprendido que las ciudades no son nunca de nadie. Pero estaba convencido de que esas ciudades se levantarían muy hermosas ante sus ojos, poblando de siluetas fascinantes las orillas de los ríos y de los mares. Aunque no fuesen suyas, aunque nunca más volviese a pertenecerle ninguna, esas ciudades sabrían enseñarle las bellezas, los tesoros del mundo, felices bajo el sol de los veranos, precavidas bajo las nieves de los inviernos, alegres por unas semanas o por unos años, antes de convertirse en ruinas, en fango bajo los zapatos sucios de sus habitantes.

Manolo regresó al cabo de quince días. Pedro estaba bien, instalado en un apartamento cómodo y protegido por sus compañeros. París era una ciudad muy hermosa, los intelectuales más prestigiosos de Europa se preocupaban por los acontecimientos de España, y la izquierda había aprendido que la unidad era imprescindible. Debían formarse frentes populares contra el asalto a la razón que provocaba el fascismo. Así que Manolo traía consigo buenas noticias. Traía también la partida de nacimiento que doña María había pedido en nombre de su hijo Pedro ante don Emilio Cuesta Fernández, juez municipal de la ciudad de Oviedo. La partida sirvió para tramitar el pasaporte en la embajada española. Pero había que hacer otras gestiones con ella. Por el momento, y a la espera de las novedades que trajese la política republicana, Pedro necesitaba legalizar su permiso de residencia en Francia, y para eso resultaba imprescindible sellar el documento en un consulado francés. Las cosas no corrían a la velocidad deseada. La carpeta azul nos dice que la partida de nacimiento de Pedro González Muñiz, hijo de Pedro y María, expedida

por el Juez Municipal de Oviedo, y de la que había dado fe el notario Ramón Fernández Prida, fue legalizada en Bilbao, por el *Consulat de France*, el 4 de diciembre de 1935. Este acto administrativo costó doce pesetas con cuarenta céntimos.

12. Mañana no será lo que Dios quiera

Hicieron falta pocos ruegos para que doña María matriculase a Ángel en el Ateneo Republicano. Además de recibir clases de francés, el niño iba a tener acceso a la biblioteca. Las novelas de aventuras, ilustradas y resumidas en fáciles versiones infantiles, se mezclaban allí con los gruesos volúmenes de los tratados políticos, en los que estaban encerradas las predicciones más sesudas sobre el futuro. Pero el futuro no podía ser una ciencia, porque si alguien supiese con certeza lo que debía ocurrir, lo que podía hacerse, el dos más dos y el cuatro más cuatro de una sociedad feliz, no habría tantos presos en las cárceles, tantos pobres en las aldeas y en las barriadas mineras, tantas noticias en los periódicos, tantas revoluciones, tantas ciudades destruidas, tantos ejércitos combatiendo por el mundo y desfilando por las calles de Oviedo. Para sobrevivir, más que una ciencia, más que un libro de cuentas con sus ingresos y sus salidas, sus ilusiones y sus derrotas, el futuro iba a tener que convertirse en un sentimiento. Aunque parezca una paradoja y una falta de respeto a la estirpe profesoral de la familia Cano, o de la familia Muñiz, el futuro estaba más cómodo en las novelas de aventuras que en los tratados de sociología y en los manuales pedagógicos del Ateneo.

Una cosa es el futuro y otra el porvenir. Cuando la experiencia de la derrota pertenece ya a los pliegues más íntimos del carácter, el porvenir y el futuro son malos asuntos. Pero como ocurre con todos los malos asuntos, siempre da menos disgustos el que queda más lejos. El niño lo aprendió entre 1934 y 1935, obligado por las circunstancias de la política española y por madame Montoussé, su profesora de francés, mujer del siglo XIX agobiada por las refriegas y las modas del siglo XX, y primer testigo histórico de las carencias y dificultades que Ángel iba a sufrir a lo largo de su vida en el laborioso aprendizaje de los idiomas. Con sus labios pintados y fruncidos, sin perder los modales, pero queriendo ser rotunda de los pies a la cabeza, y decidida a mostrar de una vez que su traje de chaqueta y sus zapatos relucientes estaban cansados de soportar la pesada carga de los alumnos sin talento, María Montoussé sentenciaba sobre el silencio avergonzado de Angelín Cano: —Cabeza de chorlito, tú no tienes porvenir en el estudio del francés.

El niño, que se esforzaba por superar su sentido del ridículo y pronunciar en otra lengua los nombres del mar, la luna, la lluvia y el sol, no colmaba las esperanzas que madame Montoussé había depositado en su porvenir. Era un cabeza de chorlito, llevaba mal la dicción y guardaba poca disciplina a la hora de estudiar la sintaxis. Ángel veía cada vez más lejos las calles de París y los congresos de intelectuales. El porvenir es una responsabilidad personal, algo que uno debe labrarse, y con aquella pronunciación, que desataba las muecas compungidas de su profesora, iba a resultarle muy difícil alcanzar los objetivos previstos. Los objetivos del porvenir se fijan a corto y medio plazo. Están ahí, un poco más cerca, un poco más lejos, pero ahí, en la forma de pronunciar *mon frère s'apelle Pierre*, o en el bachillerato que espera ya a la vuelta de la esquina, en la carrera que habrá que cursar un día, en el resultado de las próximas elecciones. Como está ahí, y es una responsabilidad nuestra, y casi llegamos a tocarlo, el porvenir también puede traicionarnos con facilidad. Basta una pronunciación ridícula, un suspenso en la cartilla de notas o un fracaso electoral. Sólo se pierde aquello que ha sido casi nuestro, aquello que se esperaba

gracias a una cita bien establecida, con la hora y el lugar bien fijados, y que después se retrasa demasiado, o no llega nunca, haciéndonos víctimas de un aplazamiento insoportable.

Cuando el porvenir no acude en nuestra busca, deja como consuelo la ilusión del futuro, una idea tan abstracta y lejana que nunca podremos perder, porque está más allá de nosotros mismos. Mañana será un mal día, pero alguna vez llegará el tiempo de la primavera, de los prados verdes y los nuevos amores. Las esperanzas que rompe el porvenir vuelven a tejerse con los hilos secretos y elásticos del futuro. No era una mala persona madame Montoussé, aunque dijese con muchos aspavientos que ese cabeza de chorlito llamado Ángel no tenía porvenir en el francés. El niño lo sabía, porque la profesora, en medio de la clase, se olvidaba algunas veces de la pronunciación correcta y caía en estados de confesión sentimental, en los que no resultaba difícil intuir una sigilosa necesidad de futuro. Los desahogos personales impresionan más cuando nos descubren la soledad de una persona firme y distante. Pobre María Montoussé, de historia triste y disciplina férrea, que vivía sin arrojar la toalla, sin renunciar a sus labios pintados y a su amor por la vida. Se había casado con un joven poeta, José García Vela, autor del libro *Hogares humildes*, pero el amor le había durado poco. Su poeta falleció de tuberculosis en 1913, a los veintiocho años, justo un día antes de recibir la noticia de que un cuento suyo había sido premiado por la revista parisina *Mundial Magazine*, una prestigiosa publicación dirigida nada más y nada menos que por Rubén Darío. De la gloria a la nada hay sólo un paso. Ahorita voy, ahorita voy, dice la gloria, y nunca llega, o se presenta demasiado tarde. Las vidas se cortan, el porvenir vuelca una copa de sombras en la realidad, lo que parecía al alcance de la mano, como el diploma de un premio literario o el cuerpo de un amante, se aleja de golpe. El porvenir traiciona, pero el futuro sigue ahí, o, mejor dicho, allá, detrás de una frontera más espesa que los bosques y las montañas de los Pirineos. El futuro ilumina desde lejos y da sentido al esfuerzo de vivir, levantarse todos los días, vestirse con dignidad, salir a la calle, soportar las miradas de los otros, repetir las conjugaciones de los verbos delante de los alumnos más torpes y presentir una nueva edad dorada, sin derrotas, ni tuberculosis, ni cabezas de chorlito. El futuro ofrece un buen argumento para los que necesitan pensar que una derrota o una desgracia no son algo definitivo. El porvenir había dejado viudas a la madre de Ángel y a María Montoussé, pero el futuro les daba compañía. Eso podía comprobarse en la luz de sus ojos.

Ángel no confiaba en el porvenir. Las clases de francés hacían presagiar un fracaso notable, le iba a resultar difícil viajar a Francia con aquella pronunciación. Tampoco era previsible que su hermano Pedro volviese pronto de París. Las cárceles seguían al rojo vivo un año después de la Revolución, la autoridad era cada vez menos autoridad y más autoritaria, y las calles habían vuelto a llenarse de soldados. Una bandera del Tercio desfiló por Oviedo para celebrar el aniversario de la derrota de los revolucionarios y sosegar los ánimos reivindicativos de los conspiradores. No eran buenos tiempos para los socialistas y los comunistas. La costumbre de saludar con el puño en alto se pagaba caro, porque los militares no se andaban con gaitas. Algunos miembros del Orfeón Ovetense habían sido multados por saludar con el puño en alto desde el autobús que los llevaba a un concierto en Castro Urdiales. Ni el niño iba a viajar en el tren de París, ni resultaba conveniente que Pedro regresase por ahora a Asturias. Quizás el futuro les diese la razón, pero el porvenir estaba lejos, parecía no querer llegar nunca. *Sin esperanza, con convencimiento*, libro publicado por Ángel González en 1961, resume el estado de ánimo de la gente con experiencia en las ruletas trucadas de la fortuna. Habla de días y de noches que se ven

traicionados por el porvenir, pero no quieren renunciar al futuro. Hay un poema titulado «Porvenir» y otro titulado «El futuro». El porvenir se identifica con la duración de una derrota sin fin, que no acaba con el paso de los años, que permanece en las calles y en la piel hasta convertirse en una rutina: Te llaman porvenir

porque no vienes nunca.
Te llaman: porvenir,
y esperan que tú llegues
como un animal manso
a comer en su mano.
Pero tú permaneces
más allá de las horas,
agazapado no se sabe dónde.
... Mañana!
Y mañana será
otro día tranquilo,
un día como hoy, jueves o martes,
cualquier cosa y no eso
que esperamos aún, todavía, siempre.

El futuro es otra cosa, un lugar más lejano que nos mira de cerca y nos ayuda a movernos sobre la piel de los días, sin naufragar en los adverbios aún, todavía y siempre. Es una quilla de barco que golpea el agua y se esfuerza en abrir las olas. Alguien reconoce el dolor, asume el sufrimiento, intenta el amor, admite la luz y sigue caminando, porque la narración no está cancelada: Pero nada es aún definitivo.

Mañana he decidido ir adelante,
y avanzaré,
mañana me dispongo a estar contento,
mañana te amaré, mañana
y tarde,
mañana no será lo que Dios quiera.

Mañana gris, o luminosa, o fría,
que unas manos modelan en el viento,
que unos puños dibujan en el aire.

Nada era aún definitivo. La agitación política tardó poco en extenderse de nuevo por las calles. Primero puso en un puño el corazón de la gente, y luego sacó los puños a las plazas. ¿Adónde vamos a llegar?, murmuraban Soledad y doña María, con una indignación rotunda, pero rotundísima. Las dos mujeres opinaban con temor sobre los acontecimientos políticos, cohibidas por el miedo a lo que pudiera ocurrir o por la responsabilidad que pudiesen tener los suyos, el bando de Pedro y Manolo, en el cariz tomado por los acontecimientos. Pero las informaciones sobre la corrupción del Gobierno permitían sacar pecho, abrir las ventanas y airear la indignación moral sin ninguna cortapisa. Aurelio Lerroux era tan sinvergüenza como su padre, Alejandro, y estaba metido hasta el cuello en el asunto de las ruletas trucadas de San Sebastián. Salazar Alonso, además de mano dura a la hora de reprimir, tenía la manga ancha a la hora de guardarse el dinero de las comisiones.

—¿Adónde vamos a llegar, señora? Esto no lo aguanta nadie —afirmaba rotunda

Sole. Y con la misma seriedad que gastaba para exigirle a Angelín salir bien abrigado de casa en las tardes de invierno, repartía su indignación más a diestro que a siniestro—. A ver qué dice ahora don Belarmino González.

—Sole, no metas en esto a don Belarmino. Déjalo a él que responda de sus asuntos. Y nosotros de los nuestros. Ningún hijo mío ha robado nunca un duro, bien lo sabe todo el mundo —mientras la palabra estraperlo hacía acto de presencia en el vocabulario de los españoles, doña María se sentía orgullosa de sus hijos, pero conservaba la ecuanimidad precisa para no cargar contra el párroco de San Juan el Real—. No, Sole, la Iglesia se mueve por otros motivos. Deja en paz a don Belarmino.

Así se escribe la historia, y así se escribió una palabra, estraperlo, que Ángel iba a pronunciar mucho y muy bien en los años siguientes. Dos personajes de aficiones y procedencias turbias, Daniel Strauss y su amigo Perlowitz, consiguieron, gracias al pago de notables comisiones, que se autorizara una ruleta eléctrica trucada, que hacía ganar siempre a la banca. Bastaba con apretar un botón para decidir la suerte. Ordenados los apellidos de los manipuladores del azar, Strauss, Perlowitz, se formó con las sílabas iniciales la palabra *estraperlo*, que durante años marcó el pago de comisiones, el mercado negro, el negocio del hambre, las cartillas de racionamiento, las nuevas fortunas, los prostíbulos, las coctelerías de moda y la búsqueda a vida o muerte de unas dosis de penicilina. Ésa era la España que se avecinaba, con su idioma propio, que convendría pronunciar bien, porque unos profesores mucho más rigurosos que madame Montoussé iban a vigilar la corrección de su sintaxis y sus sílabas.

La ruleta de Daniel Strauss impidió que quebraran las bancas de San Sebastián o de Formentor, pero provocó que saltara el Gobierno. El 12 de diciembre, mientras la CEDA reforzaba en secreto sus lazos con los militares golpistas y negociaba, en público, con la derecha monárquica, el radical Portela Valladares se hizo cargo de una situación insostenible. El 31 de diciembre de 1935 decidió tomarse en serio el cambio de año y de vida, y convocó elecciones generales para el 16 de febrero. Los villancicos y la paz navideña iban a dejar paso a las consignas y a las disputas políticas. A media tarde del último día del año, tocaron en la puerta del tercero izquierda, número 8, calle Fuertes Acevedo: —Mamá, creo que es un maestro con una botella de champán —dijo Ángel, después de vigilar a través de la mirilla secreta. Nunca era capaz de ocultar la alegría que le provocaba la llegada de maestros con regalos para la casa. La sonrisa de Ángel había aprendido ya que a los caballos regalados no se les deben mirar los dientes. Las personas generosas son generosas del todo, los maestros no son una excepción, y aquellas breves visitas solían completarse con una propina para el niño. Abrió la puerta, dejó pasar al maestro y se quedó al lado de su madre. Por lo que pudiera caer.

—Doña María, ya sabe usted que siempre me gusta traerle un detalle en Navidades. Este año no había tenido ocasión todavía.

Luego ocurrió lo previsto, siéntese usted, no, por favor, no quiero molestar y además llevo prisa, ten, muchacho, para que te compres unos caramelos, Ángel, da las gracias, pero si es una tontería, muchas gracias, a ver si tenemos todos un buen año, hay que empezar con buen pie, mucha suerte, señora, sin duda será un buen año. Lo que Ángel no había previsto era el comentario de su madre cuando despidió al maestro, cerró la puerta y miró con alegría cómplice la botella de champán: —Incluso las burbujas tienen paciencia si se trata de esperar a un hijo. Veremos qué pasa en las elecciones.

Hay acontecimientos que siguen el proceso de las lluvias. Las situaciones se encharcan, forman inmensas lagunas de ilusiones y de inquietudes, de libertades

presentidas, de maridos en las cárceles, hermanos en el exilio, hijos castigados por la represión, guardias dispuestos a ejercer la mano dura, industriales y hacendados queriendo ajustar cuentas con el desorden, cuentas que no salen, políticos convencidos de que va a llegar su momento, asuntos privados y públicos que crecen, fluyen y se empantan como el agua, y luego se evaporan debido al calor angustioso del que hablan los periódicos y las reuniones clandestinas, y al evaporarse suben al cielo, y forman nubes por encima de las ciudades, y por fin rompen y caen sobre todos los rincones como esa lluvia minuciosa e inevitable, tan amiga de Asturias. La noticia de las elecciones generales convocadas para febrero cayó sobre los teatros, los cines, las plazas, las ventanas de los domicilios particulares, las oficinas de correos, los juegos de los niños, las tiendas de ultramarinos, las cúpulas de las iglesias y las paredes de las escuelas de primera enseñanza.

—Esta semana he tenido que arrancar de la fachada de la escuela tres carteles de la CEDA —comentó Maruja, un viernes por la tarde, al regresar de San Cucufate—. ¿A quién se le ocurre pegar propaganda política en una escuela de niñas y, además, recién pintada?

Ángel comprendió que ese detalle era el que más le molestaba. Había pasado algunos días de las vacaciones de Navidad en San Cucufate, acompañando a su hermana mientras adecentaba la escuela. Maruja la sentía como algo suyo, como si fuesen responsabilidad de ella no sólo las lecciones de las niñas que debían aprender a contar y escribir, sino también el tiempo que envejecía la madera de los pupitres, las tormentas que provocaban humedades en las paredes interiores y los inviernos difíciles que deterioraban la fachada. Ser maestra era sentirse responsable de la buena conducta de las lluvias y los vendavales. Con escaso presupuesto y la ayuda de los padres, había dejado la escuela casi nueva, reluciente en su humildad, sin goteras y pintada con pulcritud. Más que el signo político de la propaganda, le había enfurecido que unos desconsiderados ensuciasen las paredes de su escuela, y por eso arrancó de mal modo la sonrisa de Gil Robles.

No iba con el carácter de Maruja opinar de política fuera de las discusiones familiares. Su padre, además, no lo hubiese permitido, porque los consejos que seguía ofreciendo desde el fondo más nítido de la memoria, esas opiniones sensatas que suelen dar los muertos de muerte imposible, insistían en el delicado respeto que merece la infancia. Mejor no hablar de religión y política, ni de ningún otro tema que hiciese recomendable la mayoría de edad. Desde su venerada memoria, don Pedro González Cano sólo se mantenía firme en la idea liberal de que resultaba necesario enseñar a las niñas algo más que las exigencias inmediatas de sus labores domésticas. Era imprescindible hablarles de historia, de biología, de higiene corporal, sin respetar prejuicios, ni aceptar opiniones que limitasen la autoridad de la ciencia y los requisitos de la salud. Tampoco tuvo Maruja muchos problemas en asuntos de moral. Sólo algún padre, demasiado escrupuloso en materia de palabras, imágenes o cuestiones que pudiesen dañar la decencia, se sintió en la obligación de escandalizarse ante alguna lámina explicativa de la naturaleza humana.

—Hija mía, hay partes de la naturaleza humana —sonreía el fantasma de don Pedro Cano— que no podrá explicar jamás ninguna lámina. Las cosas peores son las que no se ven, las que están dentro de las cabezas. ¡Qué cabezas, señores, qué cabezas!

Cuando Ángel iba a San Cucufate, consciente de la responsabilidad que significaba ser el hermano de la maestra, observaba una disciplina que hubiese aprobado incluso la tía Clotilde. Eran tardes sin tirachinas, sin gamberradas, sin deseos de matar pájaros, sin túneles de tren, es decir, sin Ramón, Pepu y los gemelos. Pasaba el día leyendo, ayudaba a su hermana en las labores de la escuela y, como mucho, jugaba al fútbol con los niños del pueblo. Había aprendido a pasar a la hora oportuna por la explanada de la iglesia. Se

elegían equipos de diferentes edades, repartiendo de forma equilibrada los jugadores pequeños, los medianos, como Ángel, y los que habían entrado ya de manera visible, por los pelos de las piernas y el peligro de los balonazos, en la adolescencia. Cuidado con el hermano de la maestra, comentaban entre sí los muchachos de más edad cada vez que Ángel se veía envuelto en algún lance comprometido. El hermano de la maestra no protestaba, corría y pasaba el balón con delicadeza, sin una palabra malsonante, como correspondía a su dignidad.

Los carteles de Gil Robles pegados en la fachada de la escuela eran una salida de tono. Pero las elecciones generales se vivían con pasión en San Cucufate, en Oviedo y en todo el resto de Asturias. De hecho, las elecciones se habían convertido en una consulta sobre la Revolución asturiana, una partida jugada entre los defensores de la amnistía y los amigos de la mano dura. La contienda afectaba por igual a los edificios públicos y a los domicilios particulares, con rencores e ilusiones de todas las clases y de todas las edades. El Frente Popular propugnaba la puesta en libertad de los presos y la vuelta a casa de los exiliados. La CEDA llenaba sus mítines y sus carteles con amenazas y advertencias sobre el peligro de los revolucionarios. Aquellos días revolucionarios de 1934, que Ángel había vivido como un rumor propio, y como el testimonio de la ruina y la precariedad íntima del mundo, se habían convertido en el debate principal de todo un país. Los periódicos hablaban ya sin censura de la Revolución. Ignacio Lavilla, el jefe de redacción de *Avance*, desterrado en Bélgica, publicó unas crónicas minuciosas de los acontecimientos que acapararon la atención de los periódicos nacionales. Políticos como Álvaro de Albornoz, Belarmino Tomás y Dolores Ibárruri, candidatos del Frente Popular por Asturias, denunciaron las torturas y los asesinatos de la represión e identificaron el porvenir de la República con la amnistía. Las ideas seguían en su sitio, cada una en su sitio, pero el corazón estaba cambiando de lugar. Los pulpitos de las iglesias, maestros en el arte de convocar las lágrimas y la piedad femeninas, no podían ahora competir con la mirada de los huérfanos, las fotografías de los ejecutados y torturados, las cartas de los exiliados y las colas en las puertas de las cárceles.

Iba a votar todo el mundo, hasta los anarquistas. Manolo llegó de Barcelona dos días antes de los comicios, y le puso en el cuello a Ángel un pañuelo rojo con la hoz y el martillo.

—Deja tranquilo al niño, que no tiene edad para estas cosas. Bastante desgracia padecemos ya con la estupidez de los mayores —protestó doña María.

—Esta vez nos van a votar hasta los anarquistas y las beatas. ¿A que sí, Sole?

—Beato lo serás tú, mira éste.

—No, si lo digo por mi madre y por mi hermana.

—Anda, quítale el pañuelo al niño, y deja de decir tonterías.

Pero Ángel salió corriendo con su pañuelo, con la misma rapidez preventiva de cuando el maestro generoso le dio el duro de plata que acabó en las garras del acróbata mutilado. Manolo era más teórico que práctico, más ideólogo que militante. De vez en cuando recibía cartas del Partido Comunista o llevaba a casa propaganda, revistas, pequeñas banderas, que fascinaban al niño. Pero nunca mostraba una pasión política comparable al socialismo de Pedro. Por eso era extraña aquella alegría, las ganas de votar que lo habían traído desde Barcelona, las bromas que gastaba a cuenta de Julián Pablos, su íntimo amigo, compañero de estudios, que se había hecho falangista, y se iba a quedar, como toda la derecha, con la puerta en las narices después de las elecciones. El cambio de humor en las personas que conocemos indica como una veleta los rumbos del viento. No

afectan sólo las crisis, los estados de ánimo personales, porque a veces las borrascas dependen de unas corrientes de aire frío que obedecen a geografías mucho más extensas. Manolo recuperaba su presencia y su autoridad. El humor seco había desaparecido bajo el pañuelo rojo que palpitaba en el cuello de Angelín, mientras las calles se llenaban otra vez de puños en alto, mítines y urnas.

—Entre robos, corrupciones y represiones, se han pasado tanto, que la democracia nos va a dar una oportunidad para salvar a la democracia. Los grandes intelectuales de Europa estarán orgullosos de España —comentaba, con una alegría íntima, como pez dichoso en las aguas del Frente Popular.

El 16 de febrero votaron los republicanos, los socialistas, los comunistas, los anarquistas y una notable galería de beatas arrastradas por las situaciones sentimentales. La ley electoral, además, se puso en este caso de parte de la izquierda. El Frente Popular obtuvo trece diputados, frente a cuatro de la derecha (tres de la CEDA y el incombustible Melquíades Álvarez). El mismo día 16 por la noche se conocieron los resultados de Oviedo, el día 17 la izquierda supo que su victoria era generalizada en España, el día 18 los triunfadores pidieron calma, mucha calma, para no dar pie a la venganza de los reaccionarios, y el día 19 Manuel Azaña tomó posesión como presidente del nuevo Gobierno. Álvaro de Albornoz, cabeza de lista del Frente Popular, prometió que la amnistía iba a ser aprobada con la mayor rapidez posible.

—Que nadie se ponga nervioso, por favor, que nadie empiece a joder otra vez con soluciones ilegales.

Pero el triunfo electoral era un acontecimiento y había seguido también el proceso de las lluvias asturianas. Las situaciones se encharcan, forman inmensas lagunas de ilusiones y de inquietudes, de personas que esperan con ansiedad, hijos que abrazar, maridos que recuperar, padres que deben sentarse a repartir el pan en la mesa, amigos y compañeros a los que recordar, mujeres luchadoras que merecen una recompensa, y la corriente fluye, sube el cauce de los ríos, el nivel de los pantanos, hasta que el agua se evapora debido al calor, se condensa en las nubes y rompe a llover sobre las ventanas de los domicilios, las plazas públicas, los árboles del Campo de San Francisco, los puestos del Fontán, los escaparates de las librerías, los locales de los sindicatos y los partidos, las cúpulas de las iglesias, los balcones del Gobierno Civil, y la energía de un mundo recién creado flota a ras de suelo, se apodera de la hierba, cubre el polvo de las aceras, levanta el puño, entra por los portales, por las puertas de los chigres y las cafeterías, y arrastra a la gente hacia la calle Uría.

—Bueno, llévate si quieres al niño, pero le quitas el pañuelo del cuello —dijo doña María sin deseos de oponerse a la alegría callejera. Ángel, de la mano de Manolo, iba a asistir a su primera manifestación para celebrar la salida de los presos de la cárcel Modelo. Era el 20 de febrero de 1936.

Se estaban viviendo unas horas muy tensas. Los presos no resistían más, se habían adueñado de los patios de la cárcel y querían salir ya. Los muros no guardaban ninguna disciplina, no custodiaban ninguna condena. Álvaro de Albornoz pedía un poco de paciencia, era partidario de esperar la orden del Gobierno para que se cumpliese la legalidad. Dolores Ibárruri protestaba, negociaba, argumentaba. Hemos ganado las elecciones, repetía, con la promesa de la amnistía, y no es justo mantenerlos encerrados por más tiempo. Una multitud gritaba en la explanada, coreaba consignas, quería ver y celebrar la salida de los presos. Pero la multitud vio otra cosa. Una compañía de guardias de Asalto llegó con la misión de desalojar el terreno y montar una ametralladora ante la puerta de la

cárcel por orden del Gobernador Militar. El hecho de no haber recibido órdenes de Madrid permitía un último ajuste de cuentas. Quien no cumple la legalidad puede ser acribillado en nombre de la justicia. Quien no aprovecha la oportunidad puede quedarse encerrado para siempre.

—Pero si la amnistía se va a conceder.

—Nosotros tenemos órdenes de disparar sobre los presos que intenten fugarse.

—Un poco de paciencia, por favor, no empecemos a joder otra vez las cosas.

—Eso, no jodamos las cosas con tanta paciencia.

Algunos líderes políticos entraron en la cárcel para parlamentar con los presos, que se agolpaban tras las rejas de la segunda puerta. Esperad, compañeros, no salgáis, que os van a acribillar, gritaba Dolores Ibárruri. La notificación del Gobierno está a punto de llegar. La prosa convulsa de la vida se llena de decisiones e indecisiones. ¿Qué? Aquí está, aquí está, ha llegado la orden. Cayó por fin una alegría de agua fina sobre toda la ciudad, una alegría de puertas sin cerraduras y de gente en la calle, de abrazos y reencuentros, de búsquedas y preguntas. Luego la multitud se apretó en la calle Uría, en la calle Fruela, en la calle Cimadevilla, caminando en manifestación rumbo a la oficina electoral del PSOE. Allí estaba Ángel, de la mano de Manolo, rodeado de cuerpos, gabardinas, chaquetas, gabanes de pluma, con dificultad para sacar la cabeza entre el gentío y respirar, sin pañuelo rojo en el cuello, pero con un sentimiento compartido de que el futuro era posible, de que por más traiciones que gastara el porvenir habría alguna vez una edad dorada, ese mundo de felicidad que dibujaban ahora, como un presentimiento, los puños en el aire y los versos de La Internacional. Aplauda, Ángel, ese que habla es un socialista, vamos a hacerle un homenaje a Pedro. Eso dijo Manolo, porque todavía no pisaban las calles del futuro, pero merecía la pena, por una noche, olvidar las diferencias entre republicanos moderados, socialistas, comunistas, anarquistas y cabezas de chorlito.

—¿Adónde se va ahora?

—A casa de Javier Bueno.

Otra vez La Internacional, los puños, la alegría, ante el balcón del director de *Avance*. Otra vez la sensación de que el porvenir iba a convertirse en un camino recto hacia el futuro. Otra vez la sensación de que la soledad, las inquietudes y las ilusiones vividas en un cuarto con las ventanas cerradas o en un paseo sin rumbo por la ciudad pueden compartirse, rebosar de justificaciones y convencimiento. El niño se sintió amparado, sumergido en una verdad cálida, más poderosa que el reino familiar, más extensa que las fronteras del barrio. El futuro ofrece el calor que falta en las noches de invierno, arde como una hoguera cómplice, porque sus llamas no las prende el azar, ni las ruletas trucadas de Daniel Strauss o de Dios, sino la precariedad de cada uno, las historias que se esconden detrás de una partida de nacimiento. Entre miradas, cuellos, canciones y consignas, Ángel siguió cobijado en la lumbre del futuro, hasta que su hermano Manolo le apretó la mano y tiró de él. Por hoy basta, nos vamos ya, Ángel, que mamá estará preocupada, dijo Manolo.

Oviedo estaba salpicado de gente. Los corros dominaban las puertas de los bares y las esquinas de las calles. Los saludos, los comentarios, las bromas, las banderas, las pancartas sobrecargaban el centro de la ciudad con un tráfico humano propio de una noche de fiesta. Pero había también muchas ventanas cerradas, habitaciones oscuras y cortinas corridas desde las que vigilaba el porvenir. Adiós, buenas noches, saludaron Manolo y Ángel a madame Montoussé, que entraba en un portal. Hasta mañana, si Dios quiere, devolvió el saludo. Y Ángel pensó que no, que esta vez no, que mañana no sería lo que Dios quisiese. Hizo bien en callarse, asaltado por un sentimiento de pudor, extraño en

aquella noche de negociaciones con el futuro. El niño, casi ya un adolescente, podía despedirse de Dios, confiado en la autoridad de los seres humanos sobre su destino. Pero el porvenir tardaría poco en llevarle la contraria. Por mucho que ahora le dijese *adieu, au revoir, a bientôt, à tout à l'heure*, tenía una cita concertada con Dios para los próximos años. Incluso iba a poder saludarlo personalmente.

13. Familiares extraños y personajes que llegan

Los gatos miran con los mismos ojos que un delator. Concentran la existencia de los otros en sus pupilas como si les fuese en ello la propia vida, y no pierden detalle, ni dejan que los nervios perturben la atención. Saben lo que va a ocurrir un segundo antes de que se abra la puerta o se encienda la luz. Escuchan los pasos o los ruidos que no llegan a cruzar por el pasillo de la casa. Observan, intuyen, vigilan. Todos los rincones, la altura del armario, la almohada de la cama, el alféizar de la ventana, el bajo de los muebles, los recodos de las estanterías, se convierten en una posición estratégica desde la que asistir al curso de los acontecimientos. Pero, después, los gatos saben guardar silencio con una lealtad cuidadosa. No miran para ladrar, para contar lo que pasó, para dar detalles del olor o la ropa de los culpables. Caminan por la realidad como por encima de los muebles, sin tirar nada, con una sabiduría sigilosa del movimiento y del espacio, en busca de los huecos que dejan los ceniceros, las copas, los jarrones, los portarretratos, para que sus cuerpos pasen igual que una sombra con piel. Se paran, vuelven la cabeza, abren y paralizan la mirada, estudian la habitación y luego siguen caminando hacia sus asuntos, sin romper un vaso, un nombre o un destino ajeno.

Eso ocurre siempre que los gatos quieren portarse como gatos. Cuando se portan como locos, siguen sin dar nombres y sin delatar a nadie, pero son capaces de tirar al suelo todo lo que se les pone por delante. Al niño le gustaban los gatos, su independencia, su inclinación a no recibir o dar órdenes, su modo de perderse por los tejados o por los rincones de la casa, su forma de mirar y de superar, como grandes artistas de circo, los más difíciles laberintos de porcelana y de cristal sin romper un plato. Cuando recogió a Topín de la calle, Ángel tenía ya experiencia en gatos, había comprobado sus dotes artísticas en la propia casa, gracias a un animalito atigrado, de comportamiento ejemplar, que su hermana Maruja acabó por llevarse a San Cucufate después de unos meses de disfrute familiar. En Riberas de Pravia, la prima Carmina era dueña también de una gata de Angora, que no dudaba en mezclar su dignidad con amistades callejeras de sangre plebeya. Discretos, pudorosos, limpios, ya fuesen de alta o de baja sociedad, todos los gatos sabían comportarse como se espera de un gato, o de una gata. La belleza exótica de Angora, según recuerda Ángel, sirvió para ennoblecer la fauna diurna y nocturna en los tejados de Riberas.

Los gemelos disfrutaban retorciendo los nombres y las palabras, eran capaces de convertir una sílaba en una parrafada, sin duda un exceso para el carácter pudoroso que se iba formando en las imaginaciones lingüísticas de Ángel. Hay que ser discreto y portarse como un felino a la hora de moverse sobre las palabras y los nombres. Basta con cambiar el orden de las sílabas. El gato tigre de Maruja podía llamarse Greti, y el gato de manchas blancas y negras, que el niño había recogido en la calle y metido en la casa, dispuesto a superar las reticencias de Soledad, debía llamarse Topín, una forma precisa de darle la vuelta a la tranquilidad doméstica y a la palabra pinto.

Topín era un gato loco, de ojos verdes, que vigilaba las habitaciones de la casa, andaba sobre los muebles y lo tiraba todo por el suelo. Ángel lo veía cazar cualquier cosa,

mirar con sigilo un vaso, medir las distancias con una de sus patas delanteras, como si quisiera mantener alejado al enemigo, y luego lanzar un zarpazo certero, rápido, imposible de sortear, que daba con la víctima en el suelo y llenaba la habitación de cristales rotos. Los gritos de Sole saltaban con agilidad justo después del estallido del vaso: —Otra vez, vaya desastre, a este gato hay que abandonarlo en el manicomio, y tú eres un pasmado, ahí, con la boca abierta, mirando como un tonto, sin hacer nada. Eres el vigilante de los cristales rotos.

Soledad puso más de una vez al gato de patitas en la calle. El animal desaparecía, volaba escaleras abajo, y unas horas después volvía a aparecer en el rellano de la puerta, muy dócil, con sus ojos verdes y sus pupilas negras, esperando que algún habitante de la casa entrara o saliera para poder recuperar los dominios perdidos. Un día, Ángel vio cómo el gato saltaba a la mesa de su madre. Miró la caja en la que doña María Muñiz, habilitada entonces de los concejos de Siero, Cangas de Tineo y Luarca, guardaba en escrupuloso orden alfabético las fichas de sus maestros. Topín bajó la cabeza a ras de madera, reptó con una elegancia secreta, porque sabía convertir cada movimiento en un silencio definitivo, y lanzó un zarpazo cruel contra el fichero, que cayó como un pájaro malherido, provocando en la habitación el inevitable revuelo de alas y de papeles. Las fichas no se rompen, pero Soledad protestó más aún, con más indignación y escándalo. Topín había osado actuar dentro de las fronteras sagradas de doña María.

—Anda, ayúdame a ordenar las fichas antes de que vuelva tu madre de la calle.

No, Sole, José García Rodríguez va después de Antón García Ribera... La mano diligente del niño se movía por delante de las gruesas gafas de Soledad, ordenaba las fichas, colocaba en el principio a Manuel Aguilar Pueyo, y en el final a Pablo Zapatero Bárcena. Levantaba de pronto a Juana Pérez Antuña, y decía con un arrebato de complicidad, mira, Sole, ésta es socialista, se le descuenta una cuota en cada sueldo, ¿lo ves?, y a este maestro también, mira, es anarquista, Fernando Martín Canella, y va aquí, entre un comunista y uno de Izquierda Republicana, está bien vigilado. Venga, venga, le regañaba Soledad, deja ya de curiosear y vamos a terminar antes de que llegue tu madre, ¿y dónde va Ovidio Muñiz?, a lo mejor es pariente tuyo... Cada vez que aparecía una afiliación política, a Ángel se le dilataban los ojos y observaba la cartulina con la misma atención que Topín. El gato vigilaba el orden alfabético y los posibles movimientos de Sole desde lo alto de la estantería. No quería confiarse, le preocupaba la falta de represalias que había merecido su último desastre. Pero Soledad, por respeto casi supersticioso al fichero de doña María, intentaba restituir el orden antes de que llegase la señora. Ya habría tiempo para pegarle un escobazo a Topín, o para curiosear en las cuotas políticas de los maestros. Venga, Angelín, no te entretengas en eso, que no acabamos nunca. Menos tu hermana, todos los maestros están metidos en política.

Algunas situaciones sacan a flor de piel esa angustiosa obligación de decidir que se esconde siempre en las curvas de la vida. Tomo decisiones, luego existo. Vivir es tomar partido, elegir entre la lentitud o la prisa, entre la izquierda o la derecha, entre la noche o el día, entre los gatos o los perros. Uno no puede lavarse las manos, sobre todo cuando algunos de los candidatos de la elección, los gatos o los perros, las noches o los días, acaban formando parte de la propia pandilla. Ángel era partidario de Topín, porque no ladraba, porque no delataba, porque sabía entrar y salir de las habitaciones como entra y se va la noche, porque su piel en blanco y negro pasaba como un sueño, al margen de los ruidos del día, con la lentitud del humo que sube y se deshace en el cielo, de las aventuras que se leen en un libro o se ven en una película. Cuando los sueños, igual que el futuro, se

convierten en un refugio ante las mordeduras del porvenir, la luz del amanecer suena en la habitación como los ladridos amenazantes del perro que impide acercarse demasiado a los frutales del huerto. ¿Quién anda ahí? Ángel se había acostumbrado a los gatos y a las noches por culpa de los colmillos del día, un sentimiento que se vio reforzado con el paso del tiempo, porque durante muchos años no encontraría en las oficinas, en las ventanillas de información o en los cafés con leche del desayuno más que las miradas vigilantes de los guardianes y el desprecio de los fuertes.

Los ojos verdes de Topín, su modo de esconderse, de pisar las sombras, de guardar silencio en los interrogatorios, de lanzar de pronto la garra a favor de una locura que rompiese el orden inaguantable y persistente de la realidad, encerraban ya una lista de opciones de primera necesidad, formada por el sabor de la última copa, el color morado y profundo de la noche, las cremalleras rojizas del amanecer, las palabras de las conversaciones clandestinas, los recursos de la verdadera amistad, la lealtad a unos ideales que deberían aprender a no decir nombres, a guardar silencio, a esconderse en los huecos de las estanterías, sobre los diccionarios y las enciclopedias, sobre las penumbras y las sonrisas cómplices, para poner así mucho amor, demasiado amor, todo el amor del mundo, en cada palabra que uno decidiera pronunciar, decir al oído, murmurar entre las páginas de un libro de poemas. Tomo decisiones, luego existo más o menos, y me acostumbro a elegir entre los días y las noches, entre los perros y los gatos. Cuando apareció su libro *Prosemas o menos*, en 1985, Ángel tenía ya sesenta años, apuraba las luces artificiales hasta el alba, disfrutaba del amor, se rodeaba de amigos para gozar la libertad, celebrar los premios y recordar los viejos episodios, las épocas difíciles de la humillación y la clandestinidad. Pero algo, que no era exactamente un recuerdo, sino un tiempo antiguo hecho carne, una paciencia de resistente que llegaba a confundirse con la tristeza, le movía a conservar su amor nocturno por los gatos, y a escribir poemas como «El día se ha ido»: Ahora estará por otras tierras,

llevando lejos luces y esperanzas,
aventando bandadas de pájaros remotos,
y rumores, y voces, y campanas,
—ruidoso perro que menea la cola
y ladra ante las puertas entornadas.

(Entre tanto, la noche como un gato
sigiloso, entró por la ventana,
vio unos restos de luz pálida y fría,
y se bebió la última taza.)

Sí;
definitivamente el día se ha ido.
Mucho no se llevó (no trajo nada);
sólo un poco de tiempo entre los dientes,
un menguado rebaño de luces fatigadas.
Tampoco lo lloreis. Puntual e inquieto,
sin duda alguna, volverá mañana.
Ahuyentará a ese gato negro.
Ladrará hasta sacarme de la cama.

Pero no será igual. Será otro día.

Será otro perro de la misma raza.

La aparición de Pedro, un día después de que se abrieran las puertas de la cárcel Modelo, y antes de que a Manolo le hubiese dado tiempo de regresar a Barcelona, para seguir con disciplina perruna sus estudios de ingeniería industrial, supuso el colmo de la alegría doméstica y un refuerzo contundente en la defensa de Topín. Las alabanzas de Ángel provocaban las furibundas denuncias de Soledad, y la animaban a relatar de todos los desastres y tropelías ocurridos desde que el niño tuvo la maldita idea de recoger al gato en la calle. Pelos en las almohadas, arañazos en los muebles, cristales rotos, asaltos a la cocina formaban la vanguardia ofensiva. Entonces, la toma de postura de Pedro era inmediata: —Estás muy equivocada, Sole. Los gatos son mucho más de fiar que los perros. ¿Tú has visto alguna vez a un gato policía? ¡Cómo se nota que no has tenido que salir nunca corriendo!

—Nunca ha tenido que salir corriendo —terciaba doña María, con la risa contenida en su pelo blanco y en sus mejillas alegres y sonrosadas—, porque no ha hecho nunca ninguna tontería. Venga, Sole, pon la mesa y vamos a cenar, si es que Topín no ha acabado con todos los vasos y los platos de la casa.

—Celebremos la Navidad en febrero, con champán y chorizo —respondió Soledad, dispuesta también a participar de la fiesta, pero dejando en el aire la sospecha de que los desmanes de Topín eran el justo correlato a los desvaríos de la familia—. Señora, ésta es una casa de locos.

Con Pedro en París, la madre no había querido celebrar ni la Nochebuena, ni el Fin de Año. Había reservado la solemnidad familiar y la botella de champán regalada por el maestro para el feliz regreso del hijo pródigo. Así que la familia iba a celebrar en febrero el 24 de diciembre, vistiéndose de domingo la noche de un martes. Pedro había iniciado el viaje nada más conocer el resultado de las elecciones, con su capacidad de decisión de siempre, sin esperar a que el Gobierno firmase la amnistía. Por eso estaba allí, antes de que Manolo se hubiese marchado a Barcelona, y era conveniente celebrar la reunión familiar por todo lo alto, para que la madre se sintiera orgullosa de sus hijos sentados a la mesa, uno por uno, cada cual con sus virtudes y sus defectos, pero todos dignos herederos del abuelo Manuel y del padre, que vigilaba la cena, como un gato discreto, desde la fotografía del despacho.

—Papá estaría orgulloso de sus cuatro hijos —dijo la madre—. Y yo también.

Fue la cena en la que la memoria de Ángel encontró hueco para situar un recuerdo de felicidad doméstica. Entre los viajes de Manolo a Madrid y Barcelona, los días de escuela de Maruja en San Cucufate de Llanera y el exilio de Pedro, se habían puesto las cosas difíciles en los últimos tiempos para reunir a todos los hermanos bajo las miradas amorosas de doña María y Soledad. Por fortuna, la memoria tuvo su oportunidad y capturó la imagen de Manolo descorchando la botella con la que iban a brindar los hermanos mayores. Un recuerdo no es comparable a la vida real, al mundo acariciado con las manos, pero ayuda a mantener un rayo de luz en tiempos hostiles, algo así como mojarse los labios cuando no se puede beber champán, como saborear una intuición, un gusto esquivo, una burbuja del pasado o del futuro.

—Venga, mamá, deja al niño que le dé un sorbito.

—Que se moje los labios para brindar.

Ése era el sabor del pasado en la memoria, que se confundía con un nítido, carnal y

dominante sabor a chorizo de primera calidad, por culpa de las arbitrariedades del destino y de las sorpresas de Pedro. Uno imagina que los refugiados políticos acarrean en sus maletas papeles confidenciales, fotografías comprometidas y restos de sus naufragios en la clandestinidad. Pero Pedro, para pasmo de Soledad, había aparecido con algo de ropa sucia y con una tripa de chorizo.

—Esto traes de Francia, un chorizo, pero si en Francia no hay chorizos.

—Eso es lo que tú crees... Chorizos hay en todas partes.

—Venga, venga, ¿quién te lo ha dado? Alguien te estaba aguardando en la frontera.

—Alto secreto, Sole. No puedo dar nombres. Pero córtalo con cuidado, por si quedan huellas de los secretos revolucionarios que pasaron por la aduana escondidos en este chorizo.

—Un chorizo, vamos, vamos, viene del destierro con un chorizo, esto no hay quien se lo crea...

El sabor del champán se mezcló con las historias parisinas en la Nochebuena celebrada en febrero de 1936. Pedro fabulaba ante el niño, jugando con la complicidad de los mayores, igual que hacía cuando se embarcaba en Gijón para navegar por las costas del Cantábrico, y luego relataba aventuras llenas de tiburones y de piratas bajo el sol ardiente del mar Caribe. La memoria guarda aquella escena que mojó los labios del niño, como un tiempo de tregua entre octubre de 1934 y julio de 1936, entre los colmillos del porvenir y el futuro, los perros y los gatos, los días y las noches, la tragedia y la felicidad. El primero en romper las hostilidades fue Topín, al desatar la cólera de Soledad en el atardecer del día siguiente, cuando la familia volvió de la estación, adonde había ido a despedir a Manolo, que ya estaba obligado a tomar el tren camino de su ingeniería industrial y de su amigo Julián Pablos, al que pensaba abrazar y acribillar con bromas y risas a cuenta del resultado de las elecciones.

—Señora, el gato o yo —dijo muy seria Soledad, que había entrado y salido de la cocina nada más llegar a la casa. La cara de melancolía navideña, de fiesta recién terminada, de pesadumbre de estación, se le había mudado en un gesto de indignación absoluta. A esto no hay derecho, de verdad que no hay derecho, parecían decir las llamaradas de sus ojos—. Hasta aquí hemos llegado, señora, el gato o yo.

—¡Sole!

—¡Señora!

Ángel se precipitó en la cocina y contempló la escena, obligado a negociar a la vez con el asombro, el miedo por la suerte de Topín y la risa. Soledad había colgado el chorizo de Pedro, con una prudencia sin duda encomiable, en un clavo que sobresalía en una de las paredes de la cocina. El clavo estaba lejos del suelo, pero demasiado cerca de uno de los muebles blancos que servían para guardar los vasos vivos, los manteles y algunos cacharros. El esqueleto del chorizo, devorado por Topín, colgaba con el balanceo propio de un embutido condenado a la horca, después de haber sido ejecutada la sentencia. El cadáver chocaba con el hocico del gato, que, adormilado por el succulento atracón, cabeceaba al compás del fúnebre movimiento. El chorizo que había llegado en la maleta sorprendente del prófugo, salvo unas rodajas consumidas en la Navidad de febrero, acababa sus días en el estómago de un gato impertinente, glotón y empachado. Eran cosas muy raras. Soledad, sobrepasada por los acontecimientos, se encerró en su cuarto al grito de, usted decide, señora, el gato o yo.

Las aguas tardarían casi una semana en volver a su cauce, aunque Soledad no dejaría nunca de acusar al gato de todos los acontecimientos punibles que sucedieran sin

testigos, igual que si el desastre hubiese ocurrido delante de sus ojos torpones o de sus gafas de culo de vaso, que también sufrían, como todo el cristal de la casa, algunos de los ataques repentinos de Topín. Este bellaco espera que me quite un momento las gafas para atacar, se quejaba Soledad, convencida de la dañina e incorregible condición del gato. Y no dudó un momento en hacerlo responsable de la nueva congoja familiar, sobrevenida cuando Ángel le confesó a doña María sus dudas sobre la existencia de Dios. Aquello no era un capricho, una mala cara ante la incomodidad que suponía ir a misa los domingos por la mañana, sino una toma de postura con todas las de la ley, la prueba de que una vez más el ateísmo de don Pedro Cano, que el niño había heredado a través de sus dos hermanos varones, estaba derrotando a la religiosidad prudente de las mujeres de la familia.

—La culpa, señora, no es de Pedro, es del gato. Un bicho así no puede ser una buena influencia. Es el demonio —comentaba Sole, orgullosa de la ocurrencia y de llevar su conflicto con Topín al terreno de las ideas. Una conciencia arañada parecía sin duda más grave que un armario y un sillón marcados por las uñas impertinentes del gato.

Pero en un asunto de estas características resultaba difícil que la estirpe del niño quisiera dejarle la última palabra a los impulsos de Soledad, absteniéndose de ofrecer sus sabias consideraciones. Además de los malos ejemplos de Pedro y Topín, del estado de guerra impuesto en la casa desde el desgraciado accidente del chorizo y de las tormentas sociales que mantenían encendida en la nación la llama del debate religioso, doña María iba a contar con la ayuda de don Manuel Muñiz y don Pedro González Cano.

—Que el niño herede las virtudes de su padre no significa que tenga que cargar con sus defectos —dijo el abuelo Manuel, tan religioso como siempre.

—Que el niño sea un ciudadano digno como su abuelo no obliga a que soporte también sus supersticiones —dijo el padre, tan impío como de costumbre.

Doña María, a la que le costaba muchos quebraderos de cabeza tomar partido entre su marido y su padre, decidió aconsejar a Ángel que consultase con un ministro del Señor, un hombre con experiencia en las contiendas de la fe y en las dudas teológicas. Yo te indicaré el sacerdote con el que debes confesarte, le dijo la madre al niño. Aunque no eran momentos de exaltación y prestigio social para las sotanas, las plazas y las calles de Oviedo eran transitadas por una notable galería de curas, un jugoso muestrario para todos los gustos, que iba y venía de la catedral al resto de las iglesias. Convenía elegir bien los oídos ante los que sincerarse y las palabras a las que prestar respeto y, en su caso, devoción. Pero Ángel, que ya era más gato que perro, tenía prisa por solucionar el resto de sus dudas. Le urgía saber si iba a ser ateo o creyente, si acudiría todos los domingos a misa con su madre y su hermana, o podría quedarse leyendo en la cama como Manolo, o inventando conspiraciones y artilugios mecánicos como Pedro, o jugando en la calle como los gemelos y el Rubio. Así que decidió escoger por sí mismo y lo antes posible a su confesor.

Al buscar en los recursos de su experiencia teológica, recordó enseguida a un penitenciario de la catedral, famoso por su oratoria sagrada. Ángel lo había escuchado, en medio de un sermón, recitar con modales muy ampulosos unos versos de Núñez de Arce. La luna, como hostia santa, lentamente se levanta, sobre las olas del mar, había dicho el penitenciario, con voz poética de trueno, mientras levantaba con una mano la luna y, con la otra, acariciaba y movía las olas del mar. La impresión causada en el niño fue tan grave y conmovedora que, cuando se vio en el difícil trance de resolver sus dudas y de elegir entre su madre y sus hermanos, pensó en el penitenciario como autoridad indicada para el santo sacramento de la confesión. Visto de cerca, era un hombre muy gordo, de una rebotante humanidad. La duda más seria que tuvo Ángel en la mañana de su última confesión se

centró en la posibilidad o imposibilidad de que aquel cuerpo imponente, tan orondo como los versos de Núñez de Arce, llegara a acoplarse en el confesionario. Resuelto con bien ese dilema, lo demás fue mucho más sencillo. Al arrodillarse y humillar la cabeza en la ventana de madera labrada, sintió el golpe de un espantoso olor a meados que le quitó las ganas de alargar la conversación. Quien se acerca demasiado a los entresijos de la retórica suele llevarse esta clase de sorpresas. Obligado a acortar el tiempo de su consulta, y después de una breve cabalgada por los pecados de siempre, pequeñas manchas en los capítulos de la obediencia y del sexto mandamiento, que el sacerdote valoró con gesto solemne y concentrado, Ángel confesó que estaba dejando de creer.

—¿Cómo dices, niño?

—Que estoy dejando de creer, padre.

—Anda, déjate de tonterías, reza un padrenuestro y vete a fastidiar a tu casa.

Así resolvió el penitenciario de la catedral de Oviedo las pocas dudas que quedaban. Doña María insistió poco. Debió de pensar que, como había ocurrido con Manolo y Pedro, el destino natural de Ángel era seguir los pasos de ese respetable olor a azufre, cojo de la pierna izquierda y más decente que nadie, con el que ella se había casado por propia y enamorada voluntad.

—Decente, sí —apostilló don Manuel Muñiz—, pero si llego a saber que era un incrédulo, me hubiese negado a la boda.

—¿Desde la tumba? —preguntó don Pedro.

—Desde mi último suspiro.

Libre como un gato, y ya sin dudas teológicas por las que sentirse perseguido, Ángel se dedicó a concluir su último curso de primaria y a preparar el ingreso en el bachillerato, acontecimiento que exigía no sólo madurez intelectual, sino también moral, porque en el instituto iba a compartir pupitre con estudiantes del bello sexo. Estudiar rodeado de mujeres iba a suponer que los inviernos del curso fuesen menos inviernos y que el frío se comportara de otra manera al pasar sobre las mañanas escolares. El prestigio del sosiego cálido que ofrecen las mujeres en los malos tiempos estaba plenamente justificado en la vida de Ángel, y el paso de los años sólo multiplicaría las razones de esta realidad acogedora, con olor a leña y paz de buena lumbre. Pero el niño iba a valorar también, desde muy pronto, las comparaciones femeninas con la primavera revoltosa, su capacidad de alterar, conmover, agitar, encender y soliviantar las escaleras de una casa, las tiendas de un barrio y la puerta de una escuela. José y Olvido llegaron al barrio en la primavera de 1936. Desde el primer momento saludaron a todo el mundo con una sonrisa servicial, unos ojos inteligentes y unas manos emprendedoras. Habían alquilado el semisótano del número 8, calle Fuertes Acevedo, para una frutería, que en pocas semanas se convirtió en tienda para todo y para todos.

La primavera iba a palpar ese año en la hierba de los prados, en el sol del mediodía, en la cara de Raquelín y en los pechos de Trini. Raquelín, la hija del matrimonio frutero, tenía dos años menos que Ángel, y dos ojos tan conmovedores como los de su tía Trini, una hermana muy llamativa de José. Aunque por razones de edad todavía no contaba con el chantaje facilón de los pechos de Trini, que transformaron en un acontecimiento vecinal la inauguración de la frutería, Ángel supo apreciar la belleza secreta de Raquelín, los indicios que invitaban a esperar, en este caso con confianza, el desarrollo de los acontecimientos corporales, a mitad de camino entre las promesas esquivas del porvenir y los paraísos consoladores del futuro. El sabor de la fruta adquirió un sentido carnal, inquietante, que tenía más de prelude callejero que de postre doméstico en aquellos meses

cargados de gatos difíciles, hermanos dignos de admiración y personajes extraños.

La mayor extrañeza se produjo cuando un grupo de niños y de niñas desconocidos se adueñó de una de las partes más solicitadas del Campo de San Francisco, la que quedaba cerca de la Fuente de las Ranas, para practicar un juego misterioso que, según supo la pandilla de Ángel al cabo de algunas preguntas tímidas y diversas operaciones de acercamiento, respondía al nombre de *croquet*. La historia avanza a golpe de palabras nuevas. Si *coeducación* significaba ascender a la dignidad del instituto y al reto de sentarse en el pupitre junto a una niña, *croquet* suponía sentirse humillado, con un tirachinas en el bolsillo y un roto en el pantalón, ante un grupo de niños distinguidos por los ritos de la civilización, que calculaban con modales aristocráticos el movimiento de las bolas y se saludaban o se despedían, *bon jour, adieu*, en un francés bien pronunciado.

Nunca es bueno dejarse llevar por las apariencias. Cuando Ángel, el Rubio, Arturín, los gemelos y Pepu empezaban a confabularse para expulsar de la Fuente de las Ranas a aquel grupo de niñas tontas y de niños engreídos, herederos sin duda de una educación clasista que se encarnaba en los golpes amanerados del *croquet*, se enteraron de que eran los hijos de algunos socialistas famosos, revolucionarios que acababan de volver de Bruselas, donde habían vivido el exilio. Mira, le dijo Pedro, aquéllos son los Taibo, sobrinos de Ignacio Lavilla, y ésa es Merceditas, la hija de Javier Bueno. El *croquet* no resultó un juego clasista, sino una costumbre europea, llegada por el azar de la política al Campo de San Francisco. El dinero del Banco de España había servido para comprar un solar en la calle Asturias y levantar un edificio en el que iban a instalarse los talleres y la redacción del diario *Avance*. Había quedado espacio libre para habilitar algunas viviendas que se estaban alquilando a los trabajadores del periódico. Las miradas de Ángel y su pandilla dejaron de ladrar como los perros y observaron a los niños recién llegados con sigilo, con los ojos muy abiertos, una mal disimulada admiración y, por supuesto, sin ánimo de delatar a nadie. Se portaban en la calle como gatos salvajes, pero dignos de respeto.

Y llegó el verano. Las mañanas de domingo eran amenizadas por la banda de música del Regimiento de Milán, que había alcanzado la excelencia en la interpretación metálica de la *Marcha militar* de Schubert o del popurrí de *El barberillo de Lavapiés*, melodías apropiadas para comprender las emociones de mujeres con vestidos estampados de gasa y de caballeros con *canotier*. La pandilla, aparte de observar desde lejos los usos envidiables y repulsivos del *croquet*, pegaba sus caras a los ventanales del Pabellón Bombé para espiar a las parejas que gastaban los atardeceres en bailar un nuevo ritmo brasileño, *Carioca, no me seas esquiva...*, puesto de moda desde las pantallas del cine Toreno por la película *Volando hacia Río de Janeiro*. La historia seguía su curso normal y, como era su costumbre secular, se levantaba todas las mañanas con un sobresalto, por lo que los ciudadanos no podían dejar de leer los periódicos en las casas, los locales políticos, los bancos públicos y las sillas de alquiler. A finales de julio, la tía Clotilde, la prima Carmina y los descendientes de su gata de Angora esperaban en Riberas de Pravia, como todos los años, a María Muñoz con su familia. Estaba haciendo mucho calor.

14. Cosas que ya se saben, pero merece la pena contar

La radio de galena que había comprado Pedro González Cano poco antes de morir dejó de funcionar nueve años después, la noche del 20 de julio de 1936. Tal vez hubiera podido arreglarse, para dar así una vida más larga a la ilusión de modernidad que siempre guió los actos y las adquisiciones del añorado padre de familia, pero la situación aconsejó

guardar un silencio averiado y prudente. Hacer gestiones para componer una radio en una ciudad sitiada es sin duda una provocación, un modo de airear que se quieren conocer noticias del otro lado de las trincheras, porque no se da crédito a los bandos y las declaraciones oficiales. La radio de don Pedro naufragó en un chapoteo de palabras y ruidos agudos cuando más falta hacía. Pero murió en acto de servicio, y antes de cerrar los labios cumplió su última misión. Gracias a ella, Ángel pudo recordar durante muchos años el inicio de la guerra en la voz lejana, neutra, en blanco y negro, de un locutor que a lo largo de tres noches y media dio cuenta de la sublevación, los desmentidos, los llamamientos a la calma, las tristes realidades y la furia. Todo empezó en Melilla, el 17 de julio, cuando se produjo el primer altercado militar, el prólogo del pánico, el relámpago que abre la tormenta.

—Se levantó el general Yagüe, fue el comienzo de la sublevación de 1936 —así empezaron los nombres de los generales a apoderarse de las radios, los periódicos y las calles. Pronunciamientos del general Yagüe en Melilla, el general Franco está en África, el general Mola ordena desde Navarra, ¿habéis oído lo que dijo el general Queipo de Llano en Radio Sevilla?, parece que Zaragoza ha caído en las manos del general Cabanellas. O, también, al general Fanjul le ha salido el tiro por la culata en Madrid. Empezaba el tiempo de los generales.

Esa noche Pedro no durmió en casa. ¿Dónde estará Pedro?, volvió a preguntarse la madre, ante el silencio de Manolo, incapaz de ayudar, porque no sabía dónde acudir en busca de su hermano, y porque tampoco encontraba en su ánimo un resto de sosiego que ofrecerle a nadie. Aunque las informaciones de la radio invitaban a la tranquilidad y aseguraban que el Gobierno mantenía la situación bajo control, no era difícil intuir que la conspiración militar temida desde las elecciones generales de febrero acababa de estallar en África. Pedro lo confirmó a la mañana siguiente, cuando se presentó sin haber dormido y con unas ojeras cargadas de secretos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó doña María.

—Nada, que han censurado otra vez el *Avance*. Me reuní con unos amigos en el periódico para discutir lo que se hacía. Voy a acostarme un rato. Por favor, mamá, despiértame a las cinco de la tarde. Que no se te olvide.

Manolo entró con Pedro en la habitación, quería enterarse de lo que estaba sucediendo. La cosa iba en serio. El general Fanjul estaba levantando a los militares en Madrid. Indalecio Prieto había llamado a Asturias para pedir una expedición de mineros dispuestos a defender la capital. Pedro se iba con ellos, había quedado en la puerta del periódico a las siete de la tarde. La situación parecía controlada en Asturias, porque el coronel Aranda era leal al gobierno de la República. Y lo de la censura de *Avance* no era cuento. Sospechando la gravedad de la situación y el peligro de las indecisiones, el diario había decidido llamar a la acción, con un editorial en primera página titulado «Cojones y dinamita». Pero el Gobierno Civil deseaba evitar los tumultos, confiaba en solucionar el conflicto sin alarmismos, y había censurado la respuesta contundente de los socialistas.

Cuando el reloj marcó las cinco de la tarde, Manolo no dijo nada, ni quiso recordarle a su madre lo que su madre no había olvidado. A las seis, Ángel subió de la calle para que Soledad le preparase la merienda. A las seis y media, Maruja cerró el libro que se esforzaba en leer y se quejó del calor inhumano que estaba haciendo esa tarde. A las siete, Pedro salió de su habitación a medio vestir y le preguntó a su madre de manera seca, hiriente, por qué no lo había despertado. Ángel lo recuerda con una extraña precisión, porque nunca había visto a Pedro tan enfadado, nunca le había visto tratar a su madre con

tan poco respeto. Adiós a todos, dijo, caminando con precipitación hacia la puerta. Ángel lo recuerda porque no se acercó a él para darle un beso, ni le pidió perdón a su madre por los malos modos, ni bromeó con Soledad. ¿Te preparo algo?, preguntaba y refunfuñaba Soledad, saliendo de la cocina. Pedro cambió el tono de voz, ocultó la tensión del rostro, disfrazó la urgencia de sus movimientos, y con naturalidad, con la escasez sentimental de la indiferencia, como si no ocurriese nada, levantó la mano para decir adiós. Manolo se levantó, lo detuvo en la puerta, intercambiaron unas palabras mordidas por el silencio que los demás no pudieron oír, se dieron la mano, y un deseo triste de buena suerte cerró aquel episodio imborrable. Eso dijo Manolo, buena suerte. Ángel lo recuerda, porque nunca había visto a Manolo y a Pedro darse la mano. Aquella vez no hubo beso entre los dos, sino las manos que se estrechaban solemnemente y un deseo de buena suerte. Ángel recuerda también que la puerta se convirtió de pronto en una raya en el tiempo, una frontera, el límite final de un mundo, porque Pedro empezó a bajar los escalones hacia una calle de dimensiones imprevisibles, y Manolo se dio la vuelta, y con paso lento, preocupado, se sentó en una de las butacas más temerarias del comedor.

Ángel lo recordó muchas veces, y lo sigue recordando ahora, y la memoria agrava la precipitación y la seriedad de la despedida. La memoria intensifica la solemnidad de las manos al estrecharse, la seriedad extraña de la expresión, el frío de la buena suerte, porque cada vez que repite la escena, cada vez que sitúa a sus hermanos en la puerta, diciéndose adiós, sin un beso o una sonrisa para los demás, ya sabe que los demás estaban condenados a seguir cumpliendo años en una vida sin Manolo y sin Pedro, ya sabe que quedarse en la casa iba a ser más peligroso que correr hacia un camión aparcado en la calle Asturias, ya sabe que ese viaje camino de Madrid iba a interrumpirse en Benavente, un día después, cuando los militares de Valladolid y de León se hubiesen levantado también contra su gobierno legítimo, ya sabe que Pedro no viviría nunca más en la casa, tercero izquierda, número 8, calle Fuertes Acevedo, y sabe que sólo volvería de visita, gracias a la tregua melancólica de un exilio definitivo, treinta años después, cuando formase parte de otro mundo y de otra familia.

La madre de Ángel tenía miedo del viento, era pequeña de estatura y le asustaban los truenos y las guerras. Los amigos de Ángel la veían muchas veces por la calle, vestida de luto, con el pelo blanco, tan bajita, ir de aquí para allá, de una gestión a otra, de las partidas de defunción a los recursos administrativos, acompañada de su hijo menor, un adolescente que andaba de forma muy curiosa, como si caminase sobre un colchón y sus pasos se convirtieran por necesidad en metódicos saltos amortiguados que imitaban el movimiento de las olas. Pero eso sería después, ya en los años cuarenta. La primera vez que Ángel vio a su madre hundida en el silencio de una anciana, pequeña de estatura y con los ojos clavados en sus propios abismos, fue aquella tarde de julio de 1936, cuando el miedo a la guerra se había hecho por fin realidad y todas las conversaciones se llenaban de generales, ciudades y despedidas. Ángel González, cuando su memoria conocía ya casi todo lo ocurrido y casi todo lo que no había llegado a suceder, volvió al tiempo de su última infancia para hablar de los miedos de su madre, en un poema titulado «Primera evocación»:

Recuerdo
que yo no comprendía.
El viento se llevaba
silbando
las hojas de los árboles,
y era como un alegre barrendero

que dejaba las niñas
despeinadas y enteras,
con las piernas desnudas e inocentes.

Por otra parte, el trueno
tronaba demasiado, era imposible
soportar sin horror esa estridencia,
aunque jamás ocurría nada luego:
la lluvia se encargaba de borrar
el dibujo violento del relámpago
y el arco iris ponía
un bucólico fin a tanto estrépito.

Llegó también la guerra un mal verano.
Llegó después la paz, tras un invierno
todavía peor. Esa vez, sin embargo,
no devolvió lo arrebatado el viento.
Ni la lluvia
pudo borrar las huellas de la sangre.
Perdido para siempre lo perdido,
atrás quedó definitivamente
muerto lo que fue muerto.

Por eso (y por más cosas)
recuerdo muchas veces a mi madre...

La noticia de que el ejército se había sublevado también en Oviedo llegó a Benavente en la madrugada del 20 de julio. Allí, desorientada entre las informaciones de la sublevación militar y una red tortuosa de ferrocarriles y de carreteras, estaba la expedición de mineros que había salido de Asturias en camiones y en tren para defender Madrid. Se discutía por dónde dirigirse a la capital de España, cómo salvar la artillería de las ciudades sublevadas, cuando un emisario de Asturias llegó con la noticia de que el coronel Aranda era un traidor. El falso amigo de Prieto se sumaba a la rebelión y acataba la consigna de mano dura que había ordenado el general Mola para reducir cualquier foco de oposición. La jugada le había salido perfecta al coronel, porque en Asturias, después de la Revolución de Octubre y de la victoria del Frente Popular, más que un foco, la izquierda era un incendio alimentado por la liberación de los presos, la vuelta de los exiliados y el recuerdo de las torturas, las ejecuciones y los juicios falsos. Aranda, antes de sumarse al golpe de Estado, consiguió alejar de Asturias a un verdadero ejército de mineros combativos.

Aunque se había subido a un camión que nunca llegaría a Madrid y aunque fue recibido a tiros en León, Pedro tuvo suerte cuando despertó de aquel sueño que su madre no había querido interrumpir. Llegó a la cita en la calle Asturias, donde se habían concentrado los coches, autobuses y camiones de la expedición minera, y cayó por fortuna en una trampa que le iba a salvar la vida. Su amigo Rionda, que por un problema familiar de última hora decidió quedarse en Oviedo, corrió peor suerte. Cuando se supo que el Gobierno había dado orden de armar a la población civil, para asegurar la defensa de la ciudad ante el peligro de la sublevación, los militantes de las organizaciones obreras

acudieron al cuartel de Santa Clara para recibir su fusil. Desde la mañana del día 18 se había exigido al gobernador el reparto de armas entre la población, pero se trataba de una decisión comprometida, con muchas sombras temibles para la convivencia pacífica. El día 18 y la mañana del 19 pasaron entre las grietas que dejaban las dudas del orden público en una realidad ya acuartelada. El coronel Aranda, instalado en el cuartel de Pelayo, mandó llamar al comandante Caballero y le ordenó que se hiciera con el mando del cuartel de Santa Clara.

—Gerardo Caballero Olabézar.

—¿Qué dices? —le pregunto a Ángel, sorprendido por la interrupción.



María Muñiz, tía Clotilde y Maruja.

—Digo que se llamaba Gerardo Caballero Olabézar. Las conversaciones se llenaron de generales, coroneles, comandantes, capitanes y tenientes. Como estaban enmascarados en sus graduaciones, se nos olvida que eran personas con nombre y apellidos, con una infancia y una madurez, con poder de decisión y responsabilidad de conciencia. El comandante Caballero se llamaba Gerardo Caballero Olabézar, y el coronel ambiguo y conspirador que le dio la orden se llamaba Antonio Aranda Mata. Yo pasé mi adolescencia bajo la solemnidad triunfal de sus fotografías y bajo su retórica.

En esas fotografías recordadas por Ángel, el fajín de general le apretaba ya a Aranda una barriga insolente y un cuerpo más que robusto, que cumplía la orden de

soportar con altivez las gafas redondas sobre la cara ancha y mofletuda, la sonrisa orgullosa bajo el bigote recortado y los botones de la guerrera distribuidos con disciplina militar sobre el pecho, los bolsillos, las solapas y el honor del soldado. Antonio Aranda actuó como espada y escudo de Oviedo, abanderado victorioso de España frente a la Asturias roja, impávido en el peligro, lúcido en las dificultades, diestro en la maniobra, heroico en el combate, general insigne de los nuevos y auténticos Grandes de España. Así palpitaba la lira bélica que había salido de los cuarteles para dominar poco a poco la radio, las calles y las conversaciones. Antonio Aranda se comportó como espada y escudo de Oviedo, según la opinión de Óscar Pérez Solís. Claro que, como resulta lógico, en estas coyunturas siempre hay diferencia de opiniones. No todos los asturianos pensaron entonces lo mismo, e incluso Pérez Solís hubiese podido describir al héroe de forma muy distinta si esta historia no le llega a alcanzar en un momento concreto de su existencia, cuando respiraba y daba órdenes como capitán falangista de la 18ª Compañía de Asalto. Muy diferente hubiera sido su opinión, tal vez no su estilo literario, si nuestros recuerdos le llegan a preguntar mientras era anarquista y teniente de artillería, o director del periódico socialista *Adelante*, o fundador del Partido Comunista Obrero, o exiliado en Moscú, o Secretario General del Partido Comunista de España. Pero el caso es que le hemos descubierto después de que el célebre padre Gafo, gracias a sucesivas visitas en el Hospital Civil de Bilbao y a una emocionada correspondencia mantenida por el dominico y el temible comunista desde la cárcel de Barcelona, consiguiera darle la vuelta a su conciencia y transformarlo en un ferviente colaborador del Glorioso Alzamiento Nacional, autor de libros patrióticos y buen ejemplo de los recursos literarios que invadieron la retórica española al tiempo que las tropas de los generales, espadas y escudos de España, diestros en la maniobra y heroicos en el combate, se extendían por la piel de la nación.

En la tarde del 19 de julio, Antonio Aranda Mata ordenó a Gerardo Caballero Olabézar que se hiciera con el mando del cuartel de Santa Clara, porque se esperaba que algunos guardias de asalto ofrecieran allí resistencia a la sublevación. El comandante Caballero había sido apartado del servicio y trasladado a Zaragoza después de protagonizar los desgraciados acontecimientos del 22 de mayo, cuando un grupo de guardias de Asalto, siguiendo una estrategia urbana de ajuste de cuentas, disparó contra la multitud que disfrutaba de una verbena popular. Le había sustituido el comandante Ros, un hombre poco de fiar, porque era leal a la República y cumplía con entusiasmo las órdenes del Gobierno Civil.

—Alfonso Ros Hernández.

—¿Cómo dices?

—Alfonso Ros Hernández —vuelve a apostillar Ángel—. También merece la pena que recordemos su nombre.

El comandante Ros fue ametrallado en la mañana del 20 de julio, cuando levantaba un pañuelo blanco en señal de rendición y encabezaba al grupo de militares leales que habían resistido durante toda una noche a la insubordinación militar en el cuartel de Santa Clara. El comandante Caballero no dudó en dar la orden de fuego, como tampoco había dudado la tarde anterior en gritar ¡Viva España! y disparar desde las ventanas altas del cuartel contra los obreros desorientados que se agrupaban en el patio a la espera de recibir las armas prometidas. El comandante Caballero Olabézar tenía un espíritu resolutivo que evitaba cualquier tipo de dudas a la hora de imponer el honor de los uniformes, como había demostrado ya contra la población civil de Oviedo, esa gentuza que se atrevió a desarmar a unos guardias de asalto vestidos de paisano, después de que dispararan al cielo y

amenazaran con pistolas a los bailarines de una verbena en la Corrada del Obispo. El comandante Gerardo Caballero Olabézar reapareció en Oviedo con una mancha en su hoja de servicios, pero con el mismo espíritu de sacrificio que siempre había guiado sus pasos. Contactó con Aranda, recibió la orden, habló con sus antiguos subordinados, pidió que se sumaran a la rebelión, subió al segundo piso, gritó ¡Viva España! y acribilló a los obreros que esperaban las armas ofrecidas por el Gobierno Civil. Allí estaba y allí murió el electricista Rionda, amigo y compañero de Pedro, muy simpático con los niños y admirador hasta la superstición de la enciclopedia Espasa. Allí estaban sus ojos azules y su pelo rubio, que quizá llamó la atención del guardia de asalto que le apuntó entre la multitud para acabar con su vida. No había podido sumarse a la expedición madrileña por un problema familiar de última hora.

—Tal vez su madre no lo despertó a tiempo, vete tú a saber. Así ocurren las cosas. Crees que estás ayudando a alguien, defendiéndolo, y de pronto descubres que lo has acompañado a la muerte. Lo que a mí me duele es no recordar su nombre aquí, no poder repetir letra a letra su nombre y su segundo apellido. Ningún libro ha conservado el nombre completo, ni ha publicado la fotografía de Rionda.

—Pero sabemos ahora que te regaló carne de membrillo y que le regañaba a Pedro por no estudiar.

—Deberíamos saber muchas cosas —insiste Ángel, dueño de unos recuerdos que sólo conservan una parte mínima y suya de la historia.

El pasado ilumina un lugar, un rincón, dispone los acontecimientos y las situaciones vividas como puntos de ciudades importantes en un mapa, como las líneas de una frontera, como la silueta de una montaña. Cada dato, cada hecho que se recupera, queda envuelto por un territorio inmenso, sin nombres, en el que se disuelven miles de acontecimientos, miles de rostros, sombras que tejen el bosque espeso de la oscuridad y el olvido. Parece que las palabras le duelen a Ángel, pero no por atreverse a mirar hacia un pasado violento, sino por los rincones de sombra, por la injusticia irremediable del olvido. Habla con lentitud, con cuidado, como quien camina junto a un desfiladero.

—Aquellos años se cargaron de pólvora, es verdad, pero se cargaron sobre todo de vidas, de heroísmos anónimos, de dignidades llenas de esperanza en el futuro, de gentes que cumplieron sus destinos en silencio, gentes nobles y diluidas en su propio tiempo, atrapadas en el patio de un cuartel, en una carretera camino de Madrid, en las faldas de un monte, en los muros de una ciudad, en una red de apoyos clandestinos, en un interrogatorio o en una celda de castigo. Hay muchas cosas que se saben, pero merece la pena volver a contar. Por mucho que se cuente, siempre será más extenso lo que se ha olvidado. Me duele no acordarme ahora del nombre completo de Rionda, dejarlo en esa trinchera maldita de la nada, abierta sobre el pasado como una cicatriz mucho más profunda que la memoria.

Manolo estaba pendiente de un hilo de voz que fluía en la radio. Intentaba orientarse sin salir de la casa, encerrado como un león en su jaula. Iba y venía por la falta de noticias y por los malos datos, cada vez más nervioso, consciente de que el verano era ya una selva que había empezado a arder, y de que las llamas y los humos estrecharían poco a poco el círculo de la supervivencia. Intentaba leer, escuchaba la radio, se sentaba a estudiar en la mesa de su cuarto, miraba por las ventanas de la galería hacia las faldas del Naranco, buscaba en la cocina algo con lo que aplacar el hambre que le acuciaba poco después de haber dejado la comida en el plato, volvía a abrir y a cerrar un libro, volvía a escuchar la radio, y se quedaba en suspenso cada vez que el ruido de un disparo lejano o de un tiroteo cruzaba los tejados de Oviedo. Las armas dominaban las calles de la ciudad, los silencios

de la casa y las informaciones de la radio. Manolo le pidió a Ángel que se callara, y se volcó sobre la rejilla de la galena para escuchar al coronel Aranda, que hacía un llamamiento a todos los patriotas dispuestos a tomar las armas para defender el orden y el honor frente a los enemigos de España. El ejército regular necesitaba el apoyo de los falangistas y de las Juventudes de Acción Popular.

Unas horas después, Manolo volvió a pedir silencio en aquella casa donde nadie se atrevía a hablar. La voz de Aranda repetía su declaración de guerra contra los enemigos de la República. Era el mismo bando que el ejército había colocado en la plaza de la Escandalera, pero sus palabras ya no engañaban a nadie, aunque el golpe militar se presentase como una intervención contra los enemigos de las leyes republicanas. La jurisdicción militar encendía y apagaba las luces de los domicilios, regulaba los horarios de los espectáculos y de las aceras, vigilaba el contenido de las publicaciones, avisaba de que cualquier sabotaje contra las vías férreas, el gas, la electricidad y las líneas de telégrafo sería castigado con la pena de muerte, y advertía de que la difusión de rumores iba a ser considerada como un acto sedicioso. Manolo pidió silencio para escuchar mientras la voz ordenaba y mandaba, mientras la voz prohibía y advertía, mientras la voz esperaba del patriotismo y sensatez del pueblo asturiano que, con su conducta leal, honrada y obediente, evitase el empleo de las rigurosas medidas que anteceden y que se dictaban para la seguridad de las personas honradas y en salvación de la República, y cuya aplicación sería inexorable...

En aquel código militar, el delito de rebelión era cometido por los que se quedaban encerrados en su casa, y el rigor del verdugo dependía de la prudencia o la falta de sensatez de sus víctimas. No resultaba extraño que las casas, aunque mantuviesen por obligación las puertas abiertas durante todo el día y la noche, con las persianas, los toldos y las cortinas totalmente levantados, tuviesen un aire espeso de jaula y de cubil de fiera. Hay preocupaciones que no se pueden evitar, ni siquiera en los momentos más graves. Al escuchar por la radio el bando, Ángel atendió sobre todo al artículo número 9, que impedía la permanencia en las calles entre las ocho de la tarde y las siete de la mañana. Ninguna madre era tan estricta con los horarios del verano. La Madre Patria iba a ejercer su amor con una disciplina más severa que los cuidados de Soledad y doña María a la hora de vigilar con dos pares de ojos, unas gafas gruesas y mucha intuición sus aventuras por las praderas del barrio.

La calle no parecía un lugar seguro. Sonaban disparos, sólo se formaban grupos de falangistas, el paisaje de las tiendas y la fauna de las aceras había cambiado de repente. A las extrañezas propias de los veranos, que transforman la realidad con sus soledades de luz y sus huecos de sombra, se añadían de pronto las desapariciones repentinas y los episodios violentos de la sublevación militar. Los niños habían visto a los defensores de la patria asaltar la sede recién inaugurada del diario *Avance* y saquear los domicilios de Javier Bueno y del diputado socialista Amador Fernández. Desde las ventanas del edificio, sobre una calle Asturias tomada por los gritos y los aplausos de una espontánea concentración de honrados españoles, cayeron fotografías familiares, libros, papeles, un sombrero y ropas a la moda y pasadas de moda, de verano e invierno, de calle y de casa, de hombres, mujeres y niños, nuevas y viejas, ropas que suelen entrar, salir o quedarse dormidas en los armarios al ritmo de la existencia y de las estaciones del año, y que ahora volaban como pájaros y se estrellaban como suicidas en la calle.

—¡Qué te parece! Dicen que son socialistas y duermen con pijama.

Eso comentó cerca de Ángel un individuo malhumorado y predispuesto a aplaudir.

Qué gente tan extraña esa que más aplaude cuando está más enfadada. Había que aprender a defenderse de los individuos coléricos y entusiasmados, porque resultan los más peligrosos, y son partidarios de los castigos ejemplares, de sumarse a las turbas que piden humillaciones y venganzas cuando se les presenta una ocasión propicia. Qué gente tan extraña la que se divierte con el dolor y el miedo de los demás. Ángel escuchó el comentario feliz del personaje indignado y pensó en Manolo, deambulando en su jaula, con el pijama puesto y ganas de cualquier cosa menos de dormir, perdido en todas las habitaciones, sin pararse en una butaca, en una ventana o en un libro. Subió corriendo a la casa para sentirse protegido de los gritos de la gente, pero sobre todo de la amenaza de los pijamas vacíos, de la ropa esparcida en el suelo, de las caras sonrientes en fotografías con el cristal y el marco roto, de las cartas con las palabras y las direcciones pisadas.

Los domicilios caían a la calle y las calles entraban en los domicilios, porque se habían borrado las fronteras entre lo privado y lo público, y ahora el mundo se dividía entre el estado de guerra y el secreto. Manolo estaba en pijama, pidiendo silencio y buscando una frecuencia que no repitiese las órdenes del coronel Aranda, una emisora que trajese consignas de Madrid, himnos en voz baja, proclamas de optimismo sigiloso y republicano. Pero las palabras naufragaron entre los ruidos lejanísimos de las ondas, tembló la noche, parpadeó la luz roja del aparato... y la radio dejó de funcionar. No fue un buen momento para que se estropeará la galena comprada por don Pedro González Cano en 1926. No fue un buen momento para quedarse con los oídos a oscuras, bajo techo y a la intemperie, con los labios secos en un mar de inquietudes, sorprendidos por una avería generalizada, de consecuencias imprevisibles y sin piezas de recambio en el mercado.

El amanecer es una obligación solar que se agradece en las noches extremas. Como la casa no era más segura que la calle, Ángel tardó poco, apenas medio día, en convencer a su madre de que lo dejara salir. Está bien, pero prohibido alejarse, no te separes mucho de nuestro portal, cedió doña María. Subió a la buhardilla, buscó a Pepu, y los dos amigos tomaron posesión de la calle, aprendiendo a convivir con los uniformes y con el ruido lejano e intermitente de los fusiles. El sanatorio de don Celestino estaba en obras. Era fácil colarse en el jardín y asaltar la montaña de arena que había justo al lado de la verja. Una montaña de arena es un tesoro en manos de dos niños que quieren jugar a la paz o a la guerra. Se pueden construir palacios con hermosos jardines o fortalezas repletas de cañones. Se horadan túneles para extraer carbón o para que llegue a la ciudad un tren de mineros surgido desde el centro mismo de la tierra. Se expulsa al enemigo de la cumbre conquistada, o se busca junto al compañero la sensación húmeda de la arena amarilla, la delicia de hundir las manos y los brazos en un refugio esponjoso, mientras el sol de julio devora las esquinas de la tarde.

Algunos vehículos requisados llegaban al sanatorio de don Celestino para dejar o recoger a los primeros combatientes heridos. Un corro de falangistas charlaba en la acera de enfrente. Parecían contentos e indignados, felices de ser dueños de una ciudad en estado de guerra. La mirada de Ángel se cruzó con la del falangista más joven, y los dos se reconocieron. Con las rodillas y las manos sucias de arena, Ángel vio la camisa azul, el brazalete de falange, el pantalón largo, el correa de cuero y la pistola que se le acercaban con una sonrisa deslumbrante, como de metal al que se le acaba de sacar brillo. Era uno de los muchachos mayores que jugaban al fútbol en San Cucufate. Debía de tener dieciséis o diecisiete años, y resultaba envidiable el uniforme de persona importante, reforzada en autoridad y prestigio, que la vida le había facilitado en pocos meses. Para cambiar de edad no hace falta que pase el tiempo, basta a veces con que pase la vida. Hay admiraciones que

no se pueden evitar, ni siquiera en los momentos más graves. Un correa y una pistola merecían la admiración de Ángel, aunque la sonrisa que llegaba con ellos escondiese algo extraño, una tensión en los labios, una mueca colérica y feliz, que obligaba a mantenerse en estado de desconfianza.

Yo sé quién eres, dijo el falangista, y se puso en cuclillas para estar a la altura de Ángel, que había bajado de la montaña de arena. Yo sé quién eres, y quién es tu hermana, siguió el falangista mientras sacaba la pistola y se la apoyaba al niño en el pecho. Sois una familia de rojos y os voy a matar, no dudes que os voy a matar. Ángel se quedó paralizado, un buen recurso para seguir en pie y no hundirse ante la sonrisa hiriente del antiguo amigo de San Cucufate, y ante la mirada sorprendida de Pepu, que asistía a la escena con los ojos abiertos por la incomprensión y el miedo. Después no digas que no te lo he avisado, os voy a matar a ti y a la roja de tu hermana, ¿está claro? Era un juego, Ángel sabía que era un juego, pero no entre amigos. No os voy a denunciar, os voy a matar, empezando por ti. Era un juego, estaba convencido, no le iba a disparar, no, claro que no, al lado de Pepu, a los pies de la montaña de arena, con las manos y las rodillas sucias, en el jardín del sanatorio de don Celestino, a dos pasos de Soledad, de su madre, de su hermana Maruja y de su hermano Manolo, aunque esto último, por fortuna, no lo supo nunca el falangista.

No le iba a disparar, sabía que era un juego. Pero cuando el muchacho de San Cucufate se levantó, y se fue, y volvió la cabeza para insistir, no creas que es una broma, volveré para matarte, Ángel sabía también el significado de las lágrimas que no llegaron a brotarle de los ojos, unas lágrimas que cayeron hacia adentro, porque para cambiar de edad no hace falta que pasen los años, y basta con unos días, con una tarde, con un mal encuentro, para comprender que se debe llorar en secreto, que el tiempo de la infancia ha terminado, que hay muchas cosas averiadas que no se van a poder arreglar nunca, muchas voces perdidas para siempre, y que el nuevo tiempo, el de la adolescencia y el instituto, no va a ser sólo el tiempo de las niñas sentadas en el pupitre, ni del miedo a las desgracias y a la guerra, sino también un almanaque lento, pesado, opaco, detenido en la palabra humillación y en la risa de los individuos que confunden la diversión y los ataques de cólera. El largo tiempo de la humillación, igual que había hecho el falangista, no le sonreía a Ángel. Se trataba de algo distinto: habían empezado a reírse de él.

—¿Qué te pasa? —preguntó su madre al verlo entrar pálido y antes de tiempo.

—A mí nada, me he subido porque hacía mucho calor. ¿Y a vosotros, os pasa algo?

—Poca cosa —murmuró Sole—. Parece que Pedro está en Gijón, pero no se sabe nada. Bueno, se sabe que ha empezado una guerra, y va para largo. Manolo quiere irse de aquí, la radio sigue estropeada y Topín ha tirado la fotografía de tu padre. Se ha roto el cristal.

—Y han detenido a Leopoldo Alas —dijo doña María, cerrando la lista de preocupaciones.

—¿A quién?

—A Leopoldo Alas, el rector de la universidad. Es hijo de Clarín.

15. Cristales rotos

La guerra es un saco sin fondo, un saco en el que cabe todo, ruidos, manchas de aceite, olor a pólvora, cristales que tiemblan, cristales que se rajan, cristales que se rompen, miedos, formas de llamar a la puerta, llamadas fuertes, llamadas débiles, llamadas sin respuesta, nuevas amistades, mañanas de sol, vacaciones interminables, sorpresas y

costumbres, inquietudes y calmas, tumultos y soledades, tragedias y relámpagos de dicha, hallazgos, pérdidas, palabras vacías, palabras destruidas, palabras oportunas, silencios más llenos de la cuenta, secretos, colas interminables, racionamientos, apagones, horas de sed, y un largo, penetrante, orgulloso azar que cose con hilo resistente los episodios y las emociones, las fechas y las cicatrices sentimentales, para tejer el vértigo de un presente demasiado frágil y las perforaciones de unos recuerdos endemoniados, imprevisibles y sólidos, que se hacen dueños de la memoria, en la primera o en la última fila, durante demasiado tiempo.

Entre una guitarra desafinada, tal vez con una cuerda rota, y una guitarra partida por la mitad, con la caja reventada y el mástil hecho astillas, hay diferencias profundas. La Revolución de Octubre había supuesto el primer merodeo por las ruinas, la primera sospecha de la descomposición del mundo, el bautizo de sangre y de miedo, la oscuridad revuelta por la llamarada de los bombardeos que devoran el tejado de una casa o los libros de una biblioteca. Pero aquel tiempo de destrucción tuvo la contundencia breve de un capítulo que se cierra y se diluye en el argumento general, porque permite que la hierba crezca sobre la tierra enfangada y que la vida continúe, sin que aparezcan distancias insalvables entre el pasado y el presente. La guerra estalló después, y dejó los campos calcinados. Las raíces desgajadas quedaron al aire, se pudrieron lentamente, y empezó un tiempo distinto, un argumento nuevo, la sustitución de una historia negada que ya nunca podría recomponerse.

Sólo los muertos del pasado se atreven a cruzar la calcinación para convivir con los muertos y los vivos del presente. Pero hasta en la conducta de los muertos hay diferencias. Los muertos de antes de la guerra escapaban de la precariedad, la incertidumbre y la mala conciencia. Se les notaba seguros de su tumba cuando hablaban con los vivos, y se acomodaban con más tranquilidad, y hasta con dulzura, en las discusiones del recuerdo. Eran curiosos, estaban al día, preguntaban por los acontecimientos, daban consejos, les gustaba compartir decisiones en asuntos de familia, vigilar a sus descendientes, y leer sus periódicos, repasar sus números, sus trabajos, como si ellos siguieran también formando parte de la existencia cotidiana. Los muertos de la guerra, sin embargo, no podían comportarse con naturalidad, eran presa de un egoísmo sin norte, estaban clavados en el momento de su desaparición, en la última vez que fueron vistos con vida, en la puerta que se cerró detrás de su adiós, en el lugar donde se dice que cayeron, donde se sabe que fueron ejecutados, donde parece que los llevaron a enterrar. Preguntaban siempre por ellos mismos, en busca de la única noticia que les importaba conocer. Los ojos de los muertos de la guerra eran un estupor, un interrogatorio. Insistían en demandar por qué, miraban con pupilas sin descanso, enrojecidas por una brasa atormentada, y apremiaban a sus familiares y a sus amigos con el gesto de los que nunca podrán dormir en paz, con el desamparo de los que caminan a tientas, torpes, desvalidos, ya sin odio propio, sin heroísmo propio, a expensas del rencor, la piedad o la ceguera de los vivos.

Cuando se recuerda en las plazas, las tribunas y los púlpitos a los muertos de una guerra, los vivos suelen convertirlos en proclamas, levantan y mueven su ausencia como una bandera, cantan y agitan su presencia como un himno. Pero cuando los muertos de la guerra se aparecen en la soledad de una memoria, cuando viven en un recuerdo personal, no comprenden nada, y sólo repiten una inquietud, un malestar sin consuelo ni recompensa, una herida que no puede cerrarse. No tienen fuerza para arrepentirse de haber alimentado con sus ideales el vértigo de una matanza. No tienen sangre para maldecir a los que utilizan su sacrificio como justificación de otras muertes. No tienen el deseo de distinguirse, de

trazar una línea entre inocentes y culpables, entre provocadores y víctimas, entre convencidos y arrastrados por la situación.

Alfonso Beaumont no preguntó nunca por el final de la guerra, no se interesó por la suerte de la Falange, ni por el destino de su mujer, ni por el futuro de los caldos de pollo Chispún que él representaba con unos caramelos en el bolsillo y con una camioneta en la ciudad. Después de muerto, cada vez que doblaban las campanas y aparecían los aviones republicanos sobre el cielo de Oviedo, bajaba como todos los vecinos al sótano, soportaba la molestia de la humedad y del mal olor. Humillaba su pulcritud entre las pulgas, se quejaba de las chinches, pero no calculaba la cercanía o la lejanía de las explosiones. Esa bomba ha estado a punto de acabar con todos nosotros, podían decir el abuelo Manuel o don Pedro Cano. Alfonso Beaumont sólo hablaba de sus botas de cuero recién lustradas, de su camisa recién lavada, del miedo obsesivo a las manchas y al barro. Miraba sus botas, asediaba a los demás, preguntaba a los demás por qué, por qué no había querido saltar a la trinchera, en vez de quedarse al descubierto, sólo por unos segundos, ante las balas del enemigo.

La guerra es un saco sin fondo en el que caben la comedia y la tragedia, el ridículo y la dignidad, las nubes de tormenta y los cielos de sol, los niños que padecen la barbarie de los mayores y los mismos niños que se alegran de las clases suspendidas en las escuelas o en los institutos, el muchacho que se siente perseguido por los uniformes y el mismo muchacho que aprende a tocar la guitarra gracias a un sargento de regulares, el adolescente que es desalojado de su casa cuando el barrio se convierte en un campo de batalla y el mismo adolescente que colecciona casquillos de bala y juega con los tesoros que el combate ha escondido bajo la hierba o detrás de la ventana sin cristales de un local abandonado. En el cauce de la guerra flotan días buenos y torbellinos peligrosos, barcos de papel y vigas rotas en un bombardeo. La guerra es un saco sin fondo en el que todo se precipita, pero al final sólo queda un sedimento descarnado y oscuro, un fango necio, que marca los días siguientes, los días sin guerra, los años de paz, y se apodera del carácter, y lo ahoga, y borra las anécdotas, los hallazgos, las miserias, las alegrías, para imponer una herencia ocre en la que se confunden para siempre la vida, el miedo, la cólera y las ganas de llorar.

Ángel González explicó su manera de vivir y recordar la guerra en el poema «Ciudad cero». Los versos recogen en tono apagado, sin coartadas de heroísmo o de falsos consuelos, un sentimiento de tabla rasa, de borrón sin cuenta nueva posible, de sonrisas, despedidas y sombras que conducen a un final oscuro, instintivos esfuerzos por sobrevivir que necesitaron entonces, y necesitarán al paso de los años, levantar la cabeza en busca de un mundo respirable por encima de las ruinas. Son escenas que pierden su inocencia última en la memoria, y que nos inducen a preguntarnos por el pasado y por el futuro con una curiosidad triste. Su autor fue un derrotado, no un muerto de la guerra, y en esta historia resulta necesario aprender a distinguir también entre la conducta de los muertos de la guerra y el sentimiento de los vivos que cargaron con las muertes de la guerra. Aunque en el bando republicano los muertos y los vivos llegaron a sufrir la misma derrota, no todos siguieron existiendo de la misma manera. Los muertos fueron condenados a padecer un olvido anónimo, mientras que los vivos protagonizaron con sus nombres un tiempo de listas negras, de apellidos subrayados en los expedientes, de persecuciones, calumnias y esperanzas humilladas. En el alma de los vivos quedaron resquicios para que se filtrase no sólo el estupor, sino también la tristeza, los temores, el dolor, la ira. Oviedo fue «Ciudad cero», una tabla rasa. Así sucedió, al menos, en el caso que estamos recordando y viviendo

en este relato: Una revolución.

Luego una guerra.

En aquellos dos años —que eran
la quinta parte de toda mi vida—,
yo había experimentado sensaciones distintas.

Imaginé más tarde

lo que es la lucha en calidad de hombre.

Pero como tal niño,

la guerra, para mí, era tan sólo:

suspensión de las clases escolares,

Isabelita en bragas en el sótano,

cementerio de coches,

pisos abandonados, hambre indefinible,

sangre descubierta

en la tierra o las losas de la calle,

un terror que duraba

lo que el frágil rumor de los cristales

después de la explosión,

y el casi incomprensible

dolor de los adultos,

sus lágrimas, su miedo,

su ira sofocada,

que, por algún resquicio,

entraban en mi alma

para desvanecerse luego, pronto,

ante uno de los muchos

prodigios cotidianos: el hallazgo

de una bala aún caliente,

el incendio

de un edificio próximo,

los restos de un saqueo

—papeles y retratos

en medio de la calle...

Todo pasó,

todo es borroso ahora, todo

menos eso que apenas percibía

en aquel tiempo

y que, años más tarde,

resurgió en mi interior, ya para siempre:

este miedo difuso,

esta ira repentina,

estas imprevisibles

y verdaderas ganas de llorar.

Las guerras suceden en el presente, pero deciden el pasado y el futuro de los que se ven envueltos en su corriente amarga de nombres, batallas, estrategias y fortunas. Todo lo conocido está en el punto de mira de las armas, y también aquello que todavía se

desconoce, quizá porque es materia pactada por los servicios secretos, quizá porque el destino no ha acabado de escribir los detalles finales de su tragedia. El coronel Aranda se había hecho dueño de Oviedo, pero la reacción inmediata de las fuerzas republicanas impidió que su victoria se extendiese al resto de Asturias. Derrotados los militares rebeldes en Gijón y Avilés, el regreso en desbandada de los mineros que habían participado en la expedición fallida a Madrid y los reflejos combativos de las organizaciones políticas de izquierdas permitieron detener el primer impulso del ejército golpista. Comenzaron a llegar buenas noticias a la mesa de reuniones del Comité Provincial de Asturias, improvisado por los sindicatos y los partidos del Frente Popular. Los obreros controlaban la fábrica de cañones de Trubia y las posiciones más importantes del Naranco. Eso resultaba decisivo. El golpe había fracasado en Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao, y eso también resultaba decisivo, por lo que existían motivos razonables para ser optimistas. El coronel Aranda era dueño de una ciudad sitiada. Le iba a costar mucho trabajo salir de la línea de defensa que había dibujado alrededor de Oviedo.

La ciudad se acostumbró poco a poco a vivir entre explosiones. Las campanas de las iglesias compartieron la propiedad del cielo con el zumbido de los proyectiles. Desde el depósito de aguas o desde el cementerio llegaban hasta las plazas el empujón seco de los cañones y las estampidas de las ametralladoras. Las balas aprendieron a silbar con la impertinencia de los golfos callejeros. La sombra de un avión o un ataque demasiado violento provocaban el revuelo de las pandillas de niños y las carreras de los mayores hacia la oscuridad de los sótanos. Pero cuando la calma volvía a las calles, el mundo tardaba poco en sentirse un lugar habitado. La calma empezaba por el silencio, por el hueco que dejaban en el aire las explosiones al cesar. Luego obedecían los cristales, siempre dispuestos, si no se habían roto, a controlar los nervios. En cuanto desaparecía su temblor, el sol reposaba, y el paisaje recomponía su figura poco antes de que los curiosos comenzaran a asomarse por la ventana. Luego, salía la gente de los edificios, los mayores formaban corros y las pandillas de niños volvían a posarse en cualquier rincón de la calle.

Conforme el verano de 1936 se acercaba al otoño, las explosiones fueron más fuertes. Los cristales y los tejados de los edificios se pusieron amarillos de esparadrapos y resistían las embestidas del viento para no romperse y caer al suelo. Las calles se convirtieron en cementerios de coches, al mismo tiempo que las nubes, cada vez más oscuras y retorcidas, adquirían el color de la chatarra quemada. Pero en los días finales de julio y en los primeros de agosto, cuando los curiosos se asomaban a la ventana después de los estrépitos de la violencia, no resultaba difícil que las cosas mantuviesen aún su compostura y que estuviesen esperando a los vecinos tal y como las habían dejado antes de su huida. Los árboles parecían reírse del miedo ajeno, como si la situación no fuese para tanto, como si no mereciese la pena salir corriendo por unas explosiones. Los niños, que vuelan como los pájaros, pero crecen como los árboles, aprendieron a quedarse quietos cuando sonaban disparos o cuando pasaban camiones con soldados hacia el frente.

El último día de julio, Ángel estaba con Pepu, Arturín y los gemelos, aprendiendo a discutir sobre las diferentes clases de armas y sobre los ruidos que comportan si son utilizadas, cuando vieron pasar al ejército, en formación perfecta, camino de Trubia. Unas horas después, los árboles y los niños del barrio, que habían seguido con inquietud la banda sonora de la batalla, fueron testigos del regreso de la tropa, con más prisa, con los ánimos más bajos, con un paso menos marchoso, y en una formación con notables imperfecciones. Ángel subió a su casa para dar el parte de la evidente derrota de los soldados de Aranda en el camino de Trubia. Pedro estaba al otro lado, tal vez alguna de sus balas había servido

para detener al coronel empeñado en apoderarse de Asturias. Existían motivos sensatos para el optimismo. Sí, parece que el golpe ha fracasado, comentó Manolo, abrazando a su madre e intentando tranquilizarla. Por primera vez sentía la fuerza necesaria para ofrecer consuelo a las mujeres de la casa. Sí, podía afirmarse que el golpe era ya un fracaso rotundo y que la población había detenido a los militares. Pero ni Manolo, ni Ángel, ni los niños de la pandilla, ni los árboles del barrio, ni los cristales de sus edificios sabían entonces que Mola y Franco, los autoproclamados jefes nacionales, habían acudido a Hitler y Mussolini para pedir ayuda, y que se habían firmado acuerdos en Bayreuth y Roma, y que ya estaban en suelo español los primeros aviones italianos y los Junker alemanes, y que la suerte de la nación se jugaba con una baraja de cartas marcadas por tintas y plumas internacionales. ¡Viva el ejército, arriba España! Sí, el golpe había fracasado, pero se estaba dando paso al tiempo inmisericorde de la guerra civil.

Es posible que Pedro estuviese junto al artillero que disparó el obús de Maruja. Aunque el azar gobierna los hilos de la vida en todas las situaciones, aprovecha las horas violentas para demostrar los recursos ilimitados de su poder. Era Manolo quien solía asomarse a la ventana para observar desde lejos los síntomas del combate en la falda del Naranco. Una llamarada casi invisible en la claridad del día, la persistencia del humo que se levantaba sin mansedumbre y se deshacía como un matorral negro en el cielo, los movimientos de pequeños puntos nerviosos como animales, figuras minúsculas que aparecían y desaparecían en determinadas posiciones de la roca o del bosque resumían la batalla, demostraban que la libertad estaba ahí, acercándose lentamente a Oviedo. Pero la libertad hería al llegar, se abrazaba a la ciudad como un gato salvaje, arañaba, dejaba escapar de sus zarpas balas perdidas y obuses. Si llega a estar Manolo volcado sobre la ventana en ese momento, descifrando los signos de la batalla bajo la luz caediza de septiembre, tal vez no hubiera hecho caso de la insistencia de su madre. Solía dilatar todos sus actos para consolarse de una forzada y corrosiva inactividad. Se enganchaba a sus libros o a cualquier cosa, a los ojos de Topín, a los trabajos de Soledad, a los cambios casi imperceptibles del campo de batalla en la lejanía o a la solidificación esquinada de sus propios silencios.

El azar quiso que no se tratase de Manolo en esa ocasión, sino de Maruja, mucho más receptiva a las angustias y los ruegos de su madre. Estaba apoyada en la ventana, con la espalda bendecida por la luz dorada y con un traje vaporoso de verano, que se adaptaba a su cuerpo, acariciaba sus muslos y sus pantorrillas, y temblaba en manos de la brisa. Pero Maruja no miraba hacia el mar, sino hacia un campo de batalla, y no era la melancolía tranquila de la belleza lo que transpiraba la carnalidad generosa de su cuerpo, sino el vértigo de un teatro de operaciones, la fascinación ante una proximidad inquietante, peligrosa, movediza, de la que iban a depender los días siguientes y el curso definitivo de los años. Maruja —recuerda Ángel que dijo su madre—, quítate de ahí, ven, vamos a rezar el rosario. Maruja, ven, apártate de la ventana. Hija, vamos a rezar el rosario, insistió su madre. El azar quiso que no fuese Manolo, sino Maruja, la que estuviese allí, frente al Naranco, inclinada sobre el alféizar y sobre el destino, para escuchar aquella tarde los ruegos de doña María. Y ya no le resultó difícil al azar añadir otro capricho afortunado, hacer que Maruja obedeciese, que se apartase de la ventana y se sentase junto a su madre en el momento más atinado de su vida, que no llegó a ser nunca un momento de pasión amorosa o de trabajo recompensado, sino de rutina doméstica, la oportunidad de buscar un rosario y de sentarse en una silla vulgar, justo antes de que un obús destrozase la ventana en la que se había apoyado y entrase en el comedor con un estrépito de maderas y de cristales

rotos.

Manolo salió de su habitación y se reunió con los demás habitantes de la casa asaltada. Todos se quedaron mirando el obús que había golpeado la ventana sin estallar y caído sobre el suelo como un pájaro muerto. La guerra es eso, un mundo que se vuelve del revés, un verano que llega o que no llega, aunque el calendario tache uno por uno los días de junio, julio, agosto y septiembre. La guerra es un día lleno de oscuridad, o una noche sin sueño, o un obús que no estalla, un artefacto cruel que le perdona la vida a los que están rezando el rosario o terminando una merienda. La guerra es eso y todo lo contrario, porque hay días repletos de luz, incluso en épocas de apagones, y noches en las que se duerme a pierna suelta por culpa de una fatiga insoportable que cierra los párpados hasta borrar el instinto de defensa, y obuses y bombas que estallan con una crueldad aterradora.

—Nos van a matar los de nuestro bando. Con estos amigos, vamos arreglados —murmuró Soledad, mientras contemplaba el destrozo y decidía el mejor modo de recomponer el orden.

Las guerras no hacen ricos a los cristaleros, porque es inútil esforzarse en devolverle la dignidad a una ventana. Los obuses dan trabajo a los buscadores de cartones, a los martillos que clavan tablas viejas, a los esparadrapos que cubren las cicatrices de los cristales para que se mantengan en pie hasta la próxima detonación. Cuando la casa se ofrece con demasiado impudor al fuego de los ejércitos, conviene defender con colchones la penosa e irregular ilusión de la vida doméstica. Eso pensó Manolo, recuerda Ángel, y cerró postigos, y clavó tablas y dispuso colchones en las ventanas más peligrosas, y luego bajó por una vez a la calle para deshacerse del obús, arriesgando un mal encuentro, porque son tan peligrosos los enemigos interiores como los amigos exteriores, y es mejor no confiarse con artilugios inventados para estallar, es mejor que no estén al alcance de un niño, o de un adolescente, por mucho que el adolescente haya demostrado su madurez y el artilugio sus buenos sentimientos.

Cuando las bombas caen del cielo, sirven de poco los colchones, las espaldas de los armarios viejos y las tablas clavadas sobre cristales rotos y marcos desencajados. Conviene que trabajen entonces las piernas, que bajen las escaleras, que suenen los tacones o los pies descalzos en busca del sótano. La oscuridad del sótano o la luz enferma de la bombilla cuando recibe todavía una gota de electricidad marcan un lugar de espera, un espacio largo, oxidado, entre el doblar de las campanas, una jaula que se llena de ruidos de motores, explosiones y alguna conversación entre vecinos, gente desolada que procura distraerse, recordar el mar de otros veranos y olvidar la presencia activa de la muerte, las pulgas y las chinches. En los primeros bombardeos, Alfonso Beaumont bajó como un vivo más, como un vivo en peligro, y se sentó en un rincón del sótano, entre todos los vecinos, acompañado de su hija pequeña, de su mujer y de Elena, una criada simpática a la fuerza, no sólo por obligación de servicio, sino porque tenía unos dientes tan grandes y tan expansivos que se veía obligada a sonreír aunque estuviese triste, aunque tuviera miedo, aunque se aplicasen en ella las pulgas y las chinches. Pobre Elena, aquella muchacha fea que se divertía sin esforzarse bajo las bombas y añadía un resto de inocencia y despreocupación a los ojos del miedo, porque miraba a los demás como si fuese una vaca paciente y cariñosa dibujada por Walt Disney. Así la recuerda Ángel, y así era la guerra.

Aunque después de muerto bajó siempre con su uniforme limpio y sus botas relucientes, Alfonso Beaumont solía aparecer en los primeros bombardeos nocturnos del verano con un pijama de seda celeste. A ver si el Negus se cansa pronto de molestar, murmuraba don Alfonso, más preocupado por la suciedad del sótano que por la amenaza de

las bombas. Sus ojos de estupor y su pregunta helada, persistente, sobre las miserias del barro y el lustre de las botas bajarían al sótano unos meses más tarde, después de que su viuda y su hija ya hubiesen conseguido huir de Oviedo por el pasillo de Grado. El Negus sorprendía a los vecinos de cualquier manera, en una rutina de segunda mano, cómodos en sus secretos domésticos, abandonados a una dejadez natural de ropa vieja, camisetas marcadas por los remiendos y camisones heredados. Las confianzas privadas se avergonzaban de sí mismas bajo la luz enferma y pública del sótano. Pero el pijama celeste de Alfonso Beaumont no tenía de qué avergonzarse, digno como un señor de las horas nocturnas y de los lechos matrimoniales, siempre dispuesto a soportar sin menoscabo una sorpresa, una llamada imprevista, la visita de un médico o la aparición del Negus.

La aparición más espectacular en el sótano, para lo bueno y para lo malo, la protagonizó la primera noche la familia de don Leopoldo, marcando un nivel difícil de superar. Con el paso de los días y de los aviones, los vecinos se acabarían acostumbrando a los bombardeos y el miedo debió de rebajar poco a poco sus exigencias de ridículo. Pero la primera noche no tuvo desperdicio. Escaleras abajo, desde la buhardilla izquierda, descendieron, para lo malo, doña Isabel sin pintarse la cara y, para lo bueno, Isabelita, sin falda, con unas bragas color carne que capturaron la atención de Ángel desde que la vio entrar con Homerito de la mano. Tal vez hubiera sido mejor que la muchacha en bragas de aquella noche imborrable fuese Menchu, la hermana más guapa. Pero unas bragas son unas bragas, e Isabel, o Cuqui, como la llamaba todo el mundo, acompañó a Ángel en aquella noche de terror, entre la vergüenza y el miedo, con sus piernas largas y su intimidad de formas adolescentes, color carne, y luego persistió en la memoria, hasta acabar en uno de sus poemas.

Así es la guerra. Una mujer se apoya sobre el alféizar de una ventana, bendecida por la luz y por la brisa, y no mira el mar, sino un campo de batalla. Una muchacha recoge sus piernas o enseña sus muslos, y no espera la mirada de un amante, sino el motor de un avión asesino. Así es la guerra, innecesaria como la humillación de una mujer a la que le gusta mucho pintarse, una dama que vive en una buhardilla, y se avergüenza de su piel, y necesita vivir como si tuviese una fortuna, como si perteneciese a una clase social más alta, con maquillaje en su rostro y en sus fantasías, toda una señora de retales y remiendos que de pronto se ve obligada a bajar sin ninguna defensa hasta un sótano con una luz enferma, pero suficiente para que los vecinos callen, o hablen del mar de un antiguo verano, o pregunten por las informaciones de la radio, mientras comprueban con el rabillo del ojo que la emperatriz está sin pintar y que tiene la piel picada. Así es la guerra, como las bragas repentinas de Isabel en el sótano.

—A ver si el Negus se cansa pronto de molestar —murmuró don Alfonso, apartando sus pupilas del rostro desamparado de doña Isabel y sin prestar atención a las bragas de Cuqui.

La guerra impone poco a poco sus malas artes y sus saberes. Las conversaciones, que en un primer momento sólo celebran los nombres de los militares famosos y de las ciudades conquistadas, se llenan después de palabras técnicas, vocablos, siglas y números que sirven para matizar un ruido, el soplo de una bala, el calado de una explosión, la importancia de un ataque. El Rubio se hizo pronto un experto en distinguir los disparos de las ametralladoras Hotkins, el silbido de los fusiles Mauser o el eco de una vieja escopeta de caza. Algunos voluntarios republicanos disparaban en las trincheras sus viejas escopetas de caza, y su explosión tímida y lejana se mezclaba con el estruendo de las ametralladoras y la puntería silbante de los Mauser. Los gemelos, Arturín, el Rubio y Ángel tardarían poco

en discutir de aviones, en mirar al cielo, hacer pronósticos y llenarse la boca con modelos vistos, leídos o escuchados, como Douglas C-2, Breguet XIX, Fokker F-VIII, Nieuport 52, cada uno con su silueta, sus motores, su ideología, pero formando una lista única, Dragon Rapide, Monospar, Potez 25, una lista única e interminable de hélices, alas, ruedas, palabras y números, Heinkel 51, Polikarpov 1-15, más conocido por Chato igual que Isabel era más conocida por Cuqui, Junker JU-52, Fiat DR-32, Letou, Savoia, muchos matices en el cielo y en las conversaciones, toda la tecnología moderna sobre las bragas de una muchacha, sobre la cara sin pintar de una señora humillada, sobre las conversaciones de los niños en las mañanas de calma.

Los nombres de los aviones se aprenden en pocos meses. Pero Alfonso Beaumont, representante del caldo de pollo Chispún, falangista con vocación de alférez provisional, no iba a tener mucho tiempo para aprenderse la lista completa de los aviones. Sólo alcanzó a pronunciar un nombre, Negus, más relacionado con la leyenda que con la tecnología aterradora de la modernidad. A ver si se cansa el Negus, decía don Alfonso en el sótano, y utilizaba una palabra abisinia, el título que se daba al emperador de Etiopía, y que había pasado desde el vocabulario de las gloriosas legiones imperiales de Mussolini al cielo de Oviedo para designar, no se sabe a cuenta de qué azar filológico o militar, al único avión republicano que bombardeaba la ciudad en los primeros días de guerra. A ver si se cansa el Negus, repetía don Alfonso, rodeado de sus vecinos en el sótano de Fuertes Acevedo, y nunca aprendió a distinguir el vuelo de los Savoia o los Polikarpov 1-15, porque tuvo mala suerte y se dejó ver en un momento inoportuno.

La guerra es así, distribuye momentos oportunos e inoportunos para dejarse ver. Manolo no quería dejarse ver, ni por los obuses que disparaban los atacantes, ni por el fusil de los defensores. Maruja no quería dejarse ver por las autoridades de Oviedo, que procuraban ver a todo el mundo y habían reclamado la presentación inmediata de los funcionarios públicos en sus oficinas o delegaciones correspondientes. No te dejes ver, no te hagas muy presente, rogaba doña María a Ángel cada vez que fracasaban los intentos de mantener encerrado en casa a su hijo menor. No te dejes ver, porque no es bueno recordarle a nadie que estamos aquí. Era mejor que nadie subiese a preguntar por Manolo, y era mucho mejor, muchísimo mejor, que nadie encontrara en el cajón de Ángel un arsenal de casquillos de bala. ¿Pero esto qué es?, preguntó Manolo, según recuerda Ángel, al verlo jugar con una copiosa colección de casquillos que había encontrado con sus amigos en la calle, junto a las trincheras, calientes después de los tiroteos o fríos en las mañanas de calma, y que había subido a la casa como un tesoro de guerra. Tira eso inmediatamente, ordenó Manolo, desencajado, según percibió Ángel, y según recuerda ahora, porque los casquillos podían hacer sospechar que se estaba disparando desde la casa. Los francotiradores, como los quintacolumnistas de Madrid, vivían también su guerra secreta desde las ventanas de Oviedo, y era mejor que no se dejaran ver.

Conviene no dejarse ver, aunque en algunas ocasiones es preciso vestirse de gala, apretarse los brazaletes, colocarse las insignias en el uniforme y las condecoraciones en el pecho, y hacerse notar ante un público partidario y fervoroso. El día 15 de agosto se retrasó el toque de queda hasta las nueve de la noche para que los cines de Oviedo pudieran organizar sesiones especiales con el fin noble de recaudar fondos en ayuda de la población movilizadada y de la intendencia del ejército. En el cine Santa Cruz, donde se proyectó *La marcha de Rakowsky*, se dejó ver el coronel Aranda, rodeado de himnos y de ovaciones enfervorizadas, centro de un público entregado que daba palmas y gritaba ¡Viva el ejército!, ¡Arriba España!, y volvía a dar palmas, y volvía a gritar, en tal confusión entusiasta que la

gente parecía gritar con las manos y aplaudir con la boca. En el Principado proyectaron *Casta diva*, y allí se dejó ver Alfonso Beaumont, con su camisa limpia, su brazalete de falange y sus botas de cuero negro reluciente. Así es la guerra, resulta muy emotivo dejarse ver bien uniformado en los lugares oportunos, pero conviene esconderse en otras ocasiones, pasar desapercibido, vivir en secreto y comerse las palabras, un ejercicio que no alimenta, pero que puede salvar la vida.

La segunda semana de octubre fue generosa con las pulgas y las chinches del sótano. Algo se estaba preparando en las líneas republicanas, porque el Negus realizó una minuciosa labor de castigo. Algunas noches pudo bajar don Alfonso Beaumont con su pijama de seda celeste. Pero después no tuvo más remedio que aparecer en uniforme de gala y sentarse entre su viuda y su hija, vigilado por la sonrisa triste de la criada. Los labios callados de Beaumont preguntaban con estupor por las miserias del barro, por la voluntad imprevisible del azar, por la mala idea de haberse vestido con su mejor camisa y de haber lustrado sus botas para dejarse ver en un acto patriótico que se iba a celebrar en el centro de la ciudad, tal vez en una iglesia, o en un teatro, o en una plaza. Daba lo mismo porque todo era un inmenso cuartel de altares, butacas y estatuas. Los ojos de Beaumont, demasiado abiertos, fijos, clavados para siempre en una mañana de octubre de 1936, preguntaban a los vecinos durante el bombardeo nocturno por las manías de cada cual, por el miedo al barro, por la decisión maldita de no saltar a la trinchera enfangada, por la imprudencia, sin duda menor en una hora de calma, de dejarse ver durante dos segundos, sólo dos segundos, exponiéndose al fuego enemigo. Así es la guerra, hay obuses que no estallan y balas que hacen blanco porque un hombre pulcro no quiere mancharse sus botas negras.

Los vecinos sintieron la muerte de Alfonso Beaumont. Fue la primera tragedia que golpeó al edificio, y todos se llevaron en la memoria el estupor de sus ojos cuando las tropas republicanas rompieron las primeras líneas de defensa y hubo que desalojar el barrio, buscar domicilios más seguros, sin apenas tiempo para recoger lo preciso, el dinero disponible, algo de ropa, algún objeto de valor, un recuerdo, la memoria triste del vecino Beaumont, el hombre simpático y bueno que regalaba caramelos a los niños y propaganda de los caldos de pollo Chispún a Soledad. Vivió en el entresuelo derecho y murió a dos pasos del portal, por culpa de la mala suerte y porque no quiso mancharse de barro las botas. Así es la guerra.

16. El jinete viajero

Eso decía el libro. Goza de la Tierra y de la vida, pues si la Tierra se queda, la vida se marcha. Ama la vida y goza la vida, y para eso piensa que la muerte es inevitable. Goza, pues, de la vida. La dicha no tiene más que su tiempo marcado. Apresúrate a gozarla. Y piensa que todo lo demás nada vale. Porque todo lo demás nada vale. Y fuera del amor a la vida, nada recogerás en la Tierra. Eso decía el libro, eso cantaban los versos del libro, con unas palabras que Ángel volvió a leer y repitió en voz alta, aprovechando que estaba de nuevo solo, en una habitación extraña, pero que le devolvía la autoridad sobre las bombillas y los relojes. No fue aquel llamamiento a la vida, o la conciencia de la muerte inevitable lo que en realidad le impresionó. Poco iba a enseñarle un libro sobre la necesidad de vivir y de morir, aunque fuese capaz de leer sus mil y una noches de historias antiguas, porque él estaba tendido en una cama que no era el lecho del rey Omar Al-Nemán, en la ciudad de Bagdad, sino un lugar verdadero, en el corazón de una guerra, con moros de carne y hueso. Estaba leyendo sobre un colchón y bajo una manta que casi rozaban el cuartel de los

regulares y los legionarios, entre sábanas que casi tocaban una trinchera en la que se moría y se mataba de verdad. En la habitación que le había prestado doña Aurorita Casero, después de los días agobiantes en casa de doña Nieves, el libro no le impresionaba por sus declaraciones de amor a la vida, porque la vida ya se había convertido en una exigencia del instinto más que en un amor. No le impresionaban tampoco los avisos filosóficos sobre la presencia de la muerte, porque no hacía falta esforzarse en recordar lo que no podía olvidarse, aquello que estaba en la calle, repetido, cruel, impúdico, delante de los ojos de cualquiera.

Con los postigos cerrados, o mejor, amurallados, y con una bombilla triste que acababa de recuperar su energía aquella misma tarde, lo que más impresionó a Ángel, lector de *Las mil y una noches* en casa de doña Aurorita, fueron las dos últimas frases del poema. ¡Porque el mundo debe ser como la habitación de un jinete viajero! ¡Amigo, sé el jinete viajero de la Tierra! Esas palabras, jinete y viajero, junto a las palabras habitación y mundo, le explicaron de golpe sus propias emociones, y por eso sonaron con más peso, como arrastrando un equipaje improvisado o incluso la historia de una vida entera, cuando las leyó en alto, agradecido de estar solo, de que su madre y Maruja durmiesen o velasen en otro lugar de la casa, de que Manolo diese vueltas bajo su propia luz o su propia oscuridad, y de que Sole abriera o cerrara los ojos en su propia noche, sin gafas y sin Topín, porque el gato había desaparecido en el desconcierto del desalojo. Ángel había encontrado unas palabras para no tener miedos infantiles, para alegrarse de haber decidido dormir solo, sin la debilidad de acomodarse en un colchón junto a Maruja y a su madre. Eso era él, un jinete viajero en la habitación del mundo, alguien que va de un lugar a otro, con temores más oscuros y sin poder arraigar su exigencia imperiosa de vida en ningún domicilio definitivo.

Tan sólo unos años después, unos meses después, la palabra jinete habría cabalgado por las praderas del Oeste, gracias a las películas y a las novelas de vaqueros, en un horizonte con diligencias, revólveres y códigos particulares. Pero aquella noche, el jinete era todavía una figura abstracta, y junto a las palabras mundo, habitación y viajero, su fantasma abierto y lejano llegó a simbolizar una existencia concreta en la voz del muchacho que leía en alto, a pocos metros de una trinchera, bajo una luz que se encendía y se apagaba sólo para él, después de unos días tormentosos, con multitudes improvisadas y sin lugares propios. Los republicanos habían roto las primeras líneas de defensa establecidas por el coronel Aranda, habían llegado muy cerca, hasta el Campo de San Francisco y la plaza de América. Los militares franquistas ordenaron el desalojo del barrio, convertido en campo de batalla, y la familia buscó refugio en casa de doña Nieves Nicieza. Luego, entraron en la ciudad unos moros que no venían de las leyendas de Bagdad, sino de los cuarteles de Ceuta y Melilla, las cosas se calmaron, no se sabe si para bien o para mal, y los vecinos pudieron regresar a la calle Fuertes Acevedo. Pero los hermanos de doña Aurorita habían aprovechado la rotura del cerco ofensivo para sacarla de Oviedo por el pasillo de Grado, y doña Aurorita, que era una buena mujer, y recordaba las meriendas en casa de los González Muñiz, pensó que un entresuelo, en tiempos de guerra, es lugar más seguro que un piso alto, siempre expuesto a las balas perdidas, y le ofreció a doña María la llave de su casa, sus colchones, sus sábanas, sus bombillas, con o sin luz, y sus ventanas amuralladas, para que se instalase allí. Todo eso había vivido en poco más de una semana el jinete viajero que cabalgaba por el mundo en una solitaria, inmensa y única habitación.

Había ocurrido así. Cuando los bombardeos y los cañonazos apretaron, y los minúsculos puntos movedizos del Naranco se convirtieron en combatientes a los que casi se les podía ver la cara desde la ventana, no hubo más remedio que cumplir la orden de

desalojo. Nadie podía asegurar que un solo árbol, una sola ventana, alta o baja, o un solo portal quedasen en pie después de la batalla. La gente se cobijó en las iglesias, se apretó en las fachadas, buscó asilo bajo los arcos y los techos de los edificios públicos, o llamó a las puertas de amigos y familiares con casas un poco más alejadas del combate. Oviedo era un pañuelo que la guerra iba devorando por los bordes, y resultaba necesario encontrar acomodo en las arrugas del interior. Doña María pensó en doña Nieves, porque sabía que doña Nieves estaba con seguridad pensando en doña María. En tiempos difíciles, conviene recurrir a la gente que piensa, sobre todo a la gente que piensa en los demás, y que puede ponerse en la piel de los otros, imaginar las complicaciones de una pariente lejana, una prima tercera, más amiga que pariente, obligada a abandonar su casa y a buscar refugio, por culpa del fuego cruzado entre los agresores amigos y los defensores enemigos. Doña Nieves sabía por Maruja y doña María que la casa de Fuertes Acevedo era desde el comienzo de la guerra un lugar peligroso, asaltado por los caprichos de la suerte. Primero fue la sorpresa de la bala, el proyectil invisible que había dejado un agujero redondo y perfecto en el cristal de la ventana, cruzado el salón, atravesado una de las rendijas del biombo y dibujado otro hueco redondo y perfecto en el cristal del aparador, antes de incrustarse por fin en la pared, sin herir a nadie, sin romper una taza de café, o una de las copas de la tía Clotilde. Luego sobrevino el susto del obús que no llegó a estallar, gracias al Santo Rosario o a las precariedades del armamento republicano. La situación se había vuelto insostenible en los últimos días, mientras balas y obuses buscaban las fachadas de la calle, se agitaba el Naranco y se levantaban los alrededores, en lo que parecía el asalto definitivo a la ciudad. Y cuando estaba doña Nieves a punto de pedir a su hija Josefina que buscara a doña María y la trajera a la calle Asturias, muy cercana, pero mucho más abrigada de los cañones, sonó la puerta y aparecieron doña María, Soledad, Manolo, Maruja y Ángel.

Serán unas horas, como máximo unos días, recuerda Ángel que dijo doña Nieves, porque los nuestros están a punto de pasar. Aquí podemos acomodarnos, habrá sitio para todos. En las horas difíciles, si se acierta a pensar en la gente que está pensando en la gente, suele haber sitio para todos en cualquier sitio. La frontera entre la compañía y el hacinamiento se diluye, porque las habitaciones más pequeñas son capaces de acoger a una multitud, a dos o tres familias que se funden y se sientan en torno a un aparato clandestino de radio, un aparato salvado de las averías y los requisamientos militares, una voz que ayuda a esperar noticias, buenas noticias que tardan en producirse, buenas noticias que no llegan, mientras pasan las horas, los días, las semanas, y todo se confunde. Las explosiones que llegan desde La Argañosa se mezclan con disparos que salen del estadio de Buenavista o de los muros arruinados del Hospital Provincial. Silencios paralizadores, acechantes, hunden sus abismos en el estallido atronador del polvorín del Naranco. La oscuridad de los apagones abraza la luz temblorosa de las lamparillas de aceite. Los dos hijos y las dos hijas de doña Nieves Nicieza se hermanan con los dos hijos y la hija de doña María Muñoz, y con Soledad, que no sabe estarse quieta ni cuando vuelve a sonar en voz baja la radio clandestina, y busca en la despensa, también con el sigilo de la clandestinidad, algo que repare las lagunas alimenticias de Ángel en los últimos días. Los domicilios hacinados demuestran que bastan pocas personas para formar una multitud. En los hacinamientos, en las casas tomadas por multitudes pequeñas, el miedo, el hambre, la inquietud, la ilusión, la espera de cada uno se pegan en la piel de los demás, en los ojos de los demás, aparecen y desaparecen codo con codo, y los sentimientos más íntimos cruzan por las habitaciones con la agitación de un impulso colectivo. La soledad y el hambre pueden llegar a desplazarse de

rincón a rincón, movilizándose y desatando el clamor de un desfile militar o de un día de fiesta.

Personas que estarían dispuestas a dar la vida por un amigo, un hermano o un hijo, se indignan y miran con malos ojos al hijo, al hermano o al amigo que cruza el pasillo, abre con sigilo la puerta de la cocina, invade la despensa y coge la última galleta, el último trozo de pan, la última sardina que naufraga en el aceite de la última lata de sardinas. Ángel experimentó y recordó siempre, según recuerda y experimenta ahora, un tiempo de grandes amores y grandes mezquindades, de entregas y egoísmos absolutos, de complicidades generosas para toda la vida y de barreras infranqueables que imponían una condena perpetua de soledad y desamparo. Son difíciles los tiempos en los que atreverse a la amistad verdadera significa poner en manos de los otros la vida de un padre o de un tío. Son difíciles los tiempos en los que se exige un acto de generosidad absoluta a los demás, para que roben por uno en la cocina o miren con los ojos y el corazón abiertos, pero sin probarlo, un plato de patatas recién fritas. Son difíciles los tiempos en los que el dolor por la muerte de un hermano es sustituido por el miedo poderoso y egoísta a quedarse solo. Son difíciles los tiempos de las casas hacinadas, tiempos que nos enseñan a odiar o a amar con una lealtad definitiva, con una raíz profunda, misteriosa, superior a la propia conciencia. Hay poemas breves que saben contar todo. Ángel explicó este vértigo de sangre, esta herencia de amores y egoísmos, en un poema breve capaz de contar todo. Se titula «Pretexto»: No fueron tiempos fáciles aquellos.

Me amamantó una loba.

¿Quién si no?

Yo no tengo la culpa
de haber bebido
desde joven tanta sed de sangre,
tanto deseo de morder la vida,
tanto amor.

Antes de disfrutar de una habitación para él solo, gracias a la generosidad de Aurorita Casero, Ángel buscó la soledad en el patio interior de la casa de doña Nieves. Los pisos bajos se llenan de ruidos callejeros, soportan las bocinas de los coches y las aglomeraciones de los portales, tienen problemas para entenderse con el sol, que casi nunca puede explicar por las mañanas si va a ofrecer un día limpio de primavera o un cielo sucio y frío de nubes grises, pero cuentan con las ventajas, impagables en tiempos de guerra, de exponerse poco al fuego amigo, y de disfrutar en frecuentes ocasiones de un patio interior, envidia de todas las ventanas del edificio, de los vecinos que se asoman curiosos y vigilan la pila de lavar, las cosas que se caen, los juegos de los niños o los trabajos de los mayores, y que se vengán, sobre todo en tiempos de paz, filtrando al mediodía el olor de los guisos y las canciones de la radio. Un edificio se ordena por pisos, ventanas, olores y canciones, que caen en vuelo libre a las losetas del patio. Cuando Ángel necesitaba respirar y huir del hacinamiento, buscaba los secretos a voces del patio interior de doña Nieves. Prefería el espionaje de las ventanas a una habitación en la que dos familias esperaban, cada vez con más urgencias, más oídos, más labios, más codos, más miradas, más murmullos, más dudas y más miedos, la entrada de los republicanos en la ciudad.

Al tercer día, cuando estaba a punto de empezar a leer un libro de islas, piratas, tesoros y naufragios, que le había prestado la hija menor de doña Nieves, cayó sobre su

cabeza una pelota de papel, que sonó como un ruido sin peso y rebotó al centro del patio. Miró hacia arriba, y vio en una de las ventanas a dos muchachos sonrientes y serios, dispuestos a bromear y a mantener una imposible actitud de inocencia.

—Perdona, se nos ha caído la pelota. ¿Nos la puedes devolver? —dijo el muchacho mayor, que tenía la cara un poco más afilada que el muchacho menor, y el pelo un poco menos largo que el muchacho menor, y la mirada mucho más traviesa que el muchacho menor, pero que no ofrecía duda ninguna a la hora de ser clasificado como el hermano un poco mayor del muchacho un poco menor. Tampoco había duda de que los conocía, de que le sonaban de algo. No sabía en dónde, ni a qué distancia, pero había visto a los dos bromistas en algún sitio. Se levantó, tomó la pelota de papel, la lanzó al aire sin alcanzar la ventana, gritó que le faltaba peso para volar más alto, insinuó que no iba a hacer más intentos, que deberían bajar por ella, y se sentó de nuevo junto a la pila de lavar para leer su libro de aventuras. Estaba a punto de conocer a un viejo lobo de mar en la posada Almirante Benbow, cuando cayó en la cuenta de que eran dos de los jugadores de *croquet* que habían aparecido la pasada primavera en el Campo de San Francisco.

Paco Ignacio y Amaro Taibo no bajaron aquel día a recoger su pelota de papel. Pero así se los presentó doña Nieves a la mañana siguiente, éstos son mis vecinos, Paco Ignacio y Amaro Taibo, los hijos de doña Elisa, creo que os vais a llevar muy bien. La calle no está ahora para jugar, será mejor que os quedéis en el patio. Los Taibo no venían a jugar a la pelota, sino a preguntar qué estaba leyendo Ángel, y para repetir tres veces cada uno que ya habían leído ese libro hacía mucho tiempo. Yo me leí *La isla del tesoro* a los nueve años, recuerda Ángel que dijo tres veces Amaro. Es una historia maravillosa, pero un poco infantil, recuerda Ángel que dijo Paco Ignacio otras tres veces, y recuerda también que después de cerrar la puerta del patio, y mientras se acercaba a la pila de lavar, le dio una patada a la pelota de papel, se metió la mano debajo del jersey y sacó un libro misterioso. A ver qué te parece esto, recuerda Ángel que dijo una sola vez Paco Ignacio antes de ponerse a leer...

Entonces la joven se desnudó, y vino hacia mí sólo con la fina camisa sobre la piel. ¡Y qué camisa! ¡Y qué bordados! Llevaba todavía el calzón, pero se apresuró a hacerlo resbalar. Enseguida me cogió la mano, me llevó hacia el fondo de la amplia alcoba, y se echó conmigo en la gran cama de oro. Y jadeante, exclamó... Paco Ignacio levantó la mirada un segundo del libro para escrutar los ojos de Ángel, que seguía con atención la lectura, y continuó enfatizando las palabras de la mujer que acababa de acostarse con tan evidentes intenciones. Ya nos está permitido todo esto, pues no es vergonzoso lo que es lícito. Y se tendió ágilmente, y me atrajo junto a ella. Después exhaló un largo suspiro, seguido de un estremecimiento, acabando por levantarse la camisa hasta más arriba de los pechos. Entonces yo no pude refrenar por más tiempo mi deseo, y después de haberle chupado los labios, mientras que desfallecía, se estiraba y cerraba los ojos, penetré en ella de parte a parte. Paco Ignacio volvió a levantar sus ojos llenos de picardía, vigiló la sonrisa de Ángel y cruzó la mirada con su hermano, para buscar la complicidad de quien ya se sabía de memoria un cuento en el que los dos habían aprendido que el oficio del gallo es comer, beber y copular.

¡Obra como quieras! ¡Soy tu esclava sumisa! ¡Anda! ¡Ven! ¡Tómalo! ¡Pon mi vida sobre ti! ¡Dámelo mejor, para que con mi mano lo haga penetrar en mí, y me calme las entrañas! Ángel, que no tenía a su alcance la página del libro, una página con la esquina doblada, llegaba a intuir los signos de exclamación en los labios y en el movimiento de ojos de Paco Ignacio, abiertos por la escenificación del asombro y cerrados por el humor. La

escena era subida de tono, casi pornográfica, y desde luego resultaba interesante el ejercicio de imaginar a una mujer pidiendo, tomando con la mano y dirigiendo por buen camino aquello que debía calmarle las entrañas. Y no cesó en sus suspiros ni en sus gemidos, entre besos, transportes, movimientos y copulaciones, hasta que nuestros gritos se extendieron por toda la casa y alborotaron la calle. Después de lo cual nos dormimos hasta por la mañana. Eso leyó Paco Ignacio, luego cerró el libro y preguntó: —¿Qué te ha parecido?

—Bueno —respondió Ángel, cazando al vuelo la intención de la pregunta, y devolviéndole por fin la pelota—, me hubiera gustado leerlo a los nueve años.

Los nuevos amigos rompieron a reír, y el buen humor dio paso a las confidencias. Reírse de alguien es un acto de desprecio y humillación, reírse con alguien se parece mucho a una muestra de respeto, y reírse con alguien en tiempos difíciles permite suponer una complicidad a salvo de bombas y de traiciones. Paco Ignacio confesó que Vicente Blasco Ibáñez, el traductor al español de la versión de *Las mil y una noches* del doctor Mardrus, había escrito que la mujer se subió la camisa más arriba de los riñones, pero que él prefería leer más arriba de los pechos, porque consideraba que la palabra pechos era mejor que la palabra riñones, más insinuante. Amaro confesó que ya sabían por doña Nieves quién era y que su hermano Pedro luchaba al otro lado de las trincheras. También ellos tenían a su padre, a su tío y a muchos amigos, como Javier Bueno, participando en la toma de la ciudad. Ya estaban ahí, en la plaza de América, sólo les faltaba doblar una esquina para conseguir la liberación de Oviedo. Ángel quedó en subir por la tarde a casa de los Taibo. Después de demostrar que no era un beato y que no se asustaba con los gemidos de las libertinas, la puerta estaría siempre abierta para él. Pero le aconsejaron que no llamase demasiado fuerte, y a ser posible con dos golpes seguidos y otro más después de contar hasta cinco.

Saber llamar a la puerta es muy importante a la hora de entrar en una casa. La policía y los militares suelen llamar con golpes rotundos, fuertes, que a veces se acompañan con gritos o con discusiones astilladas entre las culatas y la madera. Los perseguidos llaman con suavidad, con una prudencia tan cómplice que a veces llega a convertirse en una contraseña. Saber la importancia de las palabras y de los nombres es también muy importante. Desde luego, no son lo mismo los riñones que los pechos, y tampoco resulta igual de comprometedor decir Paco Ignacio Taibo, que pronunciar sin precaución, sin vigilar la cola del racionamiento o el paso inocente de los transeúntes, el nombre de Ignacio Lavilla, jefe de redacción del diario *Avance*.

La casa de doña Elisa estaba más hacinada que la casa de doña Nieves. Además de sus dos hijos varones y de una hija llamada Ana Mary, vivían en el piso de la calle Asturias la tía Ángeles, casada con Ignacio Lavilla, y una población incierta, muy incierta, tanto por lo brumoso de su porvenir como por lo difícil que resultaba calcular su número exacto. Cuando el Frente Popular ganó las elecciones de febrero, y los exiliados de la Revolución aprovecharon la amnistía para volver a su tierra, los socialistas pusieron otra vez en marcha el periódico *Avance*, para lo que se construyó una nueva sede en la calle Asturias. Era un edificio con espacios amplios, donde hubo sitio para todo y para casi todos. Se colocó la rotativa y se organizó de manera holgada la redacción, una tela de araña que tejían los periodistas cada tarde con sus preguntas, sus tazas de café, sus teléfonos, sus tachaduras y sus idas y venidas. Se hicieron también algunas viviendas para alquilar a los trabajadores del periódico. Ignacio Lavilla tuvo la prudencia de no irse a vivir al edificio de *Avance*, y alquiló un piso cercano, en la misma calle Asturias pero independiente, y a salvo no ya de las gremiales y asfixiantes murmuraciones que provoca la confusión entre la vida cotidiana

y el trabajo, sino de las pesquisas de la policía y de los militares, algo a tener en cuenta en un país como España, acostumbrado a las llamadas impetuosas en la puerta. Si volvía a cambiar la situación, no estaba dispuesto a facilitar el trabajo de los represores. Tendrían que buscarlo en otra parte. Él, que no salía nunca del periódico durante las jornadas de trabajo y que se llevaba por las noches a su casa los problemas de la redacción y de la política asturiana, quiso un refugio familiar situado en otro portal, con sus propias escaleras, sus puertas a las que llamar y sus ventanas para mirar a la calle. No se equivocó, y desde su ventana pudo ver en julio de 1936 cómo los golpistas tomaban el periódico, cómo asaltaban los domicilios particulares y cómo caían a la calle las ropas, los libros, las fotografías y los papeles de sus compañeros.

Después del desconcierto, muchas mujeres de los periodistas de *Avance*, con sus hijos, encontraron refugio en el piso de Ignacio Lavilla, que era también el piso de tía Ángeles, y de Benito Taibo, y de doña Elisa, y de sus hijos Paco Ignacio, Amaro y Ana Mary. Pensaron en los Lavilla y en los Taibo porque sabían que los Taibo y los Lavilla estaban pensando en ellos. Cuando Ángel subió a la casa de los nuevos amigos, y llamó a la puerta con suavidad, dos golpes seguidos y otro más después de contar hasta cinco, se encontró con una casa hacinada, con niños, mujeres y un hombre, un solo hombre, porque sí era verdad que Benito Taibo luchaba al otro lado de las trincheras, junto a Pedro, junto a los amigos que iban a tomar Oviedo de un momento a otro, pero no era cierto que tío Ignacio también hubiese conseguido huir de la ciudad. Una de las almas del periódico *Avance* estaba allí, en el piso de arriba de doña Nieves Nicieza, charlando con una mujer, un niño y una niña, que resultaron ser la madre y los hijos pequeños de Javier Bueno, doña Soledad, Merceditas y Ricardín, y respondiendo a las preguntas de otros niños y niñas, antiguos jugadores de *croquet* en el Campo de San Francisco. Bastaron dos golpes seguidos y otro más después de contar hasta cinco, para que Ángel viese a tío Ignacio en el salón, fuera de su refugio. Había acomodado una despensa, tapada por un armario de doble luna, una pequeña guarida en la que se encerraba cada vez que alguien no sabía llamar a la puerta, cada vez que sonaban golpes fuertes, agresivos, sin ritmo ni complicidad. Saber la importancia de las palabras y los nombres era decisivo a la hora de entrar en una casa. En momentos difíciles, en tiempos de pisos habitados por mujeres y niños, en tiempos donde los hombres se borraban porque eran hermanos, o padres, o tíos escondidos, en tiempos en los que uno iba de casa de doña María a casa de doña Nieves, y de casa de doña Nieves a casa de doña Elisa, ofrecer una amistad suponía confiar a la lealtad del recién llegado el destino de una familia, enseñar que una vida depende de las palabras que se pronuncian y de los nombres que se callan, de los comentarios que pueden escaparse en la calle y de la necesidad de aprender a escuchar la música, la complicidad, el aviso de los golpes en la puerta.

La música siempre fue importante en las puertas, los poemas y los recuerdos de Ángel. Música de la clandestinidad, de las palabras, de los bailes juveniles y de las noches interminables con una guitarra en las manos. Su primer acercamiento a la guitarra se debió al sargento-jefe de la banda de tambores y cornetas de la Legión, que entró en Oviedo el 17 de octubre, justo cuando los habitantes hacinados de las casas de doña Nieves y doña Elisa esperaban que llegasen los combatientes republicanos. Pero su primer acercamiento a la música, no muy afortunado para decirlo todo, fue responsabilidad de doña Soledad Bueno, que sabía solfear porque en su juventud había sido actriz y cupletista. Para matar el tiempo, que era lo único que aquella buena mujer deseaba matar, aunque sufriese horas de muerte, luchas y hombres escondidos, se ofreció a dar clases de música a los muchachos que se

habían quedado sin instituto por culpa de la guerra. Después de abandonar la casa de doña Nieves y de regresar a la calle Fuertes Acevedo, Ángel siguió acudiendo al domicilio de doña Elisa, si las mañanas, las tardes o las bombas se lo permitían, para intercambiar libros, esta aventura de Julio Verne por un tomo de *Las mil y una noches* del doctor Mardrus, este *Azul* de Rubén Darío por una novela de Galdós, para compartir sueños y dolores con sus amigos los Taibo, o para recibir alguna clase, más bien pocas, de doña Soledad.

No había olvidado aún que doña María Montoussé le llamaba cabeza de chorlito, cuando doña Soledad Bueno le puso el nombre de abanico de tonto. Ahí se acabaron las clases, por culpa de un nombre tan desagradable como abanico de tonto, y debido también a que, con las columnas gallegas dentro de Oviedo, y con el frente más estabilizado, el coronel Aranda pudo disponer con más profesionalidad de los destinos de la nueva España, y decidió recolectar a todos los hijos de padres muertos, encarcelados o combatientes en el otro lado de las trincheras, para abrirles las puertas del hospicio o de diversas instituciones religiosas, muy especializadas en la educación de niñas y niños con pasados familiares turbios. Hacer olvidar la mala vida de los padres y las madres, borrando las huellas del pecado, puede entenderse como una obra de caridad. La bondad del coronel Aranda, animado en su trabajo por el reconocimiento que suponía el ascenso merecido a general, hizo que los niños del diario *Avance* se encontraran con Dios y que la casa de doña Nieves estuviese cada vez menos hacinada. El silencio y la tranquilidad son buenos aliados en el aprendizaje de la música, pero el nombre de abanico de tonto lo llenaba todo de ruidos, de incomodidades y de antiguas dudas metafísicas sobre el porvenir y el futuro, incertidumbres que no había por qué aguantar en una situación de sombras muy reales, que planeaban sobre la suerte de los años, meses, semanas, horas, minutos y segundos próximos.

Doña Soledad había convencido a Ángel de que para cantar o tocar un instrumento resulta imprescindible aprender solfeo. Una buena melodía, una de esas canciones poderosas, capaces de dominar una plaza o los secretos más íntimos del corazón, depende de que la nota *do* se entienda bien con la nota *fa*, y de que el *mi* no busque sólo relaciones con el tú, el nosotros o el vosotros, sino también con las notas *re*, *sol* y *la*. Ángel se aplicó e intentó asimilar las enseñanzas de doña Soledad, pero demostró más cualidades al imitar los movimientos de la mano derecha de la mujer mientras solfeaba, que a la hora de entonar y colocar las notas en su sitio. Bastó que la mano de Ángel se desconcertara en exceso una tarde, y que empezase a subir y bajar por su cuenta como un aspaviento sin control, ya hacia la derecha, ya hacia la izquierda, para que fuese bautizado dentro del distinguido mundo de la música con el nombre de abanico de tonto, que le hirió incluso más que el de cabeza de chorlito. Comprendía los nervios de una mujer con un hijo en el frente, una mujer a la que le acababan de arrebatar a sus nietos, pero no se sentía obligado a asumir una condecoración tan antipática. Nunca es bueno cargar con nombres y apellidos demasiado vistosos, y mucho menos en tiempos conflictivos. Resultaba más seguro apellidarse González que Taibo, sobre todo cuando se conocía a la familia en la ciudad con la etiqueta de Cano. Y, desde luego, era mucho mejor responder al nombre de Ángel que a los de cabeza de chorlito o abanico de tonto. Por eso, y por algunas cosas más que faltan todavía en esta historia, retrasó su aprendizaje del solfeo, sólo formalizado al cursar las asignaturas de música necesarias para conseguir un título de bachiller maestro, y se dedicó a buscar en la poesía las razones históricas y familiares que habían hecho falta para que él se llamara Ángel González, y no abanico de tonto, ni siquiera Paco Ignacio o Amaro Taibo, aunque estuviese decidido desde entonces a compartirlo todo con ellos.

Las palabras, que fueron importantes a la hora de llamar a la puerta de los Taibo, conservaron su valor a lo largo de una vida que poco a poco dejó de ser una discusión sobre ametralladoras Hotkins, fusiles Mauser o aviones Polikarpov 1-15, y aprovechó los resquicios de la amistad y de la belleza para ponerse en manos del marqués de Bradomín, bajo los crepúsculos violetas de Juan Ramón Jiménez o los atardeceres solitarios de Antonio Machado. Pero eso ocurrió después de que las palabras provocaran también muchas desilusiones. Las palabras esconden una música que depende de los acentos y las sílabas. Equivocar unas letras puede suponer una catástrofe, un cambio vertiginoso de sentido, un horror. La pérdida de la armonía depende con mucha frecuencia de la exactitud de una sílaba, de que las letras, los acentos y los corazones encajen en su sitio. Nunca se sintió Ángel más abanico de tonto que cuando oyó gritar en la calle ¡Viva Azaña!, ¡Viva Azaña!, y llamó a Manolo y a doña Nieves, y se volcó en una de las ventanas de la calle Asturias con la intención de gritar ¡Viva Azaña! y de saludar la presencia de los combatientes republicanos en la ciudad liberada. Bueno, en la ciudad ya estaban, habían llegado en los días anteriores, dominaban el hospital, el estadio de Buenavista, la plaza de América, una parte del Campo de San Francisco. Pero ahora iban camino del casco viejo, de los cuarteles y los edificios oficiales al grito de ¡Viva Azaña! Nunca se sintió más abanico de tonto, más cabeza de chorlito, porque resulta decisivo no equivocarse con la música, con las llamadas a una puerta, con las sílabas, y al asomarse a la ventana vio desfilar a soldados de la Legión con paso firme y una bandera rojigualda, y descubrió que la gente gritaba en realidad ¡Viva España!, ¡Viva España!, y comprendió que las columnas gallegas habían conseguido romper el cerco de Oviedo, y que las temidas legiones, y los tabores de regulares, que tan mal recuerdo habían dejado en Asturias, volvían a la ciudad para consolidar las defensas del coronel Aranda. No, en octubre de 1936 no era lo mismo gritar viva Azaña que viva España, aunque la rima pudiera inducir a confusión.

Los esfuerzos de septiembre y de octubre por liberar la ciudad resultaron un fracaso militar. Los republicanos se habían dejado engañar desde el principio de la guerra por la sensación de que tenían la catedral y el café Peñalba al alcance de la mano, a la vuelta de la esquina, de que apenas bastaba con tachar un día en el almanaque de los despachos donde se redactaban los partes y las órdenes. El nombre simbólico de Oviedo pasó a la imaginación de los dos bandos una factura más costosa de lo que merecía su valor estratégico. Pero un símbolo resulta casi siempre una tentación inevitable, y tanto los que aplaudían a las columnas gallegas, como los que se desesperaban en la tristeza de una nueva desilusión corrieron a desplazar los sueños hasta un próximo combate. Estabilizado de nuevo el frente, doña María besó a doña Elisa, agradeció su ayuda a doña Nieves y volvió con sus hijos y con Soledad a la calle Fuertes Acevedo. Pero pasó solamente dos noches en su piso, porque doña Aurora, al anunciar que se marchaba, le ofreció la seguridad del entresuelo. Los militares rebeldes habían abierto un pasillo desde Grado para entrar en Oviedo, y esa lengua de tierra, que conectaba a la ciudad con otras zonas del territorio español en las que ya había triunfado la sublevación, sirvió para que muchos ciudadanos buscasen aires más tranquilos. Sin duda era un pasillo peligroso, batido por las balas, pero mucha gente se decidió a emprender la aventura. Ése fue el caso de doña Aurora, reclamada por sus hermanos.

Tampoco la viuda y la hija de Alfonso Beaumont volvieron a bajar al sótano cuando las campanas de las iglesias anunciaban un bombardeo inminente. Aparecían sólo don Alfonso, con sus botas recién lustradas y su estupor en los ojos, preguntando con insistencia sobre las razones macabras del destino, y la criada Elena, con su delantal de tela

gris, sus dientes expansivos, su sonrisa forzosa y su alegría de vaca dibujada por Walt Disney. La viuda y la hija de Alfonso Beaumont habían aprovechado también el pasillo de Grado para abandonar la ciudad, y no pudieron comprobar cómo el frío del otoño y del invierno se apoderaba de los sótanos, ni cómo Cuqui dejó de aparecer en bragas, ni cómo cada vecino llegaba a la oscuridad o a la luz enferma con su manta correspondiente. Las pulgas y las chinches encontraban más facilidades para esconderse, y a las explosiones de los bombardeos seguían después las mañanas de mantas sacudidas, golpeadas, aireadas en las ventanas del patio. Las mujeres golpeaban las mantas y provocaban el ruido de un bombardeo menor, pero no falta de violencia, porque con una pasión instintiva pretendían arrancar de la lana sucia, con cada palmetazo, con cada movimiento brusco, no sólo el polvo, las chinches y las pulgas del sótano, sino el miedo y los rencores que las noches descargaban sobre los que se habían quedado en la ciudad.

Con las ventanas y la puerta cerradas, olvidándose de los bombardeos y del batir de las mantas, Ángel encendió la luz en la habitación que le había correspondido en casa de doña Aurora, y sacó de su cartera, escondido entre los cuadernos de matemáticas y su manual de francés, uno de los tomos de *Las mil y una noches*, dispuesto a disfrutar de la tranquilidad de una vivienda sin gente hacinada y de los abrazos lujuriosos de una libertina oriental, aunque para ello tuviese que llevarle la contraria a Blasco Ibáñez y subirle la camisa por encima de los pechos. Fue entonces cuando encontró la imagen del jinete viajero. Los avisos sobre la muerte inevitable y las declaraciones de amor a la vida no podían afectarle mucho, estando acostado cerca de una trinchera en la que se luchaba hasta la locura y el agotamiento. Pero la idea de que el mundo era una habitación única y de que él cabalgaba como un jinete le hizo repetir el párrafo, leerlo en voz alta y comprender que hay palabras meditadas en la intimidad que suenan con más fuerza que los partes de la radio, los gritos en la calle, la explosión nocturna de las bombas y el estruendo de las mantas golpeadas en los patios interiores. Los cristales no tiemblan ni se rompen en estos casos, pero hay palabras que apuntan al corazón.

17. Las historias que acaban muy mal no se acaban nunca

No acabaron bien las historias de Santiago, Mohamed, los hijos de doña Nieves y Manolo. No acabaron bien, y están aquí, en el capítulo 17, como recuerdos que van y vienen, sin detener el peregrinaje de sus pies heridos por los cruces de la memoria, algunos como un dolor modesto, otros como una tragedia difícil de soportar, y hasta como una obsesión que se ha hecho presente sucesivo, carne viva, al tomar cuerpo en otro cuerpo, forma en otra forma, porque el sufrimiento invade la piel, igual que el amor, y penetra, y circula por la sangre, y conforma el carácter de sus herederos, el destino de sus hijos, que no suponen un aumento de la población ni cambian los índices de natalidad, pero sí la luz del sol, la profundidad de los ojos que miran, de las manos que saludan, de la gente que pasa por la calle o entra en una oficina, de la voz que dice soy yo cuando otra voz grita un nombre, de los dedos que aprietan un lápiz, o una pluma, o un bolígrafo, para rellenar la ficha que cae sobre la mesa, para suscribir un documento, para asumir una declaración o firmar ahí, en una recepción de hotel, precisamente ahí, donde dice el viajero.

Porque hemos llegado al capítulo 17, y debemos recordar y contar historias difíciles de recordar y de contar, historias de un pasado que se acerca por la espalda, incluso cuando uno quiere esperarlo, reconocerlo, mirar de frente sus ojos. «Todavía, la memoria alevosa», se titula un poema de Ángel González, publicado en 1992, en el libro *Deixis en fantasma*.

Hay palabras que sirven para indicar el lugar de las cosas en el tiempo y en el espacio, pronombres, adverbios y determinantes que nos sitúan aquí o allí, cerca o lejos, y nos colocan en un lugar de la frase, en este o en aquel mundo, a nosotros, a ti o a usted, según las normas de la educación, la distancia y el recuerdo. *Deixis* pesa como un término lingüístico, como el vocabulario más misterioso de la ciencia, la gramática y la retórica. Sirve para englobar las palabras que indican cosas, distancias, lugares, tiempo, relaciones sociales. *Deixis en fantasma* es la posibilidad de señalar en lo ausente, de guiar a los que nos oyen o nos leen al reino de lo ausente recordable. Porque lo que está allí a veces vigila muy cerca de nosotros, y aquella sombra respira a nuestro lado, nos pregunta, podemos ver incluso las venas rojas en el estupor de sus ojos. Andamos, vivimos, señalamos las cosas, sentimos el olor y la temperatura de un tiempo lejano, de un lugar desaparecido, que vive en un fantasma, real en su ausencia, insistente en su ausencia, como aquel sótano de la calle Fuertes Acevedo, con las paredes desconchadas y negras, que abría sus fauces entre las carboneras y la puerta de atrás de la tienda de José y Olvido...

—¿Te vas a refugiar en la filología? No es mal refugio, tiene escaleras y sótanos que se hunden en el vientre de las palabras, los corazones y las ciudades —murmura Ángel, alzando los ojos por encima de sus gafas, con una sonrisa irónica que le nace en los labios, se extiende por la barba blanca y se concentra en el dedo índice de la mano derecha, que apoya sus palabras con un movimiento negativo—. Pero no, ése no es el trato.

No es el trato, y por eso la filología no abre la puerta aquí como un sótano en medio de los bombardeos, y la historia se limita a traer los fantasmas de otro tiempo, o a vivir en fantasma bajo las luces y las oscuridades de otra edad, muerta de miedo, por culpa de los hechos que arrastra «Todavía, la memoria alevosa»: Aquel tiempo

que dejamos por muerto volvió en sí,
y me hirió mortalmente por la espalda.

Los moros llegaron a Oviedo con su algarabía, sus turbantes, sus fusiles y su mala fama. Se acuartelaron junto a la casa de Ángel, en el inmenso local de la calle Cervantes que había pertenecido a don Félix, el indiano dueño del número 8 de Fuertes Acevedo, y que perdió poco a poco su olor a vieja zapatería, a centro republicano y sede de la Coral Vetusta, para abandonarse a los aromas de la carne humana, al Ladillol, remedio eficaz contra parásitos habituales en los bajos de la vida, y a otros efluvios propios de las costumbres soldadescas. Los restos de un naufragio se desperdigaron por las playas después de una tormenta. Los moros se desperdigaron por el barrio con los restos del naufragio bélico, los frutos de una rapiña que adornaba la calle con relojes de pared, máquinas de coser, sacos de patatas y espejos en los que se habían reflejado caras sonrientes, caras de miedo, ataques de cólera, saqueos y crímenes. Un día subieron a casa de Ángel, y los gritos, los golpes en la puerta soliviantaron al vecindario. El mordisco redondo de los cañones en la madera se mantuvo durante años para dar la bienvenida a los visitantes del tercero izquierda, aunque la verdad es que no importaban mucho los buenos modales en aquel tiempo, porque la casa de doña María se quedó sin maestros desde el primer día de la sublevación militar. Es posible que los moros, que exigían la apertura inmediata de la casa, para proceder a un registro minucioso de las habitaciones, ya supieran que aquella vivienda no tendría la necesidad de adecentarse y de atender con el esplendor y la solemnidad de siempre al magisterio asturiano. Una cerradura inglesa, colocada por Pedro poco después de su regreso del exilio parisino, evitó que los visitantes avariciosos se encontraran de golpe con los tomos de la enciclopedia Espasa y con el retrato del pedagogo don Pedro González

Cano. Gracias a la fortuna, o a la generosidad de doña Aurorita, ninguna queja de mujer o de niño acentuó las ansias de saber que demostraba la ruidosa patrulla de regulares. Los habitantes del tercero izquierda estaban en el entresuelo derecha, y desde allí escucharon a los soldados bajar por las escaleras, poniendo final a un episodio menor, porque acabó bien, en medio de otras historias que acabaron mucho peor. Había demasiados domicilios a disposición de los regulares como para que se molestaran en llevar una cuenta exacta de las puertas y las visitas aplazadas. Nadie sabe lo que hubiera ocurrido si llega a estar doña María en su casa, acompañada por sus hijos y, sobre todo, en este caso, por su hija. Ya que no sucedió así, mejor ni pensarlo.

Además, no tardaron en calmarse las ansias de rapiña del glorioso ejército de África. Oviedo no era una ciudad conquistada, sino una ciudad a la que defender de los ataques enemigos, por lo que fue necesario que los legionarios y los moros aprendieran a convivir con la población. Cuando no combatían, se comportaban como ociosos paseantes dedicados a animar las calles, a desfilas, a lucir sus uniformes y sus preguntas, formuladas con una artillería confusa de raras pronunciaciones, y a esperar con impaciencia los escasos y pacíficos días de sol, que despuntaban de vez en cuando entre las nubes y el humo de las explosiones. Ángel se acostumbró a la presencia de los moros al compartir con ellos las horas de hastío y de diversión, casi siempre como testigo discreto en la taberna improvisada por José y Olvido. La sublevación había clausurado también el futuro civil y rutinario de una tienda de ultramarinos en la calle Fuertes Acevedo. Sobraban sustos, balas perdidas, ataques, contraataques, desalojos, clientela sin dinero, y faltaban provisiones. Las cajas de la fruta y las baldas de las paredes se fueron quedando vacías, como la mirada de una ciudad que no podía prestarle atención a las conversaciones y las demandas de los seres cercanos. Por fortuna, la bodega del matrimonio contaba con un fondo familiar respetable, una buena colección de botellas de vino y latas de conserva que suponía todo un tesoro, una chistera de mago con muchas posibilidades en aquellas circunstancias.

Así que José encontró ideas interesantes en las que meditar cuando se cansó de distribuir y vigilar artilugios destinados a la caza de pájaros para consumo interno. Los niños, con el ánimo juguetón muy rebajado, y convertidos de pronto en unos hombres, habían abandonado algunas costumbres de las primaveras pasadas, y sus gritos ya no recorrían los prados, que eran peligrosos campos de combate, ni el paso raudo de sus patinetes alarmaba la tranquilidad indispensable para que un pájaro bajase del cielo y se posase en mal sitio, acabando en el saco de José y en las sartenes de Olvido. Con el espíritu más sosegado, y ante el espectáculo de los soldados que entraban y salían de la calle Cervantes sin saber muy bien dónde ir, el comerciante de frutas y hortalizas en fantasma, o en ausencia, cayó en la cuenta del partido que podía sacar a las botellas de vino, las latas de conserva y los pajaritos fritos, e improvisó una taberna, que tuvo éxito inmediato, convertida desde el primer día en un centro internacional para soldados nacionales de diversas procedencias. Trini, o los pechos de Trini ayudaron al éxito del local. No resultaba difícil de entender que la hermana de José fuese la camarera más reclamada por unos clientes que sabían apreciar en sus ratos de ocio los encantos generosos de la vida, aunque, en sus horas de trabajo, se comportaran como novios de la muerte.

Los curiosos del barrio se pusieron enseguida de acuerdo en que los moros eran los clientes más exóticos. Sin perder el miedo, porque su fama legendaria se transformaba en realismo puro cuando las condiciones del drama lo exigían, Ángel se aficionó a observarles de manera discreta, bien cuando jugaba con Raquelín en los alrededores de la taberna, o bien desde las ventanas de su casa. Los veía discutir, reír, traficar, entonar canciones

extrañas y saltar sobre barreños de agua jabonosa, lavando la ropa con los pies, como si practicaran un rito ancestral. Resultaba muy pintoresca también la maniobra con la que se liaban el turbante, una habilidad femenina curiosa en aquellos soldados rudos, que envolvían sus cabezas y dominaban las vueltas de unos pañuelos interminables. Vistos de cerca, no era nada difícil comprobar que la autoridad y la jerarquía imponen también sus usos dentro de los mundos que nos parecen salvajes. La propensión a agredir mantiene siempre una amistad estrecha con la necesidad de obedecer. Vistos de cerca, aquellos soldados mostraban un miedo infantil al sargento Aixa, o al Moro Teniente, que según la fonética más usual en la taberna era el Moro Tirinti, y veneraban al Moro Santo, un individuo extraño, meditativo, de grandes barbas y grandes atardeceres, que acostumbraba a ponerse en cuclillas contra la pared de la casa de Ángel y soportaba en sus hombros el peso de la humanidad bajo el sol poniente.

El más simpático y bondadoso era Mohamed, un moro de barbas mucho más cortas, pero rojizas, que enseguida se ganó el derecho a ser el verdadero Mohamed, el único Mohamed de esta historia, aunque formase parte de un ejército en el que todos los moros se llamaban Mohamed. Le gustaba hablar con los muchachos del barrio, y pronto mostró su preferencia por Ángel, a quien un día llegó a regalarle dos patatas, un lujo inapreciable en aquellos momentos de escasez. Ángel subió a su casa con la misma rapidez alegre de los viejos y dorados tiempos, cuando los maestros le daban una buena propina después de cobrar su nómina y él salía corriendo escaleras abajo para escapar del control de doña María. Antes los tesoros corrían de la casa a la calle, mientras que en los años de guerra, si se producía cualquier milagro alimenticio, el sentido de la galopada era distinto y las piernas saltaban de la calle a la casa. La cocina se puso de fiesta, pero nadie se atrevió a dudar de que aquellas patatas, que Soledad freía y mimaba en la sartén con los nervios propios de los grandes acontecimientos, tenían un destinatario particular y exclusivo, porque Ángel iba a comérselas él solo, una por una, como ordenaban los derechos de guerra y los vasallajes familiares. Y no es que se negase en conciencia a repartir una parte de su tesoro entre los hambrientos del lugar. Es que no se le ocurrió, y nadie le dijo nada. Sole, Maruja y doña María disfrutaban más con las satisfacciones de Ángel que con un derecho tan humano como el de pensar en la propia necesidad, que las mujeres de la casa habrían confundido con el egoísmo más deleznable, y Manolo no se atrevió a romper el consenso de los mayores, basado en la idea secular de que las víctimas de las guerras son siempre los niños, o los adolescentes, según se mirase, o los niños adolescentes que en ocasiones se portaban incluso con la decisión, la sensatez y el egoísmo de los hombrecitos.

Decir nadie, todos, siempre o nunca es una temeridad en cualquier tiempo, y mucho más en días conflictivos. Decir que nadie se atrevió a dudar de que las patatas de Mohamed eran sólo para Ángel no se atiene a la verdad de los hechos. Porque cuando estaba el plato en la mesa y el único comensal sentado en la silla, dispuesto a cenar como un rey, con el tenedor en la mano derecha, la servilleta en el cuello y la familia a su alrededor, las patatas adquirieron una extraña vida independiente y empezaron a moverse, a sufrir convulsiones, a levantarse, a formar olas, a trabajar por cuenta propia, para sorpresa de su dueño y del público en general. Los misterios imborrables son aquellos que, después de los momentos de incertidumbre y emoción colectiva, afloran a la luz, salen de las profundidades, aparecen por debajo de un complot o de un montón de patatas fritas. Una cucaracha pequeña e hipócrita quiso hacer creer con su desorientación que no se había enterado de que aquel plato era una propiedad privada, apareció trabajosamente bajo las olas y se quedó mirando a la concurrencia. La risa de Manolo, el grito de Maruja y de doña María y la rapidez de

Soledad a la hora de deshacerse de tan molesta intrusa se apoderaron de la habitación, que quedó en suspenso un minuto, como meditando qué iba a ocurrir, qué debería hacerse, quién iba a dar el primer paso. Por fin, el tenedor paralizado de Ángel no dilató más el tiempo de las dudas, tomó la decisión, bajó la cabeza y embistió a las patatas con bravura, convencido de que no estaba la vida para remilgos y escrúpulos a la hora de negociar con los manjares exquisitos.

—Me parece bien que te escudes en el humor. La literatura no resiste el patetismo, y la risa ayuda a soportar los malos recuerdos —sentencia Ángel, mientras evoca el episodio de la cucaracha, un ortóptero que desde su aparición entre aquellas patatas fritas ya no podría ser identificado con el asco en la obra del poeta, sino con un extraño sentimiento de culpa, de desasosiego, propio de los seres que duermen durante el día, deambulan por la noche y aceptan la oscuridad como un tributo pagado en nombre de la supervivencia. Dos patatas significaban entonces un lujo, y más lujo todavía era contar con la amistad de uno de los moros, porque su protección no resultaba desdeñable en una convivencia tan revuelta, sobrecargada de cercanías peligrosas—. Con Mohamed podemos llorar y reír, su recuerdo es agrídulce. Peor suerte corrió Santiago.

Se refiere al sargento jefe de la banda de tambores y cornetas de la Legión. Ángel quedó impresionado en cuanto vio desfilar por primera vez al sargento, porque los malabarismos que hacía con la corneta, que giraba en su mano como un torbellino de banderines y de reflejos metálicos, eran dignos de los mejores artistas del American Cirque. Le gustó mucho encontrárselo en la taberna de José, a la que el militar acudía para consumir sus nostalgias con un vaso de vino y una guitarra. Santiago tomó por costumbre animar las tardes de los demás, mientras él se desanimaba en público, cantando historias desgraciadas de amor y de lejanía con una voz un poco gangosa, pero muy afinada, que se hacía convincente en la tristeza, como un atardecer de invierno o una cuarta copa de vino. Quizá por eso le gustaban sobre todo las canciones argentinas. Allá en la pampa grandiosa / hubo un gaucho trovador, recuerda Ángel que cantaba Santiago, reviviendo en una taberna improvisada, junto a una trinchera del cerco de Oviedo, la leyenda del payador Santos Vega.

La opinión de la tropa sobre las habilidades artísticas de la superioridad resulta siempre sospechosa, y no debe hacerse mucho caso de los bravos y los aplausos entusiastas. Tampoco hay que darle demasiado crédito a las maledicencias, risitas, comentarios y faltas de respeto de la soldadesca, porque hay quien puede aprovechar las ocasiones de ocio para vengarse de viejas ofensas recibidas y mantener contra la jerarquía opiniones que nadie se atrevería a murmurar en el patio de un cuartel o en medio de un desfile. Para valorar el arte de Santiago, sargento jefe de la banda de tambores y cornetas, parecía más oportuno fijarse en los ojos abiertos y hermosísimos de Raquelín, como hacía Ángel mientras escuchaba las nostalgias de un vals. Cuando se encontraba sin la compañía de su amiga, abandonado a los compases de la guitarra y de los versos, Ángel también mostraba sin pudor su fascinación por el artista uniformado. Como él era un cabeza de chorlito y conocía las dificultades de la música, no dudaba en quedarse junto al sargento payador, apurando sus virtudes y sus historias, sin abandonar la taberna, hasta que el toque de retreta ordenaba que los soldados volviesen a su cuartel, la taberna a su silencio de semisótano, los pechos de Trini a su camisón, José a los libros de cuentas y Ángel a su casa. Sole no protestaba mucho por las tardanzas, ya que relacionaba sus desapariciones con la búsqueda de patatas.

Todos los artistas necesitan por lo menos un espectador entregado, alguien que sepa leer, o escuchar, o mirar, o sentir, con una dedicación apasionada y exclusiva. El sargento

notó la fascinación de Ángel y, como no podía confiar en las opiniones positivas o negativas de la tropa, aceptó su amistad desinteresada y se acercó a él.

—¿Te gusta la guitarra? Si quieres, te enseño a tocarla.

—No sé si voy a poder. Doña Soledad dice que soy un desastre para la música.

—¿Y quién es doña Soledad?

—Una maestra que nos daba música en el colegio, antes de empezar la guerra.

—Pues ya verás la sorpresa que le das a doña Soledad. Te voy a demostrar lo fácil que es aprender a tocar la guitarra.

—Si ya he acabado el colegio. Ahora tengo que ir al instituto.

—No importa, le demuestras que sabes tocar la guitarra a los profesores del instituto. Basta con aprender unos acordes fundamentales. Mira, se hace así.

El sargento le dio la guitarra, le colocó los dedos sobre las cuerdas y le enseñó cuatro o cinco posturas. Con ellas y con un poco de habilidad al rasguear las cuerdas con la mano derecha, podría cantar todas las canciones del mundo, ya fuesen asturianas o argentinas, y deslumbrar a la profesora imaginaria de su colegio, y a los Taibo, y a la madre de Javier Bueno, que seguía escondida en casa de sus amigos, y a Raquelín, y a Trini, y a Mohamed, y al Moro Tirinti, y a Manolo, y a... Para deslumbrar a tanta gente hubiese necesitado prolongar las clases de guitarra y disfrutar más días de la amistad con el sargento. Pero no fue posible, porque a las pocas semanas Ángel lo vio tendido sobre la hierba, en los terrenos del hospital. Ni tenía una guitarra al lado, ni estaba dormido. Un pequeño trozo de metralla le había entrado por la nuca y le había vaciado la cabeza. Cuando alguien echó en falta al músico en la taberna y preguntó por él, Ángel oyó contar a otro legionario que su cabeza parecía una hucha.

—Sólo una pequeña raja exterior, aquí en la parte trasera del cráneo. Pero estaba hueca por dentro.

La amistad con Mohamed no acabó tan mal, aunque una vergüenza hiriente y compartida ensució las cosas. Acabaron por bajar la cabeza y no saludarse cada vez que se cruzaban por la calle. La catástrofe empezó a urdirse una tarde por culpa de unos cuantos verbos en infinitivo, cuando Mohamed llamó a Ángel, que estaba sentado en la carretilla de la antigua frutería convertida en taberna, y le dijo: yo querer preguntar algo. Hablaba así, con infinitivos y frases cortas, como si el peso de la comunicación lo debieran llevar no sus palabras, sino sus ojos negros, inquietos, evidentes, expresivos, que ondeaban por encima de los dientes blancos y de las barbas rojizas como si formasen parte de la bandera de un país exótico. Algunos moros hablaban mucho mejor. Era el caso del sargento Aixa, dueño de un castellano pulcro, tan pulido como su bigotito de militar autoritario y orgulloso. O llevaba muchos años mandando y obedeciendo en el cuerpo de regulares, o había estudiado de niño en alguna escuela del Protectorado, pero el sargento Aixa hablaba con una extraña perfección española, colocaba los infinitivos en el lugar oportuno y alargaba las frases con seguridad, esa misma seguridad que transparentaba en sus silencios, en sus miradas a Trini y en su forma de esperar el futuro con un cigarro en la mano. Después de que el destino hubiese escuchado su castellano y mirado su bigote, nadie podía dudar en la taberna de que la guerra no iba a ser para él una pelea perdida con los pequeños trozos de metralla, sino un camino glorioso hacia las condecoraciones, los ascensos y las estrellas de oficial. La tarde en que Mohamed llamó a Ángel, el sargento Aixa estaba por desgracia allí, esforzándose en que pudiesen congeniar la seguridad de su carácter y la debilidad de las miradas que dirigía a Trini. A la hora de la siesta, y sin música desde la muerte del sargento guitarrista, la taberna de José, en penumbra y casi vacía, como los días de guerra sin batallas, parecía un

templo en el que se adoraba a Trini, la diosa más tentadora del barrio.

Yo querer preguntar algo, querer hablar contigo, dijo Mohamed, recuerda Ángel, y empezó a andar calle abajo, mirando hacia la derecha y la izquierda. Se detuvieron un momento a la altura del número 6, pero Mohamed decidió que no estaban suficientemente lejos para la confidencia, no aquí, nosotros seguir, y caminaron hasta el número 4, el edificio de tres plantas donde vivían los gemelos antes de que el desalojo se los hubiera llevado a otra parte de la ciudad. Nosotros entrar, dijo Mohamed, que vacilaba aquella tarde no sólo de palabra, sino también de actos, y dudaba mucho cuando intentaba hacer o decir algo. Miró hacia el portal, volvió la cabeza para comprobar que no había nadie en la puerta de la taberna y luego dijo ven, nosotros subir hasta arriba. Al llegar frente al Sagrado Corazón de hojalata que, clavado en la puerta, amparaba la buhardilla de los gemelos, y al ver el candado que cerraba la entrada, mientras el moro se sentaba en el descansillo de las escaleras, Ángel empezó a sentir en su piel la soledad de un edificio completamente vacío, una soledad que se movía como dos ojos negros sobre sus piernas y sus pantalones cortos, como dos ojos con mucho poder de expresión, Mohamed, capaces de llegar hasta el fondo del corazón, Mohamed, y de convertir sus latidos ya inquietos en una ansiedad retumbante en las sienes, Mohamed, o en el vientre, Mohamed, o en las rodillas y los muslos, Mohamed, Mohamed, Mohamed. No era cuestión de gritar, ni de llorar, ni de salir corriendo, ni de traicionar la amistad de Mohamed, que no había hecho nada contra él y que no merecía aún una respuesta indigna y hostil. Pero sus ojos expresaban más que nunca, clavados en las piernas de Ángel, una tensión rojiza y sudorosa, igual que la barba, que tampoco podía ocultar con sus pequeños rizos una extraña lucha interior.

Cuando la angustia se había convertido ya en un miedo punzante, y el alma ardiente de Mohamed había encontrado su correspondencia en el alma helada de Ángel, la voz perentoria del soldado rompió el silencio. Dónde poder encontrar mujera, preguntó sin apartar los ojos de las piernas desnudas. ¡Dónde! ¡Mujera!, insistió con una pasión lingüística que Ángel decidió aprovechar, porque no sabía bien dónde podía ir a buscar la mujera que reclamaba Mohamed, pero estaba seguro de que le convenía hablar, no callarse, decir que sí, reconducir la situación hacia las palabras y las mujeres, para encontrar una salida a aquel miedo, a aquellos ojos, a la atmósfera asfixiante y peligrosa que se había producido en el descansillo de la escalera, ante un Sagrado Corazón inútil y un candado cruel que, desde la puerta cerrada de los gemelos, le recordaba la imposibilidad de recibir ningún tipo de ayuda de sus amigos si las cosas se torcían. La situación era tan delicada que sólo contaba con el consuelo de un refrán y se atrevió a creer en esa afirmación, mil veces desmentida, de que hablando se entiende la gente.

—Mujera, sí, creo que más abajo, por detrás del Gobierno Civil. Yo las he visto allí, y también alrededor del hospicio. Algunas enseñan los pechos.

—¿Cuánto costar mujera?

—No sé, no creas que mucho, poca cosa.

—¿Un duro?

—Sí, de sobra, un duro será más que suficiente.

—Llévale este duro a Trini —Mohamed sacó un duro de plata, lo miró y se lo puso en la mano a Ángel. El peso del duro entre sus dedos fue una bendición, porque le quitaba otra pesadumbre más angustiosa, el malestar que le había oprimido mientras el moro decidía el rumbo final de sus planes y de sus ojos. Además, el nombre de Trini era un consuelo, porque le evitaba indagar en un mundo desconocido, o engañar a Mohamed, defraudarlo en cualquier caso, desatando la inevitable venganza posterior. Ahora sólo tenía

que hacer de intermediario, dirigirse a la taberna, dar el recado y el duro, y después lavarse las manos—. Trini. Decir que yo dar a ella el duro. Tú volver con respuesta.

Y eso hizo Ángel, bajó corriendo las escaleras, respiró el aire libre, dejó que la luz del sol tranquilizara su respiración, recuperó el dominio de las piernas, subió por la calle, entró en la taberna y dejó el duro sobre el mostrador, delante de Trini.

—De parte de Mohamed. Está en las escaleras del número 4.

Trini tardó en comprender, miró a Ángel, hizo su composición de lugar, calculó las consecuencias de su reacción y rompió a gritar con una furia incontenible, quizás demasiado teatral para ser sincera. Ángel se sintió mal, muy mal, mientras escuchaba palabras como honra, honestidad y afrenta. Peor se sintió cuando, a los gritos de Trini, acudió el sargento Aixa y se enteró de lo que había ocurrido. También se puso a gritar el sargento, pero en árabe, hasta que aparecieron dos moros armados, que recibieron firmes la orden de salir corriendo hacia la buhardilla del número 4. Volvieron a los pocos minutos con Mohamed detenido, y el sargento, al que le temblaba de ira el bigotillo, empezó a golpearle con la fusta, demostrando una indignación aterradora. La sangre que brotaba de la boca y las mejillas de Mohamed intensificaba la violencia de la escena, pero subrayaba también en rojo la impasibilidad admirable con la que recibía su castigo la víctima. Algunos golpes eran tan fuertes que le hacían tambalearse y perder por unos segundos la posición de firme, recuperada de inmediato, antes incluso de sufrir el siguiente fustazo o el siguiente insulto. Después de cansarse con el ejercicio físico que siempre supone la necesidad de apalear a un subordinado, el sargento Aixa recuperó la solemnidad y dictó una sentencia de diez días de arresto para Mohamed, que había caído en desgracia no se sabe si por un exceso de bondad o de maldad. Tampoco resulta posible saber si aquel castigo ejemplar, sobrecargado de golpes verdaderos y de gritos teatrales, consiguió ablandar el corazón de Trini, tal vez impresionada por su gallardo defensor. Lo que sí es seguro es que la firmeza de Mohamed, la mansedumbre y la dignidad con la que recibió el castigo impresionaron mucho a Ángel. Lo recuerda en pie, encajando sin quejarse los golpes del destino, firme ante la desgracia. Recuerda también que después de aquel día, cada vez que se cruzaban por la calle, Mohamed bajaba la cabeza avergonzado, y él le correspondía con la misma vergüenza, sin saber muy bien por qué. Puede ser que los dos se avergonzaran de la vergüenza del otro.

La locura de los golpes del sargento Aixa debió de fascinar al destino, porque se desató en la ciudad una multiplicación vertiginosa del espanto. Llovió sobre mojado, nevó sobre las nevadas, el frío heló al frío y la muerte consumió muchos de los restos que había dejado la muerte. El mes de febrero de 1937 puso su dedo invernal en todas las llagas de la ciudad martirizada. Volvieron a arder las faldas del Naranco y las trincheras de Oviedo, mientras las pulgas y las chinches de los sótanos cumplían con las obligaciones de un trabajo gustoso y excesivo. Los republicanos quemaron sus últimas posibilidades de tomar una ciudad que estaba ahí, al alcance de la mano, cuidada, abandonada, defendida, desprotegida, humillada, ensalzada y vuelta a humillar, pero que por una razón o por otra acababa siempre manteniendo en pie sus ruinas al servicio de la patria y de la gloriosa sublevación militar. Las uñas de la represión se afilaron con una perfección metódica en el interior, aumentaron los registros y las delaciones, comenzaron los consejos de guerra, las peticiones de clemencia y las ejecuciones. El 20 de febrero, cuando el ejército amigo, o enemigo, pero en cualquier caso legal, mordía con furia al ejército enemigo, o amigo, pero en cualquier caso rebelde, se cumplió la sentencia a muerte de Leopoldo Alas, rector de la universidad e hijo del insigne autor de *La Regenta*. Fue el síntoma más ruidoso de una

represión que daba trabajo regular y organizado a los uniformes, llamaba a las puertas, invadía las habitaciones, redactaba informes, manchaba documentos, envilecía la boca de los delatores y los testigos, hacinaba las cárceles y cargaba de sombras la conciencia de los paredones, las tapias, los patios de los edificios oficiales, los descampados y las fosas comunes.

Llovió sobre mojado y la confusión se confundió con la confusión. Ángel no recuerda ahora si fue Juan, el dueño de la peluquería, quien subió para contar lo que había escuchado Agustín, el aprendiz de la peluquería, o si fue Agustín el que subió a contar lo que había oído Juan. El caso es que un falangista, abandonado a la tranquilidad íntima que conceden los sillones de barbero, acababa de confesar que esa noche iban a detener a Ignacio Lavilla, el famoso periodista de *Avance*, escondido como una rata en su domicilio, justo ahí, casi encima de nosotros. Lavilla no quiso huir y se escondió en su guarida, detrás del armario de doble luna, a esperar una visita que nunca llegó. La muerte repentina del falangista suspendió en aquella ocasión el trabajo de la muerte. Pero la felicidad que regala el destino es frágil y escurridiza, porque los golpes rotundos y sin contraseña sonaron sobre la puerta de los Taibo unos días después, y los soldados no encontraron a tío Ignacio, refugiado en su despensa, pero se llevaron a los dos hijos ferroviarios de doña Nieves Nicieza. ¿Qué hacen ustedes aquí? La explicación resultaba fácil, nada es más natural que dos ferroviarios en paro, a consecuencia de la guerra, suban a visitar y dar conversación y consuelo a las vecinas del piso de arriba, mujeres solas, abandonadas por sus maridos. Pero también es muy natural que la patrulla que persigue a una víctima con nombre y apellidos no atienda a razones cuando se queda con la miel o la sangre en los labios, y venga su desilusión de alguna manera, tal vez con amenazas, gritos, insultos, o tal vez deteniendo al primero que se ponga a mano, un pariente quizá, o quizá dos vecinos que en ese momento se encontraban de visita en la casa.

La mala suerte lo complica todo. Porque un piloto republicano desorientado puede confundirse y bombardear con fuego amigo a una compañía de soldados republicanos. El alto mando republicano puede indignarse y para evitar nuevos errores republicanos decidir que las bombas restantes se dejen caer sobre la ciudad tomada por los sublevados, causando graves daños en la población civil. La población civil puede indignarse y acudir a la puerta del Gobierno Civil para exigir venganza a un alto mando franquista también indignado y propenso a la venganza. Cuando se decide la saca y el castigo ejemplar, la patrulla encargada de la ejecución puede encontrarse en la cárcel con los dos hijos ferroviarios de doña Nieves Nicieza, detenidos por estar de visita en casa de la vecina del primero. Sería un error decir que los hijos de doña Nieves murieron sin saber por qué los mataban y quién los mataba. Pero el estupor de sus ojos está justificado cuando bajan al sótano en medio de un bombardeo, o aparecen por los pasillos de la memoria muchos años después, y no contestan preguntas, ni atienden a nadie, y se limitan a mantenerle la mirada al destino, sin amor ni rencor, una mirada vacía, infinita, sucia de fatigas y de insomnios.

Muchos años le costó a Ángel borrar el estupor de los ojos de Manolo, recordarlo como un muerto vivo de los de antes de la guerra. Nunca se sabe nada, nunca se sabe si conviene esperar o fugarse, correr hacia el enemigo en el frente o subir las escaleras de la propia casa para hacer una visita. Nunca se sabe cuál es el lugar adecuado, el tiempo idóneo, la amistad oportuna, el armario conveniente, el autobús preciso. Manolo se cansó de esperar, la represión era cada vez más metódica y las noticias aconsejaban buscar ayuda en otra ciudad. Julián Pablos estaba en León. Su compañero de estudios en Barcelona era muy rico, muy falangista, pero también muy amigo suyo. No dudaría en convencer a su

familia, dueña de un saneado imperio industrial, para que le diese amparo y trabajo. El pasillo de Grado permitía salir de Oviedo, llegar a la zona franquista después de unos kilómetros de riesgo. Había que intentarlo, merecía la pena exponerse a las balas amigas para encontrar la salvación entre los enemigos. Manolo se cansó de esperar y buscó una salida mientras llovía sobre mojado, nevaba sobre nevado y se embarraban las pólvoras de los dos bandos, confundidas en la suerte de los destinos particulares.

Pidió un salvoconducto para salir de Oviedo y se lo concedieron. Hizo la maleta y prometió enviar noticias desde la casa de Julián Pablos, cuando ya estuviese a salvo con la familia de su amigo falangista. No te preocupes, me las arreglaré para estar en contacto con vosotros, le aseguró a doña María, que tampoco supo lo que hacer o lo que decir, porque nunca se sabe nada, nunca se sabe si es mejor dejar que pase el tiempo o precipitar las decisiones de la suerte. Ya estaba conseguido lo más difícil, el salvoconducto, un papel semejante al que le permitió a Pedro huir después de la Revolución de Octubre. Aquello salió bien. ¿Y ahora? ¿Dónde estaría Pedro ahora? Quizás en Gijón, en Bilbao, en Barcelona o en Madrid. Quizás muerto o quizás vivo. Quizás se estuviese preparando para disparar sobre la carretera que permitía a los autobuses salir de Oviedo y llegar a la casa de Julián Pablos en León. Parecía difícil saberlo. Lo que no resultaba tan difícil era conseguir algunos salvoconductos, porque las autoridades habían comprendido las ventajas de evitar la detención, los días de cárcel, los consejos de guerra y las ejecuciones en el interior de la ciudad. Mejor otorgar el pasaporte, detener el autobús en alguna aldea alejada de Oviedo y cortar por lo sano, sin procesos ni peticiones de clemencia, al pie de una fosa improvisada.

Doña María esperó durante días noticias de León, una carta, un mensaje, la visita de algún desconocido, algo que hubiese podido cruzar de vuelta el pasillo Grado. La ciudad estaba nevada cuando Manolo salió de la casa y caminó en busca del autobús. Aunque las huellas que dejó en la calle eran profundas por el peso de la maleta, se disolvieron mucho antes que el estupor de sus ojos en la memoria de Ángel. La madre tardó en saber que habían parado el autobús en Salas. Tardó en saber que habían gritado en voz alta el nombre de Manuel González Muñiz. Tardó en saber la consecuencia de que su hijo hubiese respondido soy yo, una respuesta inevitable desde que la gestión del salvoconducto despertara la codicia del destino y de la policía. Aunque lo mataron la misma noche de su viaje, la madre esperó inútilmente buenas noticias de León, tardó en saber lo que había sucedido con su hijo mayor, y lo supo, además, por Ángel, un detalle que se clavó para siempre en el carácter de su hijo pequeño.

La falta de noticias dio paso a la angustia desesperada cuando doña Rosa, la madre de los García Tuñón, le comentó una mañana que su hija Ángeles había escuchado un rumor confuso que sería conveniente confirmar. Doña Rosa era una buena mujer, una buena amiga. Ni siquiera la muerte en combate de José Antonio, su único hijo varón, su ojo derecho, un vecino joven, educado e irresistible, que se había puesto una bata blanca para regentar la farmacia de la calle Doctor Casal y, por desgracia, una camisa azul para acudir a la guerra, quebró la amistad de las dos familias. La muerte estaba pasando sobre el edificio número 8 de Fuertes Acevedo, pero las madres y las hermanas se miraban con compasión, sin odios, como si estuviesen sometidas a la misma tragedia inevitable. No había rencor, sino timidez y miedo, en la madre que había perdido a su hijo y que le comentaba a otra madre una historia inquietante que había escuchado Ángeles en una reunión de falangistas, la historia de un autobús que, un día de nieve, se había detenido en Salas.

Ángel no había visto nunca al sacerdote que los recibió en el Palacio Episcopal. Era un viejo amigo de la familia, como se demostró por la rapidez con la que acudió a

atenderlos y por los saludos y las preguntas cariñosas. Era un amigo tan viejo que Ángel no lo había visto nunca. A doña María, dominada por la impotencia, se le ocurrió acudir a un antiguo discípulo de don Manuel Muñiz que había colgado los hábitos de la pedagogía para dedicarse por completo a la Iglesia. Después de redactar innumerables borradores de cartas y súplicas dirigidas a la autoridad, borradores que nunca terminó, porque tampoco iba a poder presentar en ninguna oficina, recordó la buena posición del padre Antonio, se puso el abrigo, pidió a Ángel que la acompañara y llamó a las puertas del Palacio Episcopal. Las piedras, las maderas nobles, la alfombra, el crucifijo y la amabilidad del padre Antonio, tallada por las palabras correctas y las sonrisas comprensivas, consolaron a una mujer aterrada que, sin embargo, no debía preocuparse, ya vería ella cómo todo se aclaraba, todo iba a terminar bien, como las amarguras de la guerra. Sólo había que confiar en Dios y encargarle a Ángel que se acercara de vez en cuando por el palacio, para recibir las noticias conseguidas, faltaría más, desde luego que sí, gracias a unas gestiones inmediatas y seguras.

No hubo noticias por fortuna en la primera visita, tampoco hubo noticias por fortuna en la segunda, pero la fortuna cesó en la tercera y dejó paso a la desgracia. Sí, había noticias, muy malas noticias, y estaban esperando a Ángel en la mirada encogida del padre Antonio, en los nervios de sus manos, que se retorcían los dedos con ansiedad, y en el balbuceo de la boca, que iba perfilando costosamente algunas palabras como detención, Salas, noche, tiempos enloquecidos, desgracia, voluntad de Dios y resignación. Nunca llegaría la familia a saber mucho más sobre la muerte de Manolo, nunca recibiría más datos que los comunicados en un balbuceo, nunca se calmaría el desamparo de un horror que hundió sus raíces en lo conocido y en lo desconocido, en la punta afilada de lo descubierto y en el óxido de lo ignorado que iba a infectar la herida para siempre.

Ángel salió del Palacio Episcopal con paso muerto en busca del grito desgarrador de su madre, un aullido desesperado que lo estaba aguardando en casa, que se iba a producir cuando subiese las escaleras, llamase a la puerta y le mirase a los ojos, infectados ya por el estupor de Manolo. Las malas noticias se pegan en la piel de los mensajeros, toman posesión de sus labios y su rostro, haciéndoles responsables de lo que saben, de lo que deben decir, de lo que no pueden callarse. A medida que cruzaba la ciudad, Ángel se sentía más solo y más perdido, culpable por la muerte de su hermano, como si él fuese la causa del dolor, el responsable de las balas que habían acabado con él. Sentía incertidumbre por su futuro, por lo que pudiese ocurrir con su familia, por lo que iba a hacer su madre después de gritar y llorar, por el desconuelo infinito que le iban a provocar sus palabras, las balas que alguien, él mismo, dispararía en sus palabras, la sangre que iba a brotar en sus palabras, la muerte que iba a suceder en la nieve deshecha de sus palabras, que debían acoger a un cadáver y acomodarse a la forma y al peso del cuerpo de Manolo. La angustia resultaba tan insoportable que también sentía la desorientación absoluta de su pasado, y al doblar cada esquina se cruzaba con un mundo perdido, con las figuras fantasmales de su abuelo Muñiz y de su padre Cano, con el niño que le robó la visera un día de fiesta en el Naranco, con la bofetada que le dio Manolo en castigo de sus acusaciones falsas, con las risas de Pedro después de todas sus navegaciones y su exilio, con los poemas que Maruja recitaba en voz alta, con el matrimonio que le dio la mano para que se colase en el campo de fútbol, con la victoria de la selección española, con las vacas que atemorizaban a la tía Clotilde, con el falangista que le había apoyado una pistola sobre el pecho en el jardín de la clínica donde había muerto su padre por culpa de una operación desgraciada, con el maestro que le regaló el duro de plata, con el acróbata mutilado, con las locomotoras de vapor que cruzaban el

túnel del barrio, con el poeta Rubén Darío, con Paragot y Asticot, los personajes de *El amado vagabundo*, con el ratón que, según le habían contado, se coló un día en la bota de su padre, con el gato Topín, con el río Sena, con las clases de francés y de música, con las mujeres francesas, con el mosquetón de caballería que le había puesto en las manos Pedro durante la Revolución del 34, con Indalecio Prieto, Largo Caballero, Julián Besteiro y Dolores Ibárruri, con Pepu, los gemelos y el Rubio, con la camioneta de caldo de pollo Chispún, con las mujeres desnudas del zapatero remendón, con los lugares remotos de la enciclopedia Espasa, con los minerales, las cordilleras y las lluvias, y todo lo que se iba deshaciendo delante de él, a cada paso, como la nieve manchada de sangre, porque el agua de lluvia lo deshace todo, y estaba lloviendo mucho sobre nevado y mojado aquel invierno, con una violencia secreta, pero tan eficaz como las explosiones de las bombas, y él se sentía responsable de las noticias, de las palabras que debía pronunciar, de los detalles escasos que no podía callarse.

Sálvame, le pidió Santiago, el sargento jefe de la banda de tambores y cornetas. Sálvame, le pidió José Antonio García Tuñón con su bata blanca de boticario y su camisa azul de falangista. Sálvame, gritaron los hijos de doña Nieves Nicieza, con su taza de café en la mano y su amabilidad de personas que hacen una visita a las vecinas. Sálvame, rogó Alfonso Beaumont por el altavoz de la camioneta de caldos de pollos Chispún, con sus botas recién lustradas. Sálvame, tú salvar a mí, no pegar más, le suplicó Mohamed, sin abandonar la posición de firme delante del sargento Aixa. Sálvame, recuerda Ángel que dijo Manolo, que sigue diciendo Manolo todavía, con un estupor en los ojos que no se borrará nunca del todo, con ese dolor contagioso de los desaparecidos y los muertos en tiempos de guerra, con esa herida nunca vista, pero pronunciada por sus labios, que iba a tapar durante muchos años todos los demás recuerdos, el movimiento de cabeza con el que le obligaba a obedecer a su madre, el dedo con el que le señalaba los zapatos mojados y los calcetines que debía quitarse, el vaso de leche que le obligaba a tomar, la maleta que ordenaba al marcharse a Madrid, a Barcelona o a París, la sonrisa con la que hablaba de cualquier cosa, las discusiones políticas con Pedro, el olor a tabaco de su habitación y la mano feliz que lo había llevado por las calles de Oviedo para celebrar la victoria del Frente Popular.

Las historias que acaban mal nunca se acaban. No lo sabía aún, pero ya sospechaba lo suficiente para sentirse sucio, y los palacios, las casas, los cristales rotos de las ventanas, los letreros de los comercios, los árboles y las estatuas le escupían en la cara mientras se acercaba a su portal. El pasado que parece muerto se acerca por la espalda y nos apuñala. Pasaron los años y Ángel siguió caminando hacia su casa con la misma pesadumbre y el mismo horror, con la misma culpa inocente, igual que en aquel invierno de 1937, cuando subió uno por uno los escalones hasta llegar al tercero izquierda del número 8, calle Fuertes Acevedo, y llamó a la puerta, y sintió que los ojos de su madre vigilaban por la mirilla secreta del cristal, y rogaban en silencio, sálvame, sálvame, sálvame... No dejes que se escriba nunca el capítulo número 17 de este libro, porque hay cosas que no se pueden remediar, son dolorosas, patéticas, insoportables, sin que valgan de nada los términos científicos de la filología, ni el sentido del humor, ni las coartadas de la ficción, ni siquiera el paso inevitable, lluvioso y purificador, de los años.

18. El caballo de espadas

Cuando los militares procedieron al registro de la casa de doña María, estaban con

ella Ángel, Maruja, Sole, Nieves la costurera y Blanquett. El miedo de tantos ojos, previsible desde que el teniente entró por la puerta y expuso el motivo de la visita, se multiplicó hasta el espanto al ver que la habilitada de los maestros de Siero, Cangas de Tineo y Luarca rompía en mil pedazos su papel de mujer investigada, sospechosa, débil, asustada, resignada, desfallecida, llorosa, derrotada, y se dejaba dominar por la locura ofensiva de una indignación dispuesta a cualquier cosa. La ira, mucho más fuerte ya que la prudencia y el miedo, era una desesperada forma de lealtad para todo lo que había perdido, para su hijo enterrado en una fosa, para su otro hijo destinado a las trincheras, para un tiempo roto, en el que la ilusión y la realidad habían jugado a imaginarse una familia feliz, la república que pudo ser, o un reino sin desgracias, habitado por un matrimonio lleno de amor, un hijo ingeniero, una hija maestra, otro hijo industrial, otro hijo artista y, quién sabe, tres nueras, un yerno y muchos nietos, vigilados por los ojos torpes y las gafas de culo de vaso de Soledad, la vigilante de la casa, la encargada de que se fueran cumpliendo los sueños de la vida normal, las rutinas, esas esperanzas a las que se aferra la gente para sentirse dichosa, esas humildes aspiraciones que, cuando de pronto se hunden, dan lugar al vacío y a la desesperación, y transforman el miedo en valor, la debilidad en firmeza, la resignación en deseos de gritar la verdad, el desfallecimiento en una indignación enloquecida y la derrota en las uñas afiladas de un animal acosado.

—Señora, yo no he asesinado a nadie, cuide usted sus palabras.

—Discúlpela, por favor, es muy duro perder a un hijo.

Por fortuna, Nieves la costurera intercedió en ese momento. Fue la única que se atrevió a hablar, porque no era de la familia y podía tomar conciencia de la situación, sin sentirse desleal o traidora mientras intentaba calmar a doña María. Ángel estaba aterrorizado, sentía un miedo paralizador y egoísta por lo que pudiera pasar con su madre, por la posibilidad de quedarse más solo todavía. Soledad y Maruja se esforzaban en resistir las lágrimas, suplicaban en silencio que doña María se callase, que dejara de provocar a aquel teniente que llevaba una pistola en la cartuchera, y a aquellos soldados que paseaban el cañón de los fusiles por los rincones de la casa. Pero ni Ángel, ni Maruja, ni Soledad podían decir nada, porque estaban dentro de cada palabra de doña María, dentro de su indignación y su desconsuelo. Por eso fue Nieves la que se levantó, la abrazó y pidió un perdón que nadie más estaba en condiciones de rogar.

—Acaban de darle la noticia de que ha perdido a su hijo, compéndala usted, está desquiciada, le suplico que la perdone. Ella es una mujer religiosa, nunca compartió las ideas de sus hijos. En cuanto se calme, dejará de hablar así.

Lo dijo con mucha seguridad, como alguien acostumbrado a conocer los entresijos del futuro. Dejará de hablar así, dijo Nieves, y con esa frase también dijo otras cosas sin atreverse a decirlas, sin querer decirlas, para no devolver el altercado a sus motivos más peligrosos. Nieves la costurera dijo sin decirlo que nadie volvería en esa casa a entorpecer los registros del ejército, ni a ocultar los datos que la autoridad tenía derecho a exigir y obtener. Fue un milagro que aquella mujer ingenua encontrase las palabras y la actitud justa para propiciar la salida menos dolorosa. Ángel la había visto desde niño en una esquina de la galería, balanceándose sobre la máquina de coser y repitiendo con una credulidad infantil toda clase de acontecimientos inverosímiles. La vida del barrio era un folletín mágico en su boca. Al llegar la Navidad, su madre montaba el belén en el rincón de Nieves y de la máquina de coser, y Ángel se había acostumbrado a identificar la inocencia de las figuras de barro y el papel de plata de los ríos con las opiniones inocentes de la costurera. Aquella Nieves estaba hecha de harina, como la blancura navideña esparcida sobre los tejados y las

montañas de musgo que ocupaban una vez al año su rincón.

Pero la guerra lo estaba cambiando todo, mudaba el carácter de la gente, las costumbres de la ciudad, la posición de los vecinos, sus preocupaciones e incluso sus oficios. Las casas a las que Nieves acudía para zurcir calcetines, arreglar pantalones y adecentar vestidos, se vieron asaltadas por otros descosidos más urgentes. Ante la falta de clientela, cambió los sietes de la ropa por los sietes de la baraja y se convirtió en echadora de cartas, una hábil lectora del futuro, mucho más oportuna que una modista en aquellos días repletos de novias angustiadas, novios en las trincheras, familias acosadas por las desapariciones y militares agobiados por la suerte final de sus servicios a la patria. En cada visita, y ante el estupor de doña María y Maruja, Nieves se felicitaba de la generosa avidez con la que una variopinta clientela, de toda jerarquía y condición, estaba dispuesta a adelantar el conocimiento de los sucesos y a invertir en los secretos de sus cartas.

¿Pero dónde has aprendido tú eso?, preguntaba muerta de risa Maruja, y la Nieves de harina se ganaba la admiración de Ángel cuando respondía que no pensaba descubrir sus artes, ni permitir que nadie dudara de ese extraño don oculto que le abría la verdad de los destinos ajenos. Luego, sobre todo cuando le llevaban la corriente, tardaba poco en confesar que no resultaba tan difícil leer las cartas, y que se podía interpretar el futuro sin ningún tipo de don, porque bastaba con utilizar unos cuantos trucos y aprender el significado de los números y los personajes. Bastaba con saber que el siete de espadas significa soledad, fuga, obligación de huir, destino de lobo. Claro está, advertía Nieves para no darse por derrotada, que yo nací con un don y miro a la gente, y descubro si la soledad del siete de espadas es el destino del lobo, la maldición que conduce al hospital o a la cárcel.

—Me ha salido el as de bastos —comentó Ángel después de barajar, cortar y descubrir una carta, en un tono que mezclaba la broma, la curiosidad y la provocación.

—Es la carta de la firmeza, del optimismo, anuncia una pasión fértil, una apuesta creativa, una oscura contundencia. Si la suerte mezcla el as de bastos con el as de copas, el optimismo caminará por los rumbos del amor, por las pasiones íntimas. Si sale antes el as de oros, sabremos entonces que se trata de riqueza, de prosperidad económica, de abundancia. Y si sale el as de espadas, la fortuna tendrá que ver con la justicia, con la inteligencia, con el descubrimiento de la verdad después de los malentendidos y las calumnias. A ver, déjame que baraje, corta tú, elige una carta...

—Me ha salido el caballo de espadas.

—Bien, Ángel, el caballero de pluma. Cuando le sale a una mujer, quiere decir que pronto la visitará su gran amor. Para los hombres significa otra cosa. Los libros dicen que el caballo de espadas anuncia soberbia, prepotencia, ganas de decir la última palabra, seguridad excesiva en las propias fuerzas. Pero yo te miro a los ojos y veo un caballo galopando por las llanuras interminables, y estoy convencida de que serás un gran viajero, y también un hombre de pluma, tal vez un escritor.

Ángel le devolvía la mirada y escrutaba en los ojos negros de Nieves un mundo de harina blanca. Escritor y viajero, tal vez. Aunque iba a ser difícil viajar mucho, en una ciudad cercada, en un mundo sin trenes, en unas carreteras que confundían los autobuses con las sentencias a muerte. Tal y como estaban las cosas, también iba a ser difícil convertirse en escritor. Podía darse por contento si llegaba a escribiente, oficinista, hombre de pluma y mostrador, en una ciudad en la que volvieran a abrirse las oficinas, las calles, la estación, cuando los trenes recorriesen otra vez los prados y las llanuras infinitas, como el caballo de espadas. Sería suficiente, aunque él no se sentara en ningún vagón y se limitase a verlos entrar y salir desde un andén provinciano. Pero mejor darle la razón a Nieves, mejor

creer en su as de bastos y en su optimismo, mejor apostar a que el seis de copas de la inocencia consiguiese vencer al nueve de oros del egoísmo, y a que el diez de bastos de las obligaciones y los deberes cumplidos ahuyentase al cinco de espadas de la deshonra. Mejor que el caballo significara viajes y las plumas del jinete anunciaran el éxito literario, porque así el siete de espadas no impondría su designio de soledad, ni habría que soportar la maldición del lobo en un hospital o en una cárcel.

Cuando pasaron los años, y alcanzó el prestigio de un escritor clásico, y hasta se cansó de su condición de viajero, Ángel recordó a Nieves la costurera, su buena voluntad, los trucos aprendidos en los libros y el don natural que se le reveló con las urgencias de la guerra. Ya había aprendido el poeta que la vida no se parece a una sola carta, a un caballo de espadas o a un as de bastos, sino a una baraja entera, un saco sin fondo en el que caben las oficinas y los libros, los hospitales y los trenes, el deber cumplido y la deshonra. Sabía también que el destino de los supervivientes no se juega a una sola partida, porque los años barajan, cortan y descubren cada vez una carta distinta. Todos los números y todos los palos componen una rutina única en la que se ordenan las esperanzas y los olvidos, el norte y el sur, los días de fiesta y los horarios de trabajo, las desgracias y los momentos de fortuna. Por eso hay siempre que aprender a interpretar los símbolos del mundo, y más aún cuando el caballo de espadas clava en el destino una pluma de escritor. Conviene atreverse a mirar el mundo, perseguir en el espejo las cosas que ocurren dentro de los ojos y elegir bien los hilos y las tijeras que se esconden en una mirada. Las pupilas trabajan como una máquina de coser. Las pupilas cortan el mundo a nuestra medida igual que unas tijeras. Hilos y tijeras para el siete de espadas, para un siete en una camisa o en un corazón. Cuando pasaron los años y Nieves volvió a ser costurera, Ángel se había acostumbrado ya a mantener una difícil convivencia con el «Símbolo»: Símbolo,
oscuro disfraz

del destino.
Ocho quiere decir:
Amor.
Nueve, ¡quién sabe!
Sería preciso
dejar de ser
un hombre. Pero
es sabido
—y a todo el mundo consta—
que detrás del color
amarillo
se oculta una traición:
la más frecuente. ¡Cuidado!
Engañan las palabras,
las cifras, los sonidos.
Nada es lo que parece.
El peligro
está detrás de todo.
Hará falta moverse
con mucho
sigilo

para no tropezar
con el hierro
que nos desgarraría el alma fatalmente.

El agua clara significa espera y los restos de luz en el atardecer caen sobre el olvido. Así es el mundo, un libro que debe ser leído, interpretado, descifrado, porque las cosas no sólo sirven para estar, sino también para significar, y a veces no son lo que parecen, sino mucho más o mucho menos de lo que parecen. El agua limpia, además de mojar la cara y consolar los ojos que acaban de llorar, puede repetirnos al oído la palabra esperanza. La luz del atardecer duele como el olvido de algo que acaba de ocurrir o que pasó hace muchos años. Un teniente enemigo y acanallado es capaz de apiadarse de las desgracias ajenas, de no ser un canalla, de portarse como un hombre de buen corazón, mientras una costurera ingenua llega a convertirse en adivina, una profeta de la oportunidad, que dice con exactitud aquello que es necesario decir, maestra a la hora de pronosticar y sugerir los acontecimientos que van a producirse.

Nieves la costurera se había comportado con ingenuidad incluso la misma tarde del registro, poco antes de que sonaran los golpes en la puerta y Maruja descubriera a los soldados por la mirilla secreta. Cuando quiso explicarle a Ángel el significado de algunas cartas, las historias que tejía el azar, la rara conjunción de un ocho de copas con un nueve de oros, el joven discípulo le aseguró que todo lo comprendía a la perfección, porque también había nacido con el don de interpretar las cartas y de gobernarlas en secreto, hasta el punto de llegar a decidir el orden de los números y de los palos.

—A ver, Nieves, toma la baraja, corta y mira una carta sin enseñármela.

—Ya está.

—Le he ordenado al cuatro de bastos que salga en busca de tu mano.

Los ojos de la adivina no ocultaron unos segundos de desconcierto al admitir que Ángel había acertado con la carta. Enseguida sonrió, pero qué pillo eres, dijo, y se puso a buscar una marca que explicase el milagro. Al no encontrar nada, ni una cortadura, ni una pequeña señal de lápiz, volvieron a empañar sus ojos las brumas que despiertan todos los misterios indescifrables. Barajó, cortó y tomó otra carta.

—¿Cuál es?

—El tres de bastos.

Estaban solos en ese momento. Doña María y Maruja trabajaban en el escritorio, dedicadas a examinar con atención, una por una, las fichas de los maestros. Soledad hacía milagros de verdad en la cocina, multiplicando la nada y convirtiéndola en una comida para cinco. Nieves la costurera no salía de su asombro, era la adivina adivinada, la bruja sorprendida por un hechizo superior a todo aquello que sus poderes alcanzaban a controlar. Barajó, cortó y eligió otra carta...

—La sota de copas.

¿Cómo es posible? Oye, me estás asustando, repitió Nieves la profeta, hecha otra vez con la harina de Nieves la costurera, más blanca que un invierno de juguete, hasta que Ángel le sugirió que volviese la cabeza y pudo comprobar que estaba sentada delante del gran espejo del comedor. Nada es lo que parece, pero todo tiene su explicación, una razón secreta que mueve los hilos de la realidad, y juega con las cosas, y convierte a Nieves la costurera en Nieves la adivina, para luego convertir a Nieves la adivina en Nieves la costurera, sólo por unos minutos, porque un acontecimiento, una llamada imprevista en la puerta, transforma otra vez a Nieves la costurera en Nieves la adivina, y le devuelve el don

de entender los pasos del futuro y de convencer a un teniente desconcertado de que doña María es sólo una mujer desquiciada, dolorida por la mala suerte de sus hijos, pero muy religiosa, incapaz de desobedecer a la autoridad, y mucho menos de repetir un sabotaje como el que ha cometido. Todos estuvieron de acuerdo con ella, quizá por la seguridad de sus palabras, quizá por la necesidad de encontrar una salida piadosa para salvar la situación y no caer una vez más en la crueldad irresistible que se había apoderado de sus vidas. Hasta la gata Blanquett le dio la razón. Sin duda, doña María tuvo suerte con el militar que había golpeado su puerta.

La misma guerra que se llevó a Topín en los días del desalojo propició la entrada en familia de Blanquett. La gata fue en primer lugar una vecina, porque vivía en el entresuelo derecha con la familia de Alfonso Beaumont. Los entresuelos eran un lugar privilegiado para los gatos y los amantes. Una ventana abierta permitía entrar y salir, componer ocasiones de fuga o maquinar citas sin excesivas complicaciones. Una ventana abierta ayudaba a aprovechar la libertad de las calles o la intimidad de los dormitorios. Cuando Beaumont murió y las columnas gallegas abrieron el pasillo de Grado, su viuda y su hija abandonaron la ciudad, buscando el olvido y la calma en otras tierras menos peligrosas. La casa se quedó al cuidado de la gata y de Elena, la criada, que despidió a su señora con su tristeza sonriente y pacífica, tan parecida a las vacas de Walt Disney.

Elena dejaba una ventana abierta del entresuelo derecha para que saliese la gata. No tardó el vecindario en advertir que los postigos del paso fronterizo servían también para que entrase alguien en la casa. Debe de ser algún moro, comentó una de las hermanas García Tuñón, sin demasiado margen de error. La pobre Elena, con sus dientes excesivos y su timidez de muchacha fea y desamparada, había descubierto el amor en medio de los desórdenes de la guerra, y no resultaba previsible que fuese con un alemán, uno de esos moros rubios, según les llamaba la gente, que de vez en cuando abandonaban sus aviones y entraban en Oviedo con ánimo de fiesta y la mirada azul y orgullosa de las razas elegidas. El responsable de la barriga debía de ser un moro muy moro, alguien que hablase en infinitivo y que estuviese dispuesto a consolarse con una sonrisa sin posible consuelo. La barriga creciente de Elena se convirtió en un motivo generalizado de curiosidad, porque no era fácil imaginarse el fruto de un cruce entre una vaca de Walt Disney y un moro moro, pero moro con seguridad, según remachó Trini desde el mirador de la taberna. Si aquel conflicto internacional había imaginado alguna vez la conquista de una raza y de un espíritu perfectos, los resultados empezaban a ser descorazonadores.

Nieves la profeta tuvo el buen gusto de no opinar sobre el futuro de este enigma biológico. Doña María también se apiadó de la suerte de Elena, que saludaba con vergüenza en la escalera o en el sótano, y se acostumbraba al crecimiento de su barriga entre sonrisa y sonrisa. Los ojos inquisidores del barrio se quedaron con las ganas de comprobar sus augurios, porque Elena desapareció un buen día, abandonando la casa, sin esperar a que se cumplieran los nueve meses de aquel desafortunado folletín. Antes de su desaparición, nadie supo con certeza si estaba triste o alegre, y si se arrepentía de haber aprovechado las circunstancias de la guerra para abandonarse a las tentaciones del amor o del sexo. Nunca le hizo a nadie ninguna confesión, pero tal vez tenga algún significado el hecho de que dejara al irse una ventana abierta para que la gata se buscara la vida.

Como no sólo de amor viven las personas y los gatos, Maruja se hizo cargo del último miembro de la familia Beaumont, y le puso el nombre de Blanquett en recuerdo de la protagonista huérfana de *El amado vagabundo*, la novela que tanto había impresionado a Ángel. Cuando, después de la noticia de la muerte de Manolo, doña María convirtió su

dolor en coraje y decidió abandonar el entresuelo de doña Aurora, para volver al tercero izquierda de la familia Cano, o de la familia González Muñiz, según quisieran los vecinos o los documentos oficiales, la gata Blanquett pertenecía ya al grupo de amados vagabundos que, como Berceus Nibbidard Paragot en los trigales de Europa, intentaban sobrevivir de escalera en escalera.

La situación estaba cada vez más confusa, pero algunos sentimientos eran cada vez más claros. Doña María decidió volver a su piso dominada por una rabia profunda que no la empujaba al odio, sino a la necesidad desesperada de enfrentarse a la muerte. Estaba decidida a evitar las ejecuciones que dependieran de su mano, de su miedo, de su obediencia, de su quietud, de su fichero de maestros, de los datos que ella poseía como habilitada de los concejos de Luarca, Siero y Cangas de Tineo. Era el único modo de acompañar a Manolo en su muerte, en la soledad que habría sentido, y que ella se imaginaba con una angustia inconsolable, al ser obligado a descender del autobús. Nadie sabría nunca nada, pero ella se repitió mil veces, detalle por detalle, lo que nadie sabría nunca, lo que sintió Manolo al ser interrogado, al ser encerrado, al encontrarse en una habitación cualquiera convertida en celda, al ver que lo sacaban de madrugada y lo conducían campo adentro. Nadie sabría nunca nada, pero ella oiría mil veces el ruido de la llave, la frialdad de las voces, los zapatos caminando por la nieve, el espanto repentino de los disparos y el golpe del cuerpo al caer. Olía la pólvora, veía sus ojos abiertos, notaba la presencia silenciosa de la luna, y escuchaba el frío, el paso de los animales asustados, la conversación indiferente de los desconocidos que regresaban a Salas después de la ejecución. Oía, veía, olía, sentía, mordía todo lo que nadie supo nunca, pero que ya estaba allí, en el bolsillo del salvoconducto de Manolo, en la maleta de Manolo, en el último beso de Manolo antes de ponerse la pelliza, en la espalda de Manolo cuando se perdía por la calle y la nieve camino del autobús.

Por eso tuvo la necesidad de acompañar a su hijo y de enfrentarse a la muerte. Doña María cerró la casa de doña Aurora, abrió la suya, buscó una cuchilla de afeitar, se dirigió al escritorio, sacó el fichero y raspó una por una las cuotas de afiliación política de los maestros, para que su propia tinta y sus letras de niña bien educada no se convirtiesen en denuncia, y las siglas de un partido político o de un sindicato no desataran los ruidos de la noche, las voces imaginadas y el olor de la pólvora mezclados con la hierba nocturna. Se acercaba la primavera de 1937 y todavía resultaba posible encontrar un rastro de esperanza bajo las palabras oficiales de los partes de guerra. Tal vez los militares rebeldes fuesen derrotados en Asturias y la aniquilación de los maestros republicanos nunca llegara a producirse. Merecía la pena ganar tiempo, enturbiar las pesquisas, raspar las siglas deladoras, y eso hizo doña María, que pensó más en su dolor que en su conveniencia a la hora de volver a su casa para enfrentarse con las fichas.

Luego la esperanza rodó por los suelos, cayó sin posible engaño, como cayó el frente del Norte, como cayeron Bilbao y Santander, como se hundieron las líneas de defensa en las sierras orientales. La ilusión fue entonces una forma de no aceptar del todo lo que ya se sabía, de engañarse sin engañarse para retrasar la derrota definitiva, de evitar que el tiempo de la humillación se sumara al tiempo del dolor y de la rabia. Cuando a finales de agosto el Consejo de Asturias declaró su soberanía plena, muchos habitantes de Oviedo pensaron que en realidad se habían quedado solos, viviendo en una ciudad sitiada dentro de una región sitiada. No costaba mucho trabajo identificar soberanía plena con soledad absoluta. Las tropas republicanas que sitiaban Oviedo estaban a su vez sitiadas por las tropas franquistas, y el cerco se iba estrechando día a día, noticia a noticia.

Doña Nieves Nicieza había conseguido esconder su aparato de radio, salvarlo de los registros, y conectaba en secreto con Emisora Gijón para buscar informaciones alentadoras y encontrar una manera de seguir acompañando a sus dos hijos muertos. Ángel, por indicación de doña María, se acercaba a la calle Asturias y le pedía a doña Nieves que le contase los últimos detalles, los datos de las batallas perdidas y las previsiones mentirosas o demasiado optimistas del Gobierno. Aquella mujer no estaba hecha de harina, sino de mármol y de azúcar, porque daba buenas y malas noticias, pero siempre concluía con un convencimiento desesperado e íntimo: —Hay que se animar, Ángel, hay que se animar.

Los Cuerpos de Ejército XIV y XVII vienen a salvarnos, hay que se animar. Se está librando una gran batalla en El Mazuco, hay que se animar. Hemos perdido El Mazuco y el puerto de Pajares, hay que se animar. Han preparado una gran evacuación de niños para salvarlos de la guerra, irán a vivir a Francia y a la Unión Soviética, don Pablo Miaja va con ellos. El viejo pedagogo salía del país para cumplir en el destierro sus últimos servicios y agotar hasta la extenuación su fe en las palabras escuela, infancia, progreso y España. Ángel se acordaba de don Pablo, el amigo de su madre, el tío de Pedrito, el director del Grupo Escolar donde él mismo había estudiado, y se imaginaba a los niños subiendo por una escalera de barco y sacando un pañuelo, y calculaba con facilidad el espanto y el frío de las aguas en el puerto de Gijón, la profundidad de las olas, el vértigo de alejarse de la guerra y la muerte, sí, pero también, y tal vez para siempre, de la propia vida. Ángel pensaba en las madres, las hermanas, los hijos, los amigos, y recordaba el hacinamiento de las casas de doña Nieves y de los Taibo cuando acogieron a su propia familia, y comparaba ese hacinamiento con la soledad triste de la habitación en la que ahora se oía una radio en voz baja. Pero qué le vamos a hacer, hay que se animar, aunque los moros rubios de la Legión Cóndor arrasasen las últimas defensas y los moros moros hayan conquistado por fin Covadonga. Hay que se animar, aunque el frente se desplome a finales de octubre y se acabe la guerra en Asturias. Hay que se animar, mientras dure la resistencia en España, en ocasiones con alegría, porque, ¿lo sabéis ya?, el 7 de enero tomamos Teruel, y en otras muchas ocasiones con tristeza, porque Teruel se tomó sólo una vez, y además volvió a caer en manos de los rebeldes el 22 de febrero de 1938, cuando se cumplía un año de la muerte de Manolo. Hay que se animar, Ángel, hay que se animar.

Doña María no trataba de animarse, sino de darle una orientación a su dolor, cuando cerró la casa de doña Aurora y raspó las siglas políticas en las fichas de los maestros. En aquellos días aún era posible mantener algo de esperanza, intentar que la liberación de Oviedo llegase antes que la represión definitiva. Con una cuchilla de afeitar, de forma metódica y sin darle una oportunidad a las dudas y al arrepentimiento, pasó a la clandestinidad en compañía del Partido Socialista Obrero Español, el Partido Comunista de España, Izquierda Republicana, la Confederación Nacional del Trabajo y la Unión General de Trabajadores. Ella conocía bien toda la historia guardada en cada partícula de papel, sabía cuántas conversaciones, cuántas estrategias y cuántos sueños desaparecían en sus borraduras, en las pequeñas heridas, ásperas y descarnadas, que iban quedando en la superficie de las fichas. No había empezado aún el tiempo de la humillación, aún se vivían meses de rabia, y no importaba que las raspaduras provocasen una denuncia inevitable al ser descubiertas, si con ello entorpecía por unas semanas las persecuciones y los pasos de la muerte.

Cuando los militares procedieron al registro de la casa, doña María estaba con Ángel, Maruja, Sole, Nieves la costurera y Blanquett. Hasta la gata sintió la angustia que iba manchando las habitaciones, mientras los soldados recorrían el piso para dominar la

situación y comprobar si había algún hombre escondido. La incertidumbre de quien registra un domicilio y no sabe lo que va a encontrar se estrella contra la certidumbre de quien ve registrado su domicilio y sabe lo que van a encontrar. Suele tratarse de una incertidumbre que provoca agresividad y de una certidumbre que provoca miedo. Doña María era consciente de que iban a pedirle el fichero de maestros, pero también sabía que ni Pedro ni Manolo estaban en sus habitaciones. Estaba segura, sobre todo, de lo que no iban a encontrar en su casa. Por eso se olvidó de los fusiles, y de las dos estrellas del teniente, y de la denuncia clara que suponían las raspaduras de las fichas.

Maruja y ella habían intentado en los días anteriores, cuando la rabia dejaba paso a la prudencia, enmascarar en lo posible la situación. Con pequeños papeles de lija, con limas de uñas, incluso con migas de pan, procuraron disimular las raspaduras. Pero no se conseguía nada convincente, resultaba imposible ocultar la manipulación, por lo que decidieron raspar en otras partes de las fichas, intentar que la manipulación no se identificase sólo con las afiliaciones políticas. Quedó un fichero sucio, borrado, herido, confuso, muerto, como aquellos meses, como aquellos corazones, como aquellos oídos que amanecían y atardecían esperando un golpe en la puerta. El miedo de doña María desapareció al ver los uniformes en su casa. El teniente preguntó por el fichero y doña María le indicó con tranquilidad la mesa de su despacho. Ya no estaba dispuesta a mentir, ni a pedir perdón, ni a ofrecer explicaciones convenientes. Estaban en su casa, entre sus recuerdos, en los dormitorios de sus hijos. Cuando el militar descubrió que las afiliaciones políticas habían desaparecido y amenazó a la habilitada por el sabotaje, doña María olvidó todas las excusas, los argumentos pensados durante las noches de insomnio y los prudentes consejos de Maruja.

—¿Sabotaje? Ustedes son unos asesinos. Han matado a mi hijo y no quiero que otras madres sufran lo que yo estoy sufriendo.

—Señora, yo no he asesinado a nadie, cuide usted sus palabras —murmuró el teniente, sorprendido por la reacción de la mujer.

De pronto se había quedado sin uniforme, sin pistola, sin autoridad. Era sólo un hombre de unos cincuenta años, envuelto en sus propios recuerdos y en sus desgracias, desamparado dentro de su autoridad, sin fe ni juventud para participar en una cruzada. Los himnos caen sobre las ciudades y los ejércitos, movilizan a las multitudes, imponen dogmas, ofrecen justificaciones colectivas. Pero hay momentos en los que uno se queda solo consigo mismo, segundos que se convierten en un cristal a punto de romperse, en un espejo en el que aparece el propio rostro, que asiste desde fuera al instante de apretar un gatillo, de dar una orden, de provocar la muerte de una mujer, y todo deja de tener sentido, y se comprende entonces el miedo de una familia y el terror de un adolescente que teme perder también a su madre, quedarse solo en medio de una guerra y una derrota. Los insultos, los gritos desesperados que no cesaban, que se repetían una y otra vez como un arrebató de locura, ustedes son unos asesinos, han matado a mi hijo, no desataron la indignación, ni alimentaron el orgullo, sino la soledad, la imagen desencajada de alguien que no encontró fuerzas para decidir, ni motivos para asumir la tragedia en la que se había visto envuelto. Aquel hombre agradeció más que nadie la intervención de Nieves la costurera, las excusas que no justificaban nada, pero que facilitaban una salida ante él mismo, ante la mirada expectante de los soldados y ante la firmeza heroica que la patria le reclamaba.

—Espere aquí noticias nuestras, tendrán que decidir mis superiores. Y tire esas fichas, señora, que ya no sirven para nada.

Doña María no quiso cruzar durante meses la puerta que había cerrado el teniente. No tiró las fichas cuando comprendió la locura que había significado conservarlas en ese estado, y que hubiera sido mejor inventar una excusa para su desaparición, sino cuando aceptó que la guerra estaba perdida, que era inútil esperar el regreso de un tiempo cancelado, el tiempo de Manolo, Pedro, los maestros, la normalidad y la ilusión cotidiana de sentirse dentro de la alegría. De vez en cuando, como en una negociación íntima con su propio naufragio, le pedía a Ángel que fuese en busca de noticias a casa de doña Nieves Nicieza. Pero, sobre todo, se dedicó a deambular por la casa, a sentarse en su butaca, a evitar la calle y a dejar que pasaran los meses. Por dos veces encontraron calma los fríos del invierno y el calor del brasero, disolviendo sus ánimos en las ascuas de unas primaveras tristes. Hay que se animar, Ángel, dile a tu madre que hay que se animar.

El 17 de junio de 1939 llegó la Virgen de Covadonga a Oviedo. Un joven comunista había descubierto la imagen de la Santina en la Embajada española de Francia poco antes de que las autoridades franquistas tomaran posesión del edificio y, como la guerra estaba perdida, prefirió informar de su hallazgo, hacer una visita a la iglesia de la Misión Española en París, para asegurar el regreso de la imagen al santuario. Como había ocurrido con tantas obras de arte, el Gobierno republicano quiso evitar su destrucción, alejándola del campo de batalla, y la evacuó al extranjero, igual que a los niños en peligro. Se acertó sin duda en este caso. La lucha entre el ejército moro y los defensores de Covadonga había sido encarnizada.

Pronto corrió por la prensa y por Asturias que la Virgen se había salvado de las hordas marxistas, que había sido recuperada en París y que estaba preparándose con todo esplendor su regreso a Asturias. La Santina entró a España por Irún el 11 de junio. La estaban esperando, para arrodillarse ante ella con devoción, Carmen Polo, esposa del Caudillo y héroe máximo de la reconquista, el obispo de Oviedo y los requetés del Tercio Nuestra Señora de Covadonga. Se organizó entonces una procesión de veinticinco días para santificar los pueblos y los campos de batalla de Asturias, humillados por la violencia de los rojos. A Oviedo llegó la Virgen el 17 de junio. Como reclamaba la situación, se organizaron importantes celebraciones y festejos, muestras de fervor protagonizadas por el Cabildo Catedralicio, el Ejército, la Diputación, el Ayuntamiento, la Universidad, el Colegio de Abogados, la Falange y, sobre todo, por el entusiasmo de la población, mujeres de ropa negra y velo, hombres de chaquetas grises y corbatas piadosas, y niños vestidos de domingo, orgullosos del brillo de sus zapatos, que se confundían con el cuero de los correajes y la magnificencia de los uniformes. Como el resto de las ciudades españolas, Oviedo disfrutaba de la Victoria.

Maruja aprovechó la conmoción provocada por la presencia de la Virgen en la ciudad para convencer a su madre de que saliera a la calle. Las dos mujeres se vistieron de negro, se colocaron el velo y caminaron hacia la catedral, acompañadas por Ángel, al que le relucían los zapatos y su camisa de domingo. Abriéndose paso en el tumulto provocado por la procesión de aquel día, vieron pasar a la Virgen, custodiada por el obispo, don Manuel Arce Ochotorena, y por un tabor de sacerdotes, entre los que ocupaba lugar preeminente el bueno del padre Antonio. Como el final de la primavera regalaba a la ciudad heroica una temperatura agradable, los fieles no llevaban ropa de abrigo. Así no hubo peligro de que doña María reconociese entre la multitud devota la pelliza de Manolo, la prenda de abrigo que se había colocado después de los últimos besos y antes de coger la maleta, abrir la puerta y encaminarse hacia el autobús. Había cosas, detalles familiares y pormenores históricos que entonces no se comentaban. España había cambiado de conversación. La

memoria no formaba parte de las costumbres públicas, sino de los dolores privados, de lo que ocurría en un mundo escondido, en otro lugar, el país del silencio, que acababa de fundarse y empezaba a respirar, a moverse, a sentir, mientras aprendía a custodiar sus secretos bajo las banderas, las bandas de música, los altares, la humillación y el uso cotidiano de la obediencia. Debieron pasar muchos años, procesiones, desfiles, muertes, nacimientos, una baraja interminable de amaneceres y atardeceres y, por fin, unas elecciones democráticas eternamente deseadas, para que se le acercase a Ángel, a la salida de una de sus lecturas de poemas, una señora muy anciana, hija de la maestra de Salas. Conocía desde niña a su familia y quería contarle algo. En el pueblo llegó a saberse que un vecino había vivido los últimos inviernos de la guerra y los primeros de la posguerra abrigado con la pelliza de su hermano Manolo. Se la robó después de matarlo, dijo, y le contó algunas historias de aquel personaje. También se llamaba Manolo. Era un canalla, un pistolero legalizado y con patrulla al que el pueblo le volvió la espalda por vanagloriarse de sus detenciones y sus asesinatos. Llegó a matar a gente muy cercana. La vieja doña Amparo, una vecina que lo conocía desde niño porque era la madre de su amiga Enma, se abrazó a sus piernas cuando fue a buscarla. Ay, Manolín, no me mates. No se preocupe, doña Amparo, contestó él, no lo va a sentir, será un tirín de nada.

19. El desarrollo y la resistencia en un otoño interminable

—Me falla la memoria, no fue así, te lo he contado mal. Ahora me doy cuenta de que mi madre salió a la calle antes de junio de 1939, porque yo conocí a Manolo Lombardero en 1938. La recuerdo dentro de casa, durante dos años salió muy poco, casi nada. Luego salió mucho para hacer gestiones, visitar a gente, presentar pliegos de descargo o cumplir con las estaciones de Semana Santa. Yo la acompañaba, íbamos de una calle a otra, de mostrador en mostrador. El último año de la guerra, después de la muerte de mi hermano y del episodio de las fichas, lo pasó en casa, pero alguna vez debió de salir, porque fue ella la que presentó a Paco Ignacio en la librería Cervantes.

Los conceptos de desarrollo y de resistencia son muy importantes en la teoría de la bicicleta. Llámase desarrollo al espacio que recorre la bicicleta cuando sin deslizar (patinar) la rueda de pedales da una vuelta completa. Llámase resistencia a la oposición que encuentra su movimiento debido al aire, a los rozamientos exteriores que pueden considerarse constantes y a los rozamientos internos. Durante algunos años estuvo la bicicleta muy en boga, organizándose carreras de velocidad y resistencia que lograron apasionar al público aficionado a los deportes. Hoy ha disminuido extraordinariamente el entusiasmo, y la bicicleta ha pasado a ser un instrumento de pura utilidad, en especial para aquellas personas que viven lejos del sitio donde trabajan, así como para servicios de reparto de telegramas, correos y periódicos.

Desarrollo y resistencia fueron también dos palabras que marcaron la adolescencia y la juventud de aquel grupo de amigos. Necesidad de callar para resistir, de resistir para buscar trabajo, de buscar trabajo para combatir la pobreza, de combatir la pobreza para alimentarse y desarrollarse, en un pedaleo contra la enfermedad y el otoño muy obstaculizado por los rozamientos exteriores e interiores. Doña María no quiso ni pensar en la posibilidad de que Ángel abandonase los estudios para trabajar, y estuvo dispuesta a cualquier sacrificio. Su hijo menor debía matricularse en el instituto. Cuando la economía se puso cuesta arriba, empezó una época de poco desarrollo, lo cual resulta conveniente en las escaladas ciclistas, pero demasiado peligroso si se trata del futuro de los hijos. El

desarrollo es decisivo, pues viene a representar la presión media que debe ejercerse sobre los pedales. También es de la mayor importancia el dinero necesario para mantener una casa, un domicilio tranquilo en el que un adolescente pueda estudiar, y alimentarse, y acabar de crecer, sin obstáculos excesivos para la salud de su formación intelectual y de sus pulmones. Doña María no quiso ni pensarlo, y Soledad mucho menos, porque sus gafas de culo de vaso, preocupadas siempre por las malas visiones del destino, y sus regañinas, tan severas como fugaces, sólo escondían el amor de una madre. Su facilidad para el enfado estaba motivada sobre todo por su deseo de perdonar.

—Señora, yo tengo pocos gastos, no voy a ningún sitio y no necesito nada. Todo lo que me hace falta lo encuentro en la casa. La verdad es que he ido ahorrando mi sueldo, y ese dinero está a su disposición. Hágame el favor de contar con él, porque es suyo.

Eso dijo Soledad cuando doña Elisa, la madre de los Taibo, pidió a doña María que le ayudase a buscar un trabajo para Paco Ignacio. Era muy complicado ganarse la vida en aquella situación. Doña Elisa y la tía Ángeles cosían, arreglaban ropa, vendían pequeños broches que fabricaba el tío Ignacio. Su habilidad artística le permitía modelar flores y pequeñas figuras con miga de pan, osos, muñecas, que luego coloreaba. Las acuarelas hacían milagros en las miniaturas. Ignacio Lavilla había estudiado Bellas Artes con un convencimiento absoluto en su vocación, porque pensaba que no iba a servir para otra cosa. Antes de que los problemas económicos de sus padres le obligaran a ganarse la vida en el periodismo, la verdadera ilusión de su juventud había sido la pintura. Los caprichos de la guerra, que lo mantenían escondido y sin posibilidad de trabajar en el periódico, fueron la causa de que sus manos se consagrasen de nuevo a las labores artísticas. La realidad lo condenaba a minúsculos trabajos forzados con miga de pan.

Como los ingresos de la familia no alcanzaban a cubrir ni la renta del piso, fue necesario buscar una colocación para Paco Ignacio y Amaro, y enseguida se pensó en la buena amistad de doña María con Alfredo Quirós, el dueño de la librería Cervantes. También pensó Soledad de forma muy decidida que, mientras ella dispusiese de sus ahorros, Ángel podría permitirse el lujo de volver a estudiar en cuanto se abrieran las puertas del instituto. Las ideas sociales sobre el lujo y los artículos de primera necesidad pueden cambiar mucho. Después de una derrota, ilusionarse con el lujo no significaba pensar en un buen coche, una casa de campo, una querida o un abrigo de pieles. Basta con la suerte de vivir para colorear osos y flores, o la alegría de contar con unos pequeños ahorros para que un adolescente, nieto, hijo y hermano de pedagogos pudiese estudiar. El bachillerato no estaba al alcance de todos, y a los hijos de los periodistas de *Avance* se les puso muy cuesta arriba el camino de los expedientes escolares. Los huérfanos no padecieron ese problema, ya que enseguida se les abrieron las puertas del Hospicio y de algunas instituciones religiosas. Pero no fue el caso de los hermanos Taibo. Dos años después de que deslumbraran a los niños del Campo de San Francisco con su juego de *croquet*, Amaro encontró empleo en una farmacia y Paco Ignacio en la librería Cervantes.

La amistad de Alfredo Quirós y María Muñoz era sólida. Cimentada en la simpatía y en el interés laboral, su relación había sido provechosa para los dos. Don Alfredo mimaba a doña María, una cliente especial, no sólo por sus compras, que eran metódicas y abundantes, sino porque sus amables indicaciones propiciaban que numerosos maestros acudiesen a la tienda en busca de lo que no podían encontrar en pueblos y aldeas. Por aquel entonces, la librería Cervantes era conocida en Oviedo como la Casa de los Maestros. Corrían buenos tiempos para la educación, no faltaba el dinero, los escaparates y los estantes se llenaban de novedades, y resultaba imprescindible estar al día, porque los libros

de texto se renovaban con criterios modernos y la literatura infantil había alcanzado un prestigio republicano. La habilitada, que veía cumplidos a buen precio y con prontitud sus pedidos de material escolar, le encargaba también al librero la impresión de los recibos que firmaban los maestros al cobrar su sueldo, o al hacerse cargo de las remesas de lápices, libretas, manuales y mapas solicitadas por los municipios. En la carpeta azul que guarda los documentos de la familia González Muñiz, entre partidas de nacimiento y defunción, actas notariales, contratos y expedientes académicos, se conservan algunos recibos suministrados por la librería e imprenta Cervantes. Provincia de Oviedo. Partido Judicial de... Ayuntamiento de... Escuela pública de niñ...s de... Importe íntegro de material... ½ por 100 de Habilidadación... 1,30 por 100 de pagos al Estado... He recibido del Habilitado Doña María Muñiz González, cantidad de... pesetas, y... céntimos, por el importe del material del... trimestre del año 193... A... de... de 193... Maestr... Son... pesetas y... céntimos.

Don Alfredo era un buen hombre, un librero culto y generoso que se esforzaba en servir a sus clientes y en superar una tartamudez muy molesta a la hora de atender el negocio. Cuando los nervios acentuaban sus dificultades de expresión, se valía de algunas muletillas que daban a las conversaciones del mostrador un aire divertido y entrecortado. Que vaya, que vaya, que vaya, era su recurso lingüístico más eficaz para sostener el tiempo exigido por sus respuestas y sus preguntas, prologadas o rematadas finalmente con otra coletilla, desde luego, desde luego, desde luego, que caía sobre el mostrador en forma de abreviatura misteriosa, de logo, de logo, de logo, con un aire casi geográfico.

—Que vaya, que vaya, que vaya. De logo, de logo, de logo.

Cuando doña María jugaba a impacientarse, por el pequeño retraso de un pedido, dejaba que don Alfredo diese sus costosas explicaciones, muy cargadas de que vayas y de logos, y después cortaba por lo sano.

—Ni que vaya, ni de logo, vamos, que no están los impresos.

Ángel y doña María acompañaron a Paco Ignacio a la librería Cervantes para presentárselo a Alfredo Quirós y pedirle trabajo. Allí conocieron a Manolo. Era con seguridad un día de 1938, no se sabe si de primavera, otoño o invierno, pero desde luego la guerra no había terminado aún en España, y faltaban algunos meses para que la Virgen de Covadonga pasase por Oviedo camino de su santuario. En aquel tiempo no resultaba extraño que los días se confundiesen en un gris rutinario y triste, una atmósfera de hojas secas y hastíos amarillentos que unificaba todas las estaciones en un otoño perpetuo. No era difícil borrar las tardes calurosas de verano o las mañanas frías de invierno en una espesura paciente, monótona, sucia, de silencios repetidos y humillaciones domésticas. Los años se limitaban a pasar y a encogerse de hombros. Sólo alguna noticia ambigua de Pedro llegaba a perturbar el ánimo impasible de la familia. Según parece..., según parece pudo salir de Gijón, según parece está luchando ahora en Cataluña, según parece lo han visto en un campo de concentración en el sur de Francia, según parece..., comentarios imprecisos que llegaban de tarde en tarde y sólo servían para echar algo de leña en el fuego de la incertidumbre, un fuego condenado a las cenizas frías del otoño.

El tiempo neutro, paralizado en una eterna confusión gris, facilitaba la anestesia de los sentimientos. Había que defenderse del temor a la dureza de un invierno que, no se sabía bien, tal vez vigilaba desde los recuerdos más crueles o tal vez amenazaba desde el futuro con las brasas de las peores sospechas. Ángel González escribió mucho sobre el otoño. En el año 2002, llegó a publicar un libro titulado *Otoños y otras luces*. Jugó a imaginarse y a describir el paso quebradizo del verano al invierno, las jerarquías de luz y de color, los grados de la belleza y la melancolía, los estados de ánimo fundados en la

renovación o en la despedida, matices impuros de la naturaleza y del corazón. Pero cuando escribió el poema «Entonces», y recordó la factura del tiempo vivido después de la derrota, todo quedó neutralizado. Hasta la memoria del matiz, la memoria del carmín, el violeta, el oro, el ocre, sirvió para aludir a un otoño interminable, a la confusión de todas las estaciones en una sola estación, al reloj que movía sus agujas para vivir detenido sobre una hoja seca que no llegaba nunca a caerse: Entonces era otoño en primavera

o tal vez al revés:

era una primavera semejante al otoño.

Azuzadas de pronto por el viento,
corrían veloces las sombras de las nubes
por las praderas soleadas.

Inesperadas ráfagas de lluvia
lavaban los colores de la tarde.

¿De cuándo ese carmín que fue violeta?

¿De dónde

el oro que era ocre hace un instante?

Los silbos amarillos de los mirlos,
el verde desvaído al que apuntaban,
la luz, la brisa, el cielo inquieto:
todo nos confundía.

Con un escalofrío repentino,

y temor, y nostalgia,

evocamos entonces

la verdad fría y desnuda de un invierno

no sé si ya pasado o por venir.

Fue en un día cualquiera de ese otoño interminable, pero mucho antes de junio de 1939, cuando doña María se encaminó al número 7 de la calle Doctor Casal para buscarle trabajo al amigo íntimo de su hijo. Paco Ignacio Taibo recordó aquel episodio en sus emocionantes memorias juveniles, *Para parar las aguas del olvido* (1982). Cuando llegaron a la librería y le plantearon el asunto a don Alfredo, un muchachito pálido, con la nariz torcida y los colmillos un poco dados a draculizarse, se interesó desde lejos por la conversación. Había tardado poco en comprender que su puesto como dependiente de la librería Cervantes corría peligro por culpa de la recomendación apasionada de aquella señora, que pretendía hacer un favor a un amigo sin pensar en las consecuencias de su ruego.

—De logo, de logo, doña María, que vaya que sí, pero es que ya trabaja aquí, que vaya, que vaya, Manolo, desde hace un año —se defendía el bueno de Alfredo Quirós con su tartamudez acentuada.

—No se equivoque, Paco Ignacio es muy inteligente, más inteligente que ese muchacho, estoy segura. No sabe usted cuánto ha leído ya, será una ayuda perfecta para la librería.

—De logo, que vaya que sí —empezaba a compadecerse el dueño, tanto del jovencísimo Paco Ignacio, que consideraba un mal menor, o casi un lujo, colocarse en una librería, como de doña María, que estaba esgrimiendo su influencia, cuando una nueva

situación la había separado ya de los maestros y de los pedidos de material escolar. No se valía de la autoridad de las clientas especiales, sino de su amistad, de sus recuerdos, de sus visitas a la calle Fuertes Acevedo. Don Alfredo estaba nervioso porque sabía que por nada del mundo iba a negarle ahora un favor. Cargaría, sin necesidades laborales, con otro dependiente—. Manolo está encargado, de logo, que vaya, está encargado de ir con una carretilla a por los pedidos...

—Pero este muchacho es más culto, será un buen dependiente, deberá ganar más y...

—Que vaya, que sí, doña María, de logo, pero Manolo ya estaba aquí.

Mientras Paco Ignacio y Ángel esperaban el resultado de la visita, Manolo escuchaba preocupado la decisión de su jefe y doña María intensificaba sus explicaciones muy convencida de la legitimidad de su causa, Alfredo Quirós encontró una solución decente para el laberinto en el que se había encontrado sumergido aquella mañana. Después de asegurar, que vaya, de logo, que su aprendiz era también muy inteligente y muy leído, se ofreció a contratar a Paco Ignacio con un sueldo mensual de cuarenta pesetas. Se encargaría de recoger los paquetes y de ayudar en las tareas de la librería. Iba a ser un buen compañero de Manolo a la hora de atender a los clientes, buscar libros o montar crucifijos, que de nuevo eran artículos de primera necesidad en las escuelas de Asturias.

Así entró Paco Ignacio a trabajar en la librería Cervantes, y así conocieron a Manuel Lombardero, un cómplice para toda la vida. Al grupo formado por Ángel, Paco Ignacio y Amaro se había sumado también, antes de la aparición de Manolo, un muchacho algo mayor que se llamaba Benigno Canal y trabajaba en la herrería de su familia. Era muy fuerte, estaba acostumbrado desde niño a golpear con el martillo sobre el yunque. El hierro y las llamas de la fragua habían entrado en su carácter, en los pliegues de sus emociones, inclinándolo a los sentimientos arrebatados y a las pasiones contundentes. Quizá por eso fue el que más disfrutó con la literatura rusa, con las novelas de Turgueniev, Gogol, Andreiev y Dostoievski, que don Alfredo dejaba sacar de la librería al grupo de amigos. Cuando los sábados por la tarde se reunían a comentar sus lecturas en casa de los Taibo o de Ángel, Benigno Canal llegaba en bicicleta, porque su casa y la herrería quedaban lejos del centro, y con una novela en el bolsillo, historias de un mundo fabricado por los resplandores y las sombras. El manillar de la bicicleta es generalmente de una sola pieza cuando se fabrica de hierro niquelado y tiene formas diferentes según se le destine a paseo o a carreras. Cuando el tiempo de permanencia sobre la bicicleta es considerable, resulta conveniente llevar un manillar mixto, esto es, que permita dos posiciones al ciclista. El deporte de la bicicleta practicado con moderación es saludable, pero sin ella es muy peligroso. El sillín ha de ser cómodo para evitar irritaciones (prostatitis); el manillar no ha de ser muy bajo, para lo cual las manecillas y el sillín se disponen generalmente a igual altura.

A Benigno Canal le habían asesinado a un hermano y tenía a otro en la cárcel. Además de la literatura, la necesidad de soportar el otoño perpetuo reunía al grupo en las casas, los cines y las puertas de la cárcel. También sufría cautividad un tío de Manolo llamado Sandalio, nombre que puede resultar extraño en muchos lugares del idioma español, pero no en esta historia. Además del tío de Manolo, así se llamaba sin ir más lejos el padre del mismísimo Belarmino Tomás, el soberano rojo de Asturias. Cuando entró a trabajar Paco Ignacio Taibo en la librería Cervantes, después de la escena de doña María, Manolo quiso evitar problemas y calculó las ventajas de que el nuevo aprendiz, lector voraz e inteligentísimo, le considerase uno de los suyos. Por eso le regaló un libro prohibido, *Flor de leyendas* de Alejandro Casona, y le contó la historia de su famoso tío Sandalio Suárez.

Huérfano de padre, por culpa del tifus, desde el mismo año de su nacimiento, Manolo se había criado con su madre, doña Regina, al amparo de los tíos Sandalio y Amado. Pero este amparo no resultaba muy tranquilizador, porque sus compromisos revolucionarios, sobre todo los de Sandalio, habían empujado a la familia de un sitio a otro, de castigo en castigo, de expulsión en expulsión, de Teverga a Turón, de Turón a Mieres, sin un trabajo duradero. Al cumplir Manolo siete años, y ante unas perspectivas más bien borrascosas, negras como un río utilizado para lavar carbón, doña Regina decidió marcharse a Oviedo, con la ilusión de ganarse la vida como costurera. Madre e hijo siguieron desde la capital de Asturias la historia paradójica de Sandalio y Amado.

Muy comprometido con las reivindicaciones obreras, Sandalio ya fue expulsado de Teverga después de la huelga de 1917. El castigo cayó también sobre el marido de su hermana Angelina, el tío Amado, un hombre mucho menos inquieto a la hora de entregarse a las causas sociales y siempre dispuesto a aceptar y sufrir la realidad injusta de la vida. Pocos años pasaron hasta que Amado tuvo que resignarse a abandonar Turón y buscar casa en Mieres, sufriendo de rebote una nueva expulsión de su cuñado. Los fontaneros tienen bastantes facilidades para lavarse las manos, pero, en aquella ocasión, de nada le sirvió a Amado su experiencia laboral, porque se vio obligado a soportar por dos veces los castigos de su cuñado periodista. El agua resultaba tan sucia como la tinta.

Sandalio fue corresponsal de *Avance* e informador puntual de las represiones que sufrían los militantes socialistas y los dirigentes del sindicato minero. Se hizo famosa la indignación del sargento de la Guardia Civil, sobrecargada de gritos en las calles y de puñetazos en los mostradores, mientras recorría Mieres de cabo a rabo y amenazaba a Sandalio con llevarlo a la cárcel y obligarle a comerse su maldito periódico. También se hizo famosa la respuesta pública del corresponsal: «Eso, teniendo los galones suyos, señor sargento, es muy fácil hacerlo, pero no lo es tanto cuando no se tienen o se tienen con dignidad». Al estallar la revolución de 1934, la familia esperaba que Amado se sentase en la puerta a esperar con resignación el desenlace de los acontecimientos y que Sandalio se sumara de una forma decidida a la lucha. Pero ocurrió lo contrario, lo que nadie se hubiera atrevido a predecir, y fue Sandalio quien, con una calma desconocida, se quedó en la casa y Amado quien se apresuró a pedir un fusil para participar en la contienda.

Cuando volvió de la revolución fracasada, con una caja de compases para sus hijos y un juego de café para su mujer, fruto de algún requisamiento popular, Amado se enteró de que su cuñado estaba detenido en el cuartel de la Guardia Civil. La paliza que recibió Sandalio sirvió de lección para Amado. Después del golpe militar de 1936, y desencadenada la guerra, consideró prudente tomar las armas y volcarse de nuevo en el combate. Sandalio prefirió quedarse otra vez en la retaguardia, y allí lo encontró el ejército franquista al consumarse el hundimiento republicano. El fiscal pidió pena de muerte, el abogado defensor veinte años de cárcel, y el fallo del juez buscó una solución intermedia al condenarlo a cadena perpetua. Amado fue a visitarlo muchas veces a la cárcel. Para entonces ya trabajaba como un empleado modélico del Ayuntamiento de Mieres. Había vuelto a casa después de la derrota, sin que las autoridades llegaran a enterarse de su participación airada y temeraria en las trincheras. Cuando llamaron a su puerta, no iban a detenerlo, sino a pedirle que arreglara una avería causada por los rojos en el servicio de aguas de Mieres, y sin llegárselo a creer del todo, por un golpe de suerte y de silencio, pasó de prófugo en peligro a fontanero municipal. Las retaguardias de Sandalio resultaron mucho más crueles que las trincheras de Amado. Pero los dos suponían un buen argumento para que el grupo de amigos recibiera con una alegría cómplice a Manolo. Gozaba de

magníficos antecedentes familiares. Fue el inicio de una amistad dorada, hecha con oro de ley, y no con purpurina barata, como el juego de café, glorioso botín revolucionario, que Amado le había ofrecido a su mujer en octubre de 1934.

La amistad puede ser también un botín de guerra, casi el único al alcance de los vencidos. El grupo que recibió a Manolo estaba cimentado por la experiencia de un tiempo hostil, un vértigo marcado por las desgracias, los familiares muertos o escondidos, los secretos, las cartillas de racionamiento y los libros. Juntos habían descubierto en el Campo de San Francisco a un matrimonio paseado, arrancado de su casa por la noche, ella con el camisón azul lleno de sangre, él con el puño derecho amputado, en castigo por haberse atrevido a cerrarlo ante las pistolas de sus asesinos. Un hombre desesperado cierra el puño para buscarle un sentido último a su muerte, y los verdugos dejan su rabia ahí, como un desperdicio siniestro sobre la tierra, separada del muñón que sobresale por la manga del pijama. Juntos lo habían visto, y juntos habían soportado los bombardeos y las horas más difíciles de la guerra, buscando consuelo en las bailarinas de *Las mil y una noches* o escribiendo narraciones policíacas de argumento compartido, que el tío Ignacio ilustraba y encuadernaba en forma de libro. Juntos habían guardado la cola de la leche en la calle Cervantes, juntos habían aprendido a no hacer comentarios peligrosos delante de desconocidos o a esconder los dibujos de sus libretas ante los soplones callejeros. La mirada simpática de un curioso podía convertirse en una delación si llegaba a reconocer el estilo de las viñetas de Ignacio Lavilla.

—Cuando había delante algún extraño, nos referíamos al tío Ignacio llamándole *Monsieur*. Era un dibujante maravilloso. A mí me ilustró un cuento policíaco titulado «Remordimiento». El mayor remordimiento entonces era que detuviesen a alguien por un error estúpido, uno se sentía culpable de la crueldad de los demás.

En tiempos de silencio, las miradas cobran tanta importancia como los golpes en la puerta o los antecedentes familiares. Miradas teñidas de inocencia que tal vez ocultan una condena, miradas de sorpresa que apenas consiguen disimular la historia que encierran detrás de las pupilas, miradas de estupor y de miedo cuando alguien intuye el peligro al descubrir otra mirada vigilante, la mirada de un desconocido. Ángel no llegó a ver la mirada del extraño que cruzó el portal del edificio de los Taibo, mientras jugaba con Amaro y Paco Ignacio. Se estaba preparando una mudanza, porque la renta del piso de la calle Asturias era demasiado alta. Los amigos, sentados en el suelo, sacaban partido de la necesidad, se divertían con unas tablas, guardaban cosas, cerraban a martillazos algunas cajas de madera, cuando un desconocido pasó rápido y tapándose la cara con la mano. Amaro y Paco Ignacio se pusieron muy nerviosos, disimularon durante unos minutos, prepararon la despedida y desaparecieron por las escaleras. Ángel recuerda la mirada de inquietud que al día siguiente, cuando fue a casa de los Taibo, le dirigió el padre de sus amigos. Porque entonces sí vio sus ojos, y notó, como una cuchillada, el frío, la inquietud, el enfado y el miedo que había en ellos.

Benito Taibo se había escondido en las montañas después de la caída de Asturias, con la intención de buscar refugio y darse tiempo para medir las posibilidades de continuar la guerra. Era comisario político del ejército republicano. Al perder la esperanza de que la situación diese un vuelco favorable, decidió volver a casa. Fue caminando hasta Oviedo, y tuvo que jugarse muchas veces la vida, apostar a cara o cruz, confiar en la suerte y en su ingenio para superar los peligros que iban apareciendo. El puente de Trubia estaba muy vigilado, había retenes de soldados y policías en los dos extremos. Benito Taibo consiguió meterse entre un grupo de campesinos que arreaban vacas. Pasó confundido con ellos, y

desde allí se las arregló para llegar a su casa sin demasiados sobresaltos. Cuando vio que un joven desconocido llamaba a la puerta con los golpes de contraseña y entraba en el santuario de los prófugos, se le llenaron los ojos de desesperación, porque sintió que no estaba en un lugar seguro, que sería delatado en cualquier momento, a pesar de la despensa, el armario de doble luna y los meses de clandestinidad que había conseguido cumplir su cuñado Ignacio. Aunque le explicaron que se trataba de un amigo íntimo, no quedó tranquilo. Nuestra vida está en manos de unos chiquillos, dijo. No sabía que esos chiquillos habían aprendido juntos, por culpa de sus muertos, sus encarcelados y sus escondidos, a valorar la importancia de las miradas, la necesidad de la prudencia, el significado de la lealtad y la música de las llamadas a la puerta, a ser posible dos golpes seguidos y otro más después de contar hasta cinco. En algunas materias no convenía ser un cabeza de chorlito.

Mientras los Taibo vivieron en el piso de la calle Asturias, las reuniones de los amigos pudieron celebrarse sin contratiempo junto a las acuarelas y la biblioteca de Ignacio Lavilla. Buen amigo de Gerardo Diego y de Luis Álvarez Piñer, conservaba una colección completa de la revista *Carmen*, que se había dirigido y animado desde Gijón, y muchos libros de poetas jóvenes que saltaban con las palabras, se balanceaban en ellas y escribían versos muy semejantes a los trabalenguas y a las imaginaciones más disparatadas. Los libros vanguardistas de Gerardo Diego eran todo un tesoro, una sintaxis de complicidad. Amaro, Paco Ignacio, Manolo, Benigno y Ángel se reunían para repetir en medio del largo otoño interminable una salutación a la primavera. Ayer, mañana, los días niños cantan en mi ventana, porque las casas son todas de papel, y van y vienen las golondrinas doblando y desdoblando las esquinas, y porque violadores de rosas, gozadores perpetuos del marfil de las cosas, ya tenéis aquí el nido que en las más bellas grúas se os ha construido, y porque, sobre los tejados, mi mano blanca es un hotel para palomas de mi cielo infiel.

Hay versos, imágenes, palabras que se deciden a poner patas arriba el mundo, a confundir los meses y las estaciones, a correr de sobresalto en sobresalto y a mezclar los materiales con los que se fabrica la realidad. Los diccionarios, las enciclopedias y los libros de poemas son también novelas de aventuras. El grupo de amigos era consciente de que otros muchachos se juntaban para rezar, o para cantar himnos patrióticos, y por eso le daban una significación especial al hecho peregrino de encerrarse en una casa para repetir cosas como verbo alarido, verbo rugido, o cuántas tardes viudas arrastraron sus mantos sobre el mar, o la guitarra es un pozo con viento en vez de agua, o en la ciudad dormida salían retozando de la escuela los signos ortográficos. Los versos vanguardistas eran descubrimientos que estallaban en el aire de manera simbólica, una forma de estallar que se agradecía mucho, porque había otro tipo de hallazgos de consecuencias menos líricas. Ángel se convirtió en un partidario decidido de las aventuras lingüísticas y de las tardes de sábado en casa de los Taibo el día en el que se descubrió a sí mismo, guiado por una inconsciencia peligrosa, con una bomba Laffite en la mano.

Los moros acababan de irse de su acuartelamiento, el antiguo local del indiano don Félix que había servido de zapatería y de sede de la Coral Vetusta. Ángel no resistió el deseo de saltar por la ventana y explorar los restos de la batalla en unas habitaciones que eran suyas, o casi suyas, desde niño. La curiosidad se mezcló con el deseo de impresionar a algunos amigos del barrio, que se habían negado a invadir el peligroso territorio de los moros, aunque se encontrase ya abandonado. Se trataba de un infierno bajo la piel de Oviedo. Un mal olor insoportable, rebosante de humedad, excrementos y sombras, mordía las paredes desconchadas y las puertas rotas. Pero entre la basura, los frascos de Ladillo, las botellas vacías y los trapos sucios, brillaba la insolencia de muchas bombas de mano,

marca Laffite, con la cinta de seguridad medio desenvuelta. La sabiduría militar era muy notable entre los niños y los adolescentes de entonces, acostumbrados a ponerles nombre a los aviones, reconocer marcas de fusiles y distinguir los ruidos de los cañonazos. Ángel sabía que las granadas Laffite sólo explotan cuando se les arranca la cinta. Así que tomó una bomba del suelo y se acercó muy ufano hasta la ventana de la calle Cervantes para enseñar su descubrimiento a los amigos del barrio que se habían quedado en la calle.

El prestigio del héroe y la admiración de su público duraron poco. Mientras se celebraba el valor del aventurero y la importancia de su descubrimiento, pasó en bicicleta un falangista joven, de esos que se llamaban flechas, y se acercó a la ventana para comprobar la causa del tumulto. ¡Cuerpo a tierra!, gritó horrorizado, al ver la bomba Laffite, y se puso a pedalear como un loco en busca de ayuda. Nadie se tiró al suelo, pero los amigos se alejaron prudentemente y Ángel se quedó solo, con la granada en la mano, mientras su seguridad se iba deshaciendo como un trozo de hielo. El mundo empezó a chorrear en sus brazos, cada vez más débiles, cada vez menos seguros de que la explosión sólo se produce cuando la cinta es arrancada por completo, porque con las armas no se juega, porque en realidad la cinta está a medio quitar y flojea por todos sitios, porque no sería la primera vez que se produjese un accidente terrorífico por culpa de un idiota, porque el estallido de una granada provocaría el de las demás y era muy posible que todo el edificio se le viniera encima. El mundo chorreó hasta que tres falangistas mayores aparecieron en la ventana y, con el mismo terror del flecha en los ojos, pero con más tranquilidad en sus palabras, le ordenaron que dejase con mucho cuidado la bomba en el suelo y que saliese del local inmediatamente. Una vez en la calle, los gritos, los insultos, las amenazas, las ganas de partirle la cara que aquellos hombres proclamaban una y otra vez convirtieron al héroe del barrio en un personaje lastimoso.

—Ya ves lo que son las cosas. Te ha salvado la vida un flecha montado en bicicleta —comentó Paco Ignacio al enterarse de la desgraciada aventura de su amigo—. Si todas las guerras se hicieran en bicicleta, podrían evitarse muchas desgracias. La bicicleta provocará accidentes, pero nunca será un animal catastrófico.

Desde la época de mayor auge del ciclismo no han cesado los ensayos encaminados a estudiar prácticamente las aplicaciones que este rápido medio de locomoción pudiera tener en la guerra. Unos han propuesto la creación de cuerpos de infantería montada en bicicleta, otros han abogado por que se adopten éstas en la artillería para transportar a los artilleros montados no conductores, con el fin de disminuir la plantilla de ganado de los regimientos. En 1905 el Automóvil Club austriaco realizó interesantes ejercicios... Cuando los Taibo se mudaron a la cuesta del Postigo Bajo, las reuniones de los amigos empezaron a celebrarse en casa de Ángel, cosa que agradeció sobre todo Soledad. Aquí no te puede pasar nada malo, afirmaba ella, convencida de que la cercanía y la tranquilidad resultaban dos conceptos inseparables. Si todas las mudanzas son una desesperación, el abandono del piso de la calle Asturias supuso una tragicomedia para la familia de Paco Ignacio. El agobio económico y las dificultades para salvaguardar en tan malas circunstancias a los escondidos imponían el miedo y la humillación, pero también provocaron situaciones de risa. Benito Taibo e Ignacio Lavilla recorrieron Oviedo con un colchón encima, escondidos entre los enseres domésticos, y luego se borraron del mundo en un refugio de secretos imposibles. El dinero sólo había dado para alquilarle medio piso a doña Teresa, una viuda generosa y desconsolada que tardó mucho tiempo en enterarse de que en su casa, junto a doña Elisa, doña Ángeles y sus hijos, dormían dos hombres. El único cuarto de baño de la casa y la inclinación irremediable de Benito Taibo al tabaco provocaban escenas inverosímiles. Pero,

Benito, ¿por qué no dejas el tabaco?, le preguntaban. ¡Cómo se nota que no sois fumadores!, contestaba él, y se sentaba a esperar un descuido de doña Teresa para entrar en el baño, abrir la ventana y fumar, apurando el tiempo hasta que su mujer le avisaba de que el camino estaba despejado y podía volver a su escondite.

Se trataba de un escondite imposible. Como doña Elisa y doña Ángeles trabajaban de modistas, habían extendido en la habitación una cuerda para colgar ropa. Detrás de esa muralla de sábanas bordadas, trajes antiguos y telas recién cortadas, se ocultaban los dos hombres, que mantenían un silencio escrupuloso durante las apariciones de doña Teresa. La viuda se sentaba durante horas con sus inquilinas para recordar a su marido y lamentarse, muy conmovida, de que no encontraba la manera de conseguir noticias de su único hijo, que había desaparecido en el vientre de la guerra. ¿Por qué no le habéis dicho que se vaya? Pero, bueno, cómo íbamos a echar de la habitación a una mujer que estaba llorando, y que además es la dueña de la casa. El tedio de esas horas interminables se compensaba con los placeres de la alta costura, cuando llegaban las clientas de doña Elisa y doña Ángeles, se quitaban la ropa, las faldas, las blusas y hacían comentarios femeninos sobre los cuerpos y las edades, los pechos caídos, los muslos flácidos, las piernas de las hijas, las consecuencias carnales de los sufrimientos, las alegrías victoriosas en la piel y los kilos de más o de menos que había traído la guerra, mientras se probaban sus nuevos vestidos. En la España castísima y clerical de aquellos días, Ignacio Lavilla y Benito Taibo, escondidos detrás de las sábanas, observaban las curvas del mundo desde un lugar privilegiado.

El medio piso del Postigo Bajo no daba para más, y el grupo de amigos se acostumbró a reunirse en la casa de Ángel. Fue entonces cuando la enciclopedia Espasa alcanzó sus días de gloria, dispuesta a competir con los versos de Gerardo Diego en las explicaciones maravillosas y consoladoras de la realidad. Déjame hacer un árbol con tus trenzas. Mañana me hallarán ahorcado en el mundo celeste de tus venas. Eso está muy bien, admitía Ángel, pero no sé si puede competir con las explicaciones sobre la bicicleta de la enciclopedia Espasa. A ver, Benigno, tú que has venido en bici, escucha esto. Para montar en bicicleta es preciso no tener miedo, sujetar el manillar con flexibilidad y mirar al frente y no al suelo. Es más fácil sostenerse con cierta velocidad que yendo despacio. La forma más corriente de montar es poner el pie izquierdo sobre el pedal correspondiente y dar con el derecho, apoyado en el suelo, varios envites a la máquina; luego se pasa la pierna derecha sobre la rueda trasera y el pie busca su pedal. Para apearse se suelen usar procedimientos inversos. ¿Qué me decís? ¡Quien tiene una enciclopedia posee un tesoro!

Aquel minucioso tono científico para detallar objetos y acciones de la vida cotidiana, disparatado por su exactitud innecesaria, conseguía provocar un sentimiento de sorpresa mucho más profundo que los versos irracionales de los poetas jóvenes, porque convertía el mundo en un espacio alegórico en el que la realidad se multiplicaba, se ensanchaba a sí misma y las narraciones menos previsibles se ocultaban debajo de un manillar, un pedal, una rueda o un ciclista, como si cualquier hecho, cualquier día, cualquier palabra pudieran encerrar otra lógica, un final inesperado, una transformación sucesiva e interminable, hasta llegar a convencerlos de que la verdad de Oviedo, de España o de sus propias vidas podía reescribirse y concluir de un modo diferente. A mí me divierte sobre todo la historia, recuerda Ángel que decía Manolo.

—En 1790 Sivrac dio a conocer un aparato llamado con el nombre de celerífero, del cual se derivó luego la drasina, en la que la rueda anterior es dirigible. Ambos se movían gracias a la acción de los pies que alternativamente se apoyaban en el suelo y ejercían de propulsores. En 1865 se le ocurrió a Michaux disponer en la rueda delantera dos pedales,

resultando el velocípedo. El cuadro de metal es debido a Ader (1867); a Meyer (1869) débense las llantas metálicas, y los neumáticos son invención de Thomson (1845), habiendo sido el veterinario irlandés Dunlop (1889) quien dio la forma definitiva que actualmente tienen.

El mundo es la obra de un grupo de amigos que acaban reuniéndose en las historias y en las palabras de una enciclopedia. Sivrac, Michaux, Ader, Meyer, Thomson, Dunlop, o Manolo, Paco Ignacio, Amaro, Benigno y Ángel, todos juntos en el viejo despacho de Pedro González Cano, decididos a pasar páginas y a pedalear sin descanso, animados por una conciencia clara del valor que tienen la resistencia y el desarrollo. Estaban dispuestos a no darse por perdidos a pesar de la derrota, a defender con terquedad sus ilusiones y a encontrar una salida en el camino laberíntico que se había formado entre la cárcel, el instituto, la librería Cervantes, la herrería, las ropas colgadas en la habitación del Postigo Bajo y las alegorías infinitas de la realidad que custodiaban las enciclopedias y los versos. Mientras tanto pasaban las semanas, los meses, y todas las estaciones se confundían en un otoño perpetuo, un gris difícil y generalizado que borraba las fechas y caía sobre las fronteras de los recuerdos y de las costumbres para escribir el capítulo más largo de esta historia. Pero no, la madre de Ángel no pudo estar encerrada en su casa hasta el verano de 1939, porque fue ella la que presentó a Paco Ignacio en la librería Cervantes. Era sin duda 1938, y justo un año antes de que detuviesen al padre de los Taibo.

20. En la carpeta azul

Gobierno Civil de Oviedo

Comisión Depuradora de Enseñanza

Pliego de Cargos que se formula contra la maestra propietaria de San Cucufate de Llanera, doña María Teresa González Muñiz, y que deberá devolver a esta Comisión, en el plazo de días, a contar desde la fecha de recepción, con los descargos correspondientes, y acompañando cuantos documentos estime oportunos a su defensa.

Cargo 1º: Haber desobedecido las órdenes de presentación a las autoridades de Oviedo, durante el asedio de 1936.

Cargo 2º: Haber manifestado ideología izquierdista.

Cargo 3º: Haberse valido de las niñas de la escuela en las elecciones de 1936 para arrancar los carteles de propaganda de las derechas y sustituirlos por los del Frente Popular.

Cargo 4º: Haber hecho propaganda a favor de la causa roja.

Cargo 5º: Haber orientado la enseñanza en sentido izquierdista, enseñando a las niñas dibujos inmorales, lo que motivó que algunos padres retiraran a sus hijas de la escuela.

Cargo 6º: Haber atacado los ideales de Religión, Patria y Moral.

Cargo 7º: Haber tenido conducta antirreligiosa.

Oviedo, 19 de agosto de 1938. (III Año Triunfal)
Firma del presidente de la Comisión, rubricado
Rogelio Masip

II

Pliego de descargos que la maestra propietaria de San Cucufate de Llanera, María Teresa González Muñiz, envía a la Comisión Depuradora de Primera Enseñanza de Oviedo.

Comentario al cargo 1º:

El no haberme presentado a las autoridades fue ajeno a mi voluntad, debido a que por las circunstancias anormales que atravesábamos no tuve conocimiento de dichas llamadas hasta que pasó el plazo, siendo tarde cuando me enteré y manifesté mi deseo de presentarme, habiendo ido mi madre en mi nombre ya que en aquella temporada me encontraba enferma y me era imposible ir personalmente.

Contestación al cargo 2º:

Declaro que la acusación que se hace en este cargo es absolutamente falsa, y como prueba de ello indico a las siguientes familias, cuyas casas frecuentaba en San Cucufate: doña Luisa García, esposa de don José Suárez (hoy subjefe de Falange); doña Alicia Rodríguez Valdés, esposa de don Manuel Alonso (teniente alcalde en aquella época); doña Teresa Valdés, viuda de Rodríguez y sus hijos Modesto, César y María Teresa; las señoritas Ángeles Gutiérrez y Aurora Suárez García (esta última maestra nacional de la Barraca, Salas) y don Arturo Barrasa, maestro nacional de Ables, que todos ellos pueden manifestar que en mis conversaciones nunca dejé traslucir ningún matiz político.

Contestación al cargo 3º:

Es completamente falso que yo me haya valido de las niñas para arrancar carteles de propaganda electoral en el año 1936 y sustituirlos por otros de carácter izquierdista, puesto que en mi escuela no ha aparecido ningún pasquín que representase a los partidos del Frente Popular, y sí de propaganda derechista, habiéndome disgustado que los contrarios a la política derechista mancharan extraordinariamente las paredes, arrojando sobre ella barro y otras sustancias más sucias, estando reciente el blanqueo y limpieza del local, costándome verdadero triunfo conseguir del Ayuntamiento estas mejoras. Debe advertir que en la época a que hago alusión estaba el Ayuntamiento integrado por elementos de derechas que no solamente me concedieron la limpieza del local, sino también la instalación de la luz, para dar a las niñas sesiones de radio, siendo de suponer que si mi actuación fuese de tan marcado matiz izquierdista, el Ayuntamiento no accedería a mis peticiones, con la particularidad de que fui una de las poquísimas maestras del consejo que consiguieron dichas mejoras.

Contestación al cargo 4º:

Jamás hice propaganda de matiz político izquierdista, porque para ello tendría que estar afiliada a alguna organización de esa índole, y como prueba de esa falsedad invito a esa digna Comisión tenga la molestia de buscar mi nombre en los ficheros de los partidos que integraban el Frente Popular.

Contestación al cargo 5º:

Niego rotundamente haber orientado la enseñanza en sentido izquierdista y del mismo modo niego haber hecho dibujos inmorales, y como testimonio de mi veracidad acompaño algunas libretas y dibujos de las niñas, que han podido conservarse a pesar del desorden que la guerra ocasionó en aquel pueblo. E incluyo un escrito del maestro de Posada de Llanera, don Ovidio Muñiz, que era quien más frecuentaba mi escuela. Siento muchísimo no poder presentar el libro de matrícula escolar con las altas y bajas, para demostrar que bajas no se había producido ninguna. Haciendo constar que al no mencionar los nombres de esos supuestos padres que dicen haber retirado a sus hijas de la escuela, queda demostrada por los mismos denunciantes la falsedad de este hecho.

Contestación al cargo 6º:

Es totalmente falso el cargo que se me hace de haber atacado las ideas de Religión, Patria y Moral. Puedo probar con cuantas personas he tratado y me conocen que jamás he proferido palabra alguna que atacase todo sentimiento de Religión y Patria, y creo fundadamente que mi conducta hasta la fecha fue respetuosa con la moral, sin que mi conciencia me reproche haber cometido acto alguno que mancille mi reputación. Al margen acompaño un recorte del periódico *Región*, que reseña una excursión que por iniciativa mía se realizó el 7 de julio de 1936, dando a entender que si hubiese atacado a los principios religiosos no elegiría tales lugares para ser visitados, y hago alusión al certificado que del señor cura párroco que fue de San Juan el Real de esta ciudad, don Belarmino González (q.e.d.), envié a esa comisión, acompañando a la instancia para solicitar mi rehabilitación.

Contestación al cargo 7º:

Mi conducta religiosa queda demostrada con el certificado antes indicado, que acusa mis prácticas con la Iglesia católica, y al mismo tiempo hago constar que mi actuación religiosa en San Cucufate estaba limitada a asistir en el mes de mayo al ejercicio de las flores, puesto que los domingos y días festivos, así como todos los periodos de vacaciones, los pasaba en Oviedo, al lado de mi familia.

Con esto y con mi conciencia a salvo, creo debo estar sin otra inquietud. Estas prácticas fueron norma en la casa de mis mayores, estas mismas he visto en mi casa donde nací, y jamás creí que nunca ni por nadie se pudieran poner en duda.

Oviedo, enero de 1939, III Año Triunfal.

¡Viva España!

21. Paz y patria feliz

Las costumbres son animales domésticos que ayudan a vigilar la casa. La gata

Blanquett, acostumbrada a sus antiguas fugas nocturnas, corrió un día por las escaleras y desapareció. No estaba el otoño para gatos, y tal vez hubiese sido un buen momento para que Ángel se aficionase por fin a los perros. No le hizo falta, porque la costumbre se acercó a su mano, buscó su caricia, se tendió en el suelo y vigiló la puerta. Para los meses muertos, no siembran ataúdes los sepultureros, advertía un poema de Gerardo Diego. Es verdad, los meses muertos también deben vivirse, no existen ataúdes para ellos, y la costumbre, con su pomada de óxido, de paréntesis y de lugares comunes, ofrece una ayuda piadosa. Había que acostumbrarse a que Maruja no fuese a trabajar, a que se quedara en casa y deambulara por las mañanas sin escuela, humillada y rota, con la única ilusión de recibir la visita de alumnos necesitados de clases particulares. Así se entretenía y ganaba un poco de dinero, aunque los alumnos preferidos eran amigos de la familia, como Ana Mary, la hermana de los Taibo, que sólo pagaban con la moneda de la complicidad. Había que acostumbrarse también a responder, cuando preguntaban por el domicilio, que vivían en la avenida de Galicia. La piel de las ciudades es muy sensible a los cambios históricos. Las calles son las calles y sus circunstancias, tampoco pueden separarse de una victoria. Resultaba necesario celebrar de algún modo la llegada triunfal de las columnas gallegas a Oviedo, y un acuerdo municipal había decidido hacer un sentido homenaje a los liberadores, reduciendo la memoria del ilustre polígrafo Fuertes Acevedo al extremo superior de su calle, para dejar espacio a las fuerzas gloriosas. La avenida de Galicia cayó justo encima del número 8.

Sí, había que acostumbrarse incluso a un decidido cambio de costumbres. La calle del instituto también pendía de un hilo. Se llamaba Policarpo Herrero, en homenaje al insigne prohombre de la banca ovetense, pero corría el rumor de que el Ayuntamiento iba a devolverle su antiguo nombre de Santa Susana. La distancia era la misma, un pequeño paseo que bordeaba el Campo de San Francisco. Pero no daba exactamente igual acudir cada mañana al instituto desde la calle Fuertes Acevedo o desde la avenida de Galicia, recorriendo la memoria de don Policarpo o la devoción de Santa Susana. Si no hubiese hecho falta cambiar por motivos patrióticos el nombre de las calles, Ángel habría podido estudiar en una clase mixta y acostumbrarse a todos los misterios que esconden las mujeres en sus ojos y en sus bolsos. Habría podido incluso cantarles a sus compañeras alguna canción de amor, ahora que poco a poco iba dominando las cuerdas de la guitarra. Pero había que acostumbrarse a no cambiar de costumbres tanto como a cambiar de costumbres, según los casos, y el nombre de su calle cambió para que no cambiase su relación con el alumnado femenino. Seguiría estudiando lejos de las muchachas de su edad.

Cuando empezó a asistir al instituto en el curso 1938-1939, no le resultó fácil orientarse en este laberinto de costumbres y descostumbres que se había trazado en su vida después de acabar los estudios de primaria. Había costumbres que no iban a cambiar y cambiaban, y costumbres que estaban cambiando y ya no iban a cambiar. Y, por supuesto, era conveniente acostumbrarse a todas. Empezó el bachillerato por el segundo curso, ya que las autoridades académicas consideraron oportuno recomponer con un aprobado colectivo los desarreglos biológicos que la guerra había impuesto en las cartillas escolares. Durante ese primer año, la atmósfera en las aulas y los pasillos del instituto fue gris, pero de un gris sin espesura, porque la mayoría de los profesores estaban pendientes del desenlace de la guerra y las ventanas se abrían de vez en cuando para mirar hacia Barcelona, Madrid, Valencia, Berlín y Roma. A partir del curso 1939-1940, el cielo gris se hizo tan oscuro que muchos días era imposible distinguirlo del negro, y algunos profesores dedicaron toda su atención a explicarle a los niños lo conveniente que resultaba acostumbrarse al cambio de costumbres y a olvidar las costumbres que ya no iban a cambiar nunca.

El profesor de matemáticas, Rogelio Masip, era el presidente de la Comisión Depuradora que había dejado sin escuela a su hermana. Lo comentaron una noche Maruja y su madre. Ángel se acostaba a su lado, en una cama instalada en el despacho, cerca de la puerta del dormitorio compartido por las dos. No podían disponer de cuarto propio, porque la familia se había visto obligada a recibir huéspedes para buscar una salida al naufragio económico. Casa honrada y limpia recibe huéspedes decentes en régimen de pensión completa. Razón en avenida de Galicia, 8, tercero izquierda. Cuando lo creían dormido, su madre y su hermana hablaban de las cosas que preferían mantener en silencio delante de él. Los cuchicheos sonaban en las habitaciones de luces apagadas como un testimonio más de la doble realidad que se había apoderado de sus vidas. No eran sólo ruidos, sino también el síntoma de una comunidad larvada, una forma de existencia, una red de silencios para mantener en público y de palabras pronunciadas para no ser dichas jamás en voz alta. Era el modo en el que doña María y Maruja hablaban de sí mismas y de aquello que no podía exponerse en un pliego de descargos, el medio por el que Ángel se enteraba sin enterarse de la situación, de los matices de un tiempo difícil y lleno de buitres, porque una cosa era la época, con sus banderas y sus consignas, y otra las personas, los ventajistas, el maestro que le echaba un ojo a las habilitaciones y se aprovechaba de la victoria para quedarse con el trabajo de la viuda de Cano, la maestra que se encargaba de recordar antiguas disputas para apropiarse de la escuela de San Cucufate, los patriotas que utilizaban el momento para vengarse o robar en beneficio propio.

La firma de Rogelio Masip presidió la Comisión Depuradora de su hermana, pero él no fue un profesor agresivo con Ángel, y lo dejó navegar por las aguas tibias del cinco en conducta, aplicación y puntuación. Ni siquiera don Manuel Muñiz, que de vez en cuando entraba todavía en el aula para sentarse junto a su nieto, se atrevió en aquellas circunstancias a exigirle otra cosa al alumno. La piedad del cinco no resultaba mala solución en un otoño de números confusos y más asustados que nunca por el color rojo. Masip pertenecía al otro bando, pero habitaba en las fronteras confusas de la época, en las hojas amarillas de un otoño que se esforzaba en negociar con algún tacto las relaciones entre los accidentes y las rutinas. Otros profesores, por la claridad de sus ideas y de sus manos, sirvieron de más ayuda a la hora de entender la dirección del viento y el giro de las veletas. Hubo un catedrático que le ayudó a orientarse de modo muy especial entre las costumbres que debían cambiar de inmediato y los cambios que convenía olvidar para siempre. Se llamaba Juan Francisco Yela Utrilla, un experto latinista, gloria de la Falange asturiana y máximo representante de la forma particular que tenían los triunfadores de concebir la educación humanística. Después de los malos ratos que había sufrido por culpa de su compromiso político, un fracaso rotundo como candidato de la Falange en las elecciones de 1936 y una temporada en la cárcel por participación indiscreta en los preparativos del golpe de Estado, los éxitos del coronel Aranda inauguraron una nueva época en su vida y en su modo de enseñar latín a los alumnos difíciles, como Ángel.

No tardó en despejar las dudas sobre su política pedagógica, porque a la hora de explicar la primera declinación eligió como ejemplo la palabra *Alapa*, bofetada en latín, en vez de la socorrida y familiar *Rosa*. Al ritmo de *Alapa-ae*, las clases pasaron de las palabras a los hechos, hundiendo la cartilla de notas de Ángel hacia los abismos del 3 en conducta y del 2 en aplicación y en conocimientos. Como si se tratase de una calle en tiempos de inmediata posguerra, también aconteció en el aula del profesor Yela Utrilla un significativo cambio de nombre por culpa de las breves batallas, tartamudeos y silencios vividos entre las preguntas y las respuestas. Señor González Muñiz, dígame el pretérito imperfecto del

verbo *Sum.* ¿Qué? ¿Qué dice? ¡Hable más alto! Cero, percebe, cero. El aterrado Ángel sumaba un nombre más a su colección de fracasos pedagógicos. Después de sentirse cabeza de chorlito y abanico de tonto, la consideración de percebe hubiera podido entenderse como un honor. Pero las circunstancias no ayudaban a establecer una jerarquía de títulos irónicos, y el alumno sólo tuvo fuerzas para advertir que el IV año triunfal, el ordeno y mando, los correajes y las bofetadas habían llevado también su cruzada a los libros de texto. Su latín quedó condenado por mucho tiempo a una especie de desván incomprensible, en el que se acumulaban las declinaciones, el vocabulario y los tiempos verbales como chatarra vieja, que sólo servía para llenarse de polvo, o de humillación, y para cortarse las manos en cualquier descuido, sobre todo cuando el ejemplo del interrogatorio tenía que ver con el campo semántico de *Alapa-ae*.

El naufragio también había arrastrado a la orilla algún tesoro. El profesor de lengua y literatura Rafael Lapesa, castigado por su falta de espíritu patriótico, había perdido el puesto en el Centro de Estudios Históricos, antes incluso de que el centro perdiera su nombre y pasara a llamarse Consejo Superior de Investigaciones Científicas. No es que hubiera tomado las armas para defender la República, porque su miopía le mantuvo al margen de cualquier destino bélico, pero como Miliciano de la Cultura se dedicó a alfabetizar a muchos que sí lo hicieron. Permaneció castigado poco tiempo en Oviedo, porque siguió después rumbo a Salamanca, pero Ángel tuvo la suerte de encontrárselo en el instituto y gracias a él aprendió que la etimología de las palabras era tan libre, tan misteriosa y fascinante como los versos de los poetas más vanguardistas. Con cada palabra, mar, amor, Asturias, cerrojo, porvenir, la pizarra se llenaba de historias, y de bocas que modelaban las sílabas al pronunciar un nombre, y de fechas que se quedaban enredadas en un diptongo, y de sociedades que unían su suerte a las vacilaciones entre dos letras. Las fábulas ocultas en la etimología de las palabras resultaban tan maravillosas como sus posibilidades de actuación en el teatro de una enciclopedia, y eso lo aprendió Ángel gracias al profesor Lapesa, todo un golpe de suerte en un tiempo muy difícil, tan difícil que podía repartir por igual castigos entre los alumnos y los profesores. Lo previsible era el otro extremo, las declinaciones contrarias, los casos sórdidos, la costumbre de un adoctrinamiento que caía como la lluvia sobre los tejados del instituto, corrompía los techos, provocaba goteras y empapaba de grandilocuencia y palabras huecas, con etimologías, pero sin realidad, unas lecciones que parecían discursos, un paternalismo mordido por el frío hipócrita de la vigilancia, unos imperios infectados de hambre y un glorioso movimiento consagrado a la quietud. Después de tantas horas de clase bajo las nubes de aquel otoño, al poeta Ángel González le costó poco trabajo recordar la gramática de su vida para escribir la parodia de un «Discurso a los jóvenes»: De vosotros,

los jóvenes,
espero
no menos cosas grandes que las que realizaron
vuestros antepasados.
Os entrego
una herencia grandiosa:
sostenedla.
Amparad ese río
de sangre,
sujetad con segura
mano

el tronco de caballos
viejísimos,
pero aún poderosos,
que arrastran con pujanza
el fardo de los siglos
pasados.

Nosotros somos estos
que aquí estamos reunidos,
y los demás no importan.

Tú, Piedra,
hijo de Pedro, nieto
de Piedra
y biznieto de Pedro,
esfuérate
para ser siempre piedra mientras vivas,
para ser Pedro petrificado Piedra Blanca,
para no tolerar el movimiento,
para asfixiar en moldes apretados
todo lo que respira o que palpita.
A ti,
mi leal amigo,
compañero de armas,
escudero,
sostén de nuestra gloria,
joven alférez de mis escuadrones
de arcángeles vestidos de aceituna,
sé que no es necesario amonestarte:
con seguir siendo fuego y hierro,
basta.
Fuego para quemar lo que florece.
Hierro para aplastar lo que se alza.

Después de haber recordado al Ejército y a la Iglesia, el poema pasa a hablar de los banqueros, como tercera columna del Régimen, algo que no debe extrañar y que nos ayuda a comprender por qué el nombre de don Policarpo Herrero se negó durante muchos años a ser sustituido por el de Santa Susana en el callejero de Oviedo, saltándose incluso a la torera un precipitado acuerdo municipal. Los versos desembocan en una última ironía, que es también un homenaje secreto a las lecturas infantiles de Rubén Darío. Si las inquietudes vitales de Ángel se habían conmovido con el poema «Lo fatal», con la dicha de los árboles poco sensitivos y de las piedras duras que son incapaces de sentir, el tiempo de calma sobrevenido significaba la completa liquidación del pensamiento: Si alguno de vosotros

pensase
yo le diría: no pienses.

Pero no es necesario.

Seguid así,
hijos míos,
y yo os prometo
paz y patria feliz,
orden,
silencio.

Las costumbres significaban la petrificación del silencio, un modo de dejarse rodar o de prepararse para las botas y los correajes de los profesores de latín, el presidente de la Comisión Depuradora y los falangistas que andaban por la calle buscando un motivo de ofensa. Como todo era piedra, una petrificada piedra blanca, la vida necesitaba convertir la sequedad en tierra de cultivo y aprendía a camuflar sus raíces en los desiertos. Brotaban flores inesperadas en los pedregales y hojas nuevas en los árboles podridos. El otoño equivocado de la posguerra convocaba lluvias sin fertilidad, que caían para ennegrecer los canalones y los tejados de la ciudad, y sequías cargadas de sorpresas, campos de estiércol en los que se levantaba el sí y el no de una margarita, la posibilidad de imaginarse el destino, la ilusión de apretar entre los dedos el pétalo acertado. El profesor Lapesa era un caso extraño, una excepción en el instituto, porque invitaba con sus etimologías a pensar en el futuro, mientras la mayor parte de los profesores hablaban una y otra vez del porvenir para recordar los imperios perdidos en el pasado.

Había que buscar los pétalos del sí y el no en otra parte, en las reuniones literarias con los amigos, en la enciclopedia Espasa, en los versos de los poetas vanguardistas, en los libros recién descubiertos, ya veréis, es magnífico, os va a deslumbrar, o es muy divertido, os va a entretener mucho, ya veréis. Si el grupo de amigos descubría una admiración, un autor deslumbrante, una tendencia narrativa, algún nombre que conviniese pronunciar en voz baja, la librería Cervantes se transformaba en una biblioteca generosa y pública. Que vaya, que vaya, de logo, llevaos los libros a casa, de logo, pero no los estropeéis, que vaya, decía don Alfredo Quirós. Cuando los abismos de la literatura rusa empezaron a resultar demasiado agobiantes, porque algunas historias de guerras, asesinatos y culpas se empeñaban en llover sobre mojado, Ángel quiso aprovechar la oportunidad para extender el prestigio de Karl May, un novelista alemán, maestro de profesión, que contaba con una biografía muy esperanzadora, porque había recuperado la vista después de cinco años de ceguera y había aprendido a contar historias en las celdas de las cárceles, acusado de robar. Detenido por quedarse con un reloj ajeno, comprendió que existían otras formas más sutiles de hacerse con el tiempo de los demás, de secuestrar las horas, de jugar con el paso de los días y las noches, y decidió escribir novelas de aventuras. Las que sucedían en las praderas del Oeste americano, entre cazadores blancos, apaches y comanches, le encantaban a Ángel desde niño. Quiso compartir con sus amigos la valentía noble del pistolero Old Shatterhand y el saber natural del indio Winnetou.

Pero la operación no salió bien y las novelas de Karl May, publicadas por la editorial Molino, no fueron capaces de vencer el apego de Benigno a la literatura rusa y las manías convincentes de Paco Ignacio. Un vaquero con ideología alemana resultaba inadmisibles, un extraño deseo de mezclar la razón cuadrículada con los búfalos. Además, y eso era lo importante, el género se prestaba a una elaboración más adecuada y vibrante en el cine. Letra muerta eran las peripecias de Old Shatterhand al lado de las películas de Ken Maynard, con su caballo Tarzán, y su sombrero blanco, y sus ojos que nunca dormían, y su acento de Indiana cayendo sobre las piedras y los ríos de las montañas salvajes. El cine

parecía también un buen remedio para saltar por encima de las vallas del otoño y galopar de cara al viento. El problema era que ir al cine significaba abandonar el refugio, salir de la casa de Ángel, dejar la biblioteca, los libros elegidos, adentrarse en una ciudad llena de uniformes y partidaria de otras realidades. Había que acostumbrarse y aguantar, como un rito inevitable, el canto del *Cara al sol*, la proyección casual de algún reportaje patriótico, y andando el tiempo, ya a partir de 1943, el aplauso metódico del NODO, la mano sonriente del Caudillo al saludar al público y bendecir un mundo que vivía de puertas para adentro en su territorio conquistado. La historia universal se encerraba en las fronteras de España, con sus versiones peculiares de la felicidad y el orden, y luego saltaba de las pantallas al recinto murado de los cines. La oscuridad ofrecía oportunidades para esconderse, pero ni siquiera la falta de luz podía asegurar el aislamiento, y el caballo de Ken Maynard estaba obligado a sortear peligros, en medio de saludos patrióticos, celebraciones religiosas y noticias internacionales, antes de cabalgar por las montañas libres e inagotables de sus aventuras.

Hubo un día en el que debieron cantar hasta cuatro veces el *Cara al sol*, aunque valió la pena, porque la risa posterior fue más intensa que el miedo, y también muy dulce, capaz de borrar el mal sabor que dejaban en la boca las palabras del enemigo. Si una novela o una película de aventuras resultaban un modo poco comprometido de echarse al monte, una sonrisa o una buena carcajada formaban parte imprescindible de la higiene personal. Valía la pena soportar los himnos en el cine cuando la ocasión daba luego para los chistes y los recuerdos conspirativos. No fue culpa de Benigno, ni de Amaro, ni de Paco Ignacio, ni de Ángel, pero cualquiera de ellos habría podido pagar las consecuencias de la escatología contestataria de un espectador enmascarado. Enciendan la luz, enciendan la luz, empezó a gritar un falangista ofendido, cuando una ventosidad sonora e impertinente convirtió en carcajada general la sonrisa del Caudillo. Mientras la voz conmovida del locutor oficial estaba narrando las glorias de la nueva España, el aroma de una paz sin venenos políticos, la pureza paternal del Generalísimo, estalló como un trueno sucio la resistencia interior de un revolucionario con problemas digestivos.

Enciendan la luz, gritó histérico el falangista, y se hizo la luz, y se acabaron las risas, porque todas las salas de cine estaban acostumbradas a guardar silencio cuando se exigía silencio y a cantar cuando había que cantar. La contundencia del castigo era tan temible que no costaba trabajo comerse la risa y mirar hacia la pantalla inmovilizada, esquivando los ojos de los muchachos uniformados que subían y bajaban por los pasillos como águilas en busca de una presa. El falangista de más edad se puso delante de los espectadores, levantó el brazo y entonó el *Cara al sol*, iniciativa que fue inmediatamente aprobada y seguida por el patio de butacas, el gallinero y los acomodadores. Acababan los versos, amanecía en España, el patriota mantenía por unos segundos el silencio, clavaba sus ojos en el público, y luego volvía a extender el brazo y a lanzar al viento el orgullo de la camisa azul bordada y de las banderas victoriosas. Cuatro veces se repitió la canción en desagravio del Generalísimo, ofendido por un acto no ya de mala educación, sino de gravísima rebeldía política. Por fin se hizo de nuevo la oscuridad, y tras un murmullo tímido regresaron las imágenes del NODO a la pantalla, prólogo inevitable a las aventuras de Ken Maynard. La risa se la llevó cada uno, escondida bajo una conveniente costumbre de seriedad, hacia su casa o hacia los rincones futuros de la memoria.

Los días pasaban entre aplausos, silencios, sobresaltos, carcajadas sonoras, risas secretas, visitas a la cárcel, sensaciones y fechas imborrables. Pero también había sentimientos tan poderosos que borraban los números del calendario, porque la memoria no asumía una fecha, sino una desolación. Ángel olvidó el día exacto en el que habían llegado

los primeros huéspedes a su casa, dos militares franquistas que ocuparon las habitaciones y las sillas que estaban vacías desde la muerte de Manolo y la huida de Pedro. Casa honrada y limpia recibe huéspedes decentes en régimen de pensión completa. Razón en avenida de Galicia, 8, tercero izquierda. Jamás podría olvidar la desolación de su madre cuando un capitán y un teniente respondieron al anuncio del periódico y sentaron sus uniformes en la mesa a la hora de comer. La fecha exacta desapareció poco a poco en su memoria bajo el peso de la mirada ausente de doña María. Como una autómatas, como una mujer insomne, la ve Ángel mientras calla, mueve la sopa y sirve el primer cucharón. Otras fechas sí quedaron clavadas en su memoria. El 9 de noviembre de 1939 habían detenido al padre de Paco Ignacio y Amaro. Dos policías entraron en su casa, y antes de que empezaran el registro, en cuanto dispararon contra las mujeres la primera impertinencia, salió Benito Taibo de detrás de las sábanas con las manos en alto.

Como las condiciones del refugio eran tan precarias, Ignacio Lavilla y Benito Taibo habían llegado al pacto de que cada uno de ellos se entregaría con rapidez si iban a buscarlo, para evitar así el descubrimiento y la detención del otro. El padre de Paco Ignacio entendió que él era la causa de la visita y se puso de inmediato a disposición de la policía. A la mañana siguiente llamaron a doña Elisa y le explicaron en comisaría que en realidad estaban buscando a Ignacio Lavilla porque era sabido que se encontraba en Oviedo. Si la familia no quería someterse a una visita menos educada y a unos interrogatorios de consecuencias más graves, resultaba conveniente que el periodista se entregase por propia voluntad. La verdad es que no fue posible encontrar otra salida. Una muralla de sábanas y de ropa vieja, en una habitación alquilada, era sin duda un escondite insostenible. Además, doña Teresa, la dueña de la casa, que se quedó pasmada al ver surgir de las entrañas de su domicilio a un hombre desconocido con las manos en alto, quiso revisar con sus ojos la guarida del lobo. Lo que no habían hecho los agentes franquistas, impresionados por la aparición de Benito Taibo, lo hizo doña Teresa. En cuanto las fuerzas del orden se llevaron al detenido, cerró la puerta de la calle, se introdujo en el laberinto de la ropa y estuvo a punto de desmayarse al descubrir a otro hombre, con la respiración contenida, que saludaba con la mano y sonreía tímidamente. A Ignacio Lavilla no le quedó otra alternativa que la de entregarse a la policía. Fue la tarde del 10 de noviembre de 1939, un día después de que hubiese caído su cuñado Benito.

Esas fechas no las olvidó Ángel nunca, tal vez porque la memoria prefiere conservar los detalles en las desgracias y los sentimientos en las humillaciones. Los huéspedes no tuvieron el primer día ni nombre, ni historia, ni edad, ni buena educación. Sólo eran dos uniformes sentados en una mesa que sí tenía nombre, historia, edad, y que no se atrevía a llamar buena educación al silencio mecánico y humillado de los platos, la sopa, los movimientos de doña María con el cucharón, los esfuerzos de Soledad entrando y saliendo de la cocina como si no pasase nada, como si fuese un día más del otoño gris de Oviedo, como si ella estuviese ya acostumbrada a tener militares franquistas en casa, como si no se diera cuenta de que la falta de apetito de Ángel y la tristeza de Maruja no respondían a los caprichos de un joven mimado y a la pesadumbre de una maestra sin escuela, sino a una quemadura que no pertenecía aún a las costumbres, al descubrimiento de toda la desolación que cabía en un anuncio de periódico, casa honrada y limpia, así es la vida, recibe huéspedes decentes, así es la vida, en régimen de pensión completa. Razón en avenida de Galicia, 8, tercero izquierda, así es la vida, así es la vida a la que hay que acostumbrarse.

Los militares se convirtieron en una costumbre en las casas de huéspedes, o en las casas que habían cambiado de costumbres y necesitaban recibir huéspedes para soportar la

pobreza de una guerra que había terminado sin encontrar los caminos de la paz. Poco a poco la rutina fue colocando sobre los uniformes una historia familiar, un nombre, incluso el reconocimiento de una cordialidad y la deuda de algunos favores personales. Doña María y Maruja también tuvieron oportunidad de murmurar sobre la calidad humana de sus huéspedes en la oscuridad amortiguada de la noche, y Ángel las oyó desde su cama colocada en el despacho, y les dio la razón, porque en un tiempo difícil de víctimas y de buitres, los matices son muy importantes, y debajo de las ideas hay personas, gentes que son muy distintas aunque lleven el mismo uniforme. El color caqui anónimo de las guerreras dejó paso a rostros particulares. Hubo que escuchar y mirar con atención, debió pasar el tiempo, pero la costumbre de vivir hizo posible que hubiese huéspedes con nombre propio, huéspedes con los que se forjó una verdadera amistad. Incluso la mujer de un huésped fue la encargada de acompañar a Ángel en una de sus revisiones médicas cuando, en 1944, la tuberculosis decidió también responder al anuncio del periódico y llamó a la puerta del tercero izquierda.

Entre los huéspedes, hubo un fallido profesor de latín, casualidad que no carecía de importancia para el alumno de un instituto en el que Yela Utrilla explicaba la primera declinación al ritmo ejemplar de *Alapa-ae*. Las falsas esperanzas estuvieron depositadas en un seminarista que dio gato por liebre y se fue de la casa sin pagar sus deudas y sin sacar a Ángel de las tinieblas del latín. Sus sufrimientos con la lengua madre del Imperio no conocieron calma hasta el año 1941. Sólo le consolaba la idea de que algunas lenguas estaban muertas y bien muertas, y si habían dejado de hablarse, por algo sería. Viendo que su hijo estaba absolutamente perdido en medio de un vocabulario amenazador y una sintaxis movediza que no podía aprenderse de memoria, doña María pidió ayuda una vez más a un amigo maestro, hermano del dramaturgo Alejandro Casona. Se llamaba don José Rodríguez Álvarez, porque lo de Casona era un seudónimo literario de Alejandro, y dirigía el colegio Fruela. No faltaba más, eso lo arreglo yo enseguida, doña María, no sé cómo no me buscó antes y dejó que le suspendieran a su hijo la asignatura en el curso pasado. Dígame a Ángel que venga a verme y verá como yo encuentro la manera de que comprenda las reglas del latín, que son muy sencillas, muy sencillas. Bien sabe usted que ahora se aborrecen las materias por culpa de los modales de los profesores. Los tiempos han cambiado, doña María, y hay que acostumbrarse a soportar los nuevos métodos pedagógicos. Es imposible que no aprenda latín un muchacho que se divierte tanto con las etimologías. Que venga a verme, yo hablaré con él.

Así fue. Don José Rodríguez Álvarez descorrió el miedo y la espesa nube que le impedía ver un punto de sol en el latín. Comprendidas las reglas de la lengua, empezaron a encajar los tiempos verbales, los casos, las palabras y las formas irregulares. Ángel, por lo menos, dejó de cortarse los labios con las declinaciones. Don José le quitó el odio al latín y las ganas de estudiar en el instituto. Cuando terminó el cuarto curso en junio de 1941, con un aprobado en latín, pero con un suspenso en matemáticas, y en la cartilla escolar tembló un cinco como nota media, el alumno ya tenía preparados los argumentos para convencer a su madre de que lo dejara matricularse en el colegio Fruela. Había oído contar en muchas ocasiones la firmeza sentimental de su hermano Pedro cuando pidió permiso para buscar un trabajo. Padre, mátame si quieres, pero no me obligues a estudiar. Ángel expuso también sus razones. Se había acostumbrado a vivir en la avenida de Galicia, se había acostumbrado a que su hermana deambulara sin escuela por la casa, se había acostumbrado a cambiar de costumbres y a renunciar a las aulas mixtas, se había acostumbrado a la complicidad que le ofrecían sus amigos en las tardes de los domingos, se había acostumbrado a la literatura

rusa, se había acostumbrado al escaso prestigio de las novelas de Karl May, se había acostumbrado a refugiarse en los versos vanguardistas y en las películas de Ken Maynard, se había acostumbrado al sigilo de las conversaciones nocturnas, se había acostumbrado al uniforme de los huéspedes y al cucharón desolado con el que su madre servía la sopa. Pero no se acostumbraba al instituto. Doña María tuvo que ir a pedirle de nuevo consejo a don José Rodríguez Álvarez, sin saber que, de antemano, Ángel y el bondadoso profesor de latín tenían preparada ya la solución.

22. Los huéspedes

Las guerras son menos crueles cuando suceden en el año 58 antes de Cristo. Llega la sangre a los ríos, pero se trata de cauces lejanos en el espacio y en el tiempo, de aguas en las que sólo pueden bañarse los pasados remotos, las tribus desaparecidas, las legiones borradas por la historia y las traducciones de latín. No resultaba demasiado grave una violencia que había extendido su tela de araña entre secuanos, helvecios y romanos, y que descargaba sus glorias y sus desgracias en nombres como Orgetórige, Ariovisto o Cayo Valerio Procilo. Las aguas del Ródano y los años anteriores a Cristo quedaban muy lejos de Oviedo. Mucho más duros habían sido los partes de guerra que desmenuzaban los nombres de la cuenca minera de Asturias o de los alrededores de la ciudad, con sus balas calientes y sus cristales rotos. Pero tampoco faltaban peligros en aquellas estrategias librescas de ocupación latina, porque algunos profesores se dejaban fascinar por los estandartes del Imperio y por las palabras de Julio César. Exigían fervor y perfección a la hora de traducir historias bélicas que les procuraban una íntima legitimación vital.

No convenía descuidarse con los efectos secundarios de la *Guerra de las Galias*. Una tarde de primavera, animado por sus progresos en la endiablada asignatura y dispuesto a sorprender a los compañeros del instituto, Ángel tuvo la idea de pedirle ayuda a Carlos, el huésped seminarista que llevaba un mes viviendo en la casa. Apoyado por el saber de la Iglesia, todopoderosa en lenguas muertas y en consignas vivas, el esplendor de sus traducciones no sólo debería servir para que se reconociesen sus conquistas reales en una disciplina que tantos sufrimientos le había causado, sino que bien podría motivar un prestigio casi milagroso, el éxito de un afán de perfeccionamiento, el respeto merecido por alguien que había logrado pasar en unos meses de la nada al todo y de las bofetadas a los laureles. Además de las lecciones generosas de don José Rodríguez, el apoyo casero del seminarista iba a ser definitivo. Poco trastorno le causaría a Carlos dedicar al latín uno de sus muchos ratos desocupados o alguna de las horas infinitas que gastaba, encerrado en su cuarto, en la meditación solitaria.

Los huéspedes formaban parte ya de la vida cotidiana de la casa, eran un decorado más de la rutina, una presencia conocida, un mueble con el que no se tropezaba al caminar por el pasillo o por el comedor a oscuras. Incluso se habían despertado de forma natural algunos afectos. Cuando cambiaron de destino y dejaron la ciudad, los uniformes de don Rafael y don Camilo no habían perdido del todo sus aristas, pero tampoco provocaban la desolación interior de los primeros días. Las estrellas en la bocamanga y las solapas de sus guerreras no cortaban como un cuchillo cada vez que se abría la puerta de la calle. Durante las comidas y las cenas, preparadas por Soledad con un ánimo inquebrantable y sin quejarse nunca del trabajo que se le había acumulado, llegaban a surgir conversaciones normales, desahogos melancólicos que se enredaban con discreción en el pasado, recuentos familiares y alguna confesión sobre los beneficios que cada cual esperaba del futuro. Sólo había que

evitar alusiones directas a los dramas personales sucedidos durante la guerra, saber lo que era conveniente dejar a un lado, mantener la delicadeza obligada por la situación de cada uno, para que las palabras fluyesen y se pudieran contar en la mesa historias salpicadas de ciudades, madres, padres, ascensos, novias, oficios en la vida civil y tímidas justificaciones sobre los pasos inevitables, y muchas veces sorprendentes, a los que conduce la vida.

Don Rafael y don Camilo se despidieron de la casa insistiendo en el calor de una verdadera amistad y en su disposición a ayudar, a facilitar la existencia de la familia de doña María en todo aquello que estuviese en su mano. Don Rafael nunca dejó de visitar la casa de la avenida de Galicia cada vez que sus trabajos como ejecutivo de una empresa de comunicación le obligaron a volver a la ciudad. De todas maneras, a doña María le causó una satisfacción íntima que empezaran a llegar huéspedes vestidos de paisano, dedicados a profesiones alejadas de las armas, los desfiles militares y los himnos patrióticos. Parece que Oviedo vuelve a civilizarse, le comentaba a Soledad en la cocina, con una sonrisa más descansada, como si a la sopera, los platos y las cucharas de la casa se les quitase un peso de encima. Las transiciones suceden poco a poco, matiz a matiz, y el primer paisano que llegó no tardó en confesar que era seminarista y que, en una situación de crisis íntima, había decidido darse un tiempo, buscar retiro en una ciudad sin familiares ni amigos, para meditar sobre su vocación. Convertirse en sacerdote y cantar misa suponía un compromiso muy serio, una apuesta que exigía estar seguro de las propias fuerzas y de la capacidad de sacrificio. Resultaba más oportuno obrar con prudencia, extremar el autoconocimiento y la vigilancia, antes que precipitarse en un fracaso doloroso.

Carlos era un joven delgado, alto, de manos alargadas y blancas, y con modales muy propios de la Iglesia a la hora de moverse, saludar, sonreír con humildad y pronunciar las pocas palabras con las que participaba en las conversaciones. Un murmullo silbante e imposible de interpretar salía de sus labios cuando rezaba con devoción antes de cada comida. Ángel sólo lo había visto nervioso la tarde en la que pidió permiso para que se quedara a dormir en su cuarto un primo que iba a llegar desde Burgos con la intención de visitarlo y de conocer las evoluciones de su ánimo. Debía de tratarse de otro seminarista, porque llegó con las mismas manos alargadas y blancas, y la misma forma de saludar, sonreír y pronunciar sus palabras comedidas. Antes de quedarse dormido, Ángel oyó a su madre y a Maruja comentar en la cama la extraña visita. Compartían una sospecha, claro que sí, habían descubierto la causa de la crisis religiosa de Carlos y de su misterioso confinamiento en Oviedo. La homosexualidad no era una rareza en los seminarios, desde luego que no, pero este chico parecía que se estaba tomando en serio la elección entre su vida religiosa y sus tentaciones carnales.

Ángel, por el contrario, no se tomó en serio los recelos de las mujeres de la casa, simples exageraciones, desvaríos propios de quien convive con extraños y necesita imaginar los detalles de sus pasados y las causas de sus comportamientos y de sus silencios. No sintió ninguna incomodidad junto al seminarista, ni le importó quedarse a solas con él en casa, ni le vino a la cabeza el mal rato pasado con Mohamed en la puerta de la buhardilla de los gemelos. Quiso, por el contrario, aprovecharse de la amabilidad con la que Carlos se interesaba por sus estudios, y una tarde le pidió ayuda para traducir un fragmento difícil de la *Guerra de las Galias*. Los ojos del seminarista se endurecieron de pronto, un frío terrorífico salió de sus pupilas, desbordó su rostro y cayó sobre la mesa del comedor, en la que Ángel hacía los deberes. Asustado por la reacción del huésped, le invadió un deseo imposible de esconderse entre las páginas del diccionario de latín o en el interior de su cartera. ¿Qué pasaba? ¿Qué había desatado aquella ira seca en el seminarista? Carlos

miraba a Ángel como una fiera que acabase de caer en una trampa. Tomó el libro, leyó, permaneció de pie, miró hacia la puerta de su cuarto, hacia la mesa, volvió a leer, y con voz imperiosa le ordenó que copiara: —Venga, copia. Salve, Dios te salve, Reina y madre de misericordia, llena eres de gracias, por ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas...

Dejó el libro en la mesa, después de haber recitado de mala manera unos fragmentos descosidos de la oración, y se encerró en su cuarto. No quiso cenar esa noche, y a la mañana siguiente Soledad comprobó, al pedir permiso para arreglar la habitación, que había desaparecido. El seminarista se fue sin despedirse, ni arreglar las cuentas. A los pocos días se recibió la visita de tres hombres con poco aspecto de seminaristas. Eran un comisario y dos agentes que preguntaron por Carlos y registraron su cuarto, una inspección inútil, porque el desaparecido había puesto mucho cuidado en no dejar nada, ni una agenda, una maleta, una fotografía, al huir del domicilio. Ya no estaban allí las cosas que Soledad veía cada mañana cuando entraba en la habitación. El comisario no tenía intención de alarmar, pero tampoco podía callarse las fatales consecuencias de los excesos de confianza. La familia fue informada de que había tenido hospedado a un delincuente muy peligroso, miembro de una de las bandas criminales más buscadas por la policía.

—Ya decía yo que era muy raro un seminarista sin Biblia —se desahogó Sole—. Además, siempre tenía cerrada la maleta con llave.

—¿Pero tú espías a los huéspedes? No hay que preocuparse, mamá, por el futuro de la casa, contamos con un buen servicio de seguridad.

—Déjate de bromas y ponte a estudiar. Buena falta nos hace que te conviertas pronto en un hombre de provecho.

La única ayuda fiable para avanzar en el conocimiento del latín seguía siendo José Rodríguez Álvarez, el hermano de Alejandro Casona, dramaturgo de éxito antes de la guerra y autor de *Flor de leyendas*. ¿No te parece un poco cursi?, había preguntado Ángel a Paco Ignacio, cuando Manolo Lombardero le regaló el libro para darle una bienvenida cómplice a la librería Cervantes. Bueno, sí, bastante cursi, pero es estupendo que cuente las historias de la Biblia como si fuesen leyendas, junto a otros episodios mitológicos de dioses paganos, magos y caballeros medievales. Como literatura fantástica, la Biblia tiene mucha gracia, ¿no te parece? Los santos son más divertidos dentro de una fábula que encima de un altar. Paco Ignacio sonreía al defender de ese modo el libro de Casona, porque no estaban los tiempos para despreciar la ayuda de nadie, y mucho menos de un dramaturgo exiliado, autor de obras como *Nuestra Natacha*.

Hijos de don Gabino y doña Faustina, un matrimonio de maestros, los dos hermanos Rodríguez Álvarez habían heredado la vocación pedagógica. Alejandro encauzó su fe educativa hacia la literatura infantil, una apuesta novedosa en España que le valió en 1932 el Premio Nacional de Literatura por la publicación de *Flor de leyendas*. José, que había estudiado Derecho en la Universidad de Murcia, volvió a Oviedo y a la profesión de sus padres para abrir el colegio Fruela en la calle Cimadevilla. Cuando se comprometió a ayudar con el latín a Ángel, José Rodríguez no hizo más que recordar sus deudas de respeto y amistad con Manuel Muñiz y Pedro González Cano. Comprendía el malestar que le causaba al alumno la obligación de acudir a un instituto en el que respiraba con dificultad, avasallado por un aire hostil. El odio al latín no era sino el síntoma acuciante de una enfermedad más profunda. Por eso no dudó en ofrecerle una solución a doña María: —Este colegio es de pago, pero tenemos la obligación de conceder algunas becas. Ángel sin duda se merece nuestro apoyo. Es un muchacho con grandes posibilidades. No se preocupe

usted, déjelo de mi cuenta, ya ve los progresos que ha hecho en latín. Creo que lo más conveniente para él es que se matricule en el colegio y que acabe aquí el bachillerato.

La oferta de Rodríguez Álvarez fue aceptada con alivio por doña María, y Ángel inició el curso 1941-1942 como alumno de quinto año en el colegio Fruela. No le resultó difícil convencerse allí de que iba a ser un hombre de provecho, porque el mundo era mucho más habitable en un aula dirigida por don José. Además de enseñar latín, se encargaba de las clases de historia. Con una letra redonda y elegante, era capaz de condensar el paso de las civilizaciones y de las dinastías en cuadros sinópticos que todas las mañanas cubrían la pizarra. Nombres, rayas, flechas, círculos y más nombres, y más flechas conformaban el curso de los siglos. Acostumbrado a la obligación de elevarse hasta el pasado glorioso, de ponerse a la altura de los tiempos heroicos, para sacar de su pecho lo que en él hubiese escondido de emperador o de santo, era reconfortante ver cómo los faraones de Egipto, los reyes godos o los generales romanos bajaban hasta una pizarra de colegio, para colocarse cada uno en su sitio, al alcance de los ojos de un alumno de bachillerato. Aquellos cuadros sinópticos de don José, y las clases de literatura del señor Mendoza, que sabía leer en alto con una voz convincente y profunda, le devolvieron a Ángel el orgullo de ser un alumno aplicado, como si la biblioteca de su casa, las conversaciones de sus amigos y los libros prestados por don Alfredo Quirós volviesen a tener relación con las horas de estudio y las notas de los exámenes. Las asignaturas del expediente escolar y las diversiones de los sábados por la tarde volvieron a pertenecer al mismo mundo.

El retrato que se hizo en Fotos Pardo para cumplir con los trámites de la matrícula en el nuevo colegio captó a un joven dispuesto otra vez a llevarse la vida por delante. Lo acompañó al estudio Paco Ignacio, porque le divertía mucho el modo de hablar del fotógrafo, que pronunciaba las palabras a la manera de los chinos. Dijese lo que dijese, se le llenaban los labios de eles. *Mile pala el flente, mile a la cákala, pol favol*. Las indicaciones no siempre estaban motivadas por exigencias artísticas, porque cuando los clientes eran sometidos a las estrategias de la composición fotográfica, *mile pala allá, mile pala la delecha*, se encontraban con un cartel escrito en perfecto castellano: «Los pagos por adelantado». Ángel no iba a pagar los recibos mensuales en el colegio Fruela, pertenecería al cupo de alumnos gratuitos, disfrutando de las atenciones de don José. Y estaba dispuesto a corresponder, a sentirse un alumno distinguido, con la mirada firme y el gesto serio, consciente de la importancia de su nueva aventura y de la responsabilidad que le demandaban los años que ya había cumplido.

No resultó demasiado difícil. Aunque los profesores representasen una saludable tradición pedagógica de cimientos liberales, los alumnos no brillaban por su preparación. Hijos de familias adineradas, buscaban en el colegio de pago una solución rápida a su falta de interés en los estudios y a los malos resultados académicos. Costaba poco trabajo sobresalir, sentirse bien con los propios conocimientos, recuperar el respeto por uno mismo, en aquel ambiente de profesores que abrían puertas y de alumnos que se cerraban en banda, con sus carteras cargadas de libros sin leer y de libretas con los deberes a medio emborronar. Incluso el padre Ángel buscaba su apoyo en las lecciones de apologética. A la hora de explicar las pruebas y los fundamentos de la religión católica, quiso empezar por los orígenes más sencillos y preguntó el primer día de clase: —¿Quién hizo el mundo?

La sonrisa cómplice del sacerdote, dispuesto a meterse en honduras una vez señalada la primera evidencia, desapareció de golpe cuando un alumno respondió que el mundo lo había hecho su padre. El griterío se apoderó del aula, porque otros alumnos

protestaron inmediatamente para reivindicar la importancia de sus padres respectivos en la creación del mundo. El espíritu triunfal de aquellos años, la costumbre de las condecoraciones por los servicios cumplidos, las exaltaciones de los sacrificios y de los martirios gloriosos, las hazañas de los caballeros mutilados se filtraban por las costuras de la realidad en las situaciones menos previsibles, poniendo incluso en peligro el prestigio de la divinidad, los equilibrios del Régimen y la paz del catolicismo nacional. El padre Ángel agradeció mucho que el alumno González Muñiz levantase la mano y restableciese el orden al afirmar con timidez que el mundo lo había creado Dios. Desde entonces, las lecciones de apologética buscaban la complicidad de un alumno descreído, que estaba ya irremediablemente acostumbrado a situar los episodios religiosos en las leyendas infantiles de Alejandro Casona. ¿Qué opina mi tocayo de este asunto?, preguntaba en clase el padre Ángel, y el alumno tocayo se limitaba a contestar con el catecismo en los labios, sin meterse en ese tipo de complicaciones a las que suele conducir la verdad personal en materia religiosa.

La misma actitud prudente le sirvió para elegir su nombre de guerra. Los alumnos del colegio Fruela jugaban al fútbol con pelotas hechas de papel. Manuel Avello, verdadero rey en este ejercicio de imaginación deportiva, oficiaba de Isidro Lángara, el mítico goleador del primer ataque eléctrico del Real Oviedo. Pero cuando los juegos derivaban hacia otro tipo de competiciones y de estrategias, los alumnos preferían adoptar nombres relacionados con la política internacional. La segunda guerra mundial daba para jugar al escondite, inventar excursiones intrépidas por la ciudad o retar al enemigo con preguntas geográficas sobre países conquistados o por conquistar. Sobre la política española era mejor pasar de puntillas. Los González, los Alas, los Rodríguez, los Caballero, los Álvarez-Buylla, los Bascarán, los Avello soportaban el peso de una derrota o una victoria demasiado cercana. Mejor jugar a los bigotes de Stalin y Hitler, o a saludar el paso de la tarde con la mano y la desmayada salud de Roosevelt, o a celebrar la capacidad sentimental de resistencia con el orondo buen humor de Churchill. A ver quién llega primero a la puerta de la catedral. Ha ganado Adolf Hitler. Ahora vamos a encontrar a Franklin Delano Roosevelt, que está escondido en un portal de la calle Cimadevilla.

Por tradición familiar, y porque desconocía aún el manto de crueldad con el que había cubierto los campos nevados de la Unión Soviética, el personaje preferido de Ángel era José Stalin. Pero convenía mucho mantener la prudencia, no dejarse llevar por las propias verdades, situarse dentro de los límites de una actitud precavida, tanto en las sesiones de cine controladas por los falangistas, como en los juegos inventados junto a los compañeros de bachillerato. Las cosas se iban apaciguando en su vida, pero Ángel no dejaba de ser el último representante de una familia de rojos. Pedro había escrito desde Chile, país en el que iba a instalarse mientras cambiaban las cosas en España. Después de pasar unos meses en un campo de concentración en el sur de Francia, había tenido la suerte de embarcar en el *Winnipeg*, el barco fletado por un poeta famoso, Pablo Neruda, para salvar a un grupo de republicanos españoles. Por fin tenemos noticias de Pedro. Nos hemos enterado de que está en Santiago de Chile, le anunció Ángel a Paco Ignacio, y va a volver en cuanto los aliados derroten a Hitler y a Franco. ¿Tú has leído a Neruda?

La familia de Paco Ignacio y Amaro también empezaba a recuperar la calma. En el horror hay matices, pliegues, y no era lo mismo una situación dolorosa que una tragedia. Benito Taibo e Ignacio Lavilla estaban en la cárcel, pero habían salido con suerte de los consejos de guerra. Cuando se presentó en comisaría, tío Ignacio era consciente de que la pena de muerte flotaba sobre sus hombros, como había ocurrido con otros periodistas de

Avance. La camioneta que lo llevó a Avilés, donde fue juzgado por un tribunal militar, iba cargada de hombres. Sólo él, uno de los personajes más conocidos de la izquierda asturiana, volvió a la cárcel sin la condena máxima. Hubo quien pensó que la sentencia piadosa respondía al hecho de que el periodista se hubiese entregado por propia voluntad. Pero el azar jugó también sus cartas para que un rayo de optimismo sustituyera al miedo. Después de la celebración del juicio fue llamado por el presidente del tribunal. Cualquier cosa era esperable, un acto de humillación, el ritual paciente del gato con el pájaro herido, la crueldad del vencedor con la víctima, la justicia negra que no se sacia con la frialdad del veredicto y necesita regodearse en la llaga.

—Lavilla, ¿no se acuerda usted de mí? Fuimos compañeros en Bellas Artes. Los dos íbamos a entregar nuestra vida a la pintura.

Los recuerdos de un tiempo no sólo pasado, sino perdido para siempre, ayudaron en esta ocasión a la vida. Ignacio Lavilla volvió a la cárcel para seguir asistiendo a la descomposición de su mundo, para sufrir en su piel las sentencias ajenas, para enterarse un día de la ejecución de su amigo Javier Bueno, para estar hundido detrás de una ventana, o de una luz que no gozaba de libertad, pero que su familia podía ver desde la calle y guardar en un pañuelo o en la imaginación, como se guarda la llama de una vela en la noche, como se enciende una esperanza y se cuida para que no la apague el viento. En el horror hay matices, una situación dolorosa no es lo mismo que una tragedia, y Benito Taibo también tuvo suerte, porque el tribunal que lo juzgó no llegó nunca a enterarse de las responsabilidades que había asumido en el ejército republicano. Con la redención de pena y las necesidades de espacio que soportaba la justicia del Régimen, no era previsible que permaneciese mucho tiempo en la cárcel.

En el horror hay matices, pero ningún matiz permitía que Ángel González Muñoz se atreviese a elegir el nombre de José Stalin para jugar con sus compañeros del colegio Fruela, por mucho que ahora fuese el preferido del padre Ángel y que contestase con seguridad a las preguntas apologéticas en clase de religión. Como la prudencia no debe confundirse con la humillación, la dignidad familiar le impidió también enmascararse en las sílabas de Hitler o de Mussolini. Entre las opciones libres, la que le pareció más atractiva fue la de Winston Churchill, un demócrata, un cuerpo feliz amante de la buena mesa y del buen tabaco, una figura simpática y culta que sostenía cada palabra de sus discursos en grandes bibliotecas de volúmenes encuadernados en piel, una magnífica oportunidad para mantenerse alejado de Stalin sin pasarse al enemigo.

Los años le enseñaron a Ángel que el glorioso revolucionario soviético se había comportado como un dictador implacable y que el simpático demócrata inglés había hecho todo lo posible, con sus políticas de no intervención y su cinismo neutral, para que la República española fuese abandonada en manos de Franco. Primero apoyó las estrategias de Baldwin y Chamberlain; después, capitaneó la metódica salvación de la España militarizada, separándola de los totalitarismos derrotados en la Segunda Guerra Mundial. Aquel amante de la buena mesa fue uno de los responsables de que sus sueños infantiles hubiesen acabado sin compensación posible en una fosa de Salas, un barco navegando hacia el exilio, una Comisión Depuradora del magisterio asturiano, una casa de huéspedes y una luz encendida en una ventana de la cárcel de Oviedo. Conocida la historia, conocidos los acuerdos que se habían tomado en despachos diplomáticos y en reuniones secretas, descubiertas las tramas de la alta política internacional que habían corrido por los pasillos ministeriales y los universos telegráficos hasta detenerse en el otoño perpetuo de su adolescencia y su juventud, Ángel pudo pensar con toda justicia en Winston Churchill al

escribir el poema «Final conocido», publicado en *Procedimientos narrativos*, un libro del año 1972: Después de haber comido entrambos doce nécoras, alguien dijo a Pilatos:

—¿Y qué hacemos ahora?

Él vaciló un instante, y respondía
(educado, distante, indiferente):
—*Chico, tú haz lo que quieras.*

Yo me lavo las manos.

En el curso 1941-1942, Ángel estaba lejos de sospechar las responsabilidades de la Gran Bretaña. Por eso se sintió cómodo bajo las sílabas del gobernante demócrata, y por eso sus compañeros de clase, cuando el señor Mendoza formulaba alguna pregunta de literatura, o don José buscaba el nombre de algún faraón, o el padre Ángel demandaba detalles sobre los orígenes del mundo, podían murmurar una consigna que llenaba de orgullo a su protagonista: «Que responda Churchill». El alumno distinguido recibía como agua de mayo en pleno otoño el ascenso que representaba pasar de percebe a Churchill, la satisfacción íntima de encaminarse a una nota media de 9,90, con un 10 al recoger la calificación de Religión, y otro 10 en el examen de Filosofía, y otro 10 junto a las palabras Latín, Griego, Geografía, Historia, Inglés, Física, Química y Educación Artística, y un 9,9 sobre su cabeza de chorlito para el Francés, y un 9 en Matemáticas, aunque por ser quien era, y en recuerdo de don Manuel Muñiz, hubiese debido sacar también un 10 en esta asignatura que tanta gloria le había dado a la estirpe familiar. Pero no había que exigir demasiado al destino, porque era un lujo sentirse Churchill con buenas notas, un hombre inteligente, gordo, feliz, fumador de puros, cuando no sólo se habitaba en una casa llena de huéspedes, sino que uno mismo se sentía un huésped molesto en una ciudad hostil.

Ángel había llegado a sentir que el huésped era él al caminar por un Oviedo desconocido, al recorrer los pasillos de un instituto extranjero, al respirar un aire que había agotado su fondo infantil de ingenuidad y que estaba obligado a compartir con gente extraña en cuanto se alejaba de su pandilla de amigos íntimos y de su familia. No había términos medios en una ciudad difícil. Quien no era una madre, una hermana, un amigo íntimo, aparecía como un enemigo. Las buenas notas propiciaron un cambio de atmósfera, le ayudaron a encontrarse consigo mismo, aunque sólo fuera para darse el gusto de volver a perderse, para sentirse con el derecho de despilfarrar su tiempo y sus buenas notas como cualquier otro muchacho.

El calendario de los sentimientos no admite cronómetros, no responde a un tiempo lineal y sistemático, no arranca las hojas de los días siguiendo un ritmo disciplinado. Después de largos periodos de estancamiento, se producen saltos de una longitud decisiva, distancias pequeñas que abren abismos en las preocupaciones y en los deseos. La misma pandilla que elegía como uno de sus lugares favoritos el cine Principado, porque tenía palcos y sillas de café, sillas redondas que puestas del revés empezaban a relinchar y ofrecían lomos y grupas de caballos con los que galopar sobre los caminos polvorientos del Oeste, esa misma pandilla que se entusiasmaba con la puntería de Ken Maynard y con su pasmosa tranquilidad de jinete solitario ante el peligro, empezó de pronto a obsesionarse por el vestido doblado en la silla del dormitorio, o por la mujer que despedía al pistolero en la puerta del rancho, o por las chicas que levantaban las piernas y marcaban con su piel la

vertiginosa alegría del piano, o por la complicidad de los amores intermitentes y leales que escondían las puertas de los burdeles, o por los besos que apenas llegaban a insinuarse.

El prestigio de los domingos en la casa de Ángel o en las salas de cine fue desplazado por los paseos a cielo abierto. Se trataba de coincidir con alguna de las muchachas de Oviedo catalogadas por la sabiduría particular de la pandilla, y de sostener con ellas largas miradas persuasivas. Pero las verdades de la carne están condenadas a precipitarse incluso en los atardeceres de un otoño paralizado, porque no existen cronómetros fiables para los sentimientos juveniles, y la pequeña diferencia de edad de Benigno le concedió un domingo el honor inmenso de anunciar a los amigos, con un sigilo ruidoso de gritos en voz baja, que el sábado por la noche había acompañado a sus hermanos al Campo de los Patos, para disfrutar del placer mercenario. Y había aprendido a hacer el amor, y a besar bien, no a dar besos de adolescente ridículo, sino a besar bien, besos con lujuria, besos que muerden los labios y las obsesiones. Los burdeles del lejano Oeste cerraban y abrían sus puertas en Oviedo, a pocos metros de la vida cotidiana, de las miradas persuasivas, de las inalcanzables mujeres decentes, de los consejos de Sole cada vez que el grupo de amigos colocaba en su lugar los tomos de la enciclopedia Espasa y se iba a la calle, no hagáis tontadas, Paco Ignacio, no vayáis a meteros en líos, Amaro, cuida de Angelín, Manolo, no contestéis a las provocaciones, y que Angelín no beba, Benigno.

Benigno anunciaba sus éxitos en el Campo de los Patos, pero los consejos de Sole resultaban poco urgentes, porque ninguno de ellos bebía entonces, y todos habían aprendido con sus propias experiencias la utilidad de evitar la provocación y de salir corriendo sin vergüenza en situaciones extremas. Los peligros del amor, además, tenían menos que ver con las amenazantes enfermedades venéreas que con los bandejazos ruidosos en la frente. El episodio, de mucha importancia sentimental para Ángel, fue sin embargo protagonizado también por Benigno. Comprometido por una de esas molestas circunstancias familiares que ordenan la vida y desordenan con irritación los planes inmediatos, Ángel asistió junto a su madre a una representación navideña. La mula, el buey, San José y los pastorcitos eran insoportables, pero había que reconocer que la Virgen, encarnada por Pili la Cartera, tenía una belleza deslumbrante, y gustaba mirarla, aunque tanta perfección, tanta virtud, tanta castidad resultaban poco alentadoras para las maldades de los ojos y del pensamiento.

La suerte quiso que a la semana siguiente, mientras se dirigía a la consulta del dentista con el alma en el suelo y el cuerpo en un dolor de muelas, Ángel se cruzase por la calle con la hija del cartero. Quiso también que dos muchachos que charlaban en la puerta de un bar la piropearan con alusiones muy subidas de tono, y por la boca de la Virgen empezaron a salir los insultos más horribles, las calificaciones más degradantes contra la virilidad física y espiritual de sus víctimas. Ángel se enamoró de inmediato de Pili la Cartera, y consiguió salir tres veces con ella, tres sábados de paseos por el parque, tres sábados de largos silencios, miradas persuasivas y conversaciones literarias que no debieron de convencerla demasiado, porque al cuarto sábado el infeliz y tímido amante volvió a ocupar su silla en el cine Principado, después de contarle a los amigos que su novia había decidido cortar la relación. Benigno, experto ya en asuntos del corazón, se ofreció a prestar ayuda.

Lo mejor era que Ángel escribiese una carta. Benigno se la entregaría en el portal de su casa, después de explicarle la catastrófica situación sentimental de Ángel. Llegado el día oportuno, el grupo de amigos se puso en acción, buscó a la muchacha y la siguió por la calle, cada vez con un paso más rápido, porque Pili la Cartera aceleró su marcha al sentirse perseguida. Cuando estaba a punto de alcanzar el portal, Benigno no quiso dar por

fracasada su misión y echó a correr, sin darse cuenta de que la madre de Pili hablaba con una vecina en la calle y de que, por desgracia, tenía una bandeja metálica, brillante, sonora, entre sus manos. Antes de poder aclarar que se trataba sólo de entregar una carta en la casa de un cartero, la madre de Pili detectó al impertinente perseguidor de su hija y le dio con la bandeja en la frente, consiguiendo la exactitud vibrante de un músico que pone fin apoteósico a una sinfonía gracias al esplendor de los platillos.

El bandejazo a Benigno y los buenos oficios de José Antonio el Radioaficionado convencieron a Ángel de que eran más seguros por el momento los amores lejanos y las melancolías de los libros. José Antonio ocupó la habitación abandonada por Carlos el Seminarista. Sole, que no sufrió por la imposibilidad de saber lo que escondía en el equipaje el nuevo huésped, porque su maleta estaba siempre abierta, se sintió aterrorizada ante los misterios tecnológicos de un aparato de radio que permitía hablar, entre interferencias lluviosas y largos silencios, con voces nocturnas de España, Francia y Portugal. Señora, dígame usted que es peligroso. Sole, no te metas en la vida de los huéspedes. Pero, señora, pero, Sole, pero, señora, y así una y otra vez hasta que doña María se acercaba a José Antonio para preguntarle si tenía legalizado el aparato de radio.

—No se preocupe, doña María, todo controlado, por supuesto, todo controlado.

No era verdad. El maravilloso y simpático José Antonio no lo tenía todo controlado y su encontronazo legal con la autoridad causó dos trastornos sentimentales graves. La misma mañana de su boda con Rosa se presentó la policía para detenerlo por utilizar un aparato radiofónico clandestino. No fue un problema demasiado serio, porque José Antonio exculpó en todo momento a la familia, y los inspectores tardaron poco en comprobar que no se trataba de activismo político, sino de la afición inocente de conocer vidas y lugares del mundo a través de las ondas. Pero la pobre Rosa se quedó esa mañana compuesta y sin novio en el altar, y doña María, Maruja, Sole y Ángel, que iban a asistir por primera vez a una celebración después del levantamiento militar del coronel Aranda, regresaron de golpe a las preguntas de la policía, la humillación y la tristeza.

La clausura de la radio clandestina supuso también un inconveniente serio para Ángel. Gracias a José Antonio, había encontrado una musa lejana, una novia portuguesa llamada Maria Margarida Martin Araújo, hermana de un radioaficionado portugués. Los mensajes lluviosos de la voz se llenaron de claves secretas y de intimidad cuando a través de las cartas, dirigidas a la rua Augusto Gil, número 10, Guarda, Portugal, Ángel le explicó la importancia sentimental de la simulación. Cuando yo te diga que en Oviedo está diluviando, entiende tú que cada vez eres más importante para mí y que en cuanto pueda iré a buscarte para compartir contigo los mejores días de sol. Cuando te comente que se me ha estropeado el reloj, piensa que mis horas no tienen sentido sin ti y que por la noche sueño que paseamos juntos a la orilla del río y que te beso, pero no con un beso ridículo, sino con uno de esos besos que paralizan el tiempo, labios y dientes apasionados que muerden otros labios y otras obsesiones.

Ángel había pactado que, después de la boda, visitaría a José Antonio en su nuevo domicilio para seguir hablando por radio con Maria Margarida. La nueva irrupción lamentable de la policía le obligó a confiar todo su amor al servicio de correos, un grave inconveniente, porque el trato humano, aunque sea a través de las ondas y las distancias, ayuda a conservar el calor de los corazones. Después de unas semanas, se fueron espaciando las noticias de la rua Augusto Gil, Guarda, Portugal, hasta extinguirse por completo. Ángel pensó que tal vez se debía a que en una de sus cartas de amor le había confesado que sus compañeros de clase le llamaban Churchill. Tal vez Maria Margarida y

su hermano fuesen partidarios de Stalin y considerasen al político inglés como un burgués reaccionario y peligroso. O tal vez fuesen partidarios de Hitler, y pensaran que Churchill era un enemigo imperdonable por sus convicciones democráticas y sus estrategias internacionales. Ángel nunca llegaría a saber si hubiese sido mejor firmar como Stalin o como Hitler. Lo único que ya había aprendido era que resultaba muy difícil contentar a todo el mundo. Cuando se habita en un lugar extraño, como un huésped vigilado y molesto, lo más prudente no es buscar un acierto definitivo, sino procurar no equivocarse más de la cuenta.

23. Visión sin percepciones

—Casi todos los ateos, tú incluido, sois unos aficionados, no tenéis mérito ninguno.

—No sé por qué...

—Porque lo verdaderamente notable es no creer en Dios después de haberlo visto.

Y yo lo vi con toda claridad.

Eso sigue afirmando Ángel, que vio a Dios, que tuvo una conciencia exacta de estar delante de él. Supo con seguridad que no se trataba del diablo, ni de un arcángel malo, ni de un miembro descarriado de la Santa Compañía. Tampoco era ninguno de sus muertos vivos, ni su abuelo Muñiz, que se le aparecía de vez en cuando para rogarle que no bajase la guardia en los estudios ahora que sacaba notas tan buenas, ni su padre, que se le acercaba al pupitre en las clases de Religión para murmurar que le siguiese la corriente al padre Ángel, porque también él se había acostumbrado a adoptar la misma actitud en el Paraíso. A todo digo que sí, siempre le doy la razón a las jerarquías celestiales o a las potestades divinas. En la otra vida, hijo mío, tampoco corren buenos tiempos para la República. El humor y la memoria demasiado vigilante de su padre y de sus hermanos consiguieron que nunca se debilitara la distancia sólida que había entre sus sentimientos y su sabiduría teológica. Dios había creado el mundo, pero a él lo habían creado los recuerdos de su padre, y las conversaciones de Manolo y Pedro, y todo lo que había oído en las iglesias y visto en la calle al paso marcial de la fe.

—¿Sabéis que existen distintos grados en la jerarquía angélica? ¿Quién sabe cuáles son? —preguntaba el padre Ángel.

—Venga, que responda Churchill.

—Los ángeles se dividen en ocho grados: querubines, serafines, principados, potestades, dominaciones, virtudes, tronos y arcángeles —y mientras contestaba las preguntas del padre Ángel sobre los ángeles, Ángel González Muñiz sentía que no estaba dispuesto a reconocer más principado que el de Asturias, ni más potestad que la del pueblo soberano. Estaba seguro, además, de que había otros grados de ángeles que se llamaban Soledad, Maruja, madre, sus ángeles de la guarda, y doña Nieves, que intentaba reconstruir su vida y sosegar la pérdida de dos hijos ferroviarios, y doña Elisa, la madre de los Taibo, que procuraba sacar la casa adelante, ayudada por la tía Ángeles, a golpes de aguja, con su marido y el tío Ignacio en la cárcel, y Alfredo Quirós, que les prestaba libros de manera generosa, libros que ayudaban a vivir y a discutir, aunque a veces hubiera que leerlos haciendo malabarismos, sin cortar las páginas pegadas, para que Manolo pudiese venderlos intonsos y demostrar entre sus clientes devotos una capacidad arcangélica de seducción.

—Llévese esta novela, señora Camila, le va a encantar.

—Muy bien, muy bien, Manolo, lo que tú digas, ya sabes mis gustos.

—Muy bien, muy bien, Ángel —aplaudía en el colegio el padre Ángel—. Ésos son

los ocho grados de los ángeles. Pero a que no sabes quién fue el Ángel Exterminador.

—Sí, claro que lo sé —afirmaba Ángel, ¿cómo no lo voy a saber?, se preguntaba Ángel, hay muchos ángeles exterminadores, se respondía Ángel, pero el jefe de todos en Oviedo fue el coronel Aranda, seguido muy de cerca por el comandante Caballero, eso se respondía a sí mismo, mientras asombraba en voz alta al padre Ángel con su sabiduría teológica, sacada del manual de Religión y de la enciclopedia Espasa—. Según el relato del Antiguo Testamento, se calificó de Ángel Exterminador al que atacó con la peste a los súbditos de David, al que exterminó al ejército de Sennaquerib y a uno de los jefes de los demonios, llamado Abaddón.

Bastaba con estudiar las lecciones por adelantado y copiar en una libreta la información aportada por la enciclopedia para que el padre Ángel alabase con cariño exagerado su sabiduría, acentuando el prestigio escolar de Churchill, ahora que empezaba a flojear un poco en las otras asignaturas por culpa de las dolencias sentimentales. No era creyente, desde luego, ni siquiera pudo serlo en la época de sus grandes éxitos teológicos, pero Ángel acabaría viendo a Dios. Y no se trató de una borrachera adolescente (¡eso, Luis, que te quede claro!), o de un rapto de locura (¡no, si yo sé lo que te ocurrió!), o de la desgraciada consecuencia de un mal golpe en la cabeza, como sucedió con los cambios de carácter de la pobre Ángeles García Tuñón, que de pronto se volvió una mujer rara, buena como siempre, pero más apasionada que nunca, con reacciones propias de las personas un poco idas. La vecina del primero derecha había sufrido mucho por la muerte de su hermano José Antonio, el único hombre de su familia numerosa, farmacéutico y falangista caído por la patria. Pero en medio del dolor mantuvo la calma, subió y bajó las escaleras con una tristeza íntima, que podía compartir con Ángel, Maruja y doña María, porque sus vecinos del tercero izquierda también habían perdido mucho, mucho, y todas las culpas estaban ya pagadas.

Ángeles se acordaba de la amistad de Manolo González, recordaba los ejercicios gimnásticos que había hecho junto a Pedro en la barra de hierro que los González Muñiz tenían en el arco de entrada al comedor, e intentaba conservar un trato cariñoso y casi infantil con Ángel. Del mismo modo que lo había sacado de niño al Campo de San Francisco, ahora mantenía la costumbre de invitarlo al circo cada vez que llegaba a Oviedo la compañía de la familia Corzana. Ángel iba con su vecina, y después volvía con los amigos, ya como experto en las agitaciones y los números que se realizaban sobre la pista. Era una tradición y un brindis en homenaje a los buenos tiempos, aquellos tiempos en los que las acrobacias y los saltos en el aire parecían una celebración de la vida y no un modo íntimo de negociar con la muerte, el olvido y la supervivencia. También la historia de España había marcado el rumbo del American Cirque, que pasó a llamarse circo Americano cuando el Gobierno de Lerroux decidió prohibir los nombres extranjeros en un rasgo de preocupación nacionalista, y terminó después por convertirse en el circo Corzana. En julio de 1936 se encontraba en Miranda de Ebro, y allí se quedó el circo, paralizado por el levantamiento militar, hasta que las autoridades franquistas decidieron confiscar su material, sus carpas, sus carromatos, para levantar los barracones de un campo de concentración.

—En aquellos años podía esconderse un muerto bajo cada alegría, o el eco de un campo de concentración entre la risa de los payasos. La familia Rivel tuvo mucho éxito, pero a mí me gustaban también los hermanos Díaz.

Acabada la guerra, y como un signo más de los tiempos, bajo el nuevo nombre de circo Corzana, volvieron a Oviedo los acróbatas, los payasos, los perros amaestrados y los

equilibristas. De vez en cuando se presentaba alguna actuación especial, como la de un cantante negro llamado Antonio Machín, de origen cubano, que deleitaba al distinguido público con la nostalgia rítmica de sus canciones de amor. Ángel se deleitaba más con las posturas de Carmencita, la hija de Arturo Corzana, una magnífica equilibrista ecuestre, que levantó también el aplauso de los Taibo y de Manolo Lombardero cuando la admiraron sobre su caballo, las piernas flexibles, fuertes y alargadas, la cabellera al viento y los brazos locos y elegantes, como si fuese posible armonizar la belleza y el vértigo al ritmo de una música estruendosa. Si la ves de cerca, te llevas una desilusión, porque tiene la cara picada, comentaba Manolo. Vaya, hombre, nunca se puede estar tranquilo, siempre hay un dolor en el lugar menos pensado, se quejaba Ángel. Lo que debemos hacer nosotros es pedir trabajo en el circo, soñaba Paco Ignacio, colocar alfombras, levantar carpas, limpiar jaulas y dedicarnos a viajar por el mundo, cada vez más lejos de aquí.

Cuando Paco Ignacio se fue de Oviedo, después de la puesta en libertad de su padre y del tío Ignacio, hacía ya algunos meses que Ángeles daba muestras de una perturbación sentimental aguda, por culpa de un golpe en la cabeza que se había dado en una mala caída. Eso confesó su madre, doña Rosa, muy preocupada, cuando la señorita García Tuñón empezó a vestir el uniforme de falange, ceñido a su cuerpo musculoso, y a pasear por la ciudad con una firmeza militar muy poco apropiada para las mujeres. Pero si esta niña parecía muy enamorada de Pedro, se lamentó Sole, al verla subir las escaleras con el pelo corto y saludar como un soldado que volviera a su casa dispuesto a disfrutar de un mes de permiso junto a su novia. No seas malpensada, Sole, simplemente está trastornada por la muerte de su hermano y por un golpe en la cabeza, me lo ha contado su madre, afirmaba doña María para apagar el fuego.

Pero las llamas de Ángeles resultaron difíciles de calmar en las murmuraciones del vecindario, porque pronto se desató el incendio que iba a consumir en pocos días todo un bosque de sentimientos alimentados por la preocupación, la tristeza y la risa. Una tarde corrió la noticia de que Ángeles García Tuñón había sido secuestrada, no, sí, no me lo puedo creer, sí, ¿por quién?, no se sabe por quién, tal vez una banda de enemigos de la patria, una cuadrilla de rojos de los que aún quedan por los montes. Otra tarde corrió la buena nueva de que había sido liberada con vida, y los vecinos acudieron a felicitar a la familia, a doña Rosa y sus seis hijas, María Rosa, Avelina, Carmen, Sarita, Araceli y a la propia Ángeles. Cada vecino, según su ideología y su pasado, mostraba santa indignación o un esquivo sentimiento de culpa, pero todos se encontraron alegres, emocionados con sinceridad, hasta que el entusiasmo se volvió tristeza y compasión por doña Rosa, cuando una tarde oscura corrió en voz baja la certeza de que Ángeles había simulado su secuestro. Necesitaba llamar la atención, porque no había superado la muerte de su hermano José Antonio, y porque, eso ya se sabía, estaba perturbada por culpa de una mala caída en la que se golpeó la cabeza.

Ángel no volvió al circo con ella, pero desde entonces, cada vez que vio saltar a una trapecista o a una equilibrista ecuestre, se sintió conmovido por la belleza musculosa de las artistas y por el valor de las mujeres que se arriesgan a golpearse la cabeza, como le había ocurrido a su vecina. Tampoco tuvo la posibilidad de volver a las gradas del circo Corzana con Amaro y Paco Ignacio Taibo, porque se marcharon a Gijón pocas semanas después de que su padre y su tío fuesen puestos en libertad. Allí, la vida sería un poco más fácil para ellos, aunque Oviedo se volvió más difícil para Manolo, Benigno y Ángel. La distancia entre Gijón y Oviedo no era mucha, apenas unos cuantos kilómetros y una rivalidad futbolística, pero la marcha de los Taibo significó la incertidumbre de un final de época,

una puerta que no se abría a nuevas ilusiones, sino que se cerraba, se cerraba aunque no fuese de un portazo, y obligaba a tomar conciencia de la pérdida, de la herida que iba a dejar la ausencia de los amigos sobre la piel de la costumbre. Sólo veinticuatro kilómetros, pero no sobraba el dinero para comprar un billete de tren cada fin de semana, y resultaba complicado salvar la sensación de que las épocas de la vida se acaban, de que el tiempo corroe y maltrata la realidad, de que uno está obligado a cambiar de rutinas, de estrategias para ilusionarse, para soportar el aburrimiento o superar el miedo.

No le cabía duda a Ángel de que la amistad con Paco Ignacio y Amaro iba a permanecer a lo largo de los años. Habían vivido demasiadas cosas juntos como para dejar que la complicidad, los golpes en la puerta, las lecturas comunes y el tejido íntimo que bordan las desgracias compartidas pudieran deshilacharse por culpa de veinticuatro kilómetros. Sabía que ninguna distancia abierta entre ellos por la vida, estuviesen donde estuviesen, en las ciudades o en los continentes más apartados, trabajando como utilleros de circo, obreros metalúrgicos, librerías, periodistas o poetas, debilitaría jamás su sentimiento de hermandad, el pacto de unos muchachos unidos por la guerra, la pobreza y la necesidad de sobrevivir. Pero también sabía Ángel que empezaba otro capítulo de la novela interminable, y que era el primer paso para que los recuerdos fuesen sustituyendo a la cercanía diaria, al rumor cotidiano, a la certeza de vivir dentro de las mismas palabras, casi en las mismas sílabas, mañana, librería, cine, hermano, sábado, sí, no.

—Parece como si nos fuésemos al fin del mundo —ironizó el tío Ignacio, al ver el dolor solemne de la pandilla en la mañana de la despedida.

—No, si es por Paco Ignacio y por Amaro —respondió Ángel, con una sonrisa forzada en los labios—. Pudiendo ver jugar al Oviedo, ahora van a tener que contentarse con el Sporting.

—Mira por dónde, Angelín, me acabas de recordar un motivo para irme contento. Por fin voy a vivir en un lugar decente. Tus delanteras eléctricas están llenas de cortocircuitos. Os vais a enterar...

—Nunca supe lo que es miedo.

Soy de Oviedo.

Si Paco Ignacio me manda

y dice: *Quieto*, aquí estoy.

Que si me ordenara: *Anda*,

le respondiera: *Allá voy*.

Todos, incluido *Monsieur*, rompieron a reír con la improvisación de Ángel. Después de la admiración que despertaron en el grupo de amigos los versos vanguardistas de Gerardo Diego, había caído entre ellos como un jarro de agua fría, como una decepción avergonzada e íntima, la noticia de que el poeta no sólo apoyaba al régimen de Franco, sino que era el autor de una canción, *Soy de Oviedo*, en la que tomaba la palabra la mismísima catedral de la ciudad para ponerse a las órdenes del coronel Aranda, el ángel exterminador. Era, sin duda, una buena broma, y Ángel manipulaba los versos de Gerardo Diego para afirmar que ni la distancia geográfica, ni el paso de los años, ni las mayores catástrofes, iban a romper aquella amistad, nacida como una flor en el desierto gracias al destino y por culpa del coronel Aranda. Con una sonrisa en los labios, parecía más soportable que los Taibo se marcharan en busca del mar y de unas calles con mejores horizontes de vida.

Pero Ángel se sintió abatido, cayó en un extraño estado melancólico. No se trataba

sólo de la ausencia de sus amigos, sosegada con excursiones a Gijón y con una correspondencia llena de humor y de melancolía literaria. Se apoderó de su carácter una sensación aguda de vivir en vano, fuera de lugar, en una ciudad donde ya no transcurría la vida, como si sus sueños y sus amores habitaran en un sitio y su cuerpo en otro. Podía ser Gijón, o París, o Santiago de Chile, o Guarda, o cualquier otra ciudad de las que temblaban en las voces nocturnas y metálicas que había escuchado junto al aparato radiofónico de José Antonio, pero tenía la sensación de que su vida estaba sucediendo en otro lugar y que por un desajuste de horarios y de geografías no era dueño de su existencia, de sus citas, de sus pasos. Uno de los poemas de amor más conocidos de Ángel González, «Canción de invierno y de verano», habla de ese desencuentro íntimo, de esa incomodidad sentimental confundida con una desorientación geográfica, que persiguió al autor desde su juventud:

Cuando es invierno en el mar del Norte
es verano en Valparaíso.

Los barcos hacen sonar sus sirenas al entrar en el puerto de Bremen con jirones de niebla y de hielo en sus cabos,
mientras los balandros soleados arrastran por la superficie del Pacífico Sur bellas bañistas.

Eso sucede en el mismo tiempo,
pero jamás en el mismo día.

Porque cuando es de día en el mar del Norte
—brumas y sombras absorbiendo restos
de sucia luz—
es de noche en Valparaíso
—rutilantes estrellas lanzando agudos dardos
a las olas dormidas.

Cómo dudar que nos quisimos,
que me seguía tu pensamiento
y mi voz te buscaba —detrás,
muy cerca, iba mi boca.

Nos quisimos, es cierto, y yo sé cuánto:
primaveras, veranos, soles, lunas.
Pero jamás en el mismo día.

Ángel no pisaba las calles de su ciudad en el mismo día o a la misma hora. Se quedaba encerrado en el despacho, pasaba horas buscando compañía en la guitarra, un instrumento que, a diferencia del violín, sonaba cada vez mejor entre sus manos. O bajaba afantasmado las escaleras de su casa, caminaba hacia el colegio Fruela, se esforzaba en mantener el prestigio alicaído de Churchill. Pero no estaba en sí mismo, no ocupaba sus huellas, mataba los días a la espera de la llegada del sábado para quedar con Manolo Lombardero, la única presencia que conseguía devolverlo a la realidad. Otros amigos se acercaban, formaban parte de sus paseos por la ciudad, de los nuevos proyectos que surgían y desaparecían, pero ninguno alcanzaba el grado de intimidad de los Taibo, porque siempre había una carencia, un motivo de duda, una distancia humana más grave que los

veinticuatro kilómetros que separaban Gijón de Oviedo. Ignacio Rodríguez Coalla, antiguo compañero de Ángel en el instituto, buscaba su amistad, pero creía demasiado en los servicios al Régimen de su padre, un señor muy reaccionario que colaboraba con la policía para tender trampas y capturar a los republicanos que estaban escondidos en el monte. Manolo y Ángel se cruzaban miradas y sonrisas cada vez que Ignacio insistía en explicar que su padre era ciudadano muy de fiar, tan noble y tan de fiar que los rojos sólo se atrevían a entregarse cuando él estaba presente.

También fue asiduo el trato con Nicanor García, un muchacho pelirrojo y muy propenso a utilizar el idioma de manera dificultosa y arrevesada. Le gustaba emplear en sus conversaciones un vocabulario vestido de domingo, como si el fin de semana fuese una lengua con fiebre, un diccionario compuesto sólo de palabras añejas. Buena parte de los esfuerzos de Manolo y Ángel, entre adverbio y proverbio, estaban destinados a conseguir que su amigo pelirrojo, de economía más saneada, les convidase a cenar algún sábado en Casa La Gocha, restaurante que ofrecía un plato de judías estofadas, un huevo frito, pan y vino, al precio módico de una peseta. Con Nicanor también, y con otro muchacho llamado José Manuel de la Vega, acudían al bar Riesgo para jugar al parchís. El ruido de los dados y los cubiletes saltaba sobre las mesas como un azar doméstico, como una prisa cuadrículada y mentirosa, una estrategia de azules, rojos, verdes y amarillos que permitía practicar la violencia y el canibalismo sin cometer delitos de sangre. Las mejores partidas lograban darle al hastío la forma cúbica de un juego. Cada vez que se comía una ficha, era divertido escuchar el grito de guerra de José Manuel, *chúpame la camiseta, chúpame la camiseta*, porque rompía el tono culterano de Nicanor y acarreaba un aire insolente y popular que hacía temblar con un escalofrío el aire sucio de las tardes y los meses muertos.

La verdad es que lo único que había recuperado su viejo esplendor en Oviedo era el fútbol. La ciudad disfrutaba otra vez de un fútbol excelente, un fútbol de antes de la guerra, una alegría de camiseta azul y pantalones blancos, con títulos al alcance de la mano, goles, emoción en la liga y una nueva delantera eléctrica formada por Antón, Goyín, Echevarría, Herrerita y Emilín. El partido internacional que inauguró en 1932 el campo de Buenavista, en el que Ángel se había colado de la mano de un extraño, sirvió para que el Oviedo F. C. tomase conciencia de su propio arrojo y se empeñara en lograr el ascenso a primera división. Lo consiguió gracias a Isidoro Lángara, el delantero vasco que soñaba con los pies y se hermanaba en cada partido con el gol. Él se inventó la primera delantera eléctrica junto a Casucu, Gallart, Galé e Inciarte, y después lideró la segunda, jugando siempre de delantero centro y de cara a la meta, con Casucu y Gallart todavía a la derecha, pero con los refuerzos de Herrerita y Emilín a la izquierda, un ataque de lujo que llevó al equipo hasta el tercer puesto de la clasificación en las temporadas 1934-1935 y 1935-1936.

Ángel se había hecho socio del Oviedo, junto a Manolo Lombardero, y le gustaba ejercer también de Churchill en asuntos de teología futbolística. Isidro Lángara, comentaba con melancolía, fue máximo goleador en las temporadas 33, 34, 35 y 36. Después de la destrucción del campo de Buenavista durante la guerra y de que los mejores jugadores se hubiesen repartido por otros equipos, la temporada 1942-1943 había devuelto a la ciudad su antiguo esplendor, con una nueva delantera eléctrica, que hacía vivir los domingos con una pasión rotunda, conclusiva, añadía Nicanor, mucho más cautivadora que los cubiletes del café Riesgo. Daba gusto aplaudir otra vez las carreras por la banda izquierda de Emilín, los disparos secos de Herrerita, pero faltaba Isidro Lángara, el máximo goleador, que jugaba ahora en los campos del exilio.

Ángel conocía su historia, la conservaba dentro de su equipaje melancólico, la

mezclaba con su sensación de malestar íntimo, con su idea de que la vida estaba sucediendo en otro lugar, en unas gradas de México o en el estadio argentino del San Lorenzo de Almagro. Lángara había sido el héroe del Mundial de Italia en 1934, con sus dos goles derrotó a la selección de Brasil, y los italianos tuvieron que lesionarlo para vencer a España en una eliminatoria a tres partidos manipulada por el fascismo. Cuando estalló la guerra se mantuvo leal al Gobierno, formó parte de la selección de Euskadi que se fue a América para recaudar fondos y hacer giras de propaganda a favor de la causa republicana, y luego permaneció en el exilio. Su amigo Ángel Zubieta le facilitó un puesto en el San Lorenzo de Almagro, el equipo que años más tarde traería a España las tácticas de juego, convirtiendo el fútbol en un arte inteligente, algo mucho más calculado que un vértigo de carreras y patadones hacia delante.

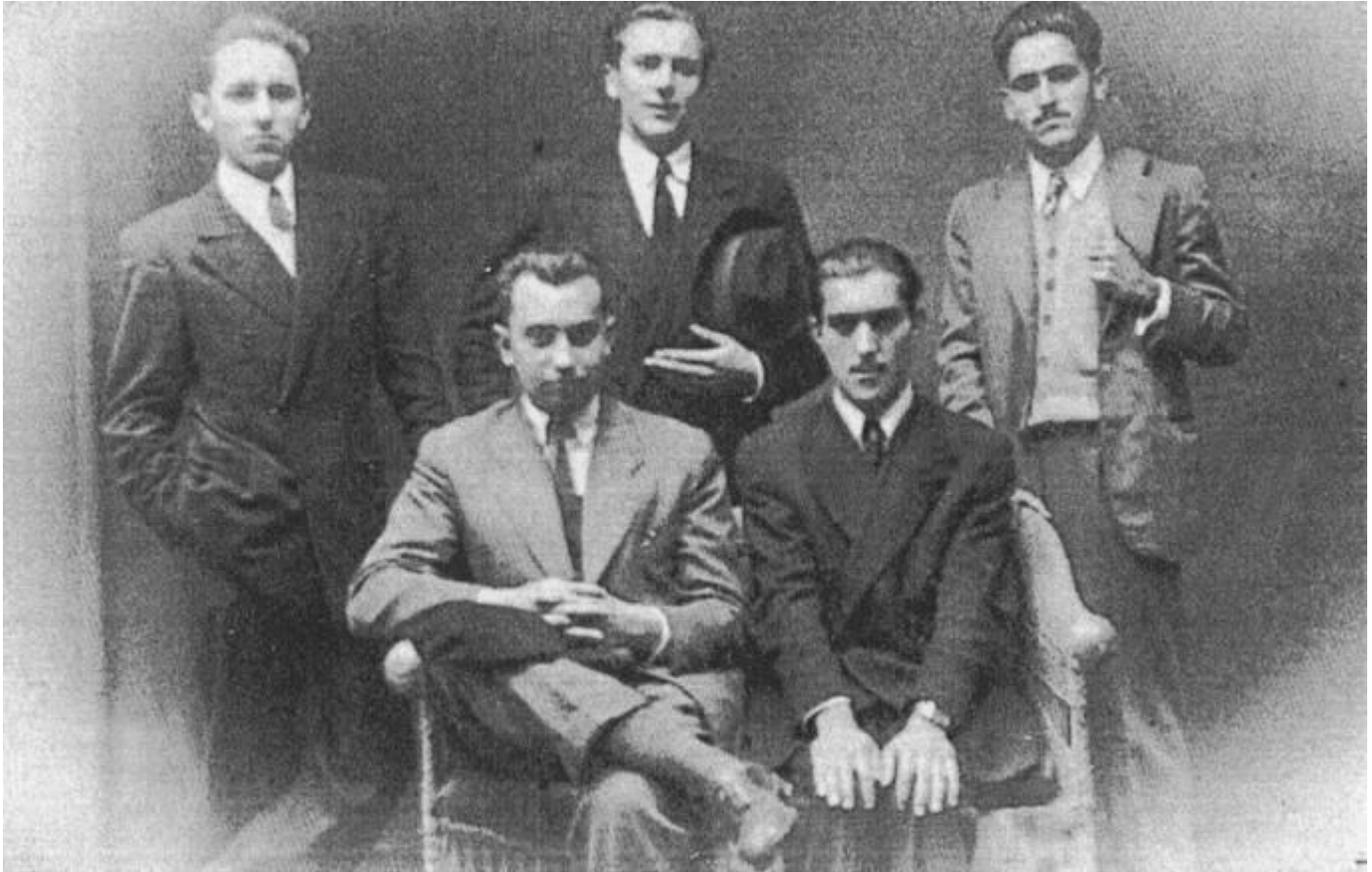
No, no estaba en el equipo Isidoro Lángara, ni el Oviedo consiguió el tercer puesto en la clasificación, pero una sexta plaza en primera división no estaba mal después de lo que había ocurrido sobre el campo de juego o de batalla durante la guerra. Y todavía salieron las cosas mejor en la temporada 1943-1944, cuando el equipo consiguió quedar el cuarto, gracias a las carreras por la banda derecha de Antón, el extremo que jugaba con una boina para defender su calva de las nevadas, las lluvias y los fríos. Es maravilloso, una flecha con la boina calada, pero a mí me gusta más Herrerita, decía Ángel con ánimo de poner el dedo en la llaga. No es como Lángara, hay rumores sobre el mal comportamiento en la guerra de su hermano, otro jugador, Ramón Herrera el Bueno, que está ahora en la División Azul. Pero Herrerita cuenta con el mérito inapreciable de haber dejado el Sporting por el Oviedo, explicaba Ángel, sintiendo que la broma tuviese que aguardar, para caer sobre los Taibo, a los fines de semana hermoeados por una visita a Gijón.

Ángel también se propuso mejorar sus resultados en la temporada 1943-1944, porque el segundo curso en el colegio Fruela había supuesto una campaña escolar más bien modesta, como de mitad de la tabla, con 9 en matemáticas y Latín, pero con 6 en Literatura y Cosmología, y 5 en Geografía, Historia, Educación Artística, Filosofía y Francés, calificaciones pobres que le habían bajado la nota media hasta el 6, 50. Incluso el padre Ángel tuvo que colocar un 7 en la cartilla de su alumno preferido, porque la melancolía y la insatisfacción vital habían recortado la capacidad fulminante de Churchill para saberlo todo sobre los orígenes del universo y el papel de los ángeles y los demonios. No sé qué demonio te tiene preocupado a ti, seguramente un demonio femenino, le decía con aire de advertencia lastimosa el padre Ángel, para pedirle que hiciera un esfuerzo, que el próximo curso iba a ser el último y debía entrar por la puerta grande en la universidad.

Así fue. El alumno pudo separar sus melancolías de sus calificaciones, y mientras él iba adelgazando para pesar cada vez menos en los zapatos que recorrían la ciudad, la calle Cimadevilla, la avenida de Galicia, la calle Doctor Casal, el suelo de la librería Cervantes o del bar Riesgo, iban engordando de nuevo sus aprobados hasta convertirse en sobresalientes. Fue capaz hasta de matricularse con Manolo Lombardero en unas clases particulares de inglés que ofrecía el jefe de la Oficina de Turismo, con la intención de divulgar la cultura anglosajona y de completar su sueldo. Muy partidario del método inventado por Maximilian Berlitz en el siglo XIX, el profesor intentaba que aprendiesen el idioma con la misma naturalidad de quien asimila su lengua nativa. En las clases sólo utilizaba el inglés, y estaba seguro de que al final sus alumnos dominarían la lengua con una sencillez perfecta. Bastaba con alcanzar gradualmente las habilidades de la comprensión, el habla, la lectura y la escritura. Pero la asimilación natural del inglés fue uno más de los proyectos rotos por la diosa Fortuna, porque al jefe de la Oficina de

Turismo lo destinaron a la delegación de Londres, y para la ciudad del Támesis se fue con su método Berlitz, dispuesto a completar el sueldo con jóvenes ingleses deseosos de aprender el español.

Cuando llegó la noticia de que Maruja había sido rehabilitada como maestra, Ángel no había visto aún a Dios, ni podía sospechar las consecuencias que esta decisión administrativa tendría sobre su futuro. Se trataba de una dicha amarga, porque Maruja necesitaba sentirse de nuevo maestra, llevar una escuela, salir de casa, encontrar por fin un novio, pero el perdón de las autoridades, recelosas de su pasado y de su imagen pública, la obligaba a buscar un destino a más de cincuenta kilómetros de Oviedo. Otro miembro decisivo de la familia debía abandonar la casa para seguir viviendo. La marcha de Maruja dejaba un poco más sola todavía a su madre, abandonada a una tristeza sin amparo y a una vida que le cambiaba de forma cruel hijos por huéspedes, amores y conflictos familiares por conversaciones pulcras de pensión. Ahora se sentaban a la mesa Álvaro Faes, un muchacho de Gijón que estudiaba en Oviedo, y el teniente coronel Ramírez, con su joven esposa Carmelina, tan joven que muy bien podría ser su hija. No creo que estén casados, oyó Ángel que le decía su madre a Maruja, es muy posible que sea su querida. Era una de las últimas noches que Maruja pasaba en casa, y más que reírse como otras veces del comentario malicioso, Ángel sintió un dolor en el pecho, porque iba a dejar de oír las conversaciones secretas que su madre y su hermana mantenían en la camona, y porque el silencio inmediato que iba a caer sobre su cama sellaría otra época, otro tiempo roto, cerrado con la llave de la maleta de Maruja y con los preparativos de su viaje a Páramo del Sil, un pueblo de la sierra de León, a mitad de camino entre Ponferrada y Villablino, que no estaba tan lejos como Santiago de Chile, pero que volvía a poner una nube negra sobre el cielo de la familia.



Paco Ignacio, Manuel Lombardero y Amaro Taibo. Sentados: Ángel González y Benigno Canal. Oviedo, 1944.

Maruja se marchó, y Ángel tomó conciencia de la edad de su madre, la vio pequeña, vestida de luto, con el pelo blanco, sirviendo la sopa a la hora de la cena, rodeada por las sillas vacías de Manolo, Pedro y Maruja, y por las sillas de los huéspedes, y la quiso más que nunca, necesitó devolverle lo antes posible el valor de todos sus sacrificios, hacerse un hombre de provecho y sacar fuerzas de una flaqueza cada vez más llamativa. No estarás enfermo, ¿verdad, hijo? No, mamá, no estoy enfermo, es que estoy estudiando mucho, y si me encuentro mal, me lo callo, pensaba Ángel, porque en la temporada 1943-1944 he tomado la decisión de acabar el bachillerato por goleada, de subir en la tabla, de sacar 10 en Matemáticas, Literatura, Inglés, Educación Artística, Religión, Latín, Francés, Física, Química, y 7 en Filosofía, y 6 en Griego, hasta conseguir una nota media de 9,1, y luego seguir estudiando, seguir callando que me encuentro mal, porque si no, va a ser imposible que acuda al examen de Estado, y quiero aprobar como sea y conseguir de una vez el título... La carpeta azul confirma que la Comisión Examinadora reconoció el esfuerzo del alumno matriculado con el número 852, en la convocatoria de junio, concediéndole la calificación de Notable.

Se conservan también algunas fotos de la excursión que organizaron Amaro y Paco Ignacio Taibo en los primeros días del verano de 1944. Flota en las imágenes una alegría de baile, porque alguien ha acarreado una gramola de cuerda y las amigas de Gijón no ponen

reparos a la hora de escoger pareja e improvisar una fiesta en medio del campo. Paco Ignacio, muy enamorado, irradia felicidad. Ángel sonríe desde un cuerpo delgado, con una dicha costosa, ahogada, y parece mentira que nadie sospechase entonces el significado de su debilidad. También es asombroso que pudiera participar sin quejarse en una jornada agotadora. Los Taibo llegaron a Oviedo en el ferrocarril de Gijón a las ocho de la mañana, el grupo de amigos, otra vez reunido, cogió un tren hacia San Esteban de Pravia, y desde allí caminó hasta Avilés, para tomar el ferrocarril de Carreño que les llevó a Gijón. El mar, la gramola de cuerda, el baile, los prados, la alegría del reencuentro con los amigos, la novia de Paco Ignacio brillan en la sonrisa de Ángel, porque a veces la necesidad de ser feliz es más fuerte que la historia personal y que el propio cuerpo. Cualquier cosa podía ocurrir en los ojos de aquel joven que miraba a la cámara con un secreto desolado en su sonrisa.

Muchos años más tarde, su amigo el poeta y profesor Carlos Bousoño le explicó que se trataba exactamente de una visión de Dios sin percepciones, muy parecida a las que había descrito Santa Teresa de Jesús. Un prisma luminoso, una figura transparente y triangular, se elevó en el amanecer delante de Ángel, que estaba acostado en su cama. Fue muy poco después de volver de la excursión a San Esteban de Pravia, la casa estaba en silencio, ningún ruido surgía de la cama de su madre, ni de las habitaciones de los huéspedes, ni de las calles de la ciudad. Tampoco Dios habló, pero tuvo la certeza de que se trataba de él, de que estaba allí, inconfundible en su luz y su transparencia, sin que hubiera confusión con ninguna otra figura sobrenatural o real, viva o muerta, benigna o maligna, pasada o futura. Dios estaba allí, ocupando el lado izquierdo de la habitación, con el tiempo detenido, con el universo concentrado en una forma incandescente, como si un triángulo pudiera reunir todos los puntos de vista, las existencias pasadas y por venir, el relato inacabado del mundo. Y no sintió miedo, ni felicidad, ni culpa, sólo intuyó la fotografía de su padre colgada en la pared del despacho y empezó a notar un agotamiento pacífico y tranquilizador, parecido al sueño, y la evidencia de que iba a vivir el resto de sus días con el aplomo o la cordura del ateo que, después de ver a Dios, decide no cambiar de principios. Nadie puede discutir que los principios sólidos se parecen mucho a la terquedad.

Esa misma tarde un ataque de tos le manchó el pañuelo de sangre.

24. Un mal pronóstico

Sintió una extraña ilusión, una amistad íntima, desde hacía tiempo desconocida, que volvió a hermanarlo con el paisaje, la parte del mundo que descansaba bajo el sol delante de sus ojos. Al notar la luz limpia y cálida que entraba en la habitación, se había acercado a la ventana. El campo enfermo, pálido, delgado, ojeroso, dormía con una respiración tranquila, como si sólo tuviese interés por dejar pasar el tiempo, las semanas, los días, las horas, los segundos. Pero en el cerezo que durante tantos meses había visto desde la cama, siempre negro y seco, advirtió el brote de nuevas hojas, un brillo verde y diminuto que temblaba con alegría y que le hizo fijarse con más atención en el cielo despejado, en la cordialidad esponjosa de la tierra, en el rumor tímido de vida que caía sobre los arbustos desperdigados igual que el canto de un pájaro o el murmullo de un río.

Llevaba mucho tiempo sin sentirse unido a la realidad que veían sus ojos. Antes incluso de que el doctor Cossío le diagnosticara una tuberculosis grave, las desgracias y la descomposición de las ilusiones habían impuesto una sensación de distancia aguda, de despego irremediable. Las casas y los barrios devorados por la ruina fueron reemplazados

por nuevos edificios, pero nada se levantó sobre las calles de la misma manera, nada consiguió devolverle el sentimiento de pertenencia. Todo parecía crecer y pasar en falso. Ahora, al descubrir los síntomas de la primavera en el campo, desde la ventana del dormitorio en el que había vivido los últimos ocho meses, recuperó de golpe la convicción de estar vinculado a un paisaje, y respiró con los pulmones más limpios y libres. El reposo absoluto, interrumpido sólo por la visita de los amigos de Asturias, obligaba a permanecer encerrado en uno mismo, al margen de un mundo que llegaba casi siempre a través del oído. En la casa habilitada para la maestra del pueblo, justo encima de la escuela, Ángel había oído vivir a Páramo del Sil, pasar con las esquilas de sus animales bajo la ventana, acarrear la leña, tocar las campanas, enterrar a los muertos, llenar de silencios o de gritos los días grises del otoño, las horas congeladas del invierno. Sólo la presencia del cerezo en la ventana lo había acompañado como una metáfora de su propia paciencia solitaria. Por eso le había conmovido descubrir los nuevos brotes en sus ramas, y por eso tomó conciencia de la realidad de su salvación, de la buena suerte de todos sus esfuerzos de vida, la mañana en que vio al árbol cubierto de flores blancas, teñidas con el rosa soleado de la carnalidad.

En situaciones extremas, el miedo no se vence, el único recurso es pensar en otra cosa. No se iba a engañar a sí mismo, no cabía ninguna duda de que la situación era grave. Lo habían sugerido los ojos indecisos y acobardados de don Adolfo Villapadierna, y luego lo confirmaron las palabras del doctor Cossío. La enfermedad de Ángel resultaba peligrosa, una nueva catástrofe familiar, una amenaza que no era comparable con la pleuresía de su hermano Manolo, sino más bien con la leyenda mortal de Lucía González Pulido, la hermana de la abuela y de la tía Clotilde, la joven consumida por la desgracia antes de cumplir los veinte años. Los abanicos dedicados por sus pretendientes a la joven Lucía rodaban por los cajones y los desvanes de la familia como un testimonio hiriente de que algunas vidas se cortan antes de tiempo, antes de cumplir sus propios destinos, de poder elegir una profesión, un novio formal, una traición o una lealtad, un color, el tono blanco o negro de las huellas que se dejan en la memoria de los demás.

En eso pensaba Ángel cuando no conseguía pensar en otra cosa. La posibilidad de decir sí o decir no, de comportarse como un padre autoritario o tierno, de ser un personaje aventurero o un señor de orden, de elegir entre los estudios de Derecho o de Filosofía y Letras, se puede ver cortada de repente por una enfermedad irremediable, y la vida queda hueca como un guante vacío. Mejor no preocuparse por el futuro, no aventurarse a cubrir distancias que pudieran estar infectadas por la muerte. A sus diecinueve años, Ángel no estaba en condiciones de desconocer la gravedad de su situación. Vivía tan asustado como Soledad, Maruja y su madre, pero se esforzaba en olvidarse de su propio miedo, dispuesto a dejar pasar los días para que la rutina ayudase con su disciplina, sus regalos y sus estupideces a pensar en otra cosa. Los libros en la mesa de noche, los cuidados de la familia, las largas cartas de los amigos, el duelo con el termómetro y con las décimas vespertinas, las pequeñas incomodidades, las visitas felices sirvieron de ayuda cotidiana, pero sobre todo se aliaron con Ángel en la necesidad de expulsar al futuro de las preocupaciones inmediatas. Mañana será lo que sea, pero hoy debo comer bien, leer, conseguir una buena postura en la cama que esconda el dolor de la espalda, las agujetas del descanso, dormir la siesta y escribir una larga carta a Manolo para agradecerle el envío del libro de Pablo Neruda. El porvenir se había llenado de predicciones peligrosas, casi de fatalidad trágica, y era mejor no insistir en él, evitar las miradas de larga distancia. La primavera y el cerezo en flor le regalaron la sensación carnal, instintiva, de que su invierno

también estaba pasando. Las apuestas verdaderas son un trabajo diario, una sucesión de pequeños pasos cotidianos, más persistentes que las grandes decisiones y los saltos de longitud hacia días remotos, esas fechas confundidas con la palabra mañana. Una ciudad se hunde, una casa deja de pertenecer a su dueño y queda en manos de los huéspedes, una vida se horada, se convierte en un hueco o en una caverna, nada responde ya a ninguna existencia sólida, hasta que de pronto, una flor de cerezo vuelve a darle sentido al mundo.

Esto hay que tomárselo muy en serio, doña María. Yo soy especialista en enfermedades del aparato digestivo, y prefiero que vaya usted de mi parte a la consulta del doctor Cossío. No conozco en Oviedo un tisiólogo más capacitado. La elegancia solemne y cordial de Adolfo Villapadierna se había convertido en una preocupación seria. Su voz dudaba igual que sus ojos, no se atrevía a mirar de forma abierta hacia ellos, como si se sintiese culpable por la crueldad de confirmar a su vecina la mala noticia que ella había adivinado desde que vio el pañuelo de su hijo manchado de sangre. Un remordimiento extraño le hacía escribir con prisa y letra pulcra la dirección de otro médico, de otra consulta. No quería dar falsas ilusiones, ni sonreír en vano, ni ser el encargado de hablar con toda claridad de los malos presagios que flotaban sobre el estado de Ángel, un muchacho de diecinueve años al que había visto nacer, jugar y sobrevivir en medio de la desgracia.

El doctor Cossío estudió por rayos al enfermo, le pidió que se vistiera, cerró los ojos, los abrió, miró hacia la ventana, se pasó la mano por la cabellera blanca, se sentó detrás de su mesa, tomó unas notas, escribió, tachó, volvió a escribir, levantó por fin la cabeza y puso mala cara. El frío de los aparatos médicos, el roce de la piel desnuda con las superficies metálicas y las láminas de cristal, la humillación de enseñar el cuerpo desnudo ante un desconocido se parecen mucho a la angustia que producen las palabras que no se quieren oír. Todo da vueltas con lentitud mientras se persigue la expresión de un rostro y se espera la gravedad de un diagnóstico. Camino de la consulta el enfermo puede ponerse en lo peor y en lo mejor, y una madre puede asumir con dureza la realidad y luego engañarse, pensar que ha sido una falsa alarma. Pero las palabras del médico ponen fin a las cábala, fijan la situación sin vuelta atrás, definen la nueva realidad, la partida que se va a jugar y las posibilidades de ganarla. El doctor Cossío no quiso asustar, pero sus consuelos, sus muestras de ánimo y sus buenos deseos eran una prueba inequívoca de que debían ponerse en lo peor.

—Señora, la enfermedad es grave, tiene cavernas en los dos pulmones. En el derecho, las heridas son muy serias. Algo más suaves en el izquierdo. Pero hay que luchar, hay que intentarlo. Su hijo debe guardar reposo absoluto, y alimentarse bien, lo mejor posible. La buena alimentación y el reposo son fundamentales, y si tienen oportunidad busquen un sanatorio en la montaña, un lugar de clima seco y limpio.

—¿Y medicinas? Alguna medicina, por cara que sea...

—Están dando buenos resultados unas inyecciones de oro, unas ampollas con sales de oro que fortifican las partes blandas del cuerpo. Se llaman Orosanil.

La rehabilitación de Maruja y, sobre todo, la obligación de buscar plaza lejos de Oviedo, en un pueblo de la montaña leonesa, se habían convertido de pronto en una bendición. Doña María escribió a Maruja, y la hija se apresuró a volver con ánimos renovados, decidida a compartir el miedo y a ofrecer soluciones. Ángel sentía miedo por su vida y dolor por su madre. Doña María intentaba ocultar su propio dolor para que no se le notase el miedo por el destino de Ángel. Soledad miraba con sus gafas de culo de vaso y, por primera vez, parecía no saber qué decir, a quién protestar, hacia dónde mirar para

distinguir, aunque fuese de manera confusa, un rayo de luz, un indicio de que la fortuna pensaba cambiar de estrategia y mostrarse por fin piadosa con los habitantes del tercero izquierdo, número 8, calle Fuertes Acevedo o, qué más daba ya, avenida de Galicia.

Maruja llegó con noticias y posibilidades de ayudar, de hacer planes, de salir de la quietud y consolar a su madre con un nuevo horizonte. Páramo del Sil tenía el clima indicado, era el pueblo perfecto para combatir la tuberculosis. Había una vivienda amplia encima de la escuela, con grandes ventanas al campo, que podía ocupar la maestra con su familia.

—Es el lugar más apropiado para que Ángel cumpla su reposo. Algo nos tenía que salir bien, y Páramo del Sil es un regalo en esta situación. Os venís conmigo, Ángel se acuesta y come, tú lo cuidas, los dos me dais compañía, y yo me encargo de la escuela.

—¿Y qué hacemos con los huéspedes? ¿Les dejamos la casa?

—De los huéspedes me encargo yo —se apresuró a afirmar Sole con deseos de participar en la estrategia del salvamento, aunque después no pudo morderse la lengua, porque la nueva ilusión le había devuelto las palabras—. Claro que, si me quedo aquí, deberán prometer muy seriamente que no le van a faltar cuidados a Ángel.

—No le han faltado nunca cuidados, Sole.

—Pues está tuberculoso, señora.

—¡Sole!

—¡Señora!

El teniente coronel Ramírez, su joven esposa Carmelina y Álvaro Faes se quedarían al cuidado de Sole, decidida a llevar la casa y a quedarse en tierra, lejos del enfermo, como mejor manera de colaborar en su curación. El sacrificio de la lejanía formaba parte de su entrega íntima, y eso le daba derecho a refunfuñar, con los cristales de las gafas llenos de lágrimas. A doña María, para dar su visto bueno, sólo le quedaba confirmar que en ese pueblo de la sierra hubiese un practicante que supiera ponerle a su hijo las inyecciones de Orosanil. Pero el doctor Cossío, condenado a borrar las preocupaciones particulares a costa de aumentar el miedo total a la enfermedad, le confesó que no debía preocuparse por los practicantes, que en realidad no servían de mucho. Aún no se había extendido en España el uso de la penicilina o de la estreptomycin, y las inyecciones contra la tuberculosis eran entonces más un consuelo, un apoyo moral, que un remedio científico.

—No se preocupe por el Orosanil. Mucho más eficaz será el clima de la sierra, lejos de la niebla y de la humedad. Váyase cuanto antes con su hijo. Que se alimente bien, que guarde un reposo absoluto, y a esperar, no podemos hacer otra cosa que esperar.

Ángel había soñado en muchas ocasiones viajar lejos de Oviedo en busca de una vida sorprendente, feliz y lejana. Pero su primer recorrido de larga distancia nada tuvo que ver con el futuro. Mientras el tren se dirigía a León y los paisajes de los valles y las montañas se iban sucediendo en la ventanilla, no podía albergar más ilusión que la de hacer un viaje de vuelta. Debía ser capaz de regresar, cruzando los mismos puentes, los mismos árboles, los mismos barrancos, las mismas aldeas, hasta llegar a su ciudad de siempre, para habitar en su casa de huéspedes y estudiar Derecho, una carrera que no le gustaba, pero que abría mil puertas a la hora de ganarse la vida. Y de eso se trataba ya, de ganarse la vida, de estar acostado muchos meses para mantenerse de pie, de respirar sin otra pretensión que la de respirar, hasta que pasase el tiempo y los bosques volviesen a poblar la ventanilla del tren en dirección a Oviedo. La estación, la calle Uría, el Campo de San Francisco, la avenida de Galicia, el edificio de la universidad y la torre lejana de la catedral serían los encargados de expedirle a sus pulmones un certificado de buena conducta.

No todo el mundo estuvo dispuesto a ayudarlo en la aventura. El viaje era complicado, porque había que cambiar varias veces de tren, León, Ponferrada en dirección a Villablino, y ya en Páramo del Sil, buscar un carro de vacas que los llevase hasta la escuela. Al llegar estaba lloviendo, y el pueblo parecía más gris, más oscuro que el cielo, como si todo el mundo tuviese prisa en dar por terminado el verano. No le resultó fácil a Maruja encontrar un carromato, y la espera fue triste y desamparada, porque el jefe de la estación decidió cerrar el edificio.

—¡Pero no ve usted que está lloviendo!

—Lo siento, señora, aquí no pueden esperar. Tengo que cerrar. Ya no pasa otro tren hasta mañana.

Los dejó en la calle, cansados y sin conocer el lugar, con un equipaje que no era propio de un viaje de placer, sino de una mudanza modesta, con grandes maletas, paquetes y un colchón enrollado.

—Siento desconocer el nombre de aquel cabrón. Estaría bien sacarlo con sus dos apellidos en esta historia —me dice Ángel, que recuerda la desolación de su madre, desatando las cuerdas del colchón y extendiéndolo como un parapeto improvisado para que se cubriera de la lluvia—. En los meses de reposo dibujé mucho, mucho, me hacía autorretratos, acostado, levantado, gordo, esquelético, con alas de ángel o con boina de campesino. Imaginaba y dibujaba las escenas del pueblo que no podía ver, y me vengaba de las malas personas con unas caricaturas muy ilustrativas. Al jefe de la estación que nos tuvo una hora bajo la lluvia, hasta que mi hermana llegó con el carromato, lo dibujé con los ojos saltones, las cejas malvadas, la lengua fuera y las orejas de lobo. Después se me confundió su rostro con otro personaje al que tardé más en conocer, el secretario del Ayuntamiento, una verdadera pieza, un facha de cuidado. Como el pueblo pertenecía a una zona de mineros, las cartillas de racionamiento eran generosas, porque se entendía que resultaba necesario aumentar la alimentación. La maestra tenía derecho también a una ración doble, y esa idea le hizo concebir a mi hermana la ilusión de llevar a rajatabla el consejo del doctor Cossío, reposo absoluto y buena alimentación. Pero aquel facha del Ayuntamiento le negó la doble ración, sin más explicaciones que una sugerida amenaza. Se limitó a dejarle claro que lo sabía todo, su republicanismo, el castigo y la rehabilitación, un destino vigilado fuera de Asturias. Así que era mejor no ponerse muy exigente con los derechos. Me enteré por las conversaciones de Maruja con mi madre. Como nunca lo había visto, dibujé otros ojos saltones y otras orejas de lobo, parecidas a las del jefe de estación. Tampoco recuerdo su nombre, no puedo decírtelo, es una lástima...

El mal y el bien dependen de cada uno, forman parte de la conciencia y de la condición humana. Pero hay situaciones en las que el mal y el bien se convierten en formas de entrar en sociedad, de tomar partido, y se confunden con la autoridad o la complicidad. Ya no se trata sólo de ser buena o mala persona, sino de dejar claro a qué bando se pertenece, qué valores se respetan, qué jerarquía es necesaria para que el mundo se mueva en la dirección correcta. Llevar en carro bajo la lluvia a una maestra, con su madre, su hermano, su equipaje y su colchón, y no cobrar, negarse a coger el dinero, podía significar que ya lo sé todo, señora, no hacen falta más palabras, no vamos a hablar, no es bueno arriesgarse a hablar, pero yo también he perdido una guerra, y también soy un depurado, y ayudo a los míos como una forma de seguir resistiendo, de servir de enlace con las ilusiones y los sueños que ahora están escondidos en el monte. Tampoco le hacían falta muchas palabras al secretario del Ayuntamiento para dejar clara su postura de autoridad, sus negativas, y los ideales que defendía con su actitud, más allá de ser una buena persona o

un canalla. Las personas se diluyen en un nombre, se pierden en el tiempo, se hacen historia hasta formar parte de la nada. Pero la carpeta azul recuerda lo que Ángel ha olvidado, aunque para comprobarlo debamos dar un pequeño salto en esta historia y adelantar el momento de la recuperación definitiva, cuando el futuro volvió a formar parte de sus preocupaciones y el antiguo enfermo de tuberculosis se vio en el trance de regresar a la vida y elegir un trabajo. El documento que acredita la toma de posesión de Ángel González Muñiz, el 7 de marzo de 1947, como maestro sustituto oficial de la Escuela Nacional de Primout, está firmado por el secretario del Ayuntamiento de Páramo del Sil, don Adolfo González Díez.

El otoño, el invierno y la primavera pasaron por la ventana del dormitorio y por los ruidos que llegaban desde la calle. Ángel volvió a sentirse sumergido en un mundo infantil, sin más obligación que obedecer. Los gritos de las niñas al salir de la escuela y al despedirse de la maestra se confundían con la disciplina inocente de tomarse sin protestar un vaso de leche, acabar la sopa o comerse el último trozo de carne. Tenía tiempo para todo, para leer, escribir largas cartas, volver a leer y quedarse dormido con un libro en las manos. Los libros y las cartas eran la única forma posible de combatir la inmovilidad, de imaginarse los paisajes desconocidos o de participar en los acontecimientos lejanos. Cuando la soledad menoscaba la existencia o le arrebató una parte de su sentido, uno se acostumbra a vivir para contarlo, y a veces, aunque exista una distancia infinita entre los acontecimientos y las palabras, se tiene la sensación de que nada concluye hasta que no está puesto por escrito. La costumbre de contarse la vida por carta se había consolidado en el grupo de amigos cuando Paco Ignacio y Amaro se fueron a Gijón. Paco Ignacio confesaba sus aventuras amorosas y sus diabluras biográficas con una vibrante capacidad narrativa que llenaba las cuartillas de humor, complicidad sentimental y faltas de ortografía.

Nada más llegar a Gijón, Paco Ignacio formalizó su noviazgo con Mari Carmen, una niña de catorce años. Usaba calcetines blancos, como todas las niñas de Gijón, que esperaban pacientemente a cumplir los quince para comprarse las primeras medias. Paco Ignacio anunció su amor por carta, y se extendió en la historia de Mari Carmen, para que ningún amigo se atreviese a ponerle un defecto. Además de belleza incomparable y una rabiosa alegría en su carácter, contaba con una historia familiar conmovedora. Su padre había desaparecido la noche del 5 de enero de 1936 cuando su barco, el *José María Martínez*, sufrió un accidente con un destructor inglés. Esa misma tarde le había comprado un regalo de Reyes, un estuche amarillo con abalorios de colores para hacer collares. Durante la guerra, su madre la llevó a Tazones, un pueblo pesquero asturiano donde vivía el tío Eulogio. Allí fue a buscarlas otra vez la mala suerte, porque la irrupción de los moros victoriosos supuso la muerte del tío Eulogio y de sus hijos. La madre se salvó, pero no salió libre de vergüenza. Fue condenada, por una denuncia del cura del pueblo, a que le cortaran el pelo al rape. Mari Carmen recogió en su delantal blanco el pelo de su madre, se despidió de Tazones y se dedicó a crecer de nuevo en Gijón, con paciencia y alegría, como el pelo de su madre, en espera del momento propicio para ponerse calcetines blancos, y luego medias de sport, y finalmente medias de nylon. Paco Ignacio se enamoró de ella cuando todavía llevaba calcetines blancos, y, como era aficionado a escribir, se dedicó a contar por carta la verdadera y emocionante historia de su amor. Las confesiones postales tuvieron una consecuencia literaria. Los primeros versos conocidos del poeta Ángel González pertenecen a una carta de respuesta, escrita en Oviedo, en 1943: No sé por qué

me ha conmovido tanto,
la historia de tu novia

con calcetines blancos.

Ahora, con el vértigo de la enfermedad de Ángel, las cartas se quedaban en poco, una dedicación precaria, un apoyo demasiado débil para el amigo en peligro, y Paco Ignacio ideó la elaboración de una revista de ejemplar único, que viajase regularmente de Asturias a Páramo del Sil, con colaboraciones incluso del propio Ángel, que debían viajar primero de Páramo del Sil a Asturias, empujadas por el viento de una correspondencia incesante marcada por las bromas, las informaciones, los poemas, los cuentos y una juvenil afirmación de deseos y principios. Paco Ignacio se convirtió en un torbellino lento y minucioso delante de una máquina de escribir, mil ocurrencias de futuro novelista elaboradas con dos dedos y mucha atención, folios escritos con grandes espacios en blanco destinados a los dibujos, cartas pidiendo colaboraciones a amigos perezosos, y la voluntad de construir un imaginario puente triangular entre Gijón, Oviedo y Páramo del Sil. A finales de septiembre de 1944 llevó el cartero a casa de la maestra un sobre con el primer número de la revista, titulada *El Material*, y subtitulada *Órgano dibujado del extintor del materialismo*. El contenido demostraba que las alusiones al materialismo carecían de sentido político, porque se trataba más bien de una discusión sobre asuntos amorosos entre Paco Ignacio, partidario de las relaciones platónicas, y Manolo Lombardero, defensor de un acercamiento más carnal a las mujeres. Ángel aparecía con buen aspecto en los dibujos, con un pijama alegre y gordo como un globo. Junto al materialismo de la alusión a su estado de reposo absoluto, había que hacer también una declaración optimista de fe en el futuro. Como se trataba de ver la vida color de rosa, los amigos se dirigían a él, acostado y nutrido, con el nombre de la Odalisca, y lo condecoraban con la piratería y los versos de Espronceda.

Después de varios envíos la revista se atuvo a la denominación más exacta de *A Páramo del Sil*, y al subtítulo más declarativo de *Revista de los Maquis de la Literatura, hecha y dedicada al Señor Ángel González*. Y el señor Ángel González, a veces Angelaz y a veces Odalisca, porque siempre tuvo la virtud de atraer nombres extraños sobre su destino, era un guerrillero melancólico, aficionado a los crepúsculos, a los jardines con rosas y a los paisajes heridos, gracias a la lectura de la *Segunda antología poética* de Juan Ramón Jiménez. Combatía el hastío y el miedo a la muerte con la imaginación de una naturaleza triste, matizada, con grandes álamos al borde del río, y no le costaba trabajo situarla en los alrededores de un Páramo del Sil desconocido todavía para él. Cuando su hermana Maruja leía en voz alta algunos poemas, ¡Oh dulzura de oro! ¡Campo verde, corazón con esquilas, humo en calma!, Ángel se sentía vivir en el mismo paisaje, pertenecer al mismo mundo, compartir los mismos sentimientos de pesadumbre. Estaba afortunadamente poseído por Juan Ramón Jiménez, su primera gran influencia. Los paseos que no podía disfrutar por culpa del reposo, los campos que no contemplaba, las siluetas que se quedaban al otro lado de la ventana, las nostalgias que no sabía explicarse entraban por sus ojos y sus venas cada vez que se encerraba en las páginas de la *Segunda antología*. Y ya está hablando el jazmín / con tu alma... y ya mis hojas están de plata, a la luz / de la luna melancólica.

—A ti, Juan Ramón te está volviendo un cursi —le dijo Paco Ignacio, interrumpiendo la lectura del poema.

—Eres un bruto, no sabes lo que estás diciendo.

—Claro que lo sé, no me gustan ni los poetas oficiales que cantan los himnos de la Victoria, ni los decadentes que pisan crepúsculos. La poesía tiene que aprender mucho de

Colón.

—¿Pero no quedamos en que el materialista era yo? —preguntó Manolo, muerto de risa.

—Colón, el único que hace buena literatura es Colón.

Manolo, Benigno, Amaro y Paco Ignacio habían reunido el dinero necesario para pasar la Nochebuena en Páramo del Sil. El alcalde los alojó en casa del cura, que acababa de morir hacía una semana, y pudieron comprobar la calidad de la alimentación rural en los tiempos del hambre, con el monte y los corrales al alcance de la mano, gracias a las costumbres adquiridas por el ama en su trato con la iglesia. Llegó a hacerles un flan de doce huevos.

—¿Siempre se come así? No me extraña que te estés curando.

—Creo que eran costumbres del cura... Pero no puedo decirlos cómo vive la gente aquí, es la primera vez que salgo.

Las gentes de Páramo tenían por fin la oportunidad de ver al hermano de la maestra, que vivía encerrado encima de la escuela por culpa de la enfermedad, y Ángel caminaba por primera vez las calles, miraba las casas levantadas sobre la roca, se mezclaba con los campesinos que bebían su aguardiente en la taberna penumbrosa y disfrutaba de los paisajes del río, de las lejanías, las brañas con el ganado, los picos en la sierra, las estrellas multitudinarias y ruidosas en la oscuridad del cielo, habitado por la luz como una plaza pública. Daba gusto mirar las estrellas. Fueron apenas dos salidas tímidas, un pequeño paseo por los alrededores y una cena en casa del cura, precedida de una visita a la taberna, pero bastaron para que Ángel descubriera la realidad del pueblo, hasta entonces un fantasma juanramoniano en sus oídos y en sus imaginaciones, y para que el grupo conociese a Colón, un personaje extraño, un loco callejero que deambulaba de un sitio a otro, siguiendo los pasos de la caridad, y que tenía la costumbre de pasar las Navidades en Páramo del Sil. Hasta los campesinos de la taberna, que no habían apartado sus ojos de la cazalla mientras la pareja de la Guardia Civil pedía la documentación a los visitantes del hermano de la maestra, dejaron su vaso, se dieron la vuelta y sonrieron por encima de su pesadumbre cuando Colón les explicó a los recién llegados un capítulo decisivo de la historia de España. Del mismo modo que unos rasgos elegantes se hundían en la piel de un cuerpo degradado, o una ropa de buena calidad se convierte poco a poco en un harapo, el vocabulario más rico naufragaba en el sinsentido: —Cristocolomba desembarcó en el Perú con diez mil caballeros, con veinte mil caballeros... Es extraordinario, todas las familias se pusieron verdes, y tú también, José María, por muchos años te pusiste verde de caballeros y de indios con plumas de papagayo, y hasta en la villa de París se pusieron verdes al enterarse de que Cristocolomba estaba en el Perú, como mi hermana. Pero entonces, dime, José María, ahora qué van a amar los hombres que habitan en la Villa y Corte de Madrid, los hombres que no vieron los escombros del río y las caras reflejadas en las olas del mar. No hay peste peor, cinco veces peor, seis veces peor, una peste mucho peor para ti, José María, y esto es lo principal, Cristocolomba desembarcó en el Perú, y si no, José María, toma quince, veintuno, veintiocho y mil cuatrocientos.

—¡Qué maravilla!

—Ese José María debe de ser Pemán, y desde luego hay mucha más literatura en las parrafadas de este Colón que en los poemas patrióticos de Pemán. Estas vacaciones han merecido la pena, a pesar del dinero que nos quiere sacar el alcalde. Hemos descubierto a Colón, y hemos comprobado que tú no te vas a morir.

Ángel debió esperar hasta la primavera, hasta que las ramas del cerezo se llenaron

de minúsculos brotes verdes y luego de flores orgullosas y temerarias, para perderle el miedo a la enfermedad y convencerse de su propia victoria. La excitación de sentirse vivo le facilitó una nueva hermandad con el paisaje, un sentimiento olvidado de pertenencia, de ocupar un lugar que podía pisarse, tocarse, describirse. Bastaba con salir a la calle. Las huellas de sus zapatos volverían a hundirse en la tierra, a marcar un territorio particular, como hacían los animales al dejar su olor en la corteza de los árboles, como había visto, cuando era niño, hacer a su gato Topín, al rozarse con los muebles de la casa y con las piernas de sus dueños.

Ángel se acercó a la primavera con un libro de poesía en las manos. Manolo Lombardero le mandaba libros. Si de los sobres normales salían cartas de amistad y de los sobres grandes surgían nuevos y esperados números de la revista, con los sobres más gruesos llegaban libros como los *Veinte poemas de amor* de Pablo Neruda, el *Romancero gitano* de Federico García Lorca, o la *Antología* de Gerardo Diego, que ya había tenido la posibilidad de leer en casa de los Taibo. Los libros se amontonaban en la mesilla de noche, en las estanterías, rodeaban la cama, se iban acercando a los cuadernos llenos de dibujos y de borradores de poemas, y a la mesa grande que ocupaba el costado izquierdo de la habitación, en la que había una máquina de escribir y una pila muy ordenada de folios en blanco, parecidos, aunque menos rosados, a la flor del cerezo.

25. Las tarjetas de visita y los cambios de clima

Ángel ha conservado a lo largo de su vida la colección de la revista *A Páramo del Sil*. La busca en el desorden de su casa en la plaza de San Juan de la Cruz, revuelve cajones, armarios, aparadores, hasta que aparece en los bajos de la librería grande de su despacho. Bueno, del despacho de su padre. O de su madre. En casa de Ángel hay dos despachos. Uno nuevo, situado justo enfrente de la entrada, en el que suele trabajar. Domina allí un desorden propio de la vida diaria, huellas del presente, libros a medio leer, cartas sin abrir, notas tomadas en conversaciones telefónicas, una chaqueta en el respaldo de la silla, una caja con ejemplares de alguna nueva edición de su poesía. Al fondo de la casa hay otra habitación en la que domina el desorden del pasado, con la penumbra silenciosa característica de los cuartos cerrados y los desvanes. Los viejos muebles del despacho de su padre, o de su madre, la mesa en la que se ordenaban las fichas de los maestros, y el sillón en el que le hicieron al niño su primera fotografía, con el teléfono en la mano y los ojos pendientes de una voz que ya no volvería a oír, sobreviven con una dignidad austera, rodeados de objetos de épocas posteriores, libros, cacharros comprados en el Rastro de Madrid, cuartillas envejecidas, algunos premios, testimonios de los primeros años de vida en Nuevo México. Cerca de donde antes habían aparecido la carpeta azul y la caja verde oscura de las fotografías, encuentra la revista *A Páramo del Sil*. Sonríe sobre la tinta borrosa de las páginas mecanografiadas, explica la anécdota de algún seudónimo, recuerda la visita de sus amigos en la Nochebuena de 1944, se divierte con las parrafadas del loco Colón, y murmura sus versos juveniles: Mis sueños viven sin mí, / y yo no vivo sin ellos. *Adolescencia ojerosa* vuelve a surtirme de sueños. / ¿Qué pasa dentro de mí? / Quiero soñar... y no puedo.

Con su voz de ahora, Ángel acaba leyendo en alto el mensaje al futuro que cerró el último número de la revista, el 1 de abril de 1946.

—Sí, anciano, sí. Esto era lo que tú escribías cuando tan sólo ostentabas veinte abriles en el padrón municipal. ¿Ridículo, eh? Sí, pero recuerda qué alegría tan sencilla

tenías cuando contemplabas tu obra terminada, y cómo te recreabas leyéndosela a tus amigos. ¡Y una vez creíste que podrías llegar a ser un genio de la literatura o de la poesía! Pero ahora no debes decir ¡Niñerías! No, no debes decirlo. Eso que leíste es más *tú* que tú mismo... como eres ahora. Piensa que todo esto cumplió su cometido maravilloso en una época de tu vida, el mismo cometido del primer beso y hasta de la primera purga. Así que cierra un rato los ojos, admira a aquel jovencuelo que escribió todo esto..., y entonces, si aún queda algo de tu antigua savia, probarás a escribir otra poesía. Para ti es la página en blanco que hay a continuación. Para ti y para todos vosotros. Dentro de cincuenta años.

—Está muy bien que no se haya perdido la revista, es emocionante.

—Pero el mensaje se ha quedado corto en las previsiones, no han pasado cincuenta, sino sesenta años. Y no deja de ser un extraño cambio de perspectiva. Entonces me inquietaban el porvenir y el futuro, lo que me faltaba por andar. Ahora me quita el sueño lo que he vivido, me pesan demasiado los recuerdos.

Los folios en blanco ordenados en la mesa de Páramo del Sil no se llenaban sólo con borradores de poemas, algunas anotaciones dispersas, propias de un diario sin disciplina, y dibujos caricaturescos. Entre los versos melancólicos, las orejas de lobo y los autorretratos arcangélicos, aparecen también proyectos de vida en forma de tarjetas de visita. La mejoría significaba volver a plantearse una inevitable preocupación por el tiempo venidero, imaginar el escenario de un porvenir que esperaba a la vuelta de la esquina y que necesitaba colocar sobre sus tablas a un actor sometido a las exigencias de la sociedad y al maquillaje de los oficios. Ángel dibujaba la forma rectangular de una tarjeta de visita y la rellenaba con una vida probable, establecía unas señas y una profesión, y las colgaba en ese armario de disfraces y posibles domicilios que suele llamarse el porvenir. Ángel González Muñiz. Abogado. Oviedo. Ángel González Muñiz. Notario. Cuenca. Ángel González Muñiz. Periodista. Madrid. Pensar en el porvenir es revisar un álbum de fotos que no se han hecho todavía. El afectado se cansa también de ver su propio rostro en sombras y no duda en abrirle la puerta al humor. Ángel González Muñiz. Burrero. Páramo del Sil. Ángel González Muñiz. Barrendero. Avilés. O abrirle la puerta a la ilusión. Ángel González Muñiz. Conductor de caravanas. Desierto del Sahara. África. Ángel González Muñiz. Guitarrista. Marchena. O, tal vez, caer en el pesimismo, reírse de la mala suerte, por si los síntomas de la recuperación habían sido una promesa falsa y la preocupación sobre el mañana una inquietud baldía. Ángel González Muñiz. Cadáver. Cementerio de San Salvador. Fosa 13. Izquierda.

La preocupación por el porvenir era propia del enfermo que ya podía pisar la calle y dar pequeños paseos por el pueblo y sus alrededores. El clima había cambiado. La primavera estaba muy entrada, también pensaba en su porvenir y mostraba una clara voluntad de convertirse en verano. Caminar con lentitud suponía dejar que la piel se reconciliara con el sol y con la brisa, que los ojos se acercaran a las alamedas, al rumor del río, al paciente fluir de los rebaños, al saludo de los pastores, a las risas y los muslos de las lavanderas. La gente era tan amable como el mundo templado de los primeros días de junio. El hermano de la maestra levantaba curiosidad y merecía respeto. No le había resultado fácil a Maruja imponer su estilo en la escuela. Las niñas apenas sabían leer, escribir y hacer cuentas, las únicas habilidades que los padres consideraban útiles. Cualquier intento de avanzar en otro sentido, aunque se reforzaran al mismo tiempo la caligrafía y las matemáticas, despertaba el rechazo de la gente de Páramo. Muchas niñas dejaron de ir a la escuela por la tarde cuando la nueva maestra intentó preparar una obra de teatro con sus alumnas. Mire usted, le dijo un padre a Maruja, eso es perder el tiempo, yo me conformo

con que usted le enseñe a multiplicar, que todavía no sabe. Pero si va a hacer teatro, mejor se queda en casa y nos ayuda con las tareas del campo, que nunca sobran manos. Pero Maruja, tan firme como siempre en su ternura, puso buena cara, se mostró comprensiva, acentuó el trato amable con sus alumnas y siguió dedicando las tardes a preparar la obra de teatro, una tarea que significaba también dedicarse a los trabajos manuales del decorado y a la costura de los trajes. Poco a poco las niñas de las familias más reticentes se incorporaron al proyecto, la representación escolar fue luego un éxito y ahora se hablaba de repetirla en el Ayuntamiento, en las fiestas de agosto, con motivo de la Virgen de las Nieves.

La maestra tardó poco en ejercer de enfermera, abogada, escribiente, consejera sentimental y juez de paz. Lo mismo había que escribir una carta de amor decente a un novio obligado a cumplir con la patria en un regimiento de Ceuta, que desinfectar la herida de un niño descalabrado o evitar la guerra abierta entre dos vecinos por culpa de unas obras. Las medias docenas de huevos, los cestos de cerezas, los conejos, las perdices llegaban a la escuela por agradecimiento al trabajo social de la maestra, compensando la cicatería burocrática del Señor Secretario, que nunca quiso revisar su decisión sobre la cartilla de racionamiento. Ángel había disfrutado durante los meses de encierro del prestigio social de la nueva pedagogía, y ahora intentaba corresponder, soportando con buen humor la curiosidad y los cumplidos de las vecinas. Cuando empezaban a avergonzarse los piropos, y cuando las gotas de sudor se le enfriaban sobre el cuerpo, recordándole su debilidad, acaso su temeridad, el hermano de la maestra volvía a la habitación, abría la ventana para seguir respirando el aire limpio y cálido que bajaba de las montañas, y se tendía en la cama con un libro de versos. Las caminatas de Antonio Machado por los campos de Castilla, la mirada moral y seca sobre la realidad, el lenguaje sencillo, casi coloquial, empezaban a sedimentarse en la soledad convaleciente de Ángel.

La tímida libertad de movimientos permitió que buscara sus propios paisajes, casi a la orilla del río Sil, desde donde se veían las colinas cubiertas por el bronce de los castaños, y sus ámbitos particulares de amistad. Alejada del pueblo, junto a la estación, estaba la farmacia, regentada por la mujer del boticario, doña Ninfa, famosa entre los vecinos por su amabilidad, sus virtudes caritativas y, sobre todo, por sus cuatro hijas, Milagros, Conchita, Ninfa y Mauri. El marido estaba sordo como una tapia y había decidido aprovechar su carencia para alejarse del mundo. Se limitaba a quitarse el sombrero cada vez que llegaba, o se iba, un visitante. En la botica y en los alrededores de la estación, disfrutando del tiempo en un doble sentido, porque no debía atenerse a horarios de trabajo y porque el verano caía desde el pico de El Miro con el vuelo majestuoso de un águila real, Ángel recuperó el instinto de la amistad. Mientras Ninfa y Mauri, casi unas niñas, enredaban con sus canciones y sus gritos, le gustaba conversar con doña Ninfa, Conchita y Milagros. Aunque se sentía alegre, cada vez más repuesto, con ganas de hablar y de participar en las bromas y los juegos, Ángel cobró un extraño prestigio de persona taciturna, de individuo solitario, dado a la meditación y a las melancolías secretas. Conchita, que tenía su misma edad, y Milagros, dos años mayor, hablaban de literatura, se consideraban buenas lectoras, igual que su madre. Pero quisieron concederle enseguida al nuevo amigo un grado más alto, el de poeta, autor de versos sentimentales y profundos, lo que le daba autoridad para opinar sobre la vida y los libros con una sabiduría de profesional, muy distinta a las improvisaciones de los aficionados. La llegada del hermano de la maestra ennobleció la atmósfera cultural de la botica.

El prestigio de la poesía es siempre ambiguo. Estar herido por la literatura convierte a la víctima en un alunado, en un ser que no tiene los pies en la tierra y que resulta poco útil

en las batallas de la realidad. Recibir el honor de un alejamiento sistemático de los intereses materiales puede significar una limitación grave cuando, además de mantener conversaciones literarias y de compartir inquietudes filosóficas sobre el carácter azaroso de la existencia, se alberga la ilusión de encontrar un amor de carne y hueso, tal vez llamado Conchita, una llamarada carnal que justifique con sus quemaduras y sus paraísos epidérmicos el posterior lirismo de los versos. La leyenda de su herida literaria, mezclada con la timidez característica del convaleciente y con la responsabilidad de ser el hermano de la maestra, casi una nueva autoridad en el pueblo, consumieron en silencio su valor. Jamás pisó otros caminos que no fuesen los de la buena amistad.

Algunos días se incorporaba a la conversación don Lodario Gavela, el médico de Peranzanes, que era amigo de la boticaria. Solía dejar su caballo en la cuadra de la estación cada vez que necesitaba tomar el tren para ir a Ponferrada o a Madrid. Ángel guardó la distancia al principio, no le parecía un individuo de fiar, porque la familiaridad con la que dejaba el caballo en la cuadra le hizo suponer una amistad aborrecible con el jefe de estación, el desagradable personaje que lo había condenado a esperar casi una hora bajo la lluvia con su madre, el equipaje y el colchón. Pero después se enteró por la boticaria de que don Lodario había hecho la guerra en Gijón, formando parte del Tribunal Médico Militar republicano. Destinado al hospital de campaña de Valdelugeros, tuvo la suerte y la dignidad de salvarle la vida a un falangista asturiano, lo que significó su propia salvación cuando los militares golpistas tomaron Asturias. No hacía falta guardar silencio con él, ni dar respuestas secas cuando preguntaba con un interés amable por los gustos literarios del hermano poeta de la maestra. Se pusieron de acuerdo enseguida en Juan Ramón Jiménez, y en la emoción sencilla y natural que brotaba de los versos de Antonio Machado. Don Lodario pensaba que para escribir bien basta con saber pintar una tarde, un día de sol en el campo, los árboles de un río o la hermosura del paisaje en la ventanilla de un tren, aunque sea en un vagón de tercera. El mundo es inmenso y muy variado, pero a costa de ser siempre el mismo. Lo que un escritor debía ser capaz de explicar, y de contagiar, era el sentimiento que provoca en el ser humano el color de las tardes, la lealtad matutina del sol, la vigilancia de la luna, los nuevos brotes de las hojas en las ramas de los árboles, la paciencia de los ríos o los viajes en tren, de un país a otro, de una aldea a otra, en cualquier lugar de la Tierra, pero sin olvidar que siempre hay alguien, un personaje feliz o triste, solitario o envuelto en un abrazo, enamorado o descorazonado, que mira el humo de la chimenea encima de un tejado o intuye el secreto que se guarda detrás de una ventana. Don Antonio Machado fue un buen poeta y un buen hombre. Unamuno tampoco estaba mal, nada mal. Don Lodario se presentaba como un lector fiel de sus ensayos. Era verdad que daba muchos saltos en el aire, algunos muy sorprendentes, pero al final siempre caía en su sitio, en el lugar que le correspondía.

Las tarjetas de visita no son únicamente una carta de presentación personal a los demás. Son también un recuadro blanco en el que alguien intenta convencerse de haber caído en el lugar que le corresponde. Ángel no podía dejar pasar más tiempo, debía ir a Oviedo, visitar la consulta del doctor Cossío en busca de una confirmación médica de la recuperación y matricularse en la universidad. Doña María le dejaba libertad, podría estudiar lo que quisiese, pero le aconsejaba que, al margen de su elección definitiva, se aprovechara de las urgencias y las humillaciones que habían vuelto a caer sobre la Escuela Normal.

—Aunque ahora está barato, un título es un título. Además, allí nos conocen. Seguro que don José puede ayudarte.

La guerra había pasado una factura muy costosa al magisterio español. El viento encrespado persiguió casa por casa, ventana por ventana, tapia por tapia, a miles de maestros, que fueron ejecutados por su identificación con la República. Los debates políticos y las discusiones sobre el carácter laico de la enseñanza habían calentado el ambiente en un país lleno de pueblos y aldeas donde los maestros eran la única representación palpable del Estado. No todos habían tenido la suerte de que desapareciera su historia de las fichas de los habilitados, de las parroquias precavidas contra las argucias políticas del diablo o de la memoria intachable de algún vecino dispuesto a colaborar con la autoridad. Ni a Maruja, ni a doña María les hizo falta que les contasen el final trágico de Rafael Álvarez García, el maestro de Villablino, el famoso Inspector de Primera Enseñanza de León, para comprender la dureza de la Nueva España en su decisión de poner orden en las escuelas. Las vacantes generadas por el conflicto no pudieron cubrirse con las cuatro mil plazas regaladas a los militares que habían servido como oficiales provisionales durante la Cruzada. Hubo que idear un plan para convertir en maestros a los bachilleres. Y ésa era la oportunidad que debía aprovechar Ángel, según su madre, porque un título era un título, un colchón de seguridad bajo la lluvia, una profesión al alcance de la mano antes de aventurarse en otra carrera definitiva, en los estudios de Derecho o de Filosofía y Letras. Con aprobar algunas asignaturas de Pedagogía, Música, Caligrafía y Religión, iba a ser suficiente.

Doña María no pudo acompañarlo en su primer regreso a Oviedo, porque un enfriamiento envenenado, al borde de la neumonía, la condenó a la cama en el momento más inoportuno. Tuvo que resignarse a la impotencia de ver cómo el hijo se marchaba solo, después de haberle dado mil consejos, mil recados para Sole, y de haberle encarecido que fuese a visitar a don José, el catedrático de la Escuela Normal que había sustituido a su padre en la asignatura de Pedagogía. Era buen amigo de la familia y le ayudaría a orientarse en la estrategia de una titulación rápida. Ángel le prometió a su madre más de cien veces que visitaría a don José y, por supuesto, que se iba a cuidar. Las gestiones sobre su porvenir le preocupaban más que el estado de sus pulmones. Se sentía bien, repuesto casi del todo, él mismo se daba por curado, y estaba decidido a incluir el mejor de sus ánimos en el equipaje que Maruja le había preparado para afrontar el viaje de vuelta y recorrer en dirección contraria las montañas, los prados, los desfiladeros, los bosques, los arroyos, los pueblos, el miedo, los recuerdos, los viejos amigos y las nuevas amigas, todo lo que cabía en la distancia que separaba las estaciones de Páramo del Sil y de Oviedo.

Las cosas fueron deprisa. La carpeta azul conserva un salvoconducto para viajar a León y a Asturias firmado por el alcalde de Páramo el 4 de septiembre de 1945. Conserva también dos certificados de la Universidad de Oviedo para hacer constar su matrícula, como alumno no oficial, en las asignaturas de Pedagogía 1 y Caligrafía 1, en la Escuela Normal de Magisterio, con la fecha del 10 de septiembre de 1945. Antes de que acabase el verano, el 19 de septiembre, recibió un sobresaliente en Pedagogía y un aprobado en Caligrafía. La visita a don José había sido de una eficacia vertiginosa. El sucesor de su padre supo establecer un plan bien calculado para que, sin renunciar a su convalecencia en Páramo, pudiera sacarse el título en tres convocatorias, septiembre, junio y septiembre. Como convenía empezar con buen pie y aprovechar el primer viaje a Oviedo, don José le aconsejó que se matriculara de inmediato en alguna asignatura.

—Si te conformas con un aprobado, la Caligrafía no te dará problemas, ánimo. La profesora es amiga. Con mi asignatura de Pedagogía, tendrás que estudiar un poco. Pero yo que tú me limitaría a leerme los temas cuatro y nueve. Con eso aprenderás más que

cualquier alférez provisional.

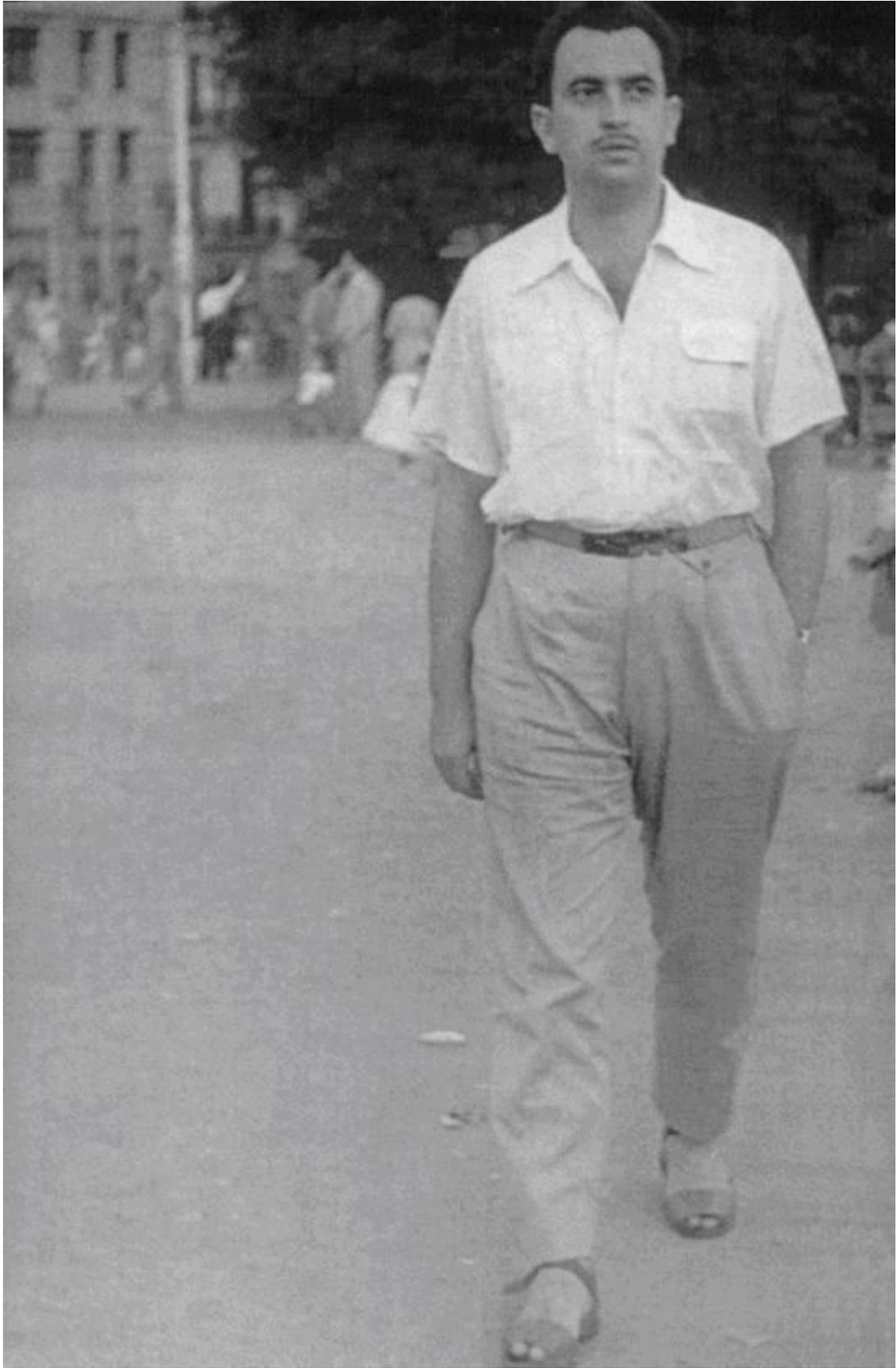
Como dio la casualidad de que en el examen de Pedagogía preguntaron los temas cuatro y nueve, y como pudo contar con la ayuda de su padre, don Pedro González Cano, un verdadero muerto de muerte imposible, que una vez más se sentó junto a él para ayudarle con las respuestas, Ángel inició con una alegría sobresaliente sus estudios de Magisterio. Estaba, además, feliz de pasear de nuevo por Oviedo, de reconocer dentro de sí una nueva intimidad con calles, plazas y barrios de los que había estado ausente un año. Parecía como si después de haberse alejado, cambiando de capítulo y de perspectiva, perdieran protagonismo las huellas hostiles, se borrarán las aristas, las desapariciones, los ojos hirientes de las cosas, y quedara al descubierto la fuerza de todo lo que le unía a la ciudad, su respiración, sus tejas soleadas, su aire de capital de provincia y los edificios nobles de piedras oscurecidas por la lluvia que se apoyaban como ancianos fatigados en la verdura de los prados y los montes. Los viejos de rostro conocido que paseaban por el Campo de San Francisco, las mujeres que cruzaban ante él con los cestos de la compra semivacíos, los niños que corrían detrás de una pelota, los hombres que caminaban en dirección a los chigres pertenecían a un mundo que era suyo y que ahora se mezclaba de nuevo con la circulación de su sangre, con su alegría de estar vivo, con su deseo de celebrar el optimismo emocionado del doctor Villapadierna, la satisfacción profesional del doctor Cossío y las lágrimas maternas de Soledad. El poema titulado «Capital de provincia», un soneto que Ángel González acabó incluyendo en su primer libro, *Áspero mundo* (1956), recoge la mirada feliz de quien se reencuentra al mismo tiempo con su ciudad y con la vida. Cada vez que regresaba de Páramo del Sil, cuando el paisaje le regalaba por fin la silueta de Oviedo, sentía que la ciudad era un cuerpo vivo, y necesitaba acariciarla: Ciudad de sucias tejas soleadas:

casi eres realidad, apenas nido,
sólo un rumor, un humo desprendido
de las praderas verdes y asombradas.

Luego hay hombres de vidas apretadas
a tu destino semiderruido,
y muchachas que crecen entre el ruido
cual si estuvieran entre amor sembradas.

A casi todas miro tiernamente,
y los viejos alegran tus afueras
con sus traviesas cabelleras blancas.

Yo estoy contento y, cariñosamente,
caballo gris me gustaría que fueras
para darte palmadas en las ancas.



Ángel González a principios de los años cincuenta.

La felicidad momentánea no es nunca un certificado contra la desilusión y las grietas del futuro, sino una ayuda inesperada, casi biológica, en las estrategias de negociación con la vida. La que pareció disfrutar de una felicidad sin límites, temeraria, definitiva, fue Soledad, orgullosa del nuevo aspecto de Ángel y de las buenas consecuencias del retiro de la familia en Páramo del Sil, mientras ella dirigía la casa y servía la sopa a los huéspedes. No quiso ir con él a la consulta del doctor Cossío, porque iba a sentirse fuera de lugar, pero se empeñó en que lo acompañara Carmelina, la joven esposa del teniente coronel Ramírez, que ya era casi de la familia y que había caído con gusto en la tela de araña de los cuidados, las precauciones y las encomiendas sentimentales de Soledad. Palabra por palabra, punto por punto, le hizo repetir, confirmar y alargar a Carmelina la historia de la visita médica, resumida por Ángel con una brevedad llena de premeditación y alevosía. ¡Parece que voy a salir de ésta! Bueno, pero ¿qué más?, ¿qué ha dicho?, ¿qué hay que hacer? Tocar la guitarra, Sole, debo dedicarme a tocar la guitarra. El doctor Cossío y su aparato de rayos X dieron apoyo científico al optimismo. La medicina disfruta en ocasiones el privilegio transitorio de valorar con precisión las consecuencias de los cambios de clima y de diagnosticar el porvenir con un orgullo científico: —Prácticamente curado, enhorabuena, mucho, mucho mejor. Las lesiones del pulmón izquierdo están cicatrizadas. Quedan huellas en el derecho, pero en un proceso de recuperación muy claro. Nada que ver con la caverna de hace un año. Has tenido una evolución sorprendente. Te conviene seguir con la convalecencia en el pueblo, la vida sana, el reposo, la buena alimentación, y sal sin miedo a dar tus paseos por el campo.

—¿Puedo llevarme ahora la guitarra?

La pregunta sorprendió a Carmelina. Cuando el doctor Cossío ordenó, ante la gravedad de la situación, el reposo absoluto, mantuvo una conversación con doña María para analizar las costumbres y los ejercicios cotidianos de Ángel. Al enterarse de que le gustaba tocar la guitarra y maltratar un viejo violín, había prohibido que se llevase los instrumentos a Páramo del Sil. Aunque la tuberculosis siempre rondaba la vida bohemia de esa clase especial de hambrientos que son los artistas, no se trataba de una enemistad supersticiosa del doctor Cossío con la música, sino de una absoluta falta de fe en la capacidad física de Ángel. No estaba ni siquiera en condiciones de tocar la guitarra. Ahora había cambiado la situación, y desde luego podría ayudarse del instrumento a la hora de preparar los dos cursos de música que le exigían en la Escuela Normal. Debía aprovecharse de los progresos que había hecho desde que Santiago, el desgraciado sargento de la banda de tambores y cornetas de la Legión, le enseñara a poner sus primeras posturas en el mástil de la guitarra.

Pensar en el porvenir y en el futuro significa con frecuencia volver al pasado. La carrera de Filosofía y Letras estaba cerca de sus pasiones literarias, pero ofrecía un panorama más incierto a la hora de buscar trabajo y devolverle a la casa y a su madre la estabilidad económica perdida por culpa de la guerra. No podía pensar como el poeta de Páramo, sino como el hermano superviviente de la familia González Muñoz. Si obtenía el título de abogado, una amplia oferta de oposiciones se iba a extender sobre la mesa en forma de prometedoras tarjetas de visita. Así que prefirió matricularse como alumno libre en Derecho para encarrilar su vida y llenó su equipaje de manuales pedagógicos y jurídicos facilitados por la librería Cervantes. Después de apurar una parte del otoño de 1945 en recorrer con Manolo Lombardero las tardes, las noches y las calles de Oviedo, y en

organizar excursiones a Gijón, para compartir con los Taibo las historias de amor y los progresos literarios, hizo la maleta, tomó su guitarra, se despidió de Soledad y de Carmelina y le rogó al salvoconducto y a los prados, las montañas, los desfiladeros y los ríos que, amontonándose en la ventanilla del tren, lo devolvieran a Páramo del Sil. En el bolsillo del abrigo llevaba, desde luego, un libro de versos.

La vida tranquila del Bierzo le regaló otra vez una disciplina familiar de reposo y alimentación, y de paseos hasta la botica cuando la nieve y el frío daban su consentimiento. Las cartas a Paco Ignacio, los libros, sus propios borradores, que a veces se convertían en un poema terminado y listo para enviar con orgullo a los amigos, compartieron el invierno con los manuales de derecho y, sobre todo, con la pedagogía musical. Porque además del solfeo y la guitarra, el estudio de la música en la escuela significaba navegar por los cancioneros, encontrar letras breves, sencillas, naturales como un chispazo, como el resumen de una verdad sentida por todos. Entre lecciones sobre morfología musical, biografías de grandes compositores universales y oraciones a la Virgen, que debían aprender los niños con un acento de verdadera religiosidad, aparecía de pronto una canción, con el frío voy, nieve ayer y nieve hoy, con el frío voy, y con la lluvia que soy, que le calaba en su estado de ánimo, tan cambiante como el clima, tan movedizo, porque no se dividía sólo en buenas y malas épocas del año, sino en días azarosos, días de sol en medio del invierno, a tomillo me huele tu pelo, niña, a tomillo y retama, y hojas de oliva, o días de borrasca en la primavera.

Aprobó en las convocatorias de junio y septiembre de 1946 las asignaturas que le faltaban para conseguir el título de maestro. Los viajes a Oviedo habían entrado en la rutina del alumno matriculado por libre que aprovechaba su retiro en la sierra para olvidarse definitivamente de la tuberculosis y para estudiar Caligrafía, Religión, Música, Pedagogía, Derecho Natural, Derecho Político, y cursos intensivos de poesía con la ayuda inestimable de Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado. La familia despidió el año 1946 en Oviedo, junto a Soledad, y fue una emoción volver a cenar con la anciana tía Clotilde, fiel a sus costumbres, estricta como siempre. Todos disfrutaron al asistir de nuevo a su precavida enemistad con las uvas. Qué locura, doce nada menos, un exceso, un ataque repentino al estómago. Resulta mucho más saludable comerse sólo tres, en pequeños y lentos mordiscos, a lo largo de las doce campanadas. Pero a veces la prisa es una obligación del que quiere aprovechar las oportunidades que ofrece la vida. En enero de 1947, Ángel tuvo que matricularse precipitadamente en las Prácticas de Enseñanza que exigía la legislación para ejercer de maestro. La carpeta azul guarda una papeleta de examen de la Escuela Normal, firmada el 8 de febrero, con una calificación de sobresaliente. Había quedado vacante, por enfermedad de la maestra titular, la plaza de Primout, una aldea perteneciente al municipio de Páramo, y Maruja le había aconsejado que la pidiese.

El 3 de marzo de 1947, don Adolfo González Díez, secretario del Ayuntamiento de Páramo del Sil, certificó la toma de posesión de Ángel González Muñiz como maestro sustituto oficial de la Escuela Nacional Mixta de Primout. La Comisión Provincial de Educación Nacional de León aprobaba un sueldo de tres mil pesetas anuales. Era la mitad de un salario normal, pero es que la otra mitad se destinaba a pagarle la baja a la maestra enferma. Todo se hizo con arreglo a lo prevenido en el Real Decreto de 28 de noviembre de 1851 y la Real Orden de 23 de diciembre de igual año.

—Entonces los tiempos atrasaban que era una barbaridad. El primer día que me puse delante de los niños me temblaban las piernas como si estuviese ante un pelotón de fusilamiento. Nos observábamos mutuamente con precaución. Pero comprendí enseguida lo

que era la enseñanza primaria al ver que los niños sonreían si yo sonreía o me observaban muy serios y asustados si yo me ponía serio. Sus caras parecían un espejo de mi cara, mirándolos a ellos iba a descubrir mis obligaciones de maestro, aunque se mordiesen la lengua mientras intentaban copiar torpemente en sus cuadernos lo que yo escribía en la pizarra. Nunca supe si alguno de esos niños o alguno de sus padres pudo intuir en las cuentas o en los dictados la posibilidad de un futuro más digno, una tarjeta de visita más piadosa para ellos, o si sólo cumplían un trámite enojoso en espera del cambio de tiempo. La verdad es que resistí poco allí.

Ángel comprendió por qué Milagros y Conchita le habían dedicado una cancioncilla irónica al enterarse de su nuevo destino. En Primout donde el sol nunca entrou, y una vez que entrou a todos pasmou, habían entonado, después de que don Lodario Gavela comentase que la maestra titular del pueblo se había vuelto loca, como antes había sucedido con el cura. Así estaban las cosas. Primout era una aldea de catorce o quince familias, en la que casi todos los habitantes pertenecían a la misma sangre, casi todos se apellidaban Beneitez y casi todos se castigaban entre sí con un odio ancestral. Las dificultades de convivencia eran visibles y paradójicas, porque el pueblo se organizaba en un sistema municipal llamado consejo abierto, una de esas extrañas tradiciones que se estudiaban como curiosidad en Derecho, una rareza sólo vigente en algunas aldeas perdidas de Galicia y León.

Primout se había especializado en la producción de mantequilla. Resultaba imposible explotar la riqueza maderera, porque los troncos de los árboles no podían sacarse de aquel encrespado lugar ni por carretera ni por río. Ángel aprendió que a veces basta con acercarse demasiado al terreno para vivir experiencias cercanas a la irrealidad. Todos los vecinos estaban obligados a llevar la leche de sus animales a una sociedad comunal para elaborar mantequilla. A nadie se le permitía venderla por cuenta propia. El valor se calculaba por un medidor de grasa, y cada dos o tres semanas repartían las ganancias. Bajaban la mantequilla a lomos de caballo hasta la carretera para vendérsela a los camiones de una mantequería leonesa. De este negocio, de una modesta cabaña ganadera y de los huertos que se apoyaban en la montaña, vivía Primout. El equilibrio económico, que se había mantenido durante años con una menesterosa estabilidad, porque allí nadie podía hacer otra cosa que engañar a la miseria, se rompió cuando a Celestino Beneitez le mataron a un hijo en la guerra y empezó a recibir una pensión de cuarenta pesetas que le convirtió en el poder financiero del pueblo. Fue don Celestino quien tocó la campana y reunió a todos los vecinos y vecinas en la plaza para proponer que la sociedad comunal le vendiese al nuevo maestro medio litro de leche al día. Aunque el acuerdo se tomó por unanimidad, estuvo en vigencia poco tiempo. El maestro se fue a principios de mayo, cuando los niños dejaron de acudir al colegio para ayudar a sus familias y llevar a las ovejas al monte, aprovechando que el sol había deshecho las lenguas de nieve.

—No es que hiciese muy buen tiempo. Me acuerdo de que el día de mi despedida, una fecha patriótica, dos de mayo, hacía mucho frío. Estaba cayendo aguanieve. Los vecinos pagaban sus impuestos con servicios a la comunidad. El señor que me traía y llevaba a caballo estaba pagando sus impuestos. Al alcanzar la cumbre de la montaña que separaba a Páramo de Primout, me dijo, mire usted hacia allí, y vi a un lobo con una ovejita en la boca y un pastor corriendo detrás y tirando piedras. Cuando nos despedimos, y yo le dije, adiós, hasta el curso que viene, me miró a los ojos, sonrió y dijo no, no creo que usted vuelva el año que viene, porque nadie vuelve aquí. Volví unos días en verano, para pescar truchas en el río con Paco Ignacio Taibo, pero no ejercí más como maestro. De haberlo

hecho, les hubiese explicado a los niños que el dos de mayo no había sido una buena fecha en la historia de España. Me estremeció mucho la pobreza resignada de aquel lugar.

No fue sólo la duda sobre su propio futuro, sino la certeza de que el destino de aquella aldea estaba escrito y que de nada iban a servir sus esfuerzos, una ilusión de ayudar condenada al desencanto. Ángel decidió dejar la escuela de Primout y volver con su madre a Oviedo para tomarse en serio los cursos de Derecho. Pero regresó muchas veces a Páramo del Sil, y luego a Ponferrada, porque en esas tierras se quedó de maestra Maruja y allí encontró novio, Aniceto, se casó y tuvo un hijo. En su primera visita, Milagros y Concha le contaron que una contrapartida de la Guardia Civil había matado a Lodario Gavela Yáñez, el médico de Peranzanes. Una tarde, después de un viaje corto a Madrid, recogió su caballo y se marchó camino de Trascastros. Pero a las pocas horas, el caballo regresó solo a la cuadra. A Lodario lo encontraron muerto en el monte, con varias heridas de bala en el cuerpo. Aunque el acta de defunción señalaba como causa de la muerte una *inhibición cardiaca por shock traumático*, en el pueblo se comentaba que el médico era un enlace de los maquis y que se había encargado de cuidar a los heridos de la guerrilla en un sanatorio clandestino, oculto en una aldea llamada Prado de Paradiña. Por eso viajaba tanto a Madrid.

—Aunque llevábamos pagando la factura de la derrota más de diez años, la guerra no había terminado en 1947. Ahora, de todo eso, han pasado sesenta años. Entonces me preocupaba mi porvenir, la profesión y las señas que iba a imprimir en mis tarjetas de visita. Hoy lo que me quita el sueño es el pasado, la sombra de lo que me tocó vivir. Ayer soñé con mi hermano Manolo.

—La verdad es que se trata de una historia dura. Aprendiste de golpe las cosas más desagradables de la vida.

—Sí, de golpe de Estado. Pero basta ya de nostalgia por hoy, vamos a tomarnos un whisky en la Kon-Tiki.

La casa de Ángel tiene dos despachos, dos baños, dos dormitorios, una cocina y un salón comedor. Tiene también una cafetería de usos múltiples, desayunos, comidas, cenas, citas profesionales, convocatorias de amistad, primeras copas en busca de la noche y escapadas repentinas para huir de la nostalgia. Se llama Kon-Tiki, hace esquina en la plaza de San Juan de la Cruz con la calle Zurbano. Ninguno de sus amigos ha pagado nunca una copa allí. Guárdate el dinero, que estás en mi casa.

26. El gran sorteo

La lotería es siempre un buen recurso para pensar en el porvenir. Por unos días parece incluso el seudónimo de un porvenir perfecto, la mejor manera de caer desde un bombo en el lugar adecuado, de ser lo que uno quiere ser, o tal vez no ser nada, sólo alguien que se acuesta tarde, duerme hasta el mediodía, pasea, lee, escribe poemas, le regala a su madre una vida sin inquietudes y se dedica a estar, únicamente a estar, porque la necesidad o la voluntad de ser, un hombre de provecho, un ciudadano, un abogado, un profesor, un periodista, casi siempre se llena de sombras con aristas. Lo mejor es escribir por escribir, respirar por respirar, trabajar por amor al arte, el modo más afortunado de conseguir una correspondencia sin fisuras entre el ser y el estar. Los premios de la lotería tienen que ver con el porvenir, un asunto que cobra importancia cuando la gente se ha quedado sin futuro. El azar decora en los sueños las habitaciones que la historia deja vacías.

El premio gordo de la lotería de Navidad da vueltas como una utopía, como el mañana absoluto, una forma de ser y estar que puede identificarse con la plenitud del

futuro. Una enmienda a la totalidad del mundo. Pero cuando el porvenir aprieta, cuando las cosas de mañana empiezan a confundirse con las deudas de ayer, basta con un premio cualquiera, con ganar el Gran Sorteo de la Cruz Roja, a beneficio de sus donantes, y conseguir un coche Topolino.

—¿Y qué vamos a hacer con el coche? —pregunta Benigno, interrumpiendo la sonrisa paciente de Manolo y las elucubraciones de Ángel.

—Pues ir a Gijón, y a Madrid, y a Francia. Con un coche se puede viajar por el mundo.

—¿Con un Topolino? ¿Cuántos caben?

—Dos y el equipaje, pero que nadie se enfade, no hay peligro de quedarse en tierra. Mirad lo que aclara la papeleta. El agraciado del primer premio habrá de satisfacer por su cuenta los derechos de transmisión de propiedad del vehículo. Así que mejor ganamos el segundo premio, y nos quedamos con las dos vacas lecheras.

Hasta once premios se repartían en el Gran Sorteo de la Cruz Roja de Oviedo. 1. Un coche Topolino. 2. Un par de vacas lecheras. 3. Un comedor. 4. Una habitación. 5. Un aparato de radio. 6. Tres cerditos. 7. Una máquina de coser. 8. Una bicicleta de caballero. 9. Una bicicleta de señora. 10. Una bicicleta de niño. 11. Una bicicleta de niña. El sorteo de estos regalos se celebrará el día 29 de septiembre en el dispensario de la Cruz Roja, ante un notario y demás público que quiera presenciárselo.

—Ésa es una buena profesión, notario de loterías y concursos. Levantarse por las mañanas para asistir a los sorteos. Doy fe de la suerte que usted ha tenido, caballero. El número afortunado es el 071813. Sea feliz, pero no se descuide. Haga efectivo pronto su premio, porque la papeleta caduca al mes de la celebración.

Una enumeración de premios no se organiza por orden alfabético como las bibliografías y las listas de los mozos excluidos del servicio militar. La disciplina de la suerte es menos reconocible que el orden azaroso de los ejércitos y las universidades. Una vez que la Sección de Quintas del Ayuntamiento de Oviedo, de acuerdo con la Junta de Clasificación y Revisión, declaró excluido total por incapacidad física a Ángel González Muñiz (de algo tenía que servir la tuberculosis), sus preocupaciones alfabéticas se centraron sólo en la bibliografía universitaria. Anales de la Academia Matritense del Notariado, Legislación del Impuesto de Derechos Reales y Transmisión de Bienes, Principios Generales de Derecho Inmobiliario y Legislación Hipotecaria, Reclamaciones en los transportes por ferrocarril y carretera. Doctrina. Legislación y Jurisprudencia, Verdad y engaño en la Moral y en el Derecho, mundos ajenos, amenazas inabarcables, libros publicados por el Instituto Editorial Reus, que aparecían en los catálogos, los manuales y las pesadillas de un alumno obligado a terminar la carrera en dos cursos, 1947-1948 y 1948-1949, para pisar el porvenir, un horizonte que esperaba a la vuelta de la esquina, en los días casi inmediatos de 1950, con veinte años, un título de abogado y unos cuantos poemas revisables.

Las ilusiones también podían enumerarse al dorso de una papeleta cursada por el destino. 1. Músico, sueño imposible. 2. Poeta, sueño difícil. 3. Periodista, una vocación entre el mundo práctico y la literatura. 4. Maestro en un país con futuro. 5. Notario de loterías y concursos, broma del destino. 6. Abogado, aprendiz de oposiciones en el Ministerio de Hacienda o en el Ministerio de Obras Públicas. Ésos eran los rumbos que salían del cruce de caminos. En la universidad volvió a encontrarse con algunos compañeros del instituto y del colegio Fruela, que iban un curso por delante. El primer año de enfermedad, quizá el tiempo más decisivo y vertiginoso de su vida, había significado

también una parálisis en las cuestiones del porvenir. Consciente de los días perdidos, intentaba correr, salir disparado como un gato en peligro, pero se fatigaba en cuanto ponía un pie en las aulas de la facultad o se sentaba ante la mesa de tortura. Ángel había estudiado con interés las asignaturas de carácter histórico y filosófico, pero le costaba mucho más trabajo identificarse con otras materias de estirpe jurídica. Por eso, aunque cumplió disciplinadamente su plan para hacerse con el título de abogado, estuvo dispuesto a dejarse tentar por cualquier proposición, y mucho más si se trataba de ofertas que reuniesen y barajasen de algún modo los primeros puntos en su lista de ilusiones.

Cuando *La Voz de Asturias* se quedó sin crítico musical, Ángel se ofreció para ocupar el puesto. Fue un acto de valor, porque su preparación musical no pasaba de los estudios en pedagogía y de su afición intermitente por la guitarra, el violín y el piano. Pero tenía muy trabajada la invención literaria, y la intuición artística también, y pronto empezaron a publicarse en Oviedo unas crónicas brillantes, seguras de sí mismas a la hora de elogiar o criticar, y unas entrevistas inteligentes y llenas de humor con directores de orquesta, músicos y bailarines de paso por la ciudad, firmadas con el seudónimo de Berceus. La música le abrió las puertas del periódico, la posibilidad de escribir y ver sus palabras publicadas de inmediato. Cuando un aspirante a escritor se acerca a una redacción, puede acabar opinando sobre cualquier cosa. No le resultó difícil a Ángel, porque en este caso tenía experiencia y conocimiento, añadir una nueva ocupación en su lista de profesiones reales o imaginarias. 7. Crítico de circo, periodista especializado en payasos, domadores, fieras, acróbatas, funambulistas, magos y trapezistas.

Además de facilitarle entradas gratuitas, ser crítico de circo le permitió conocer por dentro esa ciudad fugitiva de carpas, carromatos y jaulas que había admirado desde niño. La fascinación que le producía el American Cirque cada vez que se apropiaba del prado del hospicio no le abandonó en los años difíciles de su adolescencia y su juventud. Siempre que sonaban los compases de la música y las palmas del público se abandonaba a una alegría inocente, de espectador dispuesto a pasárselo bien con una burbuja de jabón o una bofetada de mentira. Claro que en el trabajo del crítico de circo entraba también la responsabilidad de entrevistar a los artistas, interesarse por sus costumbres y descubrir sus secretos. Para consolidar su viejo amor por la pista, supuso un aliciente conocer a Regina Frediani, una joven acróbata de apellido ilustre en la vida circense italiana y española.

Salir con ella, invitarla a bailar, contarle anécdotas de jurista sin vocación, inventar conversaciones sobre la vida y los enigmas de los poetas con la ilusión de compensar las historias fascinantes del circo significaba descubrir que la vida de los artistas vagabundos era a veces más dura de lo que supone una imaginación burocrática, y que ellos también soportan un equipaje lleno de melancolías, deseos y desengaños. Como cualquier ciudadana de la España de la posguerra, una acróbata de circo estaba más preocupada por el porvenir que por el futuro. Ángel, claro está, al conocer sus alegrías modestas y sus insatisfacciones de carne y hueso, se enamoró de ella. Pero no pasó nada, porque la vida errante, los peligros del viaje perpetuo y el cambio de ciudades hacían extremar la castidad en las costumbres de la artista. Resultaba difícil compaginar un noviazgo y una existencia movidiza, de puerto en puerto, de admirador en admirador, de periodista en periodista. Las carpas y la música de la farándula exigían más precauciones que la balada romántica de las olas del mar. Así que no ocurrió nada. Bueno, algo sí ocurrió: un poema, un soneto que Ángel escribió poco después de que la familia Frediani se fuese con el circo, las acrobacias y la música a otra parte: Me he quedado sin pulso y sin aliento

separado de ti. Cuando respiro,

el aire se me vuelve en un suspiro
y en polvo el corazón, de desaliento.

No es que sienta tu ausencia el sentimiento.
Es que la siente el cuerpo. No te miro.
No te puedo tocar por más que estiro
los brazos como un ciego contra el viento.

Todo estaba detrás de tu figura.
Ausente tú, detrás todo de nada,
borroso yermo en el que desespero.

Ya no tiene paisaje mi amargura.
Prendida de tu ausencia mi mirada,
contra todo me doy, ciego me hiero.

Ángel había escrito, sin conocerla, cartas de amor a Maria Margarida Martin Araújo, la hermana del radiofonista portugués que lanzaba su voz nocturna y clandestina desde Guarda. A Regina le escribió versos de ausencia real, y la siguió con la imaginación por las ciudades de España, y le mandó libros, que ella agradecía, porque la literatura es capaz de sobreponerse a las precariedades de la realidad, la política, los sentimientos, los cuerpos, y a las preocupaciones por el porvenir. La literatura coloca una inquietud de futuro allí donde sólo era posible el porvenir. La vida volvió a tener para Ángel forma de carta. Brotaba de un sobre y se imponía como una cuartilla que al desdoblarse dejaba escapar las tardes calurosas de los veranos del sur, los otoños quebradizos de otras capitales de provincia semejantes a Oviedo y el frío sosegado de Barcelona, donde internaban la cabellera recogida, los brazos, las piernas ágiles y el corazón de Regina. A Ángel le hubiese gustado cambiar su lista, sustituir la profesión de crítico de circo por la de acompañante de acróbata, pero la existencia siguió una vez más su curso, y las cartas y las ciudades extrañas fueron poco a poco diluyéndose en la memoria, que primero mantuvo el recuerdo vivo de un amor real, y después la literatura sentida y calculada de un soneto.

Bercelius Nibbidard Paragot era el protagonista de *El amado vagabundo*, la novela de William J. Locke que tanto había impresionado a Ángel en el despertar de su adolescencia. Un arquitecto vagabundo era un simulador, aunque tocase el violín de aldea en aldea con la libertad modesta de los cingáros. Siguió representando el papel de simulador cuando, con el paso de los años y la muerte de su competidor amoroso, pudo volver a la sociedad para aclarar los malentendidos, trágicos y nobles, de su desaparición. Pero se le habían pegado a la piel y al carácter las posadas de los caminos, las noches a la intemperie y la ausencia de ritos palaciegos. Ya no era un arquitecto elegante, sino un vagabundo disfrazado de señor. Bercelius era un simulador con talento y corazón noble. Cuando Ángel opinaba sobre la presentación en Oviedo del violinista francés Jean Fournier, o criticaba la actuación de la Orquesta Filarmónica de Madrid, dirigida por el niño prodigio Pierino Gamba, o aplaudía las habilidades de la pianista local Purita de la Riva, se sentía más cómodo al firmar como Bercelius.

Aunque siempre se había buscado a sí mismo, necesitó acostumbrarse a una lista, a veces arbitraria, a veces buscada, de nombres extraños. 1. Cano, el segundo apellido de su padre, que se convirtió en la denominación social no ya del profesor de pedagogía, sino de

toda la familia, y que lo había acompañado desde las primeras clases en la escuela hasta los saludos solemnes de algunos profesores en la universidad. 2. Cabeza de chorlito, exclamación de la desencantada madame Montoussé al constatar las pocas cualidades de su alumno para el aprendizaje de un idioma con el que pretendía abrirle de par en par las ventanas del mundo. 3. Abanico de tonto, definición exacta de doña Soledad al ver los movimientos torpes de su mano mientras intentaba solfejar bajo las bombas del cerco de Oviedo. 4. Percebe, un nombre que pertenecía ya a la paz, o mejor a la Victoria de los otros, la victoria de un profesor de latín que le había enseñado la primera declinación a golpes de *Alapa-ae*. 5. Churchill, sabio del colegio Fruela, experto en apologética y en la asignatura obligatoria de la equidistancia, para situarse sin peligro ni mala conciencia entre Hitler y Stalin. 6. Odalisca o Angelaz, apelativos cariñosos de sus amigos, que se atrevían a dibujar, en un acto temerario de provocación al destino, escenas de optimismo tuberculoso, con un enfermo cada vez más gordo y recostado en la cama, exponente de una vitalidad que no debía confundirse con la paciencia triste del cuerpo débil, sino con la alegría carnal y exótica de los grandes harenes. 7. Bercelius, simulador, o brillante crítico musical de *La Voz de Asturias*, interesado de forma manifiesta por el violín, el piano, la guitarra española y el circo. 8. Cano, otra vez Cano, contraseña, homenaje a la tradición familiar y buen seudónimo para firmar en el periódico críticas urbanas de jacobinismo sigiloso, pequeños diálogos ovetenses que revelaran las contradicciones entre el viejo y el nuevo mundo, a través de cuestiones como la lentitud de los tranvías, la pereza triste de la Comisión Municipal de Festejos, la falta de un monumento a Clarín en el Campo de San Francisco, las angosturas de la calle Uría, que iba encogiéndose mientras la ciudad ensanchaba, las costumbres de las ciudades multitudinarias o la temeridad de no limpiar bien las chimeneas, vicio que al aliarse con los vientos de marzo provocaba numerosos incendios doblemente catastróficos, porque las actuaciones aparatosas del noble cuerpo de bomberos resultaban más crueles que las lenguas del fuego. 9. Belvedere, seudónimo para escribir crónicas de fútbol, firma que no pretendía homenajear ninguna habilidad arquitectónica, ni las bellas vistas del Naranco que se desplegaban en la galería del tercero izquierda, número 8, avenida de Galicia, ya que, en realidad, se trataba de celebrar e imitar al incisivo mayordomo Lynn Belvedere, protagonista de una trilogía de comedias cinematográficas de mucho éxito a finales de los años cuarenta, un personaje encarnado por Clifton Webb, actor de vida libre, manos delicadas y costumbres licenciosas, pero muy amante de su madre, a la que siguió fiel a lo largo de los años, porque nunca llegó a perder la cabeza por culpa del éxito, del triunfo multitudinario, obtenido gracias al director Otto Preminger, quien lo salvó a tiempo de sus historias de bailarín dudoso y lo lanzó al estrellato, convirtiéndolo en Waldo Lydecker, el malvado periodista radiofónico que se obsesionó, como nadie debía obsesionarse, como todo el mundo se obsesionaba, por Gene Tierney en la película *Laura*.

El poeta Ángel González, después de haber conseguido llamarse de verdad Ángel González en la Historia de la Literatura Española, e incluso después de haber escrito el poema «Para que yo me llame Ángel González», una de sus melodías más conocidas, debió utilizar por razones de seguridad política algunos otros nombres, como Carlos Segovia o como J. R. S., una sigla más, perdida en un siglo de siglas. Pero esos nombres pertenecen ya a otro tiempo, a otra época posterior, y estamos todavía en los años 1947, 1948, 1949 y 1950. Son años en los que llega a la casa el primer sobre de Pedro con un poco de dinero enviado desde Santiago de Chile. Son años en los que es posible ver jugar otra vez a Isidro Lángara con el Real Oviedo, aunque ya no parece el mismo rematador de siempre, el que capitaneó la invencible delantera eléctrica, porque ha vuelto del exilio con las piernas

cansadas. Son los años de Bercelius, de Cano, de Belvedere, los seudónimos con los que escribe en *La Voz de Asturias*. Son los años de Ángel González Muñiz, licenciado en Derecho. Son los años de pisar el porvenir, de entrar con fuerza en una década dispuesta a partir el siglo en dos mitades, una mitad de recuento y otra mitad de inevitables preocupaciones, una mitad con la niñez abandonada, la adolescencia abandonada, la juventud sostenida con las fábulas y las conspiraciones de los amigos, y otra mitad con el peso del hombre maduro que necesita pegar una foto burocrática, con chaqueta, corbata y bigote, en un carné profesional.

Los hombres con bigote, chaqueta y corbata, aunque estuviesen empeñados en buscarse a sí mismos, solían pasar desapercibidos en aquellos años tristes y acobardados. Quien no pasaba desapercibido y resultaba fácil de localizar por los amigos, aunque él también estuviese buscándose a sí mismo, era Benigno, gracias a su traje verde de pájaro caribeño, con variación de tonalidades y rayas naranjas, que podía verse entre las mesas del café Español o en las tardes del Campo de San Francisco, destacando sobre la realidad uniformada y monótona del paisaje cotidiano. Un sastre de Gijón, con la idea de animar las ventas y aprovechar una tela indiscreta, había tenido la ocurrencia de sortear un corte de traje entre su clientela. El agraciado fue Benigno, y la suerte sirvió para poner una nota de color en las aventuras sentimentales del grupo de amigos.

Benigno era un existencialista enamorado. Habían bastado unas pocas visitas al Español para que se rindiese a los encantos de Chiki Rodríguez, bailarina de claqué, y para que invirtiese una parte importante de sus ahorros en bocadillos y cafés con leche. El Español abría sus puertas como un café cantante y tenía, como cualquier hijo de vecino, la necesidad de adaptarse a las apreturas de la época a través de iniciativas cargadas de buenas intenciones. Entre las ocho de la tarde y las diez de la noche, ofrecía sesiones familiares en las que Chiki hacía gala de sus encantos. El precio de las consumiciones resultaba modesto, y las ofertas de pecado también, hasta el punto de que las bailarinas solían estar acompañadas a aquellas horas por sus madres, que aprovechaban la ocasión para disfrutar de la generosidad de la clientela. Buena parte de la inversión sentimental de Benigno acababa, en forma de café y bocadillo, en el cuerpo agradecido de la madre de Chiki.

Los panes y los peces se multiplicaban, los trajes se remendaban, los bolsillos hacían milagros y los locales barajaban sus ofertas para atraer la alegría de todos los públicos y regalar tres ofertas distintas en un solo paisaje verdadero. Dentro del Campo de San Francisco, las paredes acristaladas de La Granja ofrecían, según los horarios y los días de la semana, un punto distinguido de encuentro para familias elegantes, una cita de picardía popular para los bailes de criadas o una invitación nocturna a las copas de alterne y a las amadas de unas horas. A través de las cristaleras podía verse la danza del traje verde y cuadrículado de Benigno, sus movimientos de la mesa a la barra, de la barra a la pista de baile, mientras se buscaba a sí mismo, igual que sus amigos, de un sitio para otro, convocado por la música y por la necesidad de insistir, de desplazarse en la rueda, de hacerse visible en el vértigo de la nada.

—El traje de Benigno —sonríe Ángel— parecía una indumentaria de circo. En La Granja se enamoró de una chica a la que llamábamos la Dostoievskiana, porque tenía angustias existenciales que Benigno identificaba con las novelas de su admirado Dostoievski. No eran angustias de broma. Una tarde nos enteramos de que se había suicidado.

La muerte de la Dostoievskiana fue tan triste como la vida de Menchu. Los principios difíciles complican las cosas, los trabajos, los amores, la supervivencia, pero

invitan a batallar contra el porvenir y admiten el consuelo del futuro. Los finales tristes paralizan la historia, la conducen al olvido, niegan a la vez el porvenir y el futuro por culpa de un presente parálítico. Por muchos principios difíciles que cayeran como una lluvia fría sobre los años cuarenta nada oxidó tanto el corazón de España como los finales tristes que devoraron el otoño perpetuo de aquella década. La belleza y el sentimiento de armonía eran un lujo extraño en aquel tiempo, una tentación que levantaba sospechas privadas y públicas, aunque a veces se pudiera disfrutar sin mala conciencia de una tarde de verano, una de esas tardes apacibles, con olor a monte y a gratitud física, en las que se organizaban conciertos de música clásica en La Granja, y la clientela, formada en este caso por familias elegantes y jóvenes cultos, vivía el privilegio de comprobar la notable calidad de Ángel Muñiz Toca. El maestro Muñiz Toca, responsable de la Orquesta Sinfónica Provincial, y pariente lejano de Ángel, había obtenido también algunos éxitos artísticos en Madrid, al ritmo de la obertura de las *Bodas de Fígaro* o de la *Segunda Sinfonía* de Beethoven. Los aplausos de la sala de conciertos del Ateneo resonaban en *La Voz de Asturias*. Berceus podía escribir con orgullo que los ovetenses, aunque no contasen ya con una delantera eléctrica y un equipo de fútbol en primera división, tenían a cambio músicos de primera calidad.

Era un lujo oír a la orquesta de Muñiz Toca en La Granja. La música es un estado de ánimo que surge de la tierra, como el verano, como la noche, como las estrellas. Por mucho que la realidad indique lo contrario, la noche, las estrellas y la música nacen de la tierra, huelen a tierra, se extienden después por el cielo y crean una atmósfera, una burbuja que envuelve al que escucha. Las estaciones, igual que los conciertos, nos convencen cuando las sentimos y las escuchamos con la piel, como la lluvia, como la brisa del mes de agosto. La música pone de acuerdo a la tierra y a la piel, a la sensación de estar y a la sensación de ser, con la plenitud de la luz orgullosa en las tardes de verano, que se dejan caer sobre la noche como si estuviesen compuestas de la misma transparente plenitud. Eso sentía Ángel entonces, según cuenta Ángel ahora, mientras escuchaba con su piel la música de Muñiz Toca en La Granja, y por un momento se aplazaba la necesidad de decidir, y se olvidaba de los trabajos y los días para estar junto a Mozart, junto a Chopin, junto a Händel, junto a Berceus, junto a Manolo y Benigno, junto a un traje verde de rayas naranjas. Ocurría sólo por unos momentos, una felicidad pasajera, porque el año 1950 no se parece hoy, en la memoria, a una noche de verano con música de Verdi, sino a la vida triste de Menchu, tan guapa como siempre, con la sonrisa triste, y las rodillas tristes y más juntas que nunca, y la mirada más triste que nunca, mientras hacía una visita triste a sus antiguos vecinos del tercero izquierda, avenida de América, número 8, más atentos que nunca.

Poco después de terminada la guerra, doña Isabel había convencido a don Leopoldo para que dejase su trabajo en el café Peñalba y buscase un puesto de camarero en Madrid. No iban a faltar cafés en la capital de España, ni posibilidades para buscar un destino mejor. Cuqui, Menchu y Homerito podrían pensar en el porvenir con la ayuda de una ciudad más grande, un mundo más vivo y un horizonte fuerte, con la potencia de los imanes, capaz de atraer a sus súbditos hacia el éxito y la elegancia. Las monedas y los cuerpos se unían al fundirse en la barra metálica del destino. Doña Isabel, siempre un poco más maquillada de la cuenta, había subido y bajado las escaleras de su buhardilla con la ilusión de pertenecer a otro reino. Quiso hacer realidad sus ilusiones, y compró billetes de tren para Madrid. Pasados los años, fue una sorpresa que apareciese Menchu, casi a la hora de la merienda, para visitar a doña María, Soledad y Ángel. Traía buenas y ambiguas noticias de su familia, todos bien, sí, todos bien, y una sonrisa avergonzada y triste.

—Las cosas no debieron de ir bien para don Leopoldo y doña Isabel. Menchu había

venido a Oviedo, porque estaba trabajando en uno de esos baratillos de feria, no sé si en el teatro de Paquito o en el teatro Argentino. Las chicas de esos locales tenían una fama muy dudosa, ya te puedes imaginar. Menchu no sentía debilidad. ¿Te acuerdas de lo que te conté sobre las meriendas de doña Aurorita Casero? Subía a casa sobre las seis de la tarde, no porque tuviese hambre, qué disparate, sino porque sentía debilidad. Menchu no sentía debilidad, sino vergüenza, y estaba al mismo tiempo alegre y triste al volver a la avenida de Galicia y hablar con mi madre y conmigo.

Irse de Oviedo era más fácil que volver con una fortuna de indiano. Los principios difíciles animan a batallar contra el destino, y los finales tristes paralizan la historia. Le dolieron a Ángel las piernas de Menchu, que tantas veces había espiado en las escaleras de su casa y que ahora, después de tanto subir y bajar a la buhardilla, acababan en el teatro de Paquito. Si resultaba necesario dejar Asturias, mejor volver como indianos de verdad, indianos de toda la vida. Eso pensaron Paco Ignacio, Manolo, Benigno, Amaro y Ángel al participar en un sorteo de tierras que organizó el gobierno de Brasil para repoblar la región de Matto Grosso. No fue raro que, enterado de la iniciativa, y casi como juego, el grupo de amigos cursara la petición. Las ilusiones de una existencia aventurera suponían una respuesta a las precariedades de la vida cotidiana más tajante que el veneno de la literatura. Lo sorprendente fue que recibieran cartas informando de que se les habían concedido las tierras y que podían hacerse cargo de ellas.

Como cuando eran unos adolescentes, volvieron a reunirse todos en casa de Ángel y buscaron en la enciclopedia Espasa una sabiduría fantástica del mundo. Las vastas llanuras de Matto Grosso, o Matorral Grueso, que se extienden entre el Paraná y el Paraguay, ofrecen una vegetación parecida a la del Amazonas y se prolongan hacia el Chaco hasta el pie de los Andes. Se localizan aquí las regiones de los *pantanaes*, inundadas siempre, bordeando las orillas de los grandes ríos y a veces formando pantanos de incalculable extensión, con abundancia de palmeras, cañas y bambúes, entre bosques vírgenes de carácter tropical.

—Mira que si lo que nos dan es un pantano.

—O una selva con caníbales. Seremos un alimento lleno de historia y cuidadosamente elaborado por los acontecimientos.

Los sueños muestran sus cicatrices cuando hablan con la realidad o con el porvenir. No resulta tan fácil acercarse al futuro a través de las ciénagas, los pantanos, las selvas amazónicas, los insectos homicidas y las vacunas contra la malaria. Los paraísos suelen estar cargados de amenazas, que gritan como pájaros desconocidos cuando nos acercamos a su noche. Hay árboles que ocultan el bosque y paisajes perfectos que esconden el abismo. Las negociaciones entre la realidad, el porvenir y el futuro son un asunto difícil de llevar a buen término.

Ángel hizo una lista de los premios que había recibido en el sorteo de su vida. 1. Hijo huérfano de profesor republicano. 2. Niño mimado por una familia, un edificio y un barrio durante nueve años, el tiempo que cabe entre un nacimiento y una revolución fracasada. 3. Niño entre las ruinas de una ciudad que era la suya, y que desaparece bajo la dinamita y la aviación, dejándole la angustiada certeza de que cualquier otra realidad que se levante deberá convivir con las ausencias y los escombros. 4. Niño envuelto por un golpe de Estado y una guerra civil que, día a día, explosión a explosión, esperanza a esperanza y noticia a noticia, van perdiendo los suyos. 5. Adolescente que lleva a su madre la noticia del asesinato de su hermano y sabe que estará condenado para siempre a convivir con una nueva variedad de muertos, esos muertos de muerte imposible que no se aparecen con

buenos consejos en sus labios cerrados, como el abuelo Muñiz, sino con perplejidad y dolor en sus ojos abiertos. 6. Hijo de una mujer castigada, una responsable de los maestros de Siero y Cangas de Tineo que pierde su trabajo al perder una guerra, resultado no del todo trágico después de cómo llegaron a ponerse las cosas. 7. Hermano de la maestra depurada de San Cucufate de Llanera. 8. Adolescente con nostalgia de un hermano exiliado en Santiago de Chile. 9. Víctima de las clases de latín en una educación imperial. 10. Experto en apologética y latín gracias a un colegio de buen corazón y pelotas de papel. 11. Joven enfermo de una tuberculosis grave. 12. Joven convaleciente que mezcla el aire limpio de las montañas altas con los versos sentimentales de los crepúsculos y los estados de ánimo bajos. 13. Maestro de niños pobres en una aldea pobre de la España más pobre. 14. Autor de crónicas musicales, deportivas y urbanas con diversos seudónimos bien elegidos. 15. Licenciado en Derecho que intenta ganarse la vida en un despacho de abogados, pero tiene la mala suerte de que su jefe esté aprendiendo a tocar el violín, circunstancia que le hace llevar todas las tardes al trabajo su propio violín, en vez de una cartera, y que lo aparta para siempre de los expedientes y los códigos penales. 16. Hombre maduro que estudia oposiciones para alcanzar un puesto de funcionario en algún Ministerio.

Revisada con atención su historia, le pareció demasiado imprudente dibujar una tarjeta de visita con la dirección de Matto Grosso. Prefirió pedirle una recomendación a su prima Carmina. El secretario de Monseñor Eijo y Garay, un cura joven, amigo de la familia porque veraneaba en Riberas de Pravia, se había escondido durante la guerra en casa de los padres de Carmina, en Madrid. Aunque la gratitud no es una ley constante de la condición humana, el trato cotidiano durante tres años y la posibilidad de salvar la vida habían convertido en este caso las relaciones educadas entre veraneantes ociosos en una verdadera amistad. Escrita por su secretario, el belicoso obispo de Madrid firmó una carta muy elogiosa de presentación para que Ángel fuera aceptado en la Escuela Oficial de Periodismo. Como demostraban sus antecedentes familiares, iba a ser un periodista serio, religioso y adicto al Régimen. Así lo afirmaba también un certificado de *La Voz de Asturias*.

Ningún amigo insistió demasiado en la aventura de Matto Grosso. Cada cual hizo la lista de su historia y buscó el camino más accesible para perseguir el futuro a través de los trabajos que se intuían en el porvenir. A Paco Ignacio le pareció, como a Ángel, que la decisión de seguir los cursos oficiales de la Escuela suponía un buen modo de asegurar una profesión y de vivir por dentro la vida literaria de la capital. Tampoco le costó demasiado conseguir el ingreso, ya que lo avalaba su trabajo como redactor en *El Comercio* de Gijón. Las redacciones de los periódicos y las puertas de los cafés se abrían ante los dos amigos.

La acción iba a discurrir en un Madrid absurdo, brillante y hambriento. Ángel lo sabía gracias a los esperpentos de Valle-Inclán y a las piernas de Menchu.

Era 1951. Faltaban todavía cinco años para que publicase su primer libro.

Epílogo

—¿Nos llenan?

—Venga, pero la última, que he quedado a cenar. Almudena me está esperando —le respondo a Ángel, y llamo al camarero para que sirva otra copa.

La Kon-Tiki está casi vacía. El frío cae sobre la tarde de enero como un manto de soledad y silencio. No hay quien salga de casa. Este fin de semana ha nevado mucho en Madrid, con una vehemencia desconocida. Entre las tejas y la hierba de los jardines vigilan

todavía las lenguas de nieve. Una señora mayor, que no se ha atrevido a quitarse su abrigo verde oscuro, corta en dos un sándwich y le da un sorbo agradecido a su taza de té caliente. Se sentó hace diez minutos junto al ventanal que da a la esquina de la plaza. El camarero rumano sonrío mientras prepara y sirve el whisky con hielo, en vaso bajo. El whisky con hielo, en vaso bajo, tiene menos posibilidad de caerse por culpa de un accidente, un movimiento torpe de las manos. El televisor está encendido, pero sin voz. Pasan las imágenes mudas ante nosotros y permiten que nos inventemos las noticias del telediario. Inventamos alegrías y catástrofes para situar la realidad. Resulta fácil, nieve en el norte, nieve en el sur, nieve en Madrid. El parque del Retiro parece un paisaje escandinavo.

—No sé por qué se extraña tanto la gente. Cuando yo vine a Madrid era normal este frío, y nevaba dos o tres veces cada invierno.

—El periodismo madrileño de entonces te dejó helado.

—Bueno, digamos que la primera impresión fue negativa. Me gustó poco la ciudad. Yo la conocía de antes, porque Carmina me había invitado a su casa para pasar unos días. Todo me pareció gris, los edificios que rodeaban la estación de Príncipe Pío, la niebla en la cara de la gente, la angustia y la pobreza de unos peatones que parecían forajidos, los carros de los traperos, el olor espantoso del metro, las canciones groseras que se cantaban en las tabernas. Acostumbrado al lirismo del folklore asturiano, me horrorizó la tosquedad de las coplas de borrachos que se coreaban aquí. Se me encogió el corazón. Luego conocí otra ciudad, otra gente, otro folklore, y me enamoré de Madrid. Era entonces una capital de supervivientes, de personajes maravillosos, como Concha Silla, la señora que regentaba la pensión de la calle Alcántara en la que yo viví. Primero estuve con Paco Ignacio en una pensión de la plaza de Santa Ana, pero después caí bajo el cuidado de doña Concha. Había sido amante del marqués de Viana, y los hijos le pasaban todavía una pensión. Se lamentaba de haber quemado durante la guerra sus fotos con el marqués y con Alfonso XIII. Era una mujer maravillosa. Ella me presentó la verdadera ciudad. Le gustaba que yo volviese tarde por la noche. Aunque viniera de una reunión literaria o de casa de Carmina, pensaba que volvía de algún lupanar. Desengáñese, me aseguraba, lo único que se saca de esta vida es lo que se mete. Ésa era su filosofía.

—Te enamoraste de Madrid, y de alguna vecina madrileña.

—Habíamos quedado en que no íbamos a contar nada de todo eso. Mejor no acercarse a terrenos pantanosos. Lo acordado es que nos basta con Oviedo y Páramo del Sil. Está bien así. Infancia, adolescencia y juventud de un aspirante a periodista que se vino a Madrid con la intención única de convertirse en poeta. La verdad es que por un momento pensé que podía ganarme la vida como periodista. Pero tardé poco en darme cuenta de que iba a tener que buscarme otra profesión. Me encargaron un artículo sobre el Ateneo, lo escribí, y sólo pude publicar la cuarta parte.

Cuando Ángel decidió venirse a Madrid, su madre le compró un reloj Certina. Todavía no estaban los tiempos para muchos gastos, pero la relojería Hevia, en la calle Campomanes, trataba bien a sus clientes. Si la inversión era importante y requería un esfuerzo, se podía pagar a plazos.

—Doña María, llévese usted éste, es un buen reloj. Podemos dividir el pago en seis meses, si le viene mejor.

Una noche, al mes de vivir en Madrid, conoció a dos hombres en una taberna de la cuesta de San Vicente. Antonio era algo mayor, y Cándido, con una cojera llamativa de la que hacía gala al pasear de un extremo al otro del mostrador, parecía de su misma edad. Al tercer vaso de vino, cuando la esfera del reloj Certina marcaba las nueve, la fraternidad se

apoderó de ellos. Ángel aceptó la invitación a una aventura nocturna. Sus nuevos amigos conocían una casa con cuatro hermanas en la que serían bien recibidos para tomar una copa. No hacía buen tiempo aquella noche, pero ni la lluvia, ni la nieve, ni el frío impedían caminar. La ciudad le estaba abriendo a Ángel un pasadizo, una ruta secreta con destino a las tentaciones confusas. Ponerse en manos de los desconocidos formaba parte del deseo y de la noche. Antonio caminaba nervioso y con prisa, señalando el camino, aunque iba igual de lento que Cándido, que arrastraba muerta la pierna derecha. Mi padre era cojo de la pierna izquierda, pensó Ángel, pero seguro que no haría buena pareja con este amigo madrileño. Entraban en el Campo del Moro cuando sintió un movimiento suave en su muñeca izquierda, la que quedaba del lado de la cojera derecha de Cándido y de su reloj Certina, que desapareció por arte de magia, con una delicadeza vertiginosa y profesional. Hay cierres elegantes demasiado fáciles de abrir para los dedos expertos.

Aunque una oscuridad vegetal, húmeda y profunda marcaba el ambiente, Ángel no se vio completamente solo cuando Antonio y Cándido salieron corriendo. Un sereno respondió con rapidez a sus gritos de ladrones, ladrones, que me roban. Salió detrás de la pareja de sinvergüenzas, y a los pocos minutos volvió con su chuzo en la mano izquierda y con el cuello de la chaqueta de Cándido en la mano derecha. Cojeaba más que nunca, porque cada paso fallido era una entrega arrastrada y lenta a los designios de la fatalidad. La pericia de los dedos para actuar no se correspondía con la torpe complicidad de las piernas a la hora de correr. Sus delitos eran una osadía sin posible fuga, una apuesta sin términos medios entre la perfección y el desastre.

Sólo se camina hacia una comisaría con el alma en los pies. A Ángel le pesaba el sentimiento de culpa, la imagen de su madre comprando el reloj, los cuatro plazos que faltaban por pagar, la hostilidad de un mundo que escondía la estafa junto a una copa de vino y una declaración de amistad. Pronto le pesó también la impertinencia contundente del comisario.

—¿En el Campo del Moro? ¿A las nueve y media de la noche? Usted es maricón. ¿Qué iba usted a hacer en la oscuridad, con dos jóvenes, en el Campo del Moro?

La indignación de Ángel, que en algunas contadas y precisas ocasiones, casi siempre en relación con la injusticia del desorden establecido, se olvidaba de sus sentimientos de culpa y de los sacrificios de doña María, le impidió dar más explicaciones. Prefirió mantener un silencio orgulloso y seco ante el enfado amarillento del comisario. Parecía como si le hubiesen interrumpido en medio de algo muy importante, una cena, un sueño, un aburrimiento, una conspiración, un sofoco, una duda metódica, una conversación amorosa. Entró por la puerta de la oficina con una irritación agresiva. Como no podía pagar los sobresaltos de su trabajo con el funcionario responsable de la interrupción, que al fin y al cabo cumplía órdenes, estaba decidido a reafirmar su autoridad desagradable con el denunciante y el denunciado.

—Si pone denuncia, no tengo más remedio que abrirle una ficha por maricón.

—Muy bien, ábrame la ficha.

—¿Usted le ha robado un reloj?

—Yo no, señor.

—A ver, documentación... Nombre...

—Cándido.

—Nombre y apellido del padre...

Ángel se fijó en su cara, estremecida de repente. Debajo de la piel maltratada, el miedo había borrado su rostro de tabernas y aventuras nocturnas, y había hecho aflorar un

gesto de niño miedoso, compungido, avergonzado. ¿Mi padre? ¿Apellido de mi padre? El tartamudeo, las dudas, la intemperie se convirtieron en un llanto convincente y desconsolado cuando Cándido, o como se llamara, se vio en la obligación burocrática de confesar que era hijo de padre desconocido. Al peso del reloj dilapidado, los plazos por pagar, los sacrificios de doña María y las impertinencias de la autoridad, Ángel añadió las lágrimas de Cándido, un delincuente más desvalido y roto que su víctima. El drama se hizo tan real y tan encogido, en aquella dependencia de los primeros años cincuenta, que el comisario decidió enternecerse ante el espectáculo del desamparo.

—Muchacho, cálmese, no pasa nada, o son cosas que pasan, sólo eso. Conozco yo señoras de buena sociedad..., estas cosas pasan. Cálmese, no llore, no tiene de qué avergonzarse. ¿Y usted? ¿Mantiene la denuncia?

Al salir de la cárcel, caminando con el paso lento de la cojera derecha de Cándido, sin denuncia y sin reloj en la muñeca izquierda, Ángel se atrevió a preguntar: —La historia de tu padre ¿es verdad o es teatro?

—Es verdad.

—Si se la ha creído el comisario, no voy yo a ser más desconfiado. ¿Y el reloj?

—Lo tiré en cuanto empezó a correr el sereno. Cuando alguien me persigue, me doy por perdido. No pude pasárselo a Antonio. Ése es más un desertor que un compañero.

Un reloj perdido en el Campo del Moro. Ya no pertenece a su antiguo propietario, tal vez no pertenece a nadie, está perdido durante horas, durante una noche, un día de lluvia o de nieve. Pero sigue marcando el tiempo, solitario, con un tictac que se confunde con la hierba, con la tierra, con la espesura de los arbustos, con el paso descuidado de la gente. Sigue vivo el reloj en su secreto hasta que se le acaba la cuerda, o hasta que alguien lo encuentra, y se lo pone en su muñeca, y hace que las agujas se muevan, y vivan, de minuto en minuto, abriéndose camino como una memoria vigilante y cautiva entre las sombras. Eso es la literatura. Los documentos de la carpeta azul pueden seguir vivos mientras una memoria recuerde la vida que hay en los nombres, las fechas y las ciudades. Los papeles arden, los cuerpos arden, pero la literatura consigue que no se pierda todo lo que arde, que existan las inquietudes, los sentimientos, los miedos y las ilusiones después de desaparecer. Y en eso se parece a la realidad, porque hay muertos de muerte imposible en la vida y en la literatura. Una extraña intuición nos asegura que el olvido no es justo, ni conveniente, ni siquiera posible. No se le pueden poner puertas al campo, y mucho menos al tiempo, al amor y a la historia.

—Mira que te gusta la anécdota del reloj.

—Un reloj que sigue marcando las horas, aunque ya no pertenezca a su dueño. Creo que eso es la literatura.

—La historia de mi infancia era demasiado dolorosa, casi patética. Nunca me atreví a escribirla.

—Me la has contado a mí.

—Estás a punto de confesarle a los lectores mi nueva condición —dice Ángel, mirándome por encima de sus gafas, con el vacío de la muerte y de la cafetería Kon-Tiki a sus espaldas. La mujer del abrigo verde oscuro se ha marchado hace un rato, y el camarero rumano busca con el mando a distancia algo que ver, sin voz, en la televisión—. Estoy muerto.

—Hace hoy justo un año, cuando yo andaba por la mitad de este libro. Hay cosas que merece la pena conocer. Eres un muerto de muerte imposible, y espero que la carpeta azul siga viva, aunque tú ya no tengas interés en recordarla.

—Te equivocas. Cuando hablábamos de los muertos vivos, yo te explicaba la compañía familiar de mi abuelo y de mi padre, que bajaban de sus fotografías y pisaban el mundo para discutir sobre mi destino. Aunque no llegué a conocerlos, vinieron conmigo a la escuela, hicieron la guerra y me acompañaron a los exámenes de la universidad. Eran como personajes literarios, lecturas de una historia ficticia que nos emociona, nos envuelve, vive con nosotros y nos hace sentir de verdad, con absoluta sinceridad. Ahora puedo explicarte que los muertos vemos a los vivos casi de la misma manera. Sois una ficción, pero sentimos vuestra realidad. ¿Te acuerdas de un poema de *Nada grave* que se titula «La verdad de la mentira»?

Al lector se le llenaron de pronto los ojos de lágrimas,
y una voz cariñosa le susurró al oído:
¿Por qué lloras, si todo
en ese libro es de mentira?
Y él respondió:
—Lo sé;
pero lo que yo siento es de verdad.

Nos quedamos callados. Parecemos imágenes mudas en el televisor de una ciudad solitaria y nevada. Desde que Ángel se me aparece como un muerto de muerte imposible, le he confesado muchas veces lo que pienso de él en su nueva forma de vida, pero nunca me he atrevido a preguntarle lo que él piensa de mí. Ahora tampoco. Prefiero romper el silencio con una consideración general.

—Cuando la gente demasiado cercana se muere, uno tiene la sensación de pertenecer a dos mundos, el de los vivos y el de los muertos. La realidad se ensancha cuando algunas personas empiezan a vivir en el otro lado.

—Eso pensaba antes, pero tal vez es al revés. Ahora siento que cuando la gente demasiado cercana sigue viviendo, los muertos tenemos la sensación de pertenecer a dos mundos, el nuestro y el de los vivos. El reloj se ha perdido, el tiempo deja de vivir en nuestra muñeca, en nuestros brazos. Pero salimos de una carpeta azul para tomarnos un whisky en la Kon-Tiki. En esta barra vacía caben hoy una familia, un piso, un tercero izquierda, y un edificio, Fuertes Acevedo, 8, y una ciudad, Oviedo, y un porvenir literario. Por cierto, ¿cómo ha ido mi libro póstumo?

—¿Te importa?

—Claro que sí. ¡Cómo no me va a importar!

—*Nada grave* es un buen libro, no tienes de qué avergonzarte. Ha ido muy bien.

—Tienes razón en eso de que los principios difíciles invitan a perseguir el futuro, mientras que los finales tristes paralizan la historia. Los recuerdos pesan, y los míos han pesado mucho. Pero no puedo quejarme de mi vida, me gustaría que mi madre y mis hermanos hubieran podido ver la España que yo he visto.

—Están todos aquí, contigo.

—Pues vamos a invitarlos a una copa —dice Ángel, mientras se levanta del taburete y se pone el chaquetón que le trajeron los Reyes el año pasado. De color azul oscuro, impermeable por fuera y acolchado por dentro, es una buena ayuda para caminar por el frío.

—Pues yo quiero otra copa —exige Paco Ignacio, irrumpiendo en la conversación.

—No os paséis, que ahora no podéis invitar vosotros —les respondo, y empezamos a reír los tres, empeñados en no perder las viejas costumbres. El camarero rumano me mira,

y comprueba si en la pantalla del televisor hay alguna escena de humor. Yo le pido la cuenta—. Además, tengo que irme, es tarde, hemos quedado a cenar.

—¿Quiénes?

—Los de siempre. Queremos cenar y tomar una copa juntos. Ya sabes que nos acordamos de ti.

Pago, me despido del camarero rumano, que me devuelve el saludo con un gesto cargado de amistad, y de silencio, porque su sonrisa conserva todavía la complicidad de un pésame. Hace frío en la calle, quedan restos de nieve en los tejados y en los alcorques. Quedan restos de amor en la plaza de San Juan de la Cruz, en la calle Zurbano, en la ciudad de Madrid, que se pone a caminar junto a mí, mientras se deshiela, en busca de una cita con los amigos que han heredado junto a mí esta historia.

—¿Hay Reyes Magos en la muerte?

—En los cementerios tal vez, pero la muerte ha sido siempre una región muy democrática.

—Entonces, por Dios ni te pregunto, no vaya a enfadarse tu padre.

—Mejor que no.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana si tú quieres.

Madrid, 12 de enero de 2009



© 2009, Luis García Montero

© Fotografías de interiores: Susana Rivera

© De esta edición:

2009, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.alfaguara.com

ISBN ebook: 978-84-204-9066-3

Diseño de cubierta ebook: María Pérez-Aguilera

Diseño de interiores realizado por Santillana Ediciones Generales, basado en un proyecto de Enric Satué
Conversión ebook: Miguel Ángel Pascual

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana www.alfaguara.com

Argentina

www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.alfaguara.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.alfaguara.com/co
Calle 80, n° 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica

www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.alfaguara.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.alfaguara.com/can

Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España

www.alfaguara.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.alfaguara.com/can
26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México

www.alfaguara.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.alfaguara.com/cas

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1°
Boleita Norte

Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51

Table of Contents

1. Que responda Churchill
 2. La carpeta azul
 3. Las bodas
 4. Un respetable olor a azufre
 5. Gritos en la calle
 6. Sin frío en los pies
 7. Bajar o subir
 8. Soledad y los trenes
 9. Las inquietudes
 10. Entre hermanos
 11. Las ruinas y París
 12. Mañana no será lo que Dios quiera
 13. Familiares extraños y personajes que llegan
 14. Cosas que ya se saben, pero merece la pena contar
 15. Cristales rotos
 16. El jinete viajero
 17. Las historias que acaban muy mal no se acaban nunca
 18. El caballo de espadas
 19. El desarrollo y la resistencia en un otoño interminable
 20. En la carpeta azul
 21. Paz y patria feliz
 22. Los huéspedes
 23. Visión sin percepciones
 24. Un mal pronóstico
 25. Las tarjetas de visita y los cambios de clima
 26. El gran sorteo
- Epílogo

